cada vez que vuelvas

El Mejor Hombre



A. S. KELLY

ÍNDICE

1. Alex
2. Alex
3. Alex
4. Alex
5. Alex
6. Alex
7. Alex
8. Alex
9. Alex
10. Alex
11. Ellie
12. Ellie
13. Ellie
14. Ellie
15. Alex
16. Alex
17. Ellie
18. Alex
19. Ellie
20. Ellie
21. Alex
22. Ellie
23. Alex
24. Alex
25. Alex
26. Alex
27. Ellie
28. Alex
29. Ellie
30. Alex
31. Alex

32. Alex
33. Alex
34. Ellie
35. Alex
36. Ellie
37. Alex
38. Ellie
39. Alex
40. Alex
41. Alex
42. Alex
43. Ellie
44. Alex
45. Alex
46. Alex
47. Ellie
48. Alex
49. Ellie
50. Ellie
51. Ellie
52. Alex
53. Ellie
54. Alex
55. Ellie
56. Alex
57. Ellie
58. Ellie
59. Ellie
60. Ellie
61. Ellie
62. Alex

Alex

Escena Extra
Las Novelas de A. S. Kelly

Copyright © 2026 A. S. Kelly

EL MEJOR HOMBRE

De Connemara con Amor

Una novela de
A. S. Kelly

Traducción de Tra Parole

Propiedad literaria y artística reservada. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción. Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Visita la web y suscríbete al boletín:
authoraskelly.com

CAPÍTULO 1
ALEX

Lo he decidido: lo haré.

Alguien tiene que parar esto y, si el destino —o el azar, o la eterna mala suerte— ha decidido que sea yo, estoy listo para llegar hasta el final y asumir las consecuencias. Solo tengo que esperar el momento adecuado, aquel en el que haga la pregunta crucial. Entonces daré un paso al frente y…

Moriré.

Voy a morir de ansiedad o de un infarto. Y si ninguna de las dos cosas acaba conmigo, alguien lo hará: Chase, su padre, el padre de ella, mi abuelo… o las tres familias unidas en amoroso linchamiento. En fin, lo mire por donde lo mire, esto va a acabar mal para mí. Pero ya lo sabía, ¿verdad? ¿No he venido aquí hoy, con mis mejores galas, consciente de que estaba a punto de destrozar tres vidas y tres familias de una sola vez?

Llevo toda la mañana dándole vueltas. He intentado convencerme de que no es cosa mía, de que no debería importarme si ellos han decidido arruinarse la vida, si han elegido seguir adelante con esta farsa hasta el final.

No es mi problema. ¿Verdad?

Y un cuerno. Claro que lo es.

El problema es que ahora *sí* es mi puto problema, porque ellos se han encargado de que lo sea. Y, a juzgar por cómo se están dando las cosas, parece que ninguno de los dos tiene intención de solucionarlo.

Vale, gente, ya me encargaré yo de poner las cosas en su sitio, porque por aquí el valor no abunda precisamente. Aunque, entre todos los involucrados, soy el que más tiene que perder. Y no hablo solo de mi bonita cara —que, admitámoslo, habría que proteger— sino de algo mucho más importante, algo que pesará en el futuro de quien cuenta conmigo.

Dirijo una mirada rápida a los invitados. Luego me detengo en Justin, sentado entre mi madre y mi abuelo, intentando evitar, cada vez más impaciente, que le arreglen la corbata otra vez. Al verlo, por un instante, estoy a punto de echarme atrás.

¿Soy tan egoísta si decido seguir adelante? ¿Si intento conseguir lo que deseo, solo por una vez, sin preocuparme de lo que pueda pasar?

Justin se da cuenta de que lo estoy mirando, pone los ojos en blanco y hace como si le diera una arcada. Me esfuerzo por sonreírle como espera, aunque ahora la arcada me está dando a mí. Y lo mío no es teatro ni una tomadura de pelo. Casi puedo sentir el whisky que bebí anoche subiendo por mi garganta. Intento tragar saliva, estremeciéndome de asco, y me seco una vez más las palmas de las manos en el pantalón de mi traje hecho a medida. Me recuerdo que debo tomar una o dos bocanadas de aire —solo para no desplomarme antes de tiempo— y vuelvo a centrar mi atención en ellos.

Los observo cogerse de la mano, mirarse a los ojos, listos para jurarse delante de todos amor eterno, confianza, fidelidad y todas esas chorradas que vienen después y…

No digamos más estupideces.

¿Qué coño me importa él? Para mí, ni siquiera existe.

Yo solo la miro a ella, porque ella es lo único que merece la pena mirar. Y no hablo solo de este día. Hablo de todos los días que he luchado por dejar atrás: los que me he robado a mí mismo y a ella;

aquellos en los que alguien más la miró; los que he desperdiciado y los que he borrado.

Y hablo de todos los que querría.

Los labios rojos que se muerde apenas para ocultar una sonrisa nerviosa; la piel clara y esas pecas que no han logrado cubrir ni con todo el maquillaje que han usado hoy, porque son orgullosas y no se dejan eclipsar, igual que ella; el mechón de pelo que se ha escapado, rebelde y testarudo —exactamente como la cabeza a la que pertenece—, y que cae suavemente hasta rozar el hombro desnudo.

El hombro.

Desnudo.

La suavidad de la piel.

El perfume de lo prohibido.

El recuerdo de la noche anterior, que vuelve como un huracán y perturba mis ideas.

La sigo observando, con mi mundo patas arriba, porque ha sido ella quien ha querido sacudir sus cimientos, quien me ha mostrado lo que hay al otro lado de la frontera, casi haciéndome creer que podía cruzar esa maldita línea.

Y ahora parece lista para cruzar otra frontera, pero en el sentido opuesto. Lista para hacer su promesa.

A él.

O quizá debería decir lista para soltar su mentira. Porque esta promesa es una chorrada, la gilipollez más grande de la historia de las gilipolleces. Porque ninguno de los dos es lo que parece. Porque ninguno de los dos debería estar ahí.

Y si antes tenía dudas, ahora lo sé con certeza.

No puedo permitir que lo haga.

—¿Va todo bien, tío? —Reid, a mi lado, me da un codazo.

—De maravilla.

—No lo parece. ¿Acaso estás a punto de desmayarte?

Yo no, pero apuesto a que alguno de los presentes sí lo hará.

—¿Queréis callaros de una vez, vosotros dos? —interviene Shane —. ¿Qué tenéis que deciros justo ahora?

—Lo veía raro y por eso…

—Él siempre es raro —sentencia Shane, haciendo callar a su hermano.

Alguien se aclara la garganta y volvemos a guardar silencio, mientras escucho los latidos de mi corazón rebotar de una pared a otra de mi cuerpo, tan ensordecedores e inasibles, que no me da tiempo a contenerlos antes de que se lancen hacia lo desconocido.

Y cuando por fin se pronuncia la frase que estaba esperando —«Si hay alguien entre los presentes que conozca una razón por la que este hombre y esta mujer no deban contraer matrimonio…»—, reúno el valor y salgo al encuentro de mi destino, con la esperanza de poder salvar, de algún modo, al menos el suyo.

CAPÍTULO 2
ALEX

—Yo.

¿Ha salido eso de mi boca?

Me giro instintivamente hacia la primera fila para comprobarlo. Por la expresión de desconcierto de mi abuelo y el gesto de Justin, dándose una palmada en la frente, diría que sí, que lo he dicho. Y por el ataque de pánico que empieza a apoderarse de mí, entiendo enseguida que he dado un paso en falso y que acabo de meterme en un callejón sin salida. Pero luego, la sonrisa cariñosa de mi madre y esa mirada de comprensión que solo ella sabe regalarme, me dan el valor necesario para ir hasta el final.

—¿Perdón? —pregunta el cura, y ambos se giran hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —me dice Chase entre dientes.

—Yo… creo… que…

—¿Tú crees qué, hijo? —insiste el sacerdote.

Siento todos los ojos clavados en mí, oigo cuchicheos y exclamaciones, pero no puedo mirar a ninguno de ellos, mucho menos darles explicaciones.

Necesito decírselo a ella.

—No puedes hacerlo.

Me sale casi como una súplica, y no era mi intención decirlo así. Quería sonar decidido y seguro, quizás más neutro; no parecer

patético ni desesperado.

Ella abre la boca, pero no sabe qué decir. No sé si esperaba esta reacción, este momento de shock por su parte. En realidad, no había previsto ninguna reacción en particular, aunque en mi cabeza había tomado forma el más absurdo de los sueños. Desde luego no creía que se quedaría ahí plantada, mirándome fijamente como si no supiera de qué estoy hablando.

¿De verdad creía que, después de anoche, iba a permitir esta puta boda?

—¿Quieres explicarme qué demonios está pasando?

Chase está morado, aunque creo que más por la vergüenza que por la rabia.

—No puedes casarte con *él* —sigo hablándole, esperando que por fin abra los ojos y los oídos, que me escuche. Porque solo ella puede hacerlo y solo ella es capaz de detener todo esto antes de que sea demasiado tarde. Chase no lo haría jamás; su familia lo tiene agarrado de los huevos, y todos en esta sala, incluido yo, saben cuánto ha esperado este día.

—¿Por qué no puedo casarme con él?

Le tiembla la voz y tiene cara de confusión, como si tuviera miedo de que todo se vaya al garete. Son detalles que no me esperaba y que me hacen preguntarme qué narices estoy haciendo; si la noche que acabamos de pasar solo me la he imaginado o si es una actriz digna de un Oscar. Me inclino por la última hipótesis, porque lo de anoche no pudo haber sido solo un sueño: todavía tengo las marcas de sus uñas en la espalda.

Me acerco y le tiendo una mano, pero Chase se interpone de inmediato entre los dos.

—¿Has escogido este día para declarar tu patético amor? —dice —. ¿No crees que has llegado un poco tarde?

No sé si todos lo han oído, pero no importa. Yo lo he oído, y eso basta. Me gustaría sentirme culpable, de verdad, pero en sus ojos ya no queda rastro de mi mejor amigo. Quizá no lo haya desde hace mucho tiempo, y darme cuenta solo ahora lo vuelve todo todavía más amargo.

—¿Por qué dices estas cosas, Alex? —me pregunta ella—. ¿Qué te he hecho?

¿Qué me has hecho? Aunque de verdad me hubieras hecho algo, a estas alturas ya no tendría importancia.

Voy directo al grano porque, al final, es lo que merecen ambos. Son dos farsantes que quizás sí merecerían estar juntos, pero ya he encendido la mecha y no pienso explotar intentando apagarla.

—Me acosté con Ellie.

Esta vez no la miro a ella.

Prefiero el desprecio de Chase al suyo.

—Anoche. En *tu* cama.

Marco el *tu* porque es lo único que tengo, y me aseguro de que observe bien mis labios, por si acaso se le escapa el significado.

Chase no se lo toma bien. Su derechazo se estrella contra mi nariz con tanta rapidez que no puedo hacer otra cosa más que encajar el golpe y besar la lona.

Aturdido por el impacto, pierdo la noción de lo que pasa a mi alrededor. Solo siento su peso sobre mí y sus piernas apretando con fuerza mi cintura. Intento zafarme, pero me golpea de nuevo, esta vez en la mandíbula, justo antes de que un par de personas —a las que no distingo bien— lo sujeten por los brazos y lo aparten.

—¡Te mato, maldito bastardo! —grita, todavía forcejeando.

Mi abuelo se acerca y me tiende un brazo para ayudarme a ponerme de pie.

—¿Estás bien?

Me limpio la sangre de la nariz con la manga de la chaqueta de mi traje de padrino —total, ya no creo que vaya a servirme para nada— y asiento, buscando estabilidad en las piernas. Luego me suelto con suavidad de su agarre. No hay necesidad de que me sujete; no tengo ninguna intención de pelear con Chase.

—¡Cómo coño has podido! ¡Eres mi padrino! ¡Somos amigos desde que nacimos!

Y tiene razón. Lo fuimos. Pero tengo la sensación de que, a partir de ahora, los papeles estarán algo confusos; de que ya no tendré un mejor amigo y de que perderé muchas otras cosas que venían incluidas en el paquete. Y aunque sé que la culpa es mía —al menos

por esta resolución final—, temo que Chase y yo ya no éramos amigos desde hacía tiempo: desde que él entendió lo patético que yo era en realidad y desde que yo entendí que él no era el hombre que creía.

—¡Y tú! —Se gira de repente, zafándose de los otros dos padrinos, Shane y Reid —ahora los reconozco— y avanza hacia Ellie —. ¿Qué clase de…?

Me lanzo hacia delante, dispuesto a echar por tierra mi propósito de no reaccionar, pero mi abuelo vuelve a agarrarme y, aunque no aprieta ni tiene la fuerza para retenerme, me detengo de todos modos.

—¡No sé de qué está hablando! —intenta justificarse Ellie—. ¡No me he acostado con él!

—¿Y entonces por qué está tan convencido? —me mira con desprecio mientras ella niega con la cabeza.

—No lo habría hecho nunca —dice, segura.

Ni siquiera pestañeo.

Duele, pero nadie debe notarlo.

—Hasta hace unos minutos, yo también lo creía.

—¿Quieres decir que prefieres creerle a él antes que a mí?

—¿Por qué iba a inventarse una historia así?

—¿Podéis hablar de esto… eh… en privado? —sugiere el padre de Chase, acercándose a su hijo.

—¿Y por qué debería? ¡Mejor que todos sepan con qué clase de zorra estaba a punto de casarme!

Mi abuelo aprieta de nuevo mi brazo para pedirme, sin palabras, que no reaccione, y me cuesta todo el cariño que le tengo contenerme.

—Una palabra más y te haré tragar los dientes —amenaza Shane, encarando a Chase.

—Y luego yo te los haré... —añade Reid, pero el padre de Ellie los detiene a ambos.

—No me parece la forma de aclarar las cosas —interviene Peter Johnston, tan tranquilo como siempre… a no ser que tenga la intención de acabar conmigo en otro momento y, quizá, sin testigos.

—¿Hay algún sitio tranquilo donde podamos hablar? —pregunta a la organizadora de la boda, que se ha quedado paralizada.

No creo que pueda incluir este evento entre sus referencias.

—¿*Podamos*, papá? —pregunta Ellie a su vez, haciéndome sentir un extraño hormigueo en el pecho. No sé si es pena por ella, decepción porque las cosas no están saliendo como imaginaba o simple amargura. Porque me parece que es la única en esta sala que no ha entendido que este matrimonio es un contrato firmado en público y que no hay absolutamente nada de privado en él.

—Creo que es una cuestión familiar —responde el padre de Chase.

—Yo creo que es una cuestión entre Chase y yo —replica ella, tan terca como cuando era una niña. Veo el orgullo estallar en sus mejillas encendidas.

—Hay una sala de conferencias dentro —dice la *wedding planner* con temor.

—Nosotros nos encargamos de esto —la tranquiliza el padre de Ellie, señalando a los invitados que aún esperan la boda—. Vosotros id.

Ellie sigue a la mujer. Chase, en cambio, permanece inmóvil en su sitio.

—Tú también —me ordena.

—Alex —mi abuelo se inquieta a mi lado.

—Tranquilo, todo irá bien —le digo, intentando sonreír, aunque no lo consigo del todo. Sé de sobra que, desde este preciso instante, nada va a salir bien para nadie aquí dentro.

CAPÍTULO 3
ALEX

Cuando Chase cierra la puerta a sus espaldas, empiezo a sentir que la pajarita me aprieta la garganta, así que la aflojo y me desabrocho un par de botones. Total, ya no tiene sentido mantener las apariencias, ¿verdad? Incluso si la boda se reanudara, dudo que siga siendo el padrino del novio y, para ser sincero, tampoco creo que continúe en la lista de invitados. Probablemente ya no recibiré tarjetas de Navidad, no me permitirán volver a pisar la destilería y tal vez cuelguen una foto mía en los escaparates de las tiendas del pueblo con un cartel que diga *«Tú aquí no puedes entrar».*

No he pensado esto demasiado bien.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —le pregunta Chase a Ellie, devolviéndome de golpe al presente.

Ya pensaré más tarde en cómo evitar que me mate toda la familia Johnston.

—¡Me avergonzaste delante de nuestras familias, delante de todo el mundo!

—¿Tú te has sentido avergonzado? ¿Y qué debería decir yo? ¡Me ha hecho parecer una cualquiera! —alza la voz y luego se vuelve hacia mí—. ¿Por qué demonios hiciste algo así?

—Ah, ¿yo?

—Claro. Fuiste tú quien dijo que nosotros… que nosotros…

Ni siquiera puede decirlo y eso hiere más que doler. Es el tipo de herida que te empuja a hacer lo peor, porque, total, sabes que ya estás acabado.

—Y aun así, no me parece que anoche te molestara restregarte contra mí…

Chase me coge al instante por la solapa de la chaqueta.

—¿Quieres golpearme otra vez? —lo desafío; ya no tengo nada que perder. Tal vez, si me golpeara lo suficientemente fuerte como para dejarme inconsciente, podría saltarme esta parte.

—No me provoques —me amenaza.

Como si le tuviera miedo.

El único motivo por el que no respondo a su ataque está justo detrás de él.

—Quítame las manos de encima —le agarro las muñecas y se las aparto de mala manera.

—Quiero saber qué coño pasó anoche. ¿Te acostaste con ella o no?

—¡No! —responde Ellie, firme.

En este momento querría que tuviera razón, haberme inventado todo porque las bodas me aburren, y que el recuerdo de su cuerpo moviéndose sobre el mío fuera únicamente un estúpido sueño despierto que sigo repitiéndome una y otra vez solo para hacerme daño.

—Te lo has inventado todo, ¿verdad?

Esta vez no respondo. Ya no estoy seguro de que seguir hasta el final sea lo correcto.

—¿Cómo puedes pensar siquiera que yo podría… ? —sacude la cabeza y se lleva las manos a las sienes—. Estuvimos juntos anoche.

Chase se gira de golpe hacia ella.

—¿Cómo puedes creer que yo estuve con él después de que nosotros…?

Joder.

—No estuvimos juntos anoche, Ellie.

—¿Q-qué…?

Chase niega lentamente con la cabeza.

—Después de la fiesta volví a nuestro piso. Tú dormías y yo…

Ellie levanta la vista hacia Chase, pero en sus ojos ya no se ve la misma certeza de antes.

Joder.

—No estaba en nuestra casa.

¿Ya he dicho joder? Porque tengo la impresión de que otro más vendría de perlas.

—Claro que estabas. Yo estaba borracha y eufórica y te encontré desnudo en la cama —dice, avergonzada—. Y luego…

—Era yo —la interrumpo, poniendo fin a su agonía y a la mía.

Ahora lo entiendo todo.

—Te acostaste con Alex —sentencia Chase, aunque a estas alturas es evidente.

—Yo no… Creía que…

—Ni siquiera te diste cuenta de que no era yo.

—¡Estaba borracha, Chase! ¡Era mi despedida de soltera!

—¿Tan borracha como para no darte cuenta de a quién te estabas tirando?

—Era nuestra casa… —dice presa del pánico—. Te juro que, si lo hubiera sabido…

Intenta tocarle el brazo, pero Chase se aparta con un gesto indignado

—No te atrevas a tocarme.

—Chase…

—No puedo… No puedo perdonarte. ¡Ahora lo sabe todo el mundo!

—¿Eso es lo único que te preocupa? —comento.

—Tú cierra esa puta boca —avanza hasta pegar su pecho al mío —. No te lo podías creer, ¿eh? Por fin ponerle las manos encima. ¿Cuánto tiempo llevabas esperando a que te lanzara un hueso?

—Eres un capullo.

—Y tú, alguien que se conforma con las sobras —dice entre dientes—. Eres patético. Ni siquiera merece la pena mancharse las manos contigo. —Se aleja de nuevo—. Tengo que largarme de aquí.

—Chase, por favor…

—No intentes llamarme ni vuelvas por casa.

—No puedes decirlo en serio.

—Y no intentes poner un pie en la oficina.

—No puedes hacerme esto…

—Lo estoy haciendo ahora mismo. Estás fuera.

—Chase…

—Que os den a los dos.

Abre la puerta de la sala y sale hecho una furia, dando un violento portazo tras de sí. Ellie se queda inmóvil, de espaldas a mí, observando la puerta que él acaba de cruzar.

—Ellie, yo…

Se gira rápidamente hacia mí. No lo veo venir, solo lo siento: un recto a la nariz, tan fuerte y tan lleno de rabia que me manda al suelo sin darme tiempo a reaccionar.

Es la segunda vez que beso la lona hoy, y tengo la sensación de que no será la última.



NI SIQUIERA ME DA TIEMPO A ABRIR LOS OJOS: ALGO FRÍO Y DURO SE estrella contra mi cara.

—¡Joder! —protesto, llevándome la mano al rostro y dándome cuenta de que es una bolsa de hielo.

—¡Póntela en la nariz, idiota!

Hago lo que Shane me dice mientras Reid me tiende una mano para ayudarme a levantarme. La miro con dudas antes de aceptarla, pero al final la agarro y consigo ponerme de pie, tambaleándome unos pasos hasta encontrar una mesa donde apoyarme para evitar acabar en el suelo otra vez.

—¿Habéis venido a terminar el trabajo? —les pregunto, presionando el hielo contra la nariz y ahogando un gemido.

¿Tenían que golpearme justo ahí, en la nariz, los dos?

—Ya estás bastante jodido, no quisiéramos empeorar la situación —comenta Shane.

—Además, mi hermana ya ha hecho lo que tenía que hacer —se ríe de mí Reid—. Al fin y al cabo, ha aprendido a pelear con nosotros.

—¿A qué debo vuestra agradable visita?

—Hemos venido a ayudarte a salir de este lío.

—¿Mmm?

—¿Bromeas? —dice Reid—. Hay media ciudad esperando a que salgas del hotel para acabar contigo.

—¿Y por qué querrían acabar conmigo?

—¿Quizá porque has puesto en vergüenza a la familia Nolan?

—Si es por eso, también he puesto en vergüenza a vuestra familia.

Shane se encoge de hombros.

—Cosas que pasan.

—¿Tú crees? —aparto el hielo para mirarlo mejor.

—Podrías haberte ahorrado decir delante nuestro y de nuestro padre que te acostaste con Ellie. Aunque sepas que tu hermana no es una santa, no mola que te lo restrieguen así por la cara así.

—¿Podemos cambiar de verbo? —se queja Reid.

—¿Y cómo funciona esto? ¿Ellie se acuesta contigo y con el capullo a la vez o…?

—No tengo ninguna intención de hablar de eso con vosotros.

Lanzo la bolsa de hielo sobre la mesa y me levanto, decidido a encontrar la manera de salir de aquí, buscar a mi abuelo, a mi madre y a Justin, y volver a casa de una vez.

—No tan rápido —me detiene Reid, sujetándome por un brazo—. Aún no has respondido.

—No tengo que daros explicaciones.

—La misma respuesta que les ha dado ella a todos.

Joder.

—¿Ella dónde…?

—Desaparecida, colega.

—¿Cómo que desaparecida?

—Mandó a todo el mundo a paseo y desapareció. No sabemos adónde ha ido.

—¿Y no habéis intentado detenerla?

—Ten presente que es de Ellie de quien estás hablando.

—Quizá deberíamos ir a buscarla, asegurarnos de que esté bien…

—Ahh —me interrumpe Shane.

—¿Qué?

—Ya lo he entendido todo.

—Qué coño…

—¿Tenías que esperar justo hasta hoy? —pregunta Reid.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Cuánto tiempo hace, Shane? —Reid se gira hacia él.

—Treinta y un años —dice Shane.

—Pero ¿qué diablos…?

—¿Nuestra hermana tiene treinta y un años? —pregunta Reid, como si necesitara confirmarlo.

—Ya ves.

—Joder, cómo pasa el tiempo.

—¿Queréis dejarlo ya?

—¿No podías habérselo dicho como una persona normal? —me suelta Shane.

—¿Decirle qué? —estoy ya mental y físicamente agotado.

—Que estás enamorado de ella.

—No digamos chorradas —me defiendo con demasiada vehemencia, haciendo que ambos se echen a reír.

—Dejadlo ya de una vez. No estoy enamorado de Ellie. Solo nos enrollamos y fue por error.

—Error que tú podrías haber evitado perfectamente —me señala Shane.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿Porque sabías que hoy se casaba con el capullo de Chase? Que, por cierto, es tu mejor amigo, ¿o me equivoco?

—No te equivocas —confirma Reid.

—¿Quién rechaza a una mujer que se mete en su cama?

Intento soltar la mayor chorrada del mundo para salir del paso en este puto día, pero no cuela: uno me clava los ojos y el otro afina el oído, atentos a cada palabra.

—Deberías habérselo dicho anoche —Shane se pone serio—. Podrías haber evitado que todo acabara así, que ella se enterara de este modo. Joder, tío, has sido un auténtico idiota.

Lo sé, pero no puedo admitirlo.

—¿Sabes que nunca te perdonará, verdad?

También lo sé, pero no muevo un músculo.

—No te ha servido de nada montar este numerito porque, aunque no se haya casado con Chase, al final la perderás igual.

Sigo sin reaccionar, soportando el ataque conjunto de los hermanos Johnston, fingiendo que solo fue un estúpido error, pero sé perfectamente que tienen razón en casi todo, salvo en un pequeño detalle que quizá se les escapa: no he perdido a Ellie simplemente porque nunca fue mía. Ni siquiera cuando su suave piel se deslizaba bajo mis dedos.

Y haberla tenido en mi cama —que técnicamente ni siquiera era la mía— no ha hecho más que convertirlo en algo definitivo, para siempre.

CAPÍTULO 4
ALEX

No consigo volver a casa hasta que es de noche. Salir del hotel sin que me vieran, llegar hasta mi coche, esquivar a los que hacían guardia en la entrada buscándome y conducir mirando constantemente por el retrovisor, por miedo a que alguien me estuviera siguiendo, no ha sido una tarea sencilla.

Shane y Reid me ayudaron a escapar, incluso me escondieron de su propio padre. Solo espero que no lo hayan hecho para luego entregarme al mejor postor. Aunque, a estas alturas, poco importa.

Bajo del auto y cierro la puerta, agradeciendo mentalmente vivir en medio de la nada; así no tengo que cruzar el pueblo para volver a casa ni arriesgarme a que alguien me vea. Recorro el sendero de grava que lleva a la entrada trasera pero, cuando llego a la puerta, me doy cuenta de que mi abuelo está sentado fuera, en el balancín, con uno de sus amados puros en la mano.

Suspiro y me siento a su lado. Todavía llevo puesta la ropa de padrino de boda; no me pareció apropiado pasar por casa de Chase para cambiarme y recoger mis cosas. Él, en cambio, se deshizo enseguida de la ropa de imbécil —como la llama— y volvió a su vestimenta de trabajo habitual.

—¿Y Justin?

—Está jugando con ese cacharro del demonio… ¿cómo coño se llama?

Sonrío a pesar de todo.

—La Nintendo.

—Esa mierda tecnológica.

—También ese nombre le viene que ni pintado.

—¿Y tú? ¿Has acabado de recibir golpes? —me mira la cara, que ya se está llenando de moratones.

—Por hoy sí, pero imagino que habrá más sesiones de boxeo.

—Has armado un buen lío, Alex.

Suelto el aire y me inclino hacia delante, hasta apoyar los codos en los muslos.

—¿No había otra manera?

Al menos cien, pero yo tenía que escoger la peor.

—¿Tienes idea de lo que pasará ahora?

—Vagamente.

—Todos trabajamos para ellos.

—No creo que Peter os eche a ti o a mamá de la empresa.

—No estoy preocupado por mí. Soy viejo, ni siquiera debería seguir trabajando. Si lo hago es solo porque odio estar en casa cortando el césped o cultivando patatas. Y no creo que vayan a echar a tu madre, todos la adoran. Estoy preocupado por ti.

—Me las apañaré de alguna manera.

—Tienes un chico que criar.

—Lo sé.

—Un chico que no tiene nada más que a ti.

—He hecho una gilipollez.

—Sí, alguien podría definirlo como gilipollez, pero los dos sabemos que no es solo eso. Que quede claro: no apruebo las formas y, en cuanto al momento… joder, Alex, elegiste uno de mierda.

—Tengo un talento especial para cagarla en el momento menos oportuno.

—Eso seguro.

La puerta del porche se abre, revelando la figura de mi madre. Mi abuelo se levanta y se gira hacia mí.

—Mira a ver cómo arreglas este lío, ¿entendido? Sobre todo con ella. Esa chica siempre me gustó.

Desaparece dentro y me deja a merced del juicio universal de mi madre. Ella no se sienta a mi lado, se queda de pie, con el hombro apoyado contra la puerta.

—¿Cómo estás?

—No muy bien.

—¿Has hablado con ella? ¿Habéis aclarado las cosas?

Niego con la cabeza.

—¿Lo haréis?

—No estoy tan seguro, mamá.

—Siempre tuvo mucho carácter, incluso de pequeña —comenta mi madre, haciéndome sonreír instintivamente—. Por eso te gustaba tanto su compañía.

Cómo quisiera que estuviéramos hablando solo de compañía.

—Solo me pregunto por qué permitiste que pasara.

Me giro hacia ella.

—Por qué has esperado a este día, por qué no diste el paso, por qué no le dijiste lo que sentías.

Me levanto de un salto.

—No intentes venderme uno de tus cuentos. Soy tu madre y todavía lavo tus calzoncillos.

—¿Qué tienen que ver ahora mis calzoncillos?

—No lo sé, era para recalcar el concepto.

—¿Cuál?

—Que no hay secretos para mí.

—¿Crees que el hecho de que metas mis calzoncillos en la lavadora junto con todo lo demás te da algún derecho a saberlo todo sobre mí?

—Exacto.

Niego con la cabeza, casi divertido, e intento pasar junto a ella para entrar en casa, pero me detiene en el umbral.

—Encuentra una explicación plausible para esto —dice, señalando mi cara.

—Él también estaba hoy, mamá, ¿lo has olvidado?

—No, pero no creo que quieras que Justin crezca con la idea de que las cosas se resuelven estropeando matrimonios ajenos y dándose de hostias.

—Por supuesto que no.

—Bien —suspira y luego me acaricia suavemente la cara, lo que me arranca una mueca de dolor—. Tengo una crema en el baño de arriba, ayudará con la hinchazón.

—Gracias.

—De nada.

Retira la mano lentamente y se dispone a volver a entrar en la casa.

—Lo siento, mamá, por todo. No quería que las cosas salieran así. No quería crearos problemas también a vosotros.

—Creo que lo peor aún está por llegar, Alex. Solo espero que seas consciente de lo que has hecho y de lo que te espera.



ME SIENTO JUNTO A JUSTIN EN LA ALFOMBRA DEL SALÓN, FRENTE A LA televisión.

—No deberías estar siempre pegado a ese juego.

—Fuiste tú quien me lo regaló.

—En realidad fue Papá Noel.

—Claro… —responde con tono condescendiente.

La verdad es que él no cree desde hace al menos dos años, pero finge hacerlo solo para permitir que nosotros, los adultos, nos acostumbremos poco a poco a la idea de que está creciendo.

—¿Puedes apagarlo un momento?

Justin se contiene para no resoplar y pausa el juego.

—Me gustaría hablar de lo que pasó hoy.

—¿De que Chase te ha dado una paliza delante de todo el mundo?

—No me dio una paliza, solo me dio un puñetazo.

—Dos. Y te dejó KO.

—Me pilló desprevenido.

—¿Entonces podrías haberle vencido?

—Obviamente. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Chase me parece que está muy cachas.

—¿Quieres decir que yo no lo estoy?

—Tiene muchos músculos.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Bueno, se nota!

—Yo también tengo.

—Pero no como los suyos, admítelo.

—Tal vez porque él tiene tiempo para ir al gimnasio, o para pagarse un entrenador personal que esté encima de él todo el día y que… —me detengo al recordar las palabras de mi madre y al darme cuenta de la conversación que estoy teniendo—. No es de esto de lo que quería hablarte —dejo a un lado el resentimiento hacia Chase, que Justin no necesita conocer.

—¿Quieres hablarme de que estás colado por Ellie?

—¿Qué? —mi voz sube involuntariamente un par de tonos—. ¿Quién te ha dicho una cho… una gi... una tontería así?

—Entonces, ¿por qué detuviste la boda?

Suspiro, cansado.

—No lo sé.

Justin me mira, dubitativo.

—¿No sabes por qué paraste la boda?

Niego con la cabeza.

—¿No sabes si te gusta?

—Más o menos.

—¿No querías que se casara con Chase?

—Eso seguro.

—¿Por qué? —me pregunta simplemente, porque sus preguntas siempre son así. El problema no son las preguntas, sino las respuestas que debería tener y que, en cambio, no tengo. Porque al final detuve una boda, eché a perder su vida y ni siquiera sé decirle a Justin el verdadero motivo por el que actué como un hijo de puta egoísta.

—Porque no es el hombre adecuado para ella.

Al final, le digo lo que me sale directamente de las tripas. Chase no es el hombre para una mujer como Ellie. Tendría que haberlo entendido hace muchos años, en lugar de quedarme mirando.

—Mmm —Justin parece pensativo—. ¿No sois amigos Chase y tú?

—Tal vez no como creía.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro, puedes decirme todo lo que quieras.

—No ha estado bien lo que has hecho.

—Oh…

—Ellie lloraba.

—¿Y tú qué sabes?

—La vi —Justin baja la mirada.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—No puedo decírtelo. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—¿Pero estaba bien? Solo dime eso.

Justin me mira de nuevo.

—Me dijo que estaba bien, pero no le creí.

Sonrío ante su sinceridad.

—Creo que fuiste tú quien la hizo llorar —dice luego de forma amable, aunque creo que en el fondo me está acusando de algo—. Y me dijiste que no se hace llorar a las chicas, ¿recuerdas? Cuando te llamaron del cole porque le dije a Sarah Dunn que era una cuatro ojos y me quitaste la Nintendo una semana.

Recuerdo muy bien ese episodio.

—Al día siguiente fui al colegio y le dije a Sarah que con las gafas estaba guapísima.

—¿De verdad? —pregunto orgulloso—. ¿Y qué te dijo ella?

—Me sonrió.

Podría ponerme a llorar, pero mejor lo evito, o volverán a empezar las preguntas y creo que ya se me han agotado las respuestas.

—Quizás deberías hacerlo tú también.

—¿El qué?

—Decirle algo para hacerla sonreír de nuevo. Sarah Dunn no ha vuelto a llorar desde ese día.

Asiento lentamente, lleno de orgullo por cómo está creciendo este crío.

—Pensaré en algo.

No quiero destruir su autoestima ni sus sueños. Si con ocho años cree que hacer sonreír a una chica es la solución a todos los problemas, no seré yo quien lo devuelva a la fuerza a la realidad.

—Piensa rápido —dice luego, retomando el juego—. Me parece que la has liado muy gorda, papá. Pero muy, muy gorda.

CAPÍTULO 5
ALEX

Cuando todos se van a la cama, me retiro a mi habitación y por fin me deshago de esta maldita ropa incómoda. La tiro al suelo, decidido a quemarla en el jardín en cuanto pueda, y me encierro en el baño para ducharme y tratar de relajarme.

Me miro en el espejo sobre el lavabo y toco mi nariz hinchada. Se me escapan una sucesión de *joder* y una mueca de dolor. A continuación, abro el grifo y me meto en la ducha. Apoyo la cabeza contra las baldosas frías mientras el agua tibia corre a lo largo de mi cuello y mi espalda. Cierro los ojos, con la vana esperanza de mantener los recuerdos de las últimas veinticuatro horas alejados de mi mente al menos durante unos minutos. Porque, si sigo viéndola mientras se mueve sobre mí, creo que podría volverme loco.

Apoyo también las manos contra los azulejos y me llamo idiota por haber permitido que ella se metiera en la cama, que deslizara sus dedos por mi pecho, que se sentara encima de mí y luego…

¡Qué demonios! ¡Había dicho al menos unos minutos de tregua!

Me enjabono rápido y me aclaro. Ni siquiera la ducha ha sido una buena idea. Aunque, a estas alturas, creo que nada va a resultar una buena idea.

¿Qué le diré mañana a Peter? ¿Cómo voy a justificar lo que he hecho? ¿Cómo me las voy a apañar para mantener mi puesto de

trabajo y los de mi madre y mi abuelo?

¿En qué coño estaba pensando? ¿Qué esperaba? ¿Que ella dejara a Chase en el altar y huyera con el padrino? Venga ya, eso no pasa ni en las películas que ve mi madre.

El padrino es siempre el más pringado. El que, como mucho, puede acabar acostándose con alguna de las damas de honor borrachas de la novia.

Salgo de la ducha y me envuelvo una toalla a la cintura. Voy a la habitación aún goteando y doy unos pasos nerviosos antes de dirigirme hacia el armario, abrir las puertas y arrodillarme para buscar la cajetilla de cigarrillos que escondí hace un año bajo una montaña de ropa apilada en el fondo. La cojo y me pongo nuevamente de pie; luego voy hacia la ventana, la abro de par en par y me siento en el alféizar. Saco un cigarrillo y el mechero que, por suerte, todavía funciona y que tenía guardado junto a la cajetilla.

Doy la primera calada, toso un par de veces y prosigo con mi idea de hacerme daño lentamente con la nicotina.

Había dejado de fumar hacía casi un año, después de que Justin volviera un día del colegio diciendo que me moriría pronto si seguía haciéndolo y que él se quedaría solo. Tenía tanto miedo en los ojos que simplemente le dije que lo dejaría y que me quedaría con él para siempre.

Exhalo el humo, cansado, y me pregunto dónde diablos habrá ido a parar, dónde se habrá escondido, qué será ahora de ella, después del lío que he montado, después de que Chase la haya dejado fuera de la empresa que ella misma ayudó a levantar.

Y me pregunto por qué tuve que dar ese paso precisamente hoy, el día de su boda. Por qué esperé todos estos años. Por qué no tomé la iniciativa. Por qué dejé que se alejara de mí día tras día.

Tal vez si no se hubiera colado en mi cama anoche, si no la hubiera sentido de esa manera, si no hubiera pensado que ella…

Arrojo el cigarrillo y me quedo mirando el cielo, que esta noche está más negro que nunca, sobre el campo sumido en la oscuridad. Escucho el silencio absoluto que me rodea y ya siento que echo de

menos todo lo que he tenido solo durante unas horas y que esperaba que, a partir de hoy, fuera mío.

Shane y Reid tienen razón: soy un idiota. Ni siquiera me pregunté por qué había venido a mí, por qué quería hacer el amor conmigo. Solo pensé que por fin se había dado cuenta de que, durante todo este tiempo, había estado mirando en la dirección equivocada; que el hombre que estaría dispuesto a todo por ella no era aquel con el que había estado los últimos seis años, sino el que se había quedado al margen, viendo cómo su vida se desarrollaba en la de otra persona.

Patético, ¿verdad?

Al fin y al cabo, ¿por qué habría de elegirme a mí? ¿Por qué habría de mirarme como se mira algo que se ha esperado toda la vida y que no quieres dejar de mirar jamás?

¿Por qué habría de preferir la vida en el campo y el amanecer sobre la piel, en lugar de la ciudad y sus luces deslumbrantes?

¿Por qué iba a tener que elegir, si yo nunca he contado, si ni siquiera soy la última opción?

¿Por qué iba a elegir, si nunca hubo una elección que hacer?

~

A LAS SIETE DE LA MAÑANA YA ESTOY EN PIE, A PESAR DE QUE ES domingo y, en esencia, no tengo gran cosa que hacer salvo arrastrarme por la casa a la espera de que el día pase sin demasiados sobresaltos.

He dormido poco y mal; durante la noche no dejaba de despertarme sobresaltado una y otra vez, convencido de que alguien se había colado en mi habitación y buscaba meterse en mi cama. Al parecer, no fui lo suficientemente patético ayer: tengo que seguir siéndolo también en sueños, solo para no contradecirme y no decepcionarme a mí mismo.

Me echo un poco de agua en la cara, me la seco con una toalla y luego me pongo un chándal y una camiseta, antes de bajar a la cocina para tomarme un café. En los escalones pongo especial

atención para no hacer ruido; por suerte, en casa todavía duermen todos y me gustaría prolongar lo máximo posible este silencio tranquilizador, antes de que empiecen de nuevo a preguntarme qué voy a hacer y cómo voy a arreglar semejante embrollo.

Llego a la cocina y enciendo el hervidor. Cojo una taza del armario y la dejo sobre la encimera; abro el cajón, agarro una cucharilla y saco el frasco de café del mueble de arriba. Echo dos cucharaditas en la taza y le añado media de azúcar. Apoyo las manos en la encimera y espero a que el agua hierva, nada preparado para enfrentarme a este primer día después del follón que he montado.

Cuando se apaga la luz del hervidor, lo cojo y vierto el agua en la taza, remuevo con la cucharilla y la tiro al fregadero. Tomo la taza entre las manos y me doy la vuelta, apoyándome en la encimera que tengo detrás. Apenas he dado un par de sorbos al café cuando noto un movimiento extraño fuera, tras la ventana de la cocina. Me incorporo de inmediato y me acerco, separo dos lamas de la persiana para cotillear y me encuentro con la cara de idiota de Shane, intentando espiar dentro de mi casa. Abro la cortinilla de golpe y Shane se pone inmediatamente en posición de firmes, seguido por el inútil de su hermano.

—¿Se puede saber qué hacéis?

Shane me hace un gesto indicando que no oye nada.

Ya agotado por este día, me dirijo hacia la puerta y salgo al jardín para evitar despertar a toda la casa.

—¿Qué diablos hacéis aquí un domingo a las siete y media de la mañana?

—Pasábamos por aquí y… —Reid lo intenta, pero no me lo trago. Deben intuirlo por mi expresión de contrariedad. Se miran un instante y luego Shane toma la palabra.

—Hemos venido a por ti.

—¿Perdona?

—Se requiere tu presencia en la base.

—¿Estáis bromeando?

—Te dije que teníamos que sacarlo directamente de su habitación —le dice Reid a su hermano.

—¿Y cómo pretendías hacerlo? ¿Dándole un golpe en la cabeza y echándotelo al hombro?

Reid hace una mueca y Shane se dirige de nuevo a mí.

—Son órdenes del jefe, tío. Nosotros solo obedecemos.

—Por "el jefe" te refieres a…

—El único e inigualable —responde Reid.

Al parecer he acabado en una serie de mafiosos donde al jefe no se le puede ni nombrar y donde la supuesta víctima va a acabar partiéndoles la cara a estos dos matones de dudosa inteligencia.

—No iré a ninguna parte con vosotros.

—No nos obligues a usar la fuerza —insiste Reid.

—¿La fuerza…? ¿Qué pasa, también has traído una capucha para ponérmela en la cabeza?

—No le des ideas, por favor —dice Shane.

—No tengo una capucha, pero en la camioneta tengo cinta americana, por si sirve.

—Yo no voy a ningún lado con vosotros un domingo a estas horas. ¿Y para qué? Si se puede saber…

—Venga, amigo, papá te está esperando. —Shane abandona su papel de asesino despiadado para interpretar el de hijo preocupado.

—No ha pegado ojo en toda la noche —añade Reid—. Y nosotros hemos estado dando vueltas buscando a Ellie.

—Pero no la habéis encontrado.

Ambos niegan con la cabeza.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Papá quiere hablar contigo de lo que pasó.

Probablemente quiera despedirme antes de que llegue el lunes. Un quebradero de cabeza menos para él, así podrá centrarse solo en buscar a su hija y en reparar los daños que he provocado.

—Supongo que tendré que ir con vosotros, entonces.

—Por fin empiezas a razonar.

—¿Puedo al menos ponerme algo de ropa?

—Date prisa. Queremos llegar a la empresa antes de que la ciudad se despierte.

—¿A la empresa?

—Nos ha dicho que te llevemos allí.

—¿Y tenemos que darnos prisa porque nadie debe veros conmigo?

—Lo hacemos principalmente por ti. El padre de Chase no está nada contento con cómo han ido las cosas. Creo que hay una recompensa por tu cabeza.

—No exageres… —dice Shane.

—Si yo fuera tú, no me dejaría ver mucho por aquí, tío.

—¿Podemos acabar con esto e irnos? —Shane mira el reloj con impaciencia.

—Vale, dadme cinco minutos, pero esperadme afuera y tratad de no despertar a nadie.

CAPÍTULO 6
ALEX

La destilería nunca descansa. Da igual que sea domingo, festivo, San Patricio o Nochebuena: la actividad no para. No puedes detener la producción así como así, ni apagar las máquinas y marcharte a casa sin más. No puedes permitirte olvidar lo que representas para esta empresa y, mucho menos, para la familia Johnston.

Eso no aplica para quienes organizan las visitas guiadas, ni para los de diseño, la tienda o el bar; tampoco afecta a gran parte de los operarios. Pero para mí y para quienes tenemos un puesto de responsabilidad, el whisky está por encima de todo.

Que quede claro: no somos una panda de alcohólicos. Simplemente nos dedicamos en cuerpo y alma a lo que hacemos y nos esforzamos cada día para que la tradición de esta familia, del lugar donde se encuentra la destilería y de la comunidad que nos apoya sea respetada hasta el último detalle.

Creo que nunca me he planteado hacer otra cosa. No tenía las ambiciones de Chase ni esa necesidad de Ellie de demostrarle al mundo que el apellido no te define. Yo quería estar aquí, con mi familia, formar parte de algo más grande que un nombre o una persona; sentirme parte de la comunidad. No me imagino viviendo en otra parte, lejos del mar o del olor de la hierba siempre mojada.

No me veo sin estos valles y colinas, ni sin esas carreras con Justin, a rienda suelta, por las vastas extensiones del Parque Nacional.

Nací aquí, siempre he respirado este aire y aquí moriré.

Nada me alejará de todo esto.

Cuando terminé el instituto, Peter Johnston me ofreció trabajo de inmediato. Mi abuelo es maestro destilador, su familia lo ha sido durante tres generaciones, y yo quiero seguir sus pasos. Como no he estudiado, me está costando un poco más, pero tarde o temprano llegaré a su nivel y seré yo quien esté al frente del equipo.

Mi abuelo debería estar jubilado ya, pero parece que sin él aquí no se las apañan muy bien. Además, mi abuelo no podría quedarse todo el día en casa ni pasar las horas muertas en el bar del pueblo. Así que, entre él y Peter decidieron que seguiría trabajando: no al ritmo de antes, pero sí como parte activa de la empresa.

Ahora se dedica a formar a los jóvenes destiladores que vienen de toda Irlanda para hacer el curso de especialización que ofrece la familia Johnston. Cuando no está enseñando, lleva extraoficialmente de los temas de Recursos Humanos, algo que no le gusta nada y que lo pone de los nervios, razón por la cual ningún empleado se atreve a dirigirse jamás a él.

Lo del curso fue idea de Ellie, como todas las ideas más innovadoras, dinámicas o, simplemente, brillantes. Ella siempre ha sido el cerebro: tiene iniciativa, cultura, ganas de hacer y de aprender, y nunca se echa atrás ante un nuevo desafío.

Sin embargo, todas esas cualidades la han alejado de aquí, de su casa, de su empresa y de su familia; una familia que, al contrario que ella, se ha aferrado a la tradición con uñas y dientes.

Y yo, en cierta medida, estoy de acuerdo con ellos. Amo la tradición y mantener vivo el nombre de los Johnston como se ha hecho siempre; pero los años pasan rápido, los gastos aumentan y la competencia nos está comiendo, mientras que las ideas de Ellie solo buscaban que este lugar brillara más que ningún otro.

Peter Johnston no compartía la misma opinión. Ni siquiera sé cuántos enfrentamientos he presenciado a lo largo de los años, ni cuántas veces me ha tocado ir a buscarla a algún pub del condado

mientras ella intentaba pimplarse hasta el agua de los floreros, siempre que no llevara el apellido de la familia.

Y ahora está en quién sabe dónde, probablemente haciendo lo mismo, y yo no estoy con ella. Porque esta vez he sido yo quien la ha empujado a escapar y tengo miedo de no ser capaz de traerla de vuelta.

Echaré de menos este sitio cuando Peter Johnston me ponga de patitas en la calle por haberme tirado a su hija. Algo que, según creo, ocurrirá dentro de unos diez minutos, en cuanto reuna el valor de entrar en la bodega y enfrentarme a él.

—¿Acaso tenemos que entrar contigo? —me pregunta Reid, al ver que llevo cinco minutos plantado frente a la puerta.

—No quisiera molestar —digo, porque sé que cuando Peter Johnston se encierra en la bodega con las barricas es porque algo no va bien y le carcome por dentro; y normalmente, cuando está así, no quiere que lo molesten. Además, para ser completamente sincero, tampoco quisiera que esta fuera la excusa de los dos hermanos Johnston para hacerme pagar por haberme… cómo decirlo… entretenido con Ellie.

—Te está esperando —me dice Shane—. Y sabes que cuando el jefe llama…

—No debemos hacerlo esperar —termino yo por él.

—Ya que has hecho los deberes, ¿qué demonios haces todavía aquí fuera?

—¿No deberíamos darle un repaso primero? —pregunta Reid.

—¿Y para qué?

—Para que se vea que, bueno… en fin, que hemos defendido el honor de nuestra hermana.

—Creo que de eso ya se ha encargado ella —dice Shane, señalándome la cara—. Y de sobra. Joder, tío, ¿te has puesto algo en eso?

—¿Tú qué crees? —le respondo molesto.

—Te ha dejado hecho polvo. Se ve que de verdad quería defender su postura —concluye Reid, entre risas.

A estas alturas, prefiero enfrentarme a Peter Johnston, al despido inminente y, tal vez, incluso a recibir un par de patadas en el trasero

—si eso le hace feliz— antes que quedarme aquí escuchando a estos dos gilipollas mientras se ríen de mí.

Dejo escapar un largo suspiro y empujo la puerta de madera, listo para asumir la responsabilidad del gran estropicio que he causado.



LA LUZ ME REVELA LA FIGURA DE PETER JOHNSTON, SENTADO EN UN taburete de madera, mirando fijamente sus barriles en religioso silencio. Avanzo despacio y me acerco, pero no demasiado; no vaya a ser que, en un arrebato de locura, agarre el taburete y me lo estampe en la cabeza.

Peter no tiene un carácter precisamente apacible. Se dice que, de joven, era de los que siempre quería tener razón, y que se pasaba las noches liándose a puñetazos en los pubs con todo el que no le caía en gracia. Y creo que ahora mismo yo encabezo la lista de los que no puede ni ver; y estoy seguro de que todavía pega fuerte.

—¿Sabes cuál es mi whisky favorito? —pregunta sin mirarme.

Trago saliva, nervioso, e intento decir algo neutro, porque me da miedo que, si me equivoco en la respuesta, me meta a presión en uno de sus barriles.

—No, señor.

Hace un leve gesto con la cabeza, no sé si de aprobación o de fastidio, y luego señala las barricas donde su mejor whisky envejece durante veinte años.

—Por supuesto.

Es evidente que es su favorito: el más puro, el más selecto y también el más caro; lo cual, para un hombre de negocios como él, imagino que es ya la mitad de la batalla.

—Para obtener los mejores productos hacen falta tiempo, paciencia y mucho esfuerzo.

Finalmente se vuelve para mirarme y, por la luz que se filtra por los resquicios de la puerta de madera, me doy cuenta de que su

expresión no es la de alguien cabreado que quiere arrancarte las pelotas, sino la de una persona cansada y preocupada.

—Pasión, dedicación y amor.

Se pone de pie y se acerca.

No estoy seguro de que siga hablando del whisky, así que me quedo en silencio para evitar hacer el ridículo.

—Hay que saber conquistar aquello que deseamos.

Vale, definitivamente no estamos hablando de whisky.

—Y tú ni siquiera sabes por dónde empezar. Eres alguien que se esfuerza, pero que pone su energía en las batallas equivocadas.

—No sé de qué estás hablando —le digo con sinceridad, porque me he perdido hace ya unas cuantas frases.

—Exacto —su tono se vuelve más duro—. Por eso te he hecho venir.

—Mira, Peter, respecto a lo que pasó ayer… de verdad que lo siento mucho.

—Eso espero.

—Y te juro que, si pudiera volver atrás…

—¿Qué? ¿No detendrías la boda o no te acostarías con mi hija?

—No puedo responder a eso.

—Entonces deja de decir chorradas.

—No entiendo… ¿No me has hecho venir aquí para despedirme?

—¿Y por qué debería hacerlo?

—¿Porque destruí la vida de tu hija?

Se echa a reír tan fuerte que me da miedo que esté a punto de perder la cabeza allí mismo, delante de mis narices.

—Alex, Alex, Alex —me rodea los hombros con un brazo—. Ven, vamos a tomarnos algo.

—Pero si son las nueve de la mañana.

—Eso significa que nos tomaremos un té. Con un chorrito de whisky… ya sabes, para cuidar la garganta.

—Tu garganta está perfecta, Peter.

—Se llama prevención, muchacho.

Niego con la cabeza y le sigo hasta el fondo de la bodega, donde hay un pequeño rincón bar —este sitio está lleno de rincones bar, y eso no siempre es algo bueno—. Nos esperan una mesa de madera

sin tratar y dos taburetes hechos completamente a mano por el propio Peter.

Él prepara dos tés y coloca uno delante de mí; luego coge una botella de la estantería y vierte unas gotas de whisky en mi bebida. En la suya echa algo más que unas gotas, pero ¿qué más da? A estas alturas, por sus venas corre más *single malt* al 50 % que sangre.

Se sienta frente a mí y bebe unos sorbos. Parece relajado ahora, así que aprovecho para tantear el terreno.

—Ehm… Has dicho que no me despedirías, ¿o me equivoco? —mejor dejar las cosas claras y, si es posible, por escrito. Nunca se sabe.

—No, Alex. No te despediré.

—¿Y tampoco a mi madre ni a mi abuelo?

—A ellos menos todavía.

Suelto un suspiro de alivio.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo?

—Claro que estoy enfadado contigo. ¿Te parece manera de decirle algo así a una mujer? Si estabas enamorado de ella, tenías mil momentos mejores para decírselo.

—Frena, Peter, yo no he dicho que estuviera enamorado de ella.

Me mira con una expresión condescendiente.

—Entonces, ¿por qué has armado todo ese lío?

—Bueno, porque… porque Chase no es el hombre adecuado para ella.

Con Justin funcionó, ¿no?

—Mmm… ¿Y quién sería el hombre adecuado para ella, tú?

—¡No! ¡Definitivamente no!

—Entonces no impediste la boda porque quisieras estar tú en su lugar.

—¡No! —salto del taburete.

—Vale —bebe otro sorbo—. Así que lo hiciste por una causa noble.

—E-exacto.

—Has provocado un buen revuelo para ser solo una causa noble que defender, Alex.

Suspiro.

—Lo siento.

—No me sirve de nada que lo sientas. Pensaba que tenías un plan.

—En realidad no. Ayer tampoco lo tenía.

—Dios mío, Alex —se levanta y viene hacia mí—. Las cosas se piensan, se organizan —niega con la cabeza—. Tienes que espabilar.

—¿Espabilar para qué?

—Dentro de poco Ellie estará aquí.

—¿Ellie vendrá a casa? —pregunto, entrando en pánico.

No había pensado en el después del sabotaje de la boda. O, mejor dicho, había esperado un giro que nunca llegó, pero no había pensado en qué pasaría después de su rechazo, después del puñetazo, después de que ella escapara.

—Volverá tarde o temprano, es cuestión de días.

—¿Qué quieres decir?

—No eres muy intuitivo, muchacho.

—Solo soy un destilador, Peter.

Me sonríe con afecto.

—Eres una buena persona y estás muy ligado a este lugar, a las raíces, a la tradición… Eres tú.

—¿Quién?

—Eres el que conseguirá traer a Ellie a casa.

—¿Yo? ¡Pero si fui yo quien hizo que se escapara!

—Ella no ha escapado. Solo está dando el rodeo más largo antes de tomar el sendero que conduce a casa.

—Peter, de verdad no sé qué se te ha metido en la cabeza, pero…

—Nunca me gustó. Ya lo sé, no debería decirlo: es el hijo de mi socio, lo conozco desde que era un niño, venía a mi casa como tú, pero nunca me gustó.

Lo miro confundido.

—Demasiada ambición y demasiada autoestima.

—¿Quieres decir que yo no tengo ninguna de las dos cosas? Bueno, gracias, ya lo sabía.

—Él solo quería llevársela lejos.

—¿Así que te parezco bien yo porque sabes que moriré aquí? ¿Quieres a alguien que retenga a Ellie? ¿Eso es lo que quieres? ¿Que tu hija se quede atascada aquí, que trabaje en la empresa familiar, que no tenga sueños ni proyectos, que se convierta en la sombra de otro? No cuentes conmigo para eso. No lo haría jamás. Ellie es perfecta tal como es y, si quiere irse al otro lado del mundo, si quiere trabajar por su cuenta, si quiere… mandar a la mierda este sitio, a ti, a la destilería y todo lo que le dé la real gana, lo hará y yo estaré orgulloso de ella.

Me doy cuenta de que he alzado la voz solo cuando siento la garganta en llamas. Ahora sí que necesitaría un buen whisky, y sin estúpidas bebidas calientes aguándolo.

Peter me mira durante algunos segundos, con el rostro inescrutable. No sé si está a punto de echarme, tragándose sus palabras de antes, o si va a soltarme un puñetazo en la nariz, que esta vez seguro que se rompería. No puedo tener tanta suerte tres veces seguidas.

—¿Lo ves?

—¿Qué? —pregunto, al borde de un ataque de pánico.

—Eres tú, muchacho. Tú la traerás a casa. ¿Y sabes por qué?

A estas alturas no estoy seguro ni de haberme levantado de la cama esta mañana.

—Porque tú nunca le pedirías que se quedara.

En eso tiene toda la razón.

—Solo necesita tiempo para entender que ama este sitio y… a la gente que vive aquí —me regala una media sonrisa—. Y lo hará. Puedes apostar.



VUELVO A CASA CON UNA DE LAS FURGONETAS DE LA EMPRESA. DESPUÉS de llevarme a ver a Peter, Shane y Reid se esfumaron y, como me quedé tirado, tuve que apañármelas como pude. Siempre hay dos o tres furgonetas en el aparcamiento de la destilería, disponibles para recados o repartos. Por lo general, las llaves están puestas en el

contacto; solo hay que firmar al salir y dejar anotado cuándo se piensa devolver el vehículo.

La destilería Johnston es una empresa familiar en la que hasta el último empleado en llegar pasa a formar parte de esa familia que, desde hace generaciones, no solo saca adelante el negocio, sino que sostiene gran parte de la economía de la zona más occidental de Connemara, junto con el turismo. Estamos en la ruta de la *Wild Atlantic Way*: cada año, millones de turistas vienen a visitar las maravillas de nuestra tierra, aún salvaje y virgen, con sus playas de arena blanca y olas que atraen a surfistas de todo el mundo, una tierra de colinas y extensas llanuras, salpicada de lagos que aparecen tras kilómetros de carretera en plena naturaleza, y custodiada por el Parque Nacional de Connemara. Ya se trate de familias, parejas o grupos de jóvenes en busca de aventura, nuestra tierra es uno de los lugares más queridos de Irlanda.

La destilería es una atracción turística, además de la responsable de producir uno de los whiskies irlandeses más selectos. Hay visitas guiadas todos los días, degustaciones y eventos a los que siempre asistimos o patrocinamos. En definitiva, el whisky Johnston está por todas partes; ya forma parte del ADN de la gente de aquí.

Aparco en la entrada y me bajo. Mi abuelo y Justin están fuera, cortando leña: aunque todavía hace buen tiempo, siempre es mejor hacer acopio, porque el otoño está a la vuelta de la esquina y el frío siempre acecha.

Mi abuelo corta los troncos más grandes con el hacha, Justin los recoge y los apila en la leñera. Me gusta que haga cosas útiles tanto en casa como en el campo; aquí todos echamos una mano, nadie se queda sentado mirando cómo trabaja el otro. Así es como funcionan las cosas en la familia Brennan.

El abuelo se da cuenta de que he llegado y se detiene, con el hacha apoyada en el siguiente tronco.

—¿Dónde diablos has estado?

Noto el peso del móvil en el bolsillo. Podría haber llamado, si estaba preocupado, pero a mi abuelo no le gustan esos aparatos, así que no puedo fiarme del silencio del móvil.

—En la destilería.

Justin vuelve tras dejar la última carga y se acerca a mí. Me examina con atención y luego dice:

—No te han pegado otra vez, ¿verdad?

Sonrío a mi pesar.

—No.

—¿Problemas? —pregunta mi abuelo, sin querer entrar en detalles delante del niño.

—¿Te han despedido? —mi hijo, en cambio, pregunta sin rodeos.

—¡Eh! ¿Quién te ha dicho eso?

—Les oí hablar a ellos —dice, señalando a mi abuelo con la cabeza; la otra interlocutora solo puede ser mi madre—. Decían que, después de la que liaste, acabaríamos todos debajo de un puente.

—¿De verdad? —le pregunto a mi abuelo.

Él se encoge de hombros, como diciendo: *¿qué puedo hacer?*

—Nadie va a ser despedido y nadie acabará debajo de un puente. Y ahora, ¿por qué no entras a ver si la abuela necesita que le echen una mano?

—¿Tengo que entrar porque vais a hablar de cosas que no puedo oír?

—Exacto.

Justin resopla, pero hace lo que le digo. Lo observo quitarse las botas, empujar la puerta del porche y desaparecer en el interior de la casa.

—¿Y bien? ¿A qué fuiste a la destilería?

—Peter quería hablar conmigo.

—¿De qué?

—No estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro?

—Me soltó unos rollos raros que ni yo mismo he terminado de pillar. Hablaba de paciencia y dedicación, y luego de traer a su hija a casa. Creo que se le ha metido en la cabeza que entre Ellie y yo…

La idea está tan fuera de lugar que ni siquiera me atrevo a formularla.

—¿Qué?

—Dice que nunca le gustó Chase.

—¿Y a quién le gusta Chase?

—A Ellie, por ejemplo, pero no es ese el punto. Él de verdad cree que yo podría… Es decir, ¿yo?, ¿te das cuenta?

—No mucho, la verdad, porque todavía no he entendido de qué narices estás hablando. O hablas claro o te callas la puta boca, porque no tengo tiempo para andar ordenando tus palabras para sacar una frase con sentido.

—Él cree que estoy enamorado de su hija.

—No quiero comerte más la cabeza, pero creo que, a estas alturas, todo el pueblo piensa lo mismo. Porque nadie se ha tragado el cuento de la noche de pasión.

—Que existió —me apresuro a precisar.

Porque es lo único que tengo de nosotros y quiero conservarlo.

Mi abuelo levanta las manos.

—No he dicho que no haya ocurrido, solo que no es el quid del asunto.

—¿Y cuál es, según tú?

—A eso tienes que llegar por ti mismo.

—No me estás ayudando.

—No he dicho que fuera a hacerlo.

—No soy el hombre que Peter cree que soy.

—¿Y qué cree Peter?

—Piensa que soy el único para su hija solo porque soy un pobre idiota que nunca le pediría que sea algo que no es, que sacrifique sus sueños por este lugar o... por mí.

—¿Y no es así?

—Yo solo quiero que ella sea feliz.

Mi abuelo sonríe, vuelve a agarrar el hacha y, antes de golpear el trozo de leña que ha quedado allí, esperando, me dice:

—Creo que Peter tiene razón.

CAPÍTULO 7
ALEX

El lunes por la mañana me presento en el trabajo tan temprano que solo encuentro al vigilante y a los dos encargados de control de calidad que han pasado la noche aquí y aún aguardan a que llegue su relevo.

He salido al amanecer, he dejado dicho a mi madre que lleve a Justin al campamento de verano y he corrido a la destilería antes de que el pueblo entero despertara. No podré evitar a la gente siempre, pero al menos estoy intentando conservar mi cara todo el tiempo que me sea posible, porque cuando Nolan me ponga las manos encima, creo que a Justin le va a costar reconocerme.

Mi familia y yo vivimos algo alejados de la ciudad. Bueno, decir *algo* es un eufemismo, y llamar ciudad a Cliathán lo es aún más. Digamos que estamos en campo abierto y que, a nuestro alrededor, no tenemos más que las ovejas de Porter —que vive a unas tres millas al norte— y las vacas de O'Brien, justo en la dirección opuesta, más o menos a la misma distancia. Para llegar a la destilería tengo que tomar la *Wild Atlantic Way,* que conduce hasta Cliathán y la atraviesa por completo, cruzar todo el pueblo y seguir hacia Clifden; allí, a unas quince millas al norte, se encuentra el gran complejo de la destilería Johnston.

La familia de Ellie vive a dos millas al este, en una casa georgiana que ha pertenecido a los Johnston durante generaciones, igual que la empresa, y que han renovado hace poco porque los hermanos ya son mayorcitos para vivir con Peter. La casa se remodeló, pero Shane y Reid aprovecharon el terreno familiar para construirse sus propias casas.

Ellie no quiso saber nada de aquello: no quería vivir aquí, en medio de la nada. Ella quería vivir en la ciudad, rodeada de gente que no sabe quién eres; quería ser una desconocida y, sobre todo, quería ser libre.

La familia Nolan tampoco vive ya en Cliathán, por suerte para mí. Se mudaron hace casi diez años, cuando Mark, el padre de Chase, decidió que estaba harto del whisky y montó una empresa de importación y exportación para distribuir marcas irlandesas por todo el mundo. Es la misma empresa en la que trabaja Chase —que es el director— y la misma en la que trabaja también Ellie... o trabajaba hasta hace dos días.

Mark Nolan sigue siendo socio de Peter, aunque con una participación minoritaria. Vendió parte de sus acciones para poner en marcha su negocio. Además, a él ni siquiera le gusta el whisky. Prefiere el ron, vete tú a saber por qué. "Nunca te fíes de alguien a quien no le guste el whisky", me lo ha dicho siempre mi abuelo. Y, de hecho, nunca me ha caído bien Nolan padre, ni siquiera de niño, cuando iba a jugar a casa de Chase. Siempre me trató como a un pobre paleto de campo, aunque le gustaba fingir que no era así delante de los demás. Yo lo dejaba pasar porque Chase y yo éramos amigos, porque estaba Ellie y porque mi infancia era feliz y despreocupada; no me apetecía estropearla por gilipolleces como esa.

Voy a la oficina para comprobar que las entregas previstas para hoy salgan a su hora, que la temperatura en la bodega y en la sala de destilación se mantenga constante, que no haya movimientos extraños en las salas y que ninguna máquina dé señales de fallo.

Lo hago todos los días. Es mi trabajo. Soy uno de los destiladores, pero si quiero llegar a ser jefe de equipo tengo que

esforzarme y tengo que demostrarle a Peter —y a todo el mundo aquí— que sé lo que hago y que se puede confiar en mí.

Ser destilador no es solo quedarse plantado todo el día delante de los alambiques, sino asegurarse de que nada en la cadena falle: que las materias primas sean de excelente calidad, que no haya retrasos de ningún tipo, que cada fase avance como es debido y que no se produzcan contratiempos.

Mi abuelo me ha enseñado gran parte de lo que sé; el resto se lo debo a Peter. A pesar de que ya tiene una edad y se ocupa de tareas más de gestión que de trabajar en primera línea, sabe más que nadie aquí y siempre se puede aprender algo de él.

Mi abuelo dice que antes todo era distinto, que el trabajo era más estresante y te absorbía por completo. Sin ordenadores que lo organizaran todo, cada fase debía vigilarse al milímetro, con atención constante y sin un respiro. Supongo que aceptar los cambios no es fácil para él, como tampoco lo fue para Peter ni para los que llevan aquí más de veinte años. Pero la producción ha aumentado, las ventas también, el personal trabaja con más calma y la empresa está en su mejor momento. Quizá mejor que nunca.

Me saco un café de la máquina —ni el bar ha abierto todavía— y bajo a los sótanos, donde mejor estoy. Abro la puerta y dejo mi vaso en el estante de la entrada, me cambio las zapatillas de deporte por las botas, me pongo el chaleco reflectante y me acomodo los cascos al cuello. Firmo el registro, cojo mi café y empiezo la ronda de inspección de los alambiques.

Antes siempre había, como mínimo, un destilador de guardia por la noche, pero ahora basta con un operador en la sala de control que se asegure de que no pase nada mientras no estamos los técnicos. A veces cubro yo ese turno para hacerle un favor a alguien. No me pesa y no me disgusta —aunque prefiero el trabajo de campo, con mis botas de goma—, pero no se me dan mal los ordenadores a pesar de no haber estudiado mucho. Todo es gracias a Ellie, que pasó muchas noches aquí conmigo enseñándome cómo funcionaban los programas. También pasó muchas noches en mi casa, ayudándome a ponerme al nivel de los que tenían más cultura que yo.

Me ha ayudado en muchas ocasiones, aunque nunca se lo haya pedido. No se rindió conmigo, ni siquiera cuando yo me enfadaba y lo mandaba todo al traste. Siempre creyó en mí, me animó y estuvo a mi lado, sobre todo cuando más lo necesitaba y no tenía intención de pedirlo.

Y ahora no está. No sé dónde se encuentra, ni si volverá algún día aquí, a su casa. No sé si volverá a mirarme a la cara después del desastre que he provocado, o si logrará pensar en mí sin verme como el cabrón que se aprovechó de ella cuando estaba borracha y creía se estaba acostando con su futuro marido. No sé si podrá perdonarme por haber echado por tierra sus planes y su futuro.

Si recordará alguna vez lo que dije, lo que ella dijo y esa sensación de que el mundo, por primera vez, giraba en el sentido correcto solo porque ella estaba, por fin, entre mis brazos.

~

AL MEDIO DÍA ME TOMO MEDIA HORA DE DESCANSO PARA SUBIR A buscar algo de comer. Normalmente voy al pueblo, al McNamara's, pero es mejor evitar los sitios en los que tendría que dar explicaciones. Prefiero mantener un perfil bajo hasta que esto se calme. Así que me dirijo al bar de la destilería, donde a esta hora solo están los trabajadores, y voy directo a la barra, decidido a pillar rápido un sándwich para comérmelo escondido en alguna parte.

—¡Aquí está nuestro rompebodas! —anuncia Mary, nuestra querida camarera de lengua afilada y voz chillona.

Perfil bajo, *¿no?*

—¿Chase Nolan aún no te ha encontrado?

Me siento en un taburete y señalo uno de los sándwiches de la vitrina.

—¿Me pones un BLT? Para llevar, gracias.

—Puedes pedir lo que quieras, cielo —baja el tono y se inclina hacia mí—. Pero solo si me cuentas si es verdad… bueno, ya sabes, toda esa historia.

—¿De qué hablas?

—¿De verdad te acostaste con Ellie Johnston la noche antes de su boda?

Qué cojones…

—Ánimo, tío —la voz de Shane aparece antes que su brazo, que se envuelve alrededor de mis hombros—. Este no es sitio para ti.

—No hay un sitio para mí en toda la ciudad, Shane.

—Olvida los sandwiches rancios de Mary.

—¡Eh! —se queja ella—. Los he preparado con mis propias manos hace menos de una hora.

—Precisamente: con tus manos. Vete a saber qué más habrán tocado.

—Eres un… —empieza ella pero Shane se ríe a carcajadas.

Yo le agradezco en silencio por haber venido a rescatarme y lo sigo fuera del bar.

—¿De verdad pensabas comerte uno de esos?

—No quería que me vieran por el pueblo.

—Tendrás que dar la cara tarde o temprano, ¿o piensas esconderte el resto de tu vida?

—Solo quería esperar unos días, dar tiempo a que todos encontraran otra cosa de la que hablar.

—Ya se habrán olvidado, créeme.

—Han pasado dos días.

—Dos días, precisamente. ¿Sabes cuántas cosas más importantes habrán ocurrido en ese tiempo?

—¿Tú crees?

—Qué les va a importar que se haya cancelado una boda.

—No estoy yo tan convencido.

—Además, Ellie y Chase ni siquiera viven aquí. No los consideran del pueblo.

Lo miro con dudas.

—Vamos, te invito a almorzar.

—No sé si es buena idea. Quizá podría saltarme la comida y salir un poco antes…

—¡Déjate de rollos! Tenemos cosas importantes de las que hablar.

—Espero que no sea una de tus gilipolleces, porque hoy no estoy para bromas.

—Al contrario, estoy seguro de que te va a gustar.

Cedo, porque de todos modos sería inútil resistirme, y me subo con Shane a la primera furgoneta que tiene las llaves puestas, rumbo al pueblo. Recorremos las millas que nos separan del centro, seguimos por la calle principal casi hasta el final de la zona de las tiendas y aparcamos justo frente al McNamara's, uno de nuestros tres restaurantes/bar/pub/taberna/garito donde se puede comer.

Bajo de la furgoneta maldiciéndome por no haber traído una gorra y lo sigo al interior. En cuanto cruzo la puerta, el murmullo de voces se detiene en seco. Alzo la vista despacio y compruebo que todas las miradas están clavadas en mí.

—Sabía que esto era una pésima idea —le digo a Shane entre dientes.

—Así que… —dice en voz alta Andy, el mayor de los hermanos McNamara, desde detrás de la barra—. Tú eres el que le ha dado una patada en el culo a Chase Nolan.

Trago saliva con dificultad.

—Oye, que por lo que yo sé, fue Chase quien le soltó la hostia… —rebate alguien, pero Andy lo manda a callar enseguida.

—Eh… Yo en realidad…

—¡Eh, Brian! —le grita Andy a su hermano, que está de pie en medio de la sala con una bandeja en la mano—. Despeja ahora mismo una mesa para el héroe del momento.

—¿Héroe?

—Pide todo lo que quieras, amigo. Hoy invita la casa.

—¿Has oído eso? —dice Shane frotándose las manos.

—Pero ¿qué diablos…?

—Has hecho muy bien —interviene Brian—. Lo único que lamento es no haberle visto la cara de gilipollas cuando se enteró de que Ellie se había foll…

—Ten mucho cuidado con lo que vas a decir, McNamara, porque te aseguro que no te gustarán las consecuencias —lo amenaza Shane.

Andy sale de detrás de la barra y se acerca.

—Ese cabrón se lo tenía bien merecido.

Lo miro confundido.

—Siempre me ha caído como una patada en los huevos. Y en cuanto a Ellie… Ella pertenece a este sitio, y no va a venir un gilipollas como Nolan a llevársela.

Esbozo una sonrisa forzada porque no sé qué responder, mientras me siento en una mesa que Brian ha despejado para nosotros.

—Ahora mismo estoy con vosotros —dice Andy, y regresa a la barra seguido de su hermano.

—¿Ves? —susurra Shane—. Nada de qué preocuparse.

Abre el menú y echa un vistazo, como si no se lo supiera de memoria. Yo me recuesto contra el respaldo de la silla de madera y le doy vueltas a las palabras de Andy.

Ellie no pertenece a este lugar. No pertenece a nadie. Y no permitiría que Nolan, ni yo, ni nadie la obligara a hacer algo que no quiere o no siente. Ni a tomar decisiones por la fuerza.

Si Ellie estaba allí, el sábado, junto a Chase, lista para pasar toda la vida con él, significa que eso era lo que realmente quería. Y que yo se lo arrebaté, como el capullo egoísta que soy, solo porque la quería toda para mí.

CAPÍTULO 8
ALEX

Brian nos trae dos sopas y dos sándwiches por cuenta de la casa y se aleja, contento de haber servido al héroe del momento, que se supone que soy yo.

—Te dije que no debías preocuparte —dice Shane y le da un mordisco a su bocadillo—. Ahora todo el mundo te quiere.

—¿Antes no me querían?

—Antes eras solo… tú.

—Y ahora, en cambio…

—Ahora eres el héroe, el caballero que rescata a damiselas en apuros.

Pero, ¿no me decía hasta ayer mismo que no asomara la cabeza porque todo el mundo querría mi pellejo? ¿Sirve de algo preguntarme por qué Shane es Shane?

—A mí me parece justo lo contrario —digo, clavando la mirada en mi plato.

—Dale tiempo al tiempo, ella también lo entenderá.

Suspiro y no respondo. Meto la cuchara en la sopa y me concentro en la comida.

—A propósito de eso… —Shane da un par de sorbos a su cerveza —. Tengo una información ultrasecreta que quiero compartir contigo.

Lo observo y guardo silencio. Me temo que este día va a terminar peor de lo que pensaba.

—Al parecer, Ellie no era tan sincera con Chase.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene un piso para ella sola en Galway.

Lo miro sorprendido.

—Un ático con vistas a la bahía.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Eso no lo sé, pero el contrato no se ha rescindido.

—Quizá no ha tenido tiempo de hacerlo —intento decir, pero la mirada de Shane me corta en seco de inmediato.

—¿Por qué una mujer que convive con su novio —novio con el que, además, está a punto de casarse— iba a tener su propio piso? ¿Y lo que es más, a escondidas?

—No sabemos si se lo ha ocultado a todo el mundo. Quizás Chase lo sabía.

—Conozco a mi hermana y sé que le gusta guardarse las cosas para ella.

—Estamos hablando de un piso, Shane. Es difícil mantener algo así en secreto, ¿no crees?

Shane se encoge de hombros, bebe unos cuantos sorbos más y apoya los brazos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—No se lo he dicho a mi padre ni tampoco a Reid.

—Pero me lo estás diciendo a mí.

Sonríe con picardía.

—Pensé que querrías usar esa información.

—¿Y para qué?

—No sé, quizá quieras ir a verlo tú mismo.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

Shane niega con la cabeza, contrariado.

—Madre mía, Alex, ¡qué lento eres para entender!

—¿Qué demonios debería entender?

Se acerca más a mí, como si temiera que nos oyeran.

—¿Dónde crees que se está escondiendo Ellie?

Abro la boca para responder, pero el corazón se me sube a la garganta e impide que me salgan las palabras.

—Podrías pasarte.

—No creo que quiera verme.

—Podrías intentar hablar con ella.

—O podría llevarme otro puñetazo en la nariz.

—Es bastante probable, pero creo que es un riesgo que puedes correr, ¿no?

Sonrío a mi pesar.

—Estoy seguro de que está allí.

—Puede… pero no me veo capaz.

—Eres un miedica —sentencia y tiene razón. Pero el verdadero motivo es otro.

—No quiero entrometerme más en su vida ni en sus decisiones, ya he hecho suficiente.

—Ya has empezado, tío, y ahora tienes que llegar hasta el final con esto.

—Me he plantado, Shane.

—Siempre puedes volver a empezar.

—Ya he hecho suficiente daño.

—A ver si lo entiendo… ¿Has interrumpido una boda solo para no verla casarse con Chase? ¿No tienes intención de intentarlo, de conquistarla…?

—No hay nada que conquistar.

—No me pareció eso cuando dijiste delante de todo el mundo que os habíais acostado. Tuviste agallas, tío, y me gustaste. Aunque prefiero no pensar en el verdadero significado de tus palabras, me gustaste. Como no me gustabas desde hacía mucho tiempo.

—Vaya, gracias.

—No es que seas precisamente un tipo brillante.

—¿Hoy va la cosa de cumplidos?

—Soy sincero, eres de los que la mayoría de las veces se duerme, mira para otro lado o se escaquea de cualquier problema. Eres de los que prefieren ver los toros desde la barrera.

—¿Y eso necesariamente tiene que ser algo malo?

—Si quieres quedarte mirando cómo los demás te quitan lo que quieres… Hazlo, no seré yo quien te obligue a mover el culo.

Lo escucho, pero no le doy pie a nada o no me dejará en paz nunca.

—Pero estás a un paso de arriesgarte, de intentarlo por fin… —suspira y se pone serio—. No ha sido agradable verte mirar a mi hermana durante todos estos años.

Mete la mano en un bolsillo y saca un papel arrugado. Lo desliza sobre la madera hasta que llega a mí. Bajo la mirada: una dirección de Galway escrita con su letra casi ilegible.

—Me gustaría que dejaras de mirar y pasaras a la acción. Este es tu momento, Alex. No pierdas más tiempo, porque no creo que quede mucho.



Y HEME AQUÍ. Estoy pasando a la acción, estoy viviendo mi momento, estoy intentando no perderlo todo sin haberlo intentado antes. Estoy haciéndole caso a Shane Johnston, y si lo hago, significa que estoy muy jodido y que he tocado fondo.

He salido media hora antes del trabajo y me he subido al coche rumbo a Galway. Una hora y veinte después, aquí me tenéis: aparcado al otro lado de la bahía, mirando fijamente el portal del edificio azul donde, al parecer, tiene un piso. Y digo al parecer porque no me fío al cien por cien de lo que dice Shane, pero esta vez he decidido concederle el beneficio de la duda.

¿Por qué?

Porque estoy desesperado, porque no sé qué hacer para que me perdone, para recuperar lo que teníamos antes de que yo lo estropeara todo. Porque me bastaría incluso con eso, lo juro, con tal de tenerla de nuevo en mi vida.

Vale, no es verdad. No me basta, ya no podría bastarme; no después de la noche que pasamos juntos. Pero cualquier cosa sería mejor que no tenerla en absoluto.

Ellie ha estado en mi vida desde el día en que nació. Mi abuelo y mi madre trabajaban para la familia Johnston cuando ella vino al mundo, y yo ya jugaba con Reid y Shane, y también con Chase. Era

extraño tener a una chica en el grupo. Creíamos que sería la más miedica, que lloraría por cualquier tontería y que iría corriendo a contarles a nuestros padres todas nuestras trastadas; la débil, a la que había que defender de los demás y tratar entre algodones.

Lo equivocados que estábamos lo fuimos comprendiendo con los años, a medida que Ellie crecía con toda su fuerza y su orgullo, con esa cabezonería suya y la necesidad de demostrarle al mundo que de débil no tenía nada, y que, en cuanto se lo propusiera, nos daría mil vueltas a todos.

Yo la admiraba como se admira algo que solo puedes observar de lejos pero que no tienes permitido tocar. De niño la seguía como una sombra. Quería ser como ella, aprender de ella. Quería ser su mano derecha, el que le pasa la cerilla justo antes de que haga arder el mundo.

Estaba pendiente de cada una de sus palabras y era bastante patético, más o menos como lo soy ahora. No sé si ella se daba cuenta, tan ocupada como estaba librando sus propias batallas, pero aunque así fuera, nunca me lo hizo pesar. A pesar de que yo me sentía un escalón por debajo, Ellie no me hacía sentir inferior, ni como alguien que no pertenecía al grupo; sus hermanos tampoco, aunque yo solo fuera el hijo de una empleada.

Al crecer, las cosas empeoraron. Mi admiración se convirtió en algo más evidente y más difícil de contener, pero, *eh*, yo solo era Alex. ¿Cómo podía pensar que sería yo a quien ella querría tener a su lado algún día?

Mis manos se cierran con fuerza en el volante y me maldigo, más de una vez y en voz alta, por haber escuchado a ese idiota y haber venido aquí para hacer... ¿qué? ¿Tenderle una emboscada en la puerta de su casa? ¿Hablar con ella, pedirle perdón o, quizá...?

Venga ya, Alex, no seas tonto.

Estamos hablando de la mujer que se metió en tu cama porque creía que eras su novio.

Y ni siquiera notó la diferencia.

Eso ya debería decirlo todo.

Giro la llave y enciendo el estéreo, decidido a dar la vuelta y olvidar que esta dirección existe, pero entonces la veo cruzar la calle

y caminar deprisa hacia el edificio.

I am the waiting one resuena en el coche y no podría ser más acertado, ni aunque fuera uno de mis propios pensamientos.

Me quedo paralizado, con el metal de las llaves clavándose en mis dedos, sin saber si seguir adelante con esta locura o volver a mis cosas, a mi vida de siempre. Mientras tanto, Ellie llega al portal y deja un par de bolsas de la compra en el suelo. Mete la mano en el bolso, supongo que buscando las llaves, abre la puerta, la sujeta con la cadera mientras recoge las bolsas y entra, dejando que el portal se cierre despacio tras ella.

Al fin dejo de apretar las llaves y apoyo la mano en el muslo, sin apartar la vista de la puerta por la que ha desaparecido. No sé muy bien qué espero. Minutos más tarde, una luz se enciende en el último piso y levanto la cabeza al instante. La veo de nuevo, se mueve por el apartamento sin molestarse en correr las cortinas. Supongo que será la ventana del salón. A esta distancia no se distingue mucho, pero la veo a ella y con eso me basta. Me basta con saber que está bien y que sigue siendo la misma: esa mujer capaz de volver a montar a caballo tras una caída, lista para el próximo desafío, incluso después de una dura derrota.

Vuelvo a poner la mano sobre las llaves y esta vez enciendo el motor, decidido a regresar a Cliathán y a no contarle a nadie que he estado aquí, que la he visto y que sé dónde está.

No revelaré su secreto. Si ha decidido quedarse aquí sola, sin su familia, no seré yo quien la obligue a volver. Si eso es lo que quiere, no seré yo quien se lo quite.

Tomo la carretera y salgo de la ciudad, rumbo a casa, con un peso menos que soportar porque sé que está bien, a pesar de mí; pero con un agujero enorme en el pecho, porque sé que está bien también sin mí.

CAPÍTULO 9
ALEX

El viernes por la noche, después de tocar un rato, como hacemos siempre, me quedo con Shane, Reid y un par de chavales de la destilería en el McNamara's. Justin se quedaba a dormir con unos chicos del campamento de verano —chicos que también van a su clase, porque por aquí no es que veamos muchos forasteros—, mi madre tenía su club de lectura y mi abuelo una de esas reuniones de «ex algo» sobre las que prefiero no preguntar.

Nadie me esperaba en casa, planes para el fin de semana cero patatero y mujeres en el horizonte… ni de coña. Así que me dije: ¿por qué no? Una hamburguesa, un par de pintas y unas cuantas charlas que, por suerte, no giraban en torno al gran follón. Una forma de pasar el rato y de no darle vueltas siempre a lo mismo.

A las doce y media de la noche estoy listo para volver a casa. Me despido de los chicos, salgo y me quedo con Shane y Reid fuera para fumar un cigarrillo.

—¿No lo habías dejado? —me señala Reid.

—No es asunto tuyo.

—Esa cosa te mata, tío.

En respuesta, le soplo el humo en la cara y Reid me hace una peineta. Como buen deportista, se preocupa por cuidarse y mantenerse en forma.

—Pero Reid tiene razón, habías dejado de fumar —comenta Shane.

Me encojo de hombros y apago el cigarrillo en el cenicero.

—Cosas que pasan —respondo de manera vaga—. ¿Nos vamos? —pregunto después, sabiendo que ninguno de los dos ha venido en coche.

—Yo voy delante —dice Shane mientras abre la puerta del copiloto.

Reid se acomoda en el asiento trasero, resoplando, y yo me pongo al volante. Meto la llave en el contacto, arranco y salgo del aparcamiento del McNamara's rumbo a la casa de los Johnston, justo a las afueras del pueblo, pero en dirección contraria a donde vivo con mi familia.

Conduzco esas pocas millas sin prestar atención a las charlas de borrachos de los hermanos y luego tomo el camino que lleva al claro desde el que se bifurcan los senderos que conducen hacia la casa principal y las dos casas más pequeñas que Shane y Reid levantaron para tener su propio espacio.

A mí también me gustaría hacer algo así. No quiero vivir con mi madre y mi abuelo toda la vida, pero tampoco dejarlos y marcharme. Me bastaría con tener una casita en el terreno familiar: lo justo para contar con un poco de privacidad y poder echarles un ojo, sobre todo al abuelo.

Me detengo en el claro, con el morro del coche apuntando hacia la casa principal, que está completamente iluminada por fuera, y apago el motor.

—Desde aquí seguís a pie, ¿no?

—Si no hay más remedio —Reid abre la puerta y se dirige hacia su casa.

—¿Qué haces mañana? —pregunta Shane.

—Dormiré hasta el mediodía, recogeré a Justin que está en casa de un amigo, comeré como un cerdo, echaré unas partidas a la Nintendo y trabajaré un poco fuera.

—Menudo plan…

—¿Tú tienes uno mejor?

—Yo no hago planes, voy donde me lleva la aventura. Deberías probarlo alguna vez, ¿sabes? Un poco de locura, de improvisación…

—Lo intenté una vez y mira cómo acabamos.

—Eso es porque no terminaste lo que empezaste, nunca hay que dejar un trabajo a medias —dice Shane mientras abre la puerta del coche, pero en cuanto pone un pie en la grava, la puerta de la casa principal se abre de par en par.

Ellie sale a toda prisa agitando los brazos por encima de su cabeza y gritando algo en gaélico, creo, porque cuando Ellie está cabreada de verdad prefiere el gaélico; y casi es mejor no entenderlo todo cuando eso ocurre, porque puede llegar a ser muy hiriente. Su padre la sigue y se queda a sus espaldas, mientras Ellie permanece ahí plantada, mirando fijamente la oscuridad que tiene delante.

—Qué demonios…

—Shh... Déjame oír. ¡Apaga los faros, joder! —Shane se agacha en el asiento. Hago lo que me dice y lo imito.

—Si nos ven, estamos jodidos —le señalo.

—Te echaré la culpa a ti.

—Como siempre.

Ellie se gira lentamente hacia su padre. La luz de una farola que se encuentra justo a su lado le ilumina el rostro, tenso y cansado.

—¿Por qué no me dejaste intentarlo? —pregunta.

—Porque las cosas iban perfectamente así.

—Tú no confías en mí, en mi criterio… No crees en mis ideas.

—Confié en ti cuando dijiste que querías casarte con Chase Nolan. Y mira cómo hemos acabado todos.

Ellie cruza los brazos sobre el pecho.

—Estás hablando de mis decisiones sentimentales, papá. No tienen nada que ver con esto. Aquí hablamos de la empresa familiar. Del futuro.

—No me pareció que te importara tanto el futuro cuando nos dejaste para irte trabajar con los Nolan.

—También estaba trabajando para ti.

—Te fuiste.

—Tú me obligaste a hacerlo.

—No, Ellie, fuiste tú quien decidió darnos la espalda y ahora tienes que apechugar con lo que dejaste atrás y con lo que ha quedado — sentencia Peter, antes de volver a entrar en la casa y dar un portazo.

Ellie se queda mirando el punto por el que ha desaparecido unos instantes, luego niega con la cabeza y se da la vuelta, caminando hacia el jardín que bordea la parte trasera de la casa y perdiéndose en la oscuridad.

Shane abre de inmediato la puerta del coche.

—Esto pinta muy mal, tío —baja y se vuelve hacia mí—. Los problemas acaban de empezar, Alex. Procura no echarte atrás esta vez, porque puede que te necesitemos.

Shane camina rápidamente hacia el jardín, imagino que para seguir a Ellie, mientras yo pongo el coche en marcha y me largo de la casa de los Johnston antes de que ella regrese y descubra que lo he visto todo.

Ellie ha vuelto. Tal y como dijo su padre. Tal y como dijeron sus hermanos. Ellie está en casa y, por lo que he visto, su regreso no ha sido precisamente agradable. Temo que la situación solo pueda empeorar. Y tengo miedo de haber sido yo quien ha dado inicio a todo esto.

Ahora solo me queda encontrar la manera de terminar lo que empecé, como ha dicho Shane, y, por una vez, quizá, llegar hasta el final.

CAPÍTULO 10
ALEX

Después de pasarme el sábado atrincherado en casa por miedo a que alguien viniera a buscarme —y esta vez solo para liquidarme —, el domingo por la mañana llevo a Justin al campo para el primer partido de la temporada.

Aunque todavía estamos en plenas vacaciones de verano, el equipo lleva un par de semanas entrenando y hoy el entrenador ha decidido que era el momento de jugar un amistoso —me entra la risa de solo pensarlo— y ver cómo estamos de cara a esta temporada.

Cómo se supone que tenemos que estar no lo sé. Estamos hablando de un equipo de críos de GAA[1], en un pueblo perdido de Connemara, patrocinado por el McNamara's, y solo porque Reid obligó a los hermanos propietarios del bar a hacerlo. La destilería no era apropiada, teniendo en cuenta que hablamos de un equipo de menores. Así que, ¿cómo coño vamos a estar?

Reid es el entrenador, por desgracia para los chavales y para nosotros, porque es de los que no saben aceptar las derrotas y derrotas, lamentablemente, acumulamos unas cuantas. Pero que nadie se atreva a decir que es culpa del entrenador, o nos encontramos con las ruedas del coche rajadas de arriba abajo. Y no

es plan quedarse tirado en un sitio como este. Menos que menos de noche, con un entrenador cabreado al acecho.

A Justin le gusta jugar, sobre todo porque hay algunos de sus compañeros de clase en el equipo, no tanto por vocación. Pero está bien: solo tiene ocho años y todo el tiempo del mundo para decidir qué le gusta y qué no. No seré yo quien le meta prisa.

Mi madre hoy tenía turno en la destilería y mi abuelo no es nada aficionado a los deportes, así que estoy aquí solo, con los ojos más pendientes de lo que pasa a mi alrededor que del partido, porque tengo la sensación de que en cualquier momento alguien va a aparecer de la nada para cortarme los huevos.

Me quedo detrás de Reid y de su asistente, Brian McNamara —que exigió el puesto por ser el patrocinador del equipo; en este sitio nadie hace nada si no obtiene algo a cambio—, esperando que, si la cosa se pone fea, al menos uno de los dos se apiade de mí y me defienda. Trato de prestar atención al campo al menos con un ojo, para que luego Justin no me diga que me he perdido alguna jugada —estoy intentando no reírme— o un tiro a portería, y contenerme aquí es casi imposible.

Tras el juego toca reunión en el McNamara's, como manda la tradición, con hamburguesas para todos y discusión sobre el partido, que a los niños nunca les viene bien y que a nosotros, los adultos —hoy me lo tomo todo a risa—, nos viene aún peor. Pero es la tradición y ya estoy metido en esto sin mi consentimiento, así que no puedo echarme atrás.

El gran ausente del día es Shane, que suele pasarse por el campo al final del partido, más para meterse con su hermano que por otra cosa, y también para pillar una hamburguesa gratis, no nos olvidemos. Me parecería raro si no supiera que ella ha vuelto, que los líos con su padre ya han empezado y que, probablemente, Shane ya esté metido en medio, como siempre.

Ellie y su padre nunca se han llevado bien. No estamos ante el típico caso de "la niña de papá". Aquí nos encontramos con algo mucho menos idílico: una hija que hace lo imposible por parecerse a su padre, mientras que el padre hace todo lo que puede por mantenerla lejos de él. No sé si es algo hecho a propósito, si ambos

son conscientes de que se están poniendo la zancadilla el uno al otro o si simplemente está en su ADN intentar herirse para no tener que quererse. Pero su forma de actuar es devastadora para su familia, para la empresa y para todos los que les quieren.

Fui yo quien llevó a Ellie a la estación cuando se marchó. No quiso que la ayudara con las maletas, no quiso despedidas, aunque los dos sabíamos que no iba a volver. No se marchaba únicamente para ir a la universidad; se iba de aquí, de su familia, y se lanzaba a la búsqueda desesperada de un lugar propio en el mundo.

No la detuve. Ni siquiera intenté disuadirla. ¿Para qué hacerlo? Ellie sufría aquí. Se sentía asfixiada. Sentía que tenía que ser lo que su familia esperaba de ella, cuando ella quería justo lo contrario.

La vi subir al tren, sentarse y despedirse de mí con la mano desde el otro lado del cristal. Bajé la mirada porque, de lo contrario, no habría podido soportarlo. Me estaba despidiendo de lo más bonito de mi vida y tenía que fingir que estaba feliz de hacerlo. ¿Creéis que es algo fácil?

Tenía veintiséis años y estaba enamorado. Nunca la vi como la hermana que no tuve ni tampoco solo como una amiga, quizá porque hasta que no fui adulto no entendí qué significaba ese nudo constante en el estómago cada vez que me miraba.

Supe aquel día, el de su partida, como ya lo sabía antes, que no amaría a ninguna otra. Y supe también que renunciaría a mi propia felicidad si eso significaba poder verla a ella feliz.

Así que me tragué mi estúpido amor y, creédme, fue como dejar que mil fragmentos de cristal atravesaran mi cuerpo, intentando que no se me clavaran en los puntos vitales y haciendo lo posible por seguir vivo.

Sentí de pronto sus brazos rodeándome el cuello, su cuerpo apretado contra el mío, mientras hundía el rostro en el hueco de mi cuello. La abracé con todas mis fuerzas, sabiendo que tendría que soltarla en el momento justo, pero ese momento nunca llegaría para mí, y ella lo sabía perfectamente. Por eso aquel día me susurró algo al oído, algo que me hizo, estúpidamente, albergar esperanzas.

—Eres lo único que voy a echar de menos de este lugar.

Y yo me lo creí.

Y le di mil vueltas a esa frase durante años, intentando encontrarle un significado que no me obligara a seguir esperando. El problema es que yo solo le veía un único sentido. Y ese pensamiento me acompañó durante años, todos los días y todas las noches, hasta aquella en la que me decidí a correr a su lado dispuesto a decirle que era lo más bonito que había tenido en mi vida.

La misma noche en la que mi vida cambió de repente, sin que yo lo hubiera previsto. Y para siempre.



Cuando llegamos al McNamara's son casi las dos de la tarde, la hora a la que el pueblo empieza a despertarse el domingo. Las pocas tiendas que hay abren sobre la una, mientras que el pub lo hace hacia el mediodía, para los que se quedan a comer o a ver los partidos, a la espera de la noche, que de todos modos los domingos termina bastante pronto y sin grandes emociones.

Los críos se instalan en una mesa de la sala del fondo, que normalmente no se usa mucho y que Andy ha preparado para ellos. Nosotros nos sentamos en la barra de la sala más pequeña, donde podemos cabrearnos y levantar un poco más la voz sin molestar a nadie. No es que yo me enfade ni grite por el partido de los chavales, pero tengo que implicarme de alguna manera en la vida social de Justin y no puedo hacerle pasar vergüenza.

Hoy no hemos perdido, hemos empatado y aunque solo era un amistoso, están tan eufóricos que Brian está tirando pintas para todo el mundo, incluso para los que no son del club.

Se está tomando muy en serio lo de ser el patrocinador.

De vez en cuando hago algún comentario, intentando meterme en la conversación para no parecer el típico idiota que no tiene ni idea de qué se está hablando. No es nada fácil formar parte de una comunidad como esta cuando eres solo Alex: alguien que vive por su familia, por el whisky y por una mujer que nunca se despertará a mi lado cada mañana.

Intento estar presente, participar, como hacen mi madre o mi abuelo. A veces incluso voy a las ferias, y no os creáis que me divierte. Hago lo que puedo, me planto una sonrisa amable en la cara y doy lo que puedo, cuando puedo.

No soy un antisocial. Solo soy una persona de carácter tranquilo y reflexivo, poco dado a la juerga o a salir más de la cuenta, a conocer gente y... Vale, supongo que, dicho así, sueno bastante aburrido. Pero también sé ser alguien agradable, ¿sabéis? Si no, Ellie no habría pasado tanto tiempo conmigo. Ella no es de las que se callan las cosas: si no le gustas, te lo escupe a la cara y no hay nada que puedas hacer para cambiarlo.

—¡Me cago en la leche! —exclama Brian de repente desde detrás de la barra.

—¿Qué pasa? —pregunta Reid, girándose en el taburete—. Joder, esconde los cuchillos, McNamara, que la cosa se va a poner peligrosa.

Yo también me giro, solo para verla a ella cruzar el umbral del bar junto a su hermano Shane. Saluda a alguien en la barra principal, justo frente a la entrada, repartiendo sonrisas y frases de compromiso, mientras Shane, a su lado, mira alrededor nervioso, imagino que buscándome a mí. No sé si para avisarme que desaparezca y salve mi culo, o para decirle a su hermana dónde estoy, pero creo que lo descubriré en los próximos treinta segundos.

—Por detrás —dice Andy.

—¿Qué?

—No quiero muertos en mi bar.

—¿Qué demonios…? Vamos, no ha venido aquí por mí, ¿verdad? —le pido confirmación a Reid, que como única respuesta hace una mueca con la boca que no sé muy bien cómo interpretar.

Vuelvo a mirar hacia ellos, justo a tiempo para ver a Shane hacer el gesto de degollarse con el dedo.

—Pues sí, amigo —coincide Brian—. Te está buscando a ti.

Me levanto de un salto al oír las palabras de Brian y, con los nervios de verla tan cerca, golpeo mi jarra, que cae al suelo y se hace añicos. Alzo la vista de inmediato para comprobar los daños, y no me refiero al puto vaso roto, sino a ella, que se ha dado cuenta

de que estoy aquí y que en cualquier momento se me lanzará al cuello y me estrangulará con sus propias manos, como imagino que merezco.

—Corre —me dice Reid al oído—. Rápido. Yo me encargo de Justin.

Hago lo que dice, porque soy un idiota certificado, y corro hacia la salida trasera, apartando a un par de personas que se cruzan en mi camino. Abro la puerta de par en par y salgo al aire libre, caminando a toda velocidad hacia mi coche. Busco las llaves en el bolsillo de los vaqueros, pero no se me da bien hacer las cosas cuando hay prisa.

—¿Qué hacías ahí? —su voz me llega desde atrás.

Joder, qué rápida es.

—Estaba comiendo con los chicos, como todos los domingos.

—Sabes de qué hablo.

Reúno valor y me giro hacia ella.

Y no, el valor no es suficiente.

—¿Cómo lo supiste? —su tono es acusador y estoy seguro de que está bastante cabreada. No me sorprendería que empezara a gritarme algo en gaélico.

Dios mío, Ellie.

Qué guapa eres, sobre todo cuando estás cabreada.

—No te encontré yo.

—Pero fuiste tú quien vino.

Me encojo de hombros porque no sé qué decir.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo Shane, él te encontró.

Asiente lentamente.

—Ninguno de los dos se lo dirá a nadie.

—No importa —dice con orgullo, pero tengo claro que para ella es como si hubiéramos invadido su vida.

Sé que tengo que hacerlo, no sirve de nada posponerlo o buscar las palabras adecuadas.

—Lo siento.

Sinceridad ante todo, ¿no?

Ah, claro, y lo digo yo que me he pasado los últimos años de mi vida mintiendo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Cómo han ido las cosas.

Y no podría ser más sincero, porque para esta historia soñaba con un final diferente, pero no creo que a estas alturas ella quiera saberlo.

—Yo confiaba en ti —dice con dureza, pero sin mostrar ninguna emoción, y quizá eso sea lo que más duele.

No siente nada por mí, ni siquiera resentimiento, y ahora mismo incluso eso me iría bien.

—Me engañaste.

—No, Ellie… —doy un paso en dirección a ella, invadido por una oleada de valor, pero enseguida retrocede.

—Te aprovechaste de mí.

Eso cuesta digerirlo.

No me aprovecharía ni del último desconocido sobre la faz de la tierra, mucho menos de la mujer por la que respiro.

—Éramos amigos.

No sé qué duele más: el verbo en pasado o el sustantivo que ha usado para definirnos. Creo que, en este momento, pesan lo mismo en la balanza.

—No me lo puedo creer —niega con la cabeza—. ¿Qué clase de hombre hace algo así? ¿Y para qué? ¿Solo para acostarte conmigo? ¿Qué creías que iba a pasar?

Llegados a este punto, no puedo decirle por qué lo hice y también me parece inútil explicarle cómo ocurrieron realmente las cosas.

—Ni siquiera puedo mirarte.

Y es verdad, no lo hace. Y yo no puedo ver si ahora sus ojos son azules como el agua que llega a la orilla y te moja los pies, o azules como el cielo del atardecer cuando está a punto de sumergirse en la noche.

—Me has arruinado la vida.

Esta vez no suena dura, suena decepcionada y eso es aún peor.

Se da la vuelta y regresa hacia la puerta principal, donde prácticamente están apostados todos los que estaban en el bar, incluidos sus hermanos y Justin, a quien tendré que explicarle, una vez más, por qué he hecho llorar a una chica. Porque sé que Ellie estaba a punto de hacerlo, lo he notado por la forma en que sus cuerdas vocales han temblado en la última sílaba.

Cuando llega a la puerta, todos se apartan para dejarla pasar y luego se vuelven hacia mí. Algunos niegan con la cabeza, otros ponen los ojos en blanco. Juraría haber visto incluso a un par de personas mascullar «puto idiota», algo ante lo que no tiene sentido defenderse.

Poco a poco cada quien regresa dentro y a lo suyo, excepto Justin, que se queda en la puerta con Shane y Reid, mirándome con una mezcla de pena y dolor, como solo puede hacerlo un niño de ocho años que ha entendido mucho más de la vida que tú.

Y ahora tendré que explicarle por qué a un hombre de treinta y seis años, crecidito como yo, le cuesta tanto decirle a una mujer que, durante toda su vida, no ha hecho otra cosa que esperarla.

---

1 Fútbol gaélico

CAPÍTULO 11
ELLIE

Me siento en la barra, de donde mágicamente ha desaparecido todo el mundo, y un vaso se materializa de inmediato ante mis ojos.

Levanto apenas la vista para encontrarme con la sonrisa de Andy.

—He pensado que lo necesitabas.

—Solo si no lleva el nombre de quien ya sabes.

Andy se ríe.

—Conozco a mi clientela.

Sirve un líquido claro en mi vaso y luego vuelve a cerrar la botella, guardándola debajo de la barra.

—No soy clienta tuya.

—Lo fuiste, y yo nunca olvido una cara… ni tampoco sus gustos.

Me lo bebo de un trago y dejo el vaso sobre la barra.

—¿Dónde se han metido todos? Juraría que esto estaba bastante lleno hace unos minutos.

—Están apiñados en la sala de al lado, fingiendo que no tienen curiosidad por saber qué ha ocurrido ahí fuera.

—No creo que quede nadie en este pueblo que no sepa lo que pasó entre Alex y yo.

Andy se encoge de hombros y le señalo el vaso para que me sirva otro.

—¿Has comido al menos? ¿Quieres que te traiga algo para picar?

—Por favor, Andy. Soy una Johnston.

Andy me complace y vuelve a llenar mi vaso.

—Solo espero que no hayas venido con tu coche.

—He venido con el idiota de Shane. Ya ni siquiera tengo coche, el que usaba era de la empresa. Digamos que me lo requisaron, no muy amablemente, el lunes por la mañana, junto con el resto de mi vida. —Me bebo el contenido del vaso y la rabia vuelve a encenderme las mejillas—. Gracias a quien tú ya sabes.

Andy vuelve a llenar mi vaso. Siempre ha sido mi favorito de los hermanos McNamara.

—¿Has vuelto por eso? ¿Porque no tienes otra alternativa?

—No.

Bebo, esta vez solo un sorbo, y vuelvo a dejar el vaso.

—Entonces, ¿por qué?

Andy y yo éramos amigos, como casi todos en el pueblo. Él no era de los que iban causando estragos, como su hermano Brian, ni de los que corrían detrás de las chicas. Era más tranquilo, reservado, discreto… un poco como Alex, y es por eso que me gustaba su compañía.

Andy me conoce bastante bien, a pesar de que hace mucho que no vengo por aquí, al menos no de forma asidua. De vez en cuando venía a ver a mi padre y a mis hermanos, me quedaba unos días, pasaba las fiestas aquí, en familia y con amigos, pero luego me marchaba, porque al cabo de un tiempo en este lugar, la familia, la destilería… empiezan a engullirte sin piedad. Y yo estaba intentando desesperadamente mantenerme al margen.

Me dolía irme, veía la tristeza en los ojos de mi padre, de mis hermanos, de Alex, que se esforzaba por decir algo gracioso y acababa diciendo justo lo que no debía. Pero nada de eso bastaba para hacer que me quedara.

—No debería haber vuelto —reflexiono en voz alta.

—Pero lo has hecho.

—Al parecer.

—Y has dicho que no estás aquí porque no tienes otra alternativa.

—Lo he dicho.

Me acabo la copa.

—Entonces tienes un motivo.

—Si lo tuviera, no te lo diría a ti, Andy. Aunque seas mi camarero favorito.

—No se lo cuentes, por favor —Brian se entromete en nuestra conversación. Se acerca a su hermano y me sonríe—. Siempre es un placer verte, Ellie Johnston.

—No puedo decir lo mismo —miento y él lo sabe.

—¿A qué debemos tu presencia por aquí?

Andy le da un codazo.

—¿Qué he dicho? He hecho una pregunta.

—Una pregunta estúpida.

—No sé por qué estoy aquí, chicos —interrumpo su discusión.

—Entonces no has venido por Brennan, ¿no? —pregunta Brian sin rodeos y se lleva otro codazo de su hermano.

—No, Brian, no estoy aquí por Alex.

—Ah… —balbucea sorprendido—. Yo creía… Bueno, todo el mundo sabe que…

—¿Qué?

—Que vosotros dos… En fin —baja la voz y se acerca—, ¿habéis estado o no habéis estado…?

—¿Juntos en la cama? —le echo una mano, porque está claro que le cuesta decirlo—. Así parece.

Le pido a Andy un chorrito más y él me complace. Quizá sea un poco pronto para ponerse a beber, pero estoy en Cliathán, ¿qué otra cosa me queda?

Estoy en casa, con mi familia. Es como si hubiera retrocedido en el tiempo; como si los años que dediqué a labrarme una vida lejos de aquí nunca hubieran existido. Pero no he vuelto a casa de papá con el rabo entre las piernas. No pienso pedirle ayuda ni rogarle que me dé trabajo en la destilería.

Estoy aquí porque ha llegado el momento de tomar lo que me corresponde y de hacer valer mis razones y mis ideas.

Vale, mi boda se ha ido al garete. No me casaré con el hombre que imaginaba a mi lado y ya no trabajaré en la empresa que yo

misma ayudé a levantar, con mis propias manos y mis sacrificios. Pero no voy a quedarme en un rincón viendo cómo mi vida se desmorona sin hacer nada, lamiendo mis heridas o culpando a otros por mis errores.

A excepción de Alex Brennan. A él sí que hay que culparlo. Porque puede que yo estuviera borracha, puede que fuera una tonta, pero él no tiene ninguna justificación. Él debería haberme dicho que estaba haciendo una estupidez. Y, en lugar de ello, se aprovechó de la situación, de mí… Me dejó creer que él era…

—O sea, que no iba de farol.

Levanto la cabeza ante la afirmación de Brian McNamara.

—¿Cómo dices?

—Brennan. No es de los que van de farol.

—Alex no se dedica a ir inventándose cosas —lo defiende Andy—. No lo hacía de crío, ni siquiera cuando era verdad. —Me mira un instante y es como si acabara de darme una bofetada—. Mucho menos ahora.

En eso Andy tiene razón. Alex no es ese tipo de persona. No lo era cuando podía permitirse ser un cabrón rompecorazones, y mucho menos ahora, que es un hombre con una tonelada de responsabilidades encima.

Él no va por ahí contando milongas.

No inventa cosas y no airea lo que le pasa.

Nunca se ha jactado de una noche de pasión, de una conquista ni de ninguno de sus éxitos.

Y, sin embargo, sintió la necesidad de mandarlo todo al garete, de cargarse mi boda y decir delante de todos los presentes que nosotros dos nos habíamos acostado juntos.

Y conmigo estuvo. No se echó atrás, no intentó detenerme. Arriesgó todo lo que tenía por una sola noche, la noche antes de mi boda, conmigo.

Alex no es alguien que arriesgue, ni que se exponga ni que se aproveche de los demás.

Alex no es ninguna de esas cosas y, llegados a este punto, no puedo evitar preguntarme si de verdad es la persona que creo o si

ha sido tan hábil mintiendo como para mantener esta farsa durante todos estos años.

Y si yo he sido tan estúpida como para creerle.

CAPÍTULO 12
ELLIE

De regreso en casa, no tengo ganas de volver a discutir con mi padre, así que me refugio en la casa de Shane sin pedir permiso. El dolor de cabeza que arrastro por el pésimo whisky que me he bebido en el McNamara's no me impide ir hacia el mueble bar de mi hermano en busca de algo que termine de rematarme, así quizá me desplome en su sofá y no abra los ojos hasta mañana.

—Ve con calma, que ni siquiera es de noche todavía.

—Tú a lo tuyo.

Encuentro la única botella que no lleva el sello de la familia y me sirvo dos dedos en un vaso.

—¿Tu idea de volver a casa es emborracharte todos los días para no darte cuenta de que, efectivamente, has vuelto?

—No tengo un plan muy definido, pero estoy en ello.

Me siento en su sofá y me quito los zapatos. Luego subo las piernas y las recojo bajo el trasero.

—Pero has vuelto, ¿no?

Lo miro fatal.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—No lo sé —suspiro con pesadez y me acabo el vaso—. Solo quería arreglar algunas cosas.

—¿Te refieres a la familia o quizás a…?

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre delante de mí —lo amenazo.

Shane esboza una media sonrisa.

—Vamos, que estamos hablando de Alex.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que lo perdonarás.

—Yo de ti no apostaría nada. Por ahora solo tengo ganas de... de cortarle las pelotas con el hacha de la leña.

—Ay… —Shane hace una mueca—. Eso suena bastante doloroso.

—Y aún así no sería suficiente —empiezo a moverme inquieta en el sofá—. ¿Te das cuenta que…? Que nosotros… Que él… ¡Dios mío!

Me cubro la cara con las manos.

—Te ha visto desnuda cientos de veces.

Aparto las manos y lo fulmino con la mirada.

—Ah, no creas que no sabía las veces que os escapabais para bañaros desnudos en Lettergesh.

—¿Y cómo sabes que íbamos desnudos?

Esta vez es él quien me mira de reojo.

—¿Y qué más da? Éramos jóvenes y libres. Además era de noche, lo has dicho tú mismo.

—Entonces, ¿el problema *es* que te ha visto desnuda?

—No seas idiota, ¿crees que eso me importa?

Me levanto y empiezo a pasear por el salón. La amargura que siento en el estómago cada vez que pienso en lo que Alex hizo —es decir, prácticamente cada dos minutos y medio— se mezcla con el escozor que me ha provocado el whisky.

—Éramos amigos.

Me ha costado horrores decirlo.

—Quizás no tanto.

Me vuelvo hacia él.

—Uno no se acuesta con sus amigos por error —comenta, ahora serio.

—¡Estaba borracha, Shane! —me altero de nuevo.

¡*Estaba borracha, borracha, borracha!*

Sigo repitiéndomelo una y otra vez en mi cabeza.

—Aquí también me toca hacerte notar un par de cosas.

—Si es absolutamente necesario… —resoplo con impaciencia.

—He estado borracho muchísimas veces y te aseguro que no es tan fácil no darte cuenta con quién estás teniendo sexo. A no ser que estuvieras inconsciente. Y entonces estaríamos hablando de otro problema muy serio del que, por desgracia, tendré que ocuparme, porque si Alex hubiera hecho algo así de verdad, me vería obligado a privarle de sus pelotas.

—No seas ridículo. Alex nunca haría algo así y tú lo sabes.

—A eso quería llegar —comenta satisfecho.

—Pero vamos a ver: ¿tú de qué parte estás?

—¿Yo? Yo no tomo partido, os observo desde arriba y dicto sentencia.

—Así no me estás ayudando.

—Claro que sí, permitiendo que te escondas aquí.

—No me estoy escondiendo, es solo que ahora mismo no me apetece enfrentarme a papá.

—Esta historia es simplemente absurda.

Me vuelvo a sentar, desconsolada.

—A estas horas debería estar en una playa desierta bebiendo margaritas con mi marido.

—Y, en lugar de eso, estás aquí, en casa. Por algo será, ¿no?

—No por lo que tú piensas.

—¿Y tú qué sabes de lo que pienso?

—Crees que he vuelto para quedarme.

—¿Y no es así?

—Mi vida no está aquí, Shane.

—¿Y dónde está, entonces? ¿En Galway? Si ya ni siquiera tienes trabajo.

—Pero tengo un piso.

—Esa es otra cosa que me gustaría que me explicaras.

—Esa es otra cosa de la que no te diré ni pío. Además, ¿por qué narices se lo has dicho a Alex?

—¿Cómo sabes que se lo he dicho?

—Lo vi debajo de casa hace unos días.

—¿De verdad? —Shane se anima—. ¿Y qué te dijo…? ¿Qué hizo?

—Ni siquiera se bajó del coche —digo y noto que en mis palabras hay una pizca de resentimiento.

No sé si quería que bajara y viniera a hablar conmigo, que me pidiera perdón o que, al menos, me explicara qué demonios pasó aquella noche, por qué acabamos en la cama juntos y por qué decidió contarlo el día de mi boda. Pero me imagino que pensó que, si se acercaba, lo derribaría y lo dejaría KO de nuevo, lo cual era altamente probable.

—¿Pero qué tiene ese chico en la cabeza?

—¿Y qué se suponía que debía hacer?

—Eso no tengo que decírtelo yo, ni tampoco tengo que decírselo a él. En cualquier caso, fue. Que ya es algo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto—. No me apetece escucharte ahora, me duele la cabeza y estoy cansada.

—No esperaba que lo pillaseis a la primera. Ninguno de los dos es muy espabilado cuando se trata de estas cosas… —dice Shane, acercándose a la barra y sirviéndose una copa. Él, como siempre, opta por una de las botellas de la cosecha familiar—. Pero lo importante es que ahora estás aquí y que Chase está, por fin, fuera de juego…

—¡Eh! —protesto, aunque sin verdadero enfado.

Sé que Shane y Chase se han distanciado en los últimos años, ya no son colegas como cuando éramos críos. A decir verdad, Chase se ha apartado un poco de todos. Solo Alex seguía siendo uno de sus amigos más cercanos. Eso fue antes de que se acostara con su futura esposa, o sea, conmigo.

—No era el hombre adecuado para ti.

—¿Y tú qué sabrás de quién es el hombre adecuado para mí? —replico, fastidiada. Me parece estar oyendo a mi padre.

Shane sonríe con picardía.

—En realidad, tengo una pequeña idea…

Me levanto de un salto del sofá, decidida a dar por terminada la conversación.

—Y tú también la tienes y estoy seguro de que la has tenido varias veces en el pasado.

—No sé de qué estás hablando —recojo mis zapatos y voy hacia la puerta.

—No puedes huir para siempre, Ellie. Tarde o temprano tendrás que echar raíces; asegúrate de que sea en el lugar adecuado.

No le respondo, abro la puerta y recorro a toda prisa los metros que me separan de la casa de mi padre, todavía descalza, con los zapatos en la mano, la cabeza dándome vueltas y el corazón negándose a desacelerar.

CAPÍTULO 13
ELLIE

La primera piedrecita no surte ningún efecto, así que me agacho y recojo otras tres o cuatro del camino de grava que lleva a su casa. Lanzo un par más, que ni siquiera llegan a la ventana. Frustrada, cojo un puñado y lo tiro al aire, solo para que me caigan de lleno en la cara. Me agacho de nuevo, tomo un pedrusco bastante grande y lo lanzo con fuerza contra su ventana, acertando finalmente en el marco. Pocos segundos después, los cristales se abren de par en par, revelándome su cara de capullo, apenas iluminada por la luz de la luna.

—¿Qué demonios…? ¿Ellie? ¿Eres tú?

—¡Eres un imbécil! —grito, señalándolo con el dedo—. ¡Tá tú cúl tóna[1]!

—Sí, definitivamente eres tú.

—¡Eres un puto desgraciado! ¡Ojalá ardas en el infierno!

—Sh… ¡Vas a despertar a todo el mundo!

—¡Me importa un pimiento!

—Quédate ahí, no te muevas —me hace un gesto con la mano—. Bajo enseguida.

La ventana se cierra y él desaparece. Me quedo ahí, inmóvil bajo su balcón, dándome cuenta de lo patética que es esta escena de borrachera monumental con whisky de garrafón. Salgo pitando hacia

el coche antes de que me alcance y la cosa acabe peor de lo que ha empezado. Intento abrir la puerta, pero su mano se posa firme sobre la mía y desisto al momento.

—¿Por qué has tenido que estropearlo todo? —le pregunto sin rodeos, ahora que mis sentidos están alterados y creo que puedo soportar la respuesta.

—Lo siento —su aliento me roza el oído y me hace estremecer.

Me giro y él da un par de pasos atrás para dejarme espacio. Alzo la mirada lentamente y, cuando me percato de que ha bajado sin camiseta, me encuentro tragando saliva con dificultad. La luz de la luna y de las estrellas, testigos silenciosos, se reflejan en su torso, resaltando sus contornos. No es musculoso: es simplemente perfecto.

Joder.

Maldito whisky y maldita luna.

—Ellie… —su voz acaricia mi cuerpo. Es tentación pura.

—Has mandado a la mierda toda mi vida.

Intento recuperar el tono de cabreo, recordarme por qué lo odio tanto. Porque hay una razón. Estoy segura. Pero entonces Alex sonríe con tristeza y todos mis propósitos mueren en sus labios.

—No debería haberlo hecho.

Hay una amargura en su voz que despierta al instante la mía.

—Eso seguro —digo, recuperando por fin algo de dureza—. Como tampoco deberías haberte acostado conmigo.

Me despego del lateral del coche y camino un poco por la entrada, buscando poner entre nosotros una distancia que ahora necesito. Porque ya no me siento cómoda tan cerca de él.

—Técnicamente, fuiste tú la que se acostó conmigo —puntualiza. *El capullo.* Quizá quiera otro puñetazo. O tal vez prefiera un rodillazo en los huevos.

Me giro hacia él mirándolo de reojo.

—Bueno, ¿qué quieres? Te metiste en mi cama.

—¡Esa era mi cama! Y ahí debería haber estado Chase.

—Pues estaba yo, fíjate. Y tú ni pestañeaste.

—¡Yo no recuerdo nada, Alex, nada! Lo último que recuerdo es que estaba con mis damas de honor, bebiendo, y que luego tuve la

brillante idea de darle una sorpresa a mi novio.

—Y vaya si se la diste.

—¿Es en serio?

—Perdona —dice, pero no lo siente de verdad; se lo leo en los ojos.

—Te estás regodeando con todo esto, ¿no es así?

—¿Tú crees que me estoy divirtiendo?

Se acerca, robándome ese par de bocanadas de aire que necesitaba para soportar su cercanía, después de habernos convertido en esta extraña combinación de eventos desafortunados que han llevado al desastre que somos ahora.

—No tienes idea de lo que… —cierra los ojos un segundo y respira hondo—. No me estoy divirtiendo nada, te lo aseguro.

Su voz queda reducida a poco más que un suspiro. Su mirada refleja un arrepentimiento sincero, pero tengo la terrible sensación de que no es por lo que yo creo ni por lo que debería ser.

—Mejor me voy, no tendría que haber venido.

Me alejo de él e intento volver al coche, pero me agarra del brazo.

Nuestros dedos rozándose. El calor de su mano... Es un contacto que me pilla por sorpresa y que, al mismo tiempo, me resulta familiar.

Me giro de golpe pero no digo nada. Cualquier cosa que diga solo empeoraría la situación.

—Has bebido y has venido en coche.

—¿Y qué con eso?

—No voy a dejar que vuelvas a casa así, Ellie.

—Son solo unas pocas millas.

Acorta la distancia que nos separa sin soltar mi brazo; el calor de su mano va prendiendo fuego lentamente a todo mi cuerpo.

—No puedo arriesgarme.

—En todo caso, la que se arriesga soy yo.

Se lo piensa unos segundos.

No lo digas, Alex. O no saldremos nunca de esta.

—No puedo dejar que te vayas así.

—¿Vuelves a ir de caballero andante? —me burlo, agradecida de que haya elegido el camino más sencillo.

Él vuelve a sonreír, esta vez con menos amargura, pero aún así duele.

—Nunca he dejado de serlo.



SUBO LAS ESCALERAS QUE LLEVAN AL PISO DE ARRIBA DETRÁS DE ÉL, con cuidado de no pisar el cuarto y el sexto escalón, porque sé que crujen si apoyas el pie demasiado a la derecha. Y también sé que la madre de Alex tiene un oído excelente y notaría enseguida la presencia de un extraño en casa. Mejor evitar que me descubran aquí, de noche, colándome en su habitación, sobre todo después de lo ocurrido el sábado pasado en mi casi boda.

Alex se detiene delante de la puerta antes de empujarla, se gira hacia mí y se lleva un dedo a los labios para indicarme que guarde silencio.

Me río, porque su nariz sigue amoratada, igual que la zona bajo los ojos. Me río porque sigo bastante borracha y la situación es absurda. Me río porque no es la primera vez que me cuelo en su casa de noche. Me río porque siento que he vuelto a ser una cría, cuando todo era más fácil, cuando aún no lo odiaba a él, a este lugar y a todo lo que me recuerda.

Entro en su habitación y Alex cierra la puerta intentando no hacer ruido. Doy unos pasos y no me extraña para nada que su cuarto no haya cambiado ni un ápice. Igual que él.

—Puedes quedarte con la cama. Yo dormiré en la alfombra.

Va hacia el armario, abre las puertas, busca en el estante de arriba y saca una almohada y una manta. Se improvisa un sitio para dormir en el suelo y luego me mira, algo cortado.

—¿Quieres una camiseta o… no sé, un chándal…?

—Estoy perfectamente así. Y tú no volverás a verme desnuda en la vida.

Niega con la cabeza, pero se ríe, y casi consigue hacerme reír a mí también.

—¿Qué hacías aquí? —pregunta a continuación. En realidad, no le he dicho por qué he venido y él tampoco me lo había preguntado.

—No lo sé. Ha sido un día de mierda, me he bebido ese whisky cutre y me sentía fatal.

—Y has venido a buscarme a mí.

Me quedo mirándolo unos instantes y el resentimiento que siento vuelve con fuerza, apoderándose de mi estómago y de mi lengua. Es más intenso que cualquier otro sentimiento que haya tenido nunca hacia él.

—¿Por qué, Alex?

No hace falta que le explique a qué me refiero.

—Te metiste en mi cama, ¿qué se suponía que debía hacer?

—¿Hacerme notar que no eras Chase?

—No pensé que importara —responde con dureza, como si ahora el resentido fuera él.

—¿Qué quieres decir? —pregunto enfadada.

¿Acaso acaba de insinuar que soy una cualquiera?

—¡Vamos, soy un hombre! ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que te echara? ¿Que rechazara una noche de sexo?

—¡No creía que fueras ese tipo de hombre! —replico, decepcionada.

—¿Y tú qué sabes de qué tipo de hombre soy?

La verdad es que, a estas alturas, ya no lo tengo tan claro.

—Eras mi amigo, esperaba que te comportaras como tal.

—Soy tu amigo —puntualiza. Pero en su voz hay mucho miedo. Y con razón.

Y es justo en este momento cuando comprendo que ya no somos amigos, que probablemente no volveremos a ser muchas otras cosas de ahora en adelante y que esta podría ser la última vez en nuestra vida que estemos así de cerca.

También comprendo que lo más importante que he perdido en todo este asunto no es un casi marido, ni un trabajo, ni una carrera, ni una vida planificada. Lo que he perdido es algo mucho más grande, mucho más doloroso, mucho más difícil de soportar. Y todo

eso lo entiendo por un solo detalle: por la forma en que sus ojos me están mirando ahora mismo.

No recordaba sus ojos así. O quizá nunca los había mirado como lo estoy haciendo ahora. No creo que me hubiera dado cuenta antes de cómo se vuelven claros, casi transparentes, cuando Alex sufre. Hasta el punto de poder mirar a través de ellos y ver el reflejo de su dolor.

Porque sé que está sufriendo.

Y me da miedo que sea al menos el doble de lo que estoy sufriendo yo.

Y eso me lo dice algo más. Algo que parece haber dejado de latir, porque apenas consigo sentirlo ya, y tengo la vaga sensación de que me costará mucho volver a sentirlo.

—No puedes ser amigo de alguien en quien ya no confías. De alguien con quien ya no te sientes seguro. No puedes ser amigo de quien te ha traicionado.

Alex asiente lentamente.

—¿Ni siquiera si esa persona intentara arreglarlo de todas las formas posibles? —pregunta esperanzado—. ¿Ni aunque estuviera tan arrepentida que lo daría todo por recuperar lo que ha perdido?

—No hay nada que puedas hacer para arreglarlo, Alex. Ya ni siquiera sé a quién tengo delante ahora mismo. Pero sé que, sea quien sea, no me gusta.

Esta vez Alex no replica.

Permanece en silencio unos segundos, luego se inclina y recoge la almohada y la manta.

—Creo que lo mejor será que duerma abajo —dice mientras abre la puerta, pero se queda plantado ante el umbral.

Él no quiere irse y yo no quiero que se vaya. Me da pánico que, si cruza esa puerta ahora mismo, ya no quede nada que recuperar.

—No puedo contarte cómo ocurrieron las cosas, Ellie —susurra con suavidad, y es como si pudiera sentir sus palabras deslizándose sobre mi piel—. Y, de todos modos, ya no importa.

Ignorando todas las señales de alarma, sigo adelante, porque ahora necesito saberlo.

—¿Por qué interrumpiste la boda?

Se gira despacio. Ahora sus ojos están más oscuros, preguntan y están cargados de un sin fin de problemas. Pero son sinceros. Como siempre lo han sido.

—Porque Chase no era el hombre adecuado para ti.

La mirada, el tono, la postura, la electricidad en esta habitación. Su respiración entrecortada y la mía, que ha desaparecido. La forma en que mi cabeza, mi cuerpo y mi corazón empiezan a creer cada palabra que sale de su boca.

—Quizá podrías quedarte —le digo en un segundo de locura.

Alex vuelve a mirar hacia el pasillo, pero puedo ver su perfil y puedo ver que está sonriendo.

Mi corazón se salta unos ciento ochenta latidos mientras espero su respuesta.

—Me quedaré solo cuando de verdad lo quieras.

---

1 Gaélico. *Eres un capullo*

CAPÍTULO 14
ELLIE

Son apenas las seis de la mañana cuando, de puntillas, intento escabullirme de la casa de los Brennan. No es la primera vez que lo hago; se me daba bastante bien salir antes de que alguien notara mi presencia, pero llevaba tiempo sin hacerlo y me temo que estoy algo fuera de forma.

Pongo cuidado en no pisar los escalones de siempre y contengo la respiración hasta llegar a la puerta trasera, agradecida de no tener que pasar por el salón —así no me veré obligada a volver a verlo—. Intento quitar el cerrojo, pero justo antes de que pueda poner la mano en el pomo, su voz amable me sorprende por la espalda.

—Buenos días, Elizabeth.

Pillada in fraganti y sin una explicación preparada, me giro hacia ella y le digo la única cosa de la que estoy segura:

—No es lo que piensas.

Clodagh me sonríe con cariño.

—Yo no pienso nada.

—No he dormido con él.

Y de eso estoy completamente segura: todavía llevo la ropa de ayer y, a menos que me haya desnudado y vuelto a vestir —algo impensable, teniendo en cuenta lo ajustados que son estos vaqueros —, esta noche no ha habido fiesta. Bueno, aparte de la que tengo en

la cabeza, que me martillea sin parar después de traicionar a mi familia con un whisky pésimo de añada incierta.

—Ven, hay café. Acabo de hacerlo.

Aunque aprecio su gesto y me muero por una taza, me veo obligada a rechazarlo. El motivo creo que se lo puede imaginar, pero mejor ser clara. Total, tras los últimos acontecimientos, ya no me queda dignidad que preservar.

—No quiero que me encuentre aquí.

Suena patético incluso para mí. No me atrevo a pensar qué efecto pueda tener en ella.

—Puedes irte antes de que se despierte. No se durmió hasta el amanecer y ahora estará hecho polvo; no se levantará tan fácilmente.

—¿Cómo lo sabes?

—Le oí caminar de un lado a otro casi toda la noche, salir al jardín, volver a entrar y luego salir otra vez. Sobre las cinco, por fin decidió dejarse vencer por el sueño.

—Eso significa que tú tampoco has dormido.

Clodagh sonríe.

—Lo siento, es todo culpa mía. Vine aquí anoche muy tarde y Alex no quiso que volviera a casa sola.

—Siempre se preocupa.

—Ya —digo con melancolía.

—Vamos, ánimo. Tómate un café para espabilar antes de coger el coche.

—Son solo unas pocas millas.

—Mejor no arriesgarse —dice ella.

En sus palabras, en su discreción y en su forma de ser amable y atenta, reconozco todas las preciosas cualidades de Alex y me pregunto por qué solo ahora me doy cuenta de ellas y por qué solo ahora empiezo a darles tanta importancia.



ME SIENTO A LA MESA DE LA COCINA DE LOS BRENNAN, UNA MESA QUE siempre he amado y en la que me he sentado muchas veces. Creo que fue el abuelo de Alex quien la hizo con sus propias manos; le gusta hacerlo todo él mismo, sobre todo cuando se trata de trabajar la madera. Y aunque su superficie no sea tan perfecta como la de la mesa de nuestro comedor —que mi padre mandó traer de Waterford —, yo prefiero esta.

Dejo que mis dedos recorran las muescas, los pequeños cortes que probablemente hizo Alex de niño, las imperfecciones que la hacen tan especial porque en ellas se reflejan cientos de cenas familiares y tantos momentos que merecen ser recordados.

—Estás pensativa —señala Clodagh, mientras da un sorbo a su café.

Me encojo de hombros, pero no le respondo.

—Es bonito verte en casa.

—Ojalá todos pensaran lo mismo —comento sin querer.

—Estoy segura de que lo hacen.

—Me gusta estar aquí —digo sin pensarlo—. Siempre me ha encantado tu cocina.

Clodagh sonríe con afecto.

—Y a mí siempre me ha encantado verte aquí. Era tan lindo cuando estabais juntos. Alex era otro cuando tú estabas con él.

Me trago el resentimiento que siento ahora mismo. No me parece bien echárselo en cara a su madre, aunque ella sepa perfectamente la que ha liado su hijo.

—No apruebo lo que hizo —dice de repente, como si me leyera el pensamiento—. Y tampoco quiero saber qué pasó de verdad entre vosotros, no es asunto mío.

—Qué extraño —comento con acidez—. Porque parece que es asunto de todo el mundo.

—Lo único que me preocupa es que alguien pueda salir herido.

—Un poco tarde para preocuparse por eso, Clodagh. Sin ánimo de ofender, pero tu hijo me ha arruinado la vida.

Clodagh respira hondo y luego estira la mano sobre la mesa buscando la mía. Levanto la vista hacia ella en el momento en que nuestros dedos se rozan. Vuelve a hablar; esta vez su expresión es

seria, aunque no parece la de alguien que está listo para juzgarte, sino más bien la de una madre lista para mostrarte su apoyo.

Tengo que respirar muy despacio para evitar que las emociones me jueguen una mala pasada.

—Desde luego, eligió la peor forma de hacerlo, sin contar lo que… Bueno, lo que ocurrió entre vosotros.

—Puedes decirlo, ¿sabes? A estas alturas ya ni siquiera me da vergüenza.

—Pero con total sinceridad, Elizabeth —y cada vez que pronuncia mi nombre completo siento que me tiembla el corazón—. No creo que Alex haya arruinado tu vida.

Niego con la cabeza y aparto la mirada.

—No lo hizo con la intención de hacerte daño, ¿lo entiendes? Sabes que él…

—No sería capaz —termino la frase por ella.

Por lo visto, todo el mundo tiene claro que Alex es el bueno de esta historia, el que jamás le habría quitado la mujer a su mejor amigo, y mucho menos de la peor forma posible.

—No quería decir eso —aclara con cautela, esperando a que yo le dé permiso para continuar. Pero sus ojos me dicen que es mejor que no lo haga y que me marche de esta casa cuanto antes.

Me levanto de golpe, haciendo chirriar la silla y corro el riesgo de despertar a Alex, que duerme al lado. Retiro mi mano de la de Clodagh.

—De verdad tengo que volver a casa.

Asiente, pero esta vez no sonríe.

Doy media vuelta, avanzo hasta la puerta, la abro y antes de salir le pido una vez más:

—No le digas que me has visto marcharme, ¿vale?

—No le va a gustar.

Me despido de ella con un leve gesto de cabeza y salgo de casa de los Brennan, consciente de que mi regreso no servirá para arreglar nada, sino que lo complicará todo aún más y de que, cuando esto termine ya no habrá motivo alguno para volver a casa.

CAPÍTULO 15
ALEX

Cuando a la mañana siguiente me despierto con el aroma de los gofres haciéndome cosquillas en la nariz, ya sé que ella se ha ido. Es solo una sensación, pero es tan real como amarga y puedo sentirla recorriéndome cada vena del cuerpo.

Después de una noche entera mirando el techo, contando los tic-tac del reloj de la pared e intentando no pensar en *Ella.* Ella que está en mi habitación, que se ha metido en *mi* cama… y sin mí. Ella, que vino anoche con la única intención de marcharse para siempre. Ella, que cambió de idea en el último segundo y decidió quedarse un poco más en mi vida. Y sé que falta poco, que estamos en la cuerda floja y que no es muy buena manteniendo el equilibrio. Sé que se bajará antes de caer y estamparse contra el suelo. Ellie no confía en las redes de seguridad.

Siempre hace lo mismo: tiene un sexto sentido para las catástrofes y actúa antes de verse metida de lleno en ellas, antes de no saber cómo salir. Esta vez será un poco más complicado, porque ese sentido no le funcionó. Probablemente estaba confundido por el alcohol. Pero ahora está más o menos sobria y sé que está olfateando el peligro, lista para batirse en retirada.

Me incorporo lentamente, frotándome los ojos, y apoyo los pies descalzos en el suelo frío.

—Buenos días, cariño —mi madre se asoma desde la cocina—. Todavía queda café caliente —dice, mientras me levanto y, arrastrando los pies, voy hacia ella.

Me siento a la mesa de la cocina y dejo que los dedos se deslicen por la superficie, recorriendo las marcas que he ido dejando a lo largo de los años. Marcas que Justin no ha hecho más que acentuar.

—Estás pensativo esta mañana —comenta mi madre al tiempo que posa sobre la mesa un plato repleto de gofres.

—¿A qué hora se ha ido? —le pregunto. Es inútil fingir, los dos sabemos perfectamente de quién hablo.

Ella se sienta y trae una taza de café para mí. Me la pone delante y yo le sonrío, cansado.

—Imagino que no me vas a decir nada, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Que la estoy cagando?

—¿Serviría de algo?

—Probablemente no, pero es mejor que quedarte en silencio viéndome meterme en estos líos —dejo caer la cabeza sobre la mesa.

—¿Crees que solo estás fastidiando las cosas?

—¿Tú qué crees?

—Pues entonces, deja de hacerlo.

—¿Y cómo? Parece que no sé hacer otra cosa.

—Simplemente déjala ir.

Juro que me entran ganas de reírme por la naturalidad con la que mi madre dice ciertas cosas, pero parecería un psicópata y probablemente no me dejaría volver a acercarme a Justin. Así que le digo la verdad. De acuerdo a mis estadísticas, funciona en un cincuenta por ciento de los casos.

—¿Te parece algo fácil? —levanto la cabeza lentamente y me dejo caer contra el respaldo de la silla.

—No he dicho que lo sea, solo que quizá ha llegado el momento.

—Yo ya lo había hecho, hace mucho tiempo.

—¿Y qué ha cambiado?

—No creo que quieras conocer los detalles.

—Ay, cielo… tienes treinta y seis años, si fueras esa clase de hombre, estoy segura de que a estas alturas ya nos habríamos dado cuenta todos.

Ni siquiera sé cómo tomarme ese comentario, pero voy a ignorarlo porque ahora mismo mi cabeza está ocupada en otro frente.

—Estaba distinta —digo, sintiéndome estúpido—. Cuando vino la noche antes de la boda, no sé… Tenía algo diferente.

—Estaba borracha, ¿no?

Asiento, avergonzado. Ellie estaba realmente borracha y yo lo sabía. Debería haberla parado y ahora no estaríamos así. Ella se habría casado con Chase… y solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que estaba distinta?

—No lo sé, una estúpida corazonada.

Me levanto sin ganas y me acerco a la ventana. Aparto un poco las cortinas y observo la lluvia que golpea los cristales.

Yo y mis malditas corazonadas. Siempre equivocadas, por supuesto. No soy yo al que se le dan bien estas cosas. Es ella la que sabe. La que ve y la que siente cuándo las cosas van bien o mal, cuándo es el momento justo para hacer algo, o cuando llega la hora de echarse atrás y…

Espera un momento.

Joder.

Me giro hacia mi madre y abro la boca para hablar, pero luego desisto y me trago todas las palabras que están subiendo por mi garganta.

Ellie lo sabe. Ellie tiene olfato. Ellie salta del coche en marcha antes de que se estrelle contra un muro. Ellie sabe cuándo el riesgo es demasiado alto y cuándo no es el momento de retirarse.

—¿Estás bien, cielo? —me llama mi madre, pero yo estoy atrapado en mis pensamientos, que corren todos en una única dirección. Son pensamientos peligrosos y dañinos para mí, sin duda, pero ahora están ahí, son insistentes, y quizá deseo demasiado que tengan algo de verdad. Pero, ¿cómo hago para dejar de esperar? Llevo treinta años haciéndolo, ¿creéis que es fácil parar justo ahora?

¿Y después de haberla tocado de verdad? No como se toca a la gente para decir "¡eh, hola, cuánto tiempo!", ni como cuando sueltas un "¡pero qué coño dices!" acompañado de un empujón, ni como cuando coges una mano para saltar desde el acantilado.

Joder.

La he tocado. Con estos mismos dedos que ahora tiemblan y que temblaban aún más cuando sentí piel cálida y suave.

¿Queréis que hablemos de cuando sentí su calor envolviéndome? ¿O de cuando posó sus labios sobre los míos? ¿Tenéis idea de lo que significa besar los labios con los que has soñado toda la vida, los únicos que siempre has querido y cuyo sabor ansiabas conocer? ¿De verdad creéis que todos los labios saben igual?

—¿Alex? —mi madre vuelve a llamarme.

La miro mientras, por fin, mis pensamientos recuperan cierto orden, aunque no han cambiado ni un ápice su intención.

—Creo que, por una vez, voy a hacerle caso a mi corazonada, solo para asegurarme de que no sea una de mis habituales meteduras de pata, ¿sabes? —intento sonar despreocupado, pero mis manos no han dejado de temblar ni un segundo.

—Entonces, querido Alex, veamos adónde nos lleva esa corazonada —mi madre me sonríe. Orgullosa. Me atrevería a decir que casi triunfante.

¿Pero no me había dicho hace cinco minutos que la dejara ir?

Estoy confundido, pero de momento lo dejaré pasar. Tengo otras cosas en las que pensar y un plan que poner en marcha. Y para hacerlo, me temo que mi mente, por sí sola, no bastará.

Lo que me da más miedo todavía son las mentes a las que voy a pedir ayuda.

CAPÍTULO 16
ALEX

Me arrepiento de mi idea en el mismo instante en que pongo un pie en el McNamara's. ¿Pedir ayuda a los hermanos Johnston? ¿Podría haber pensado una jugada peor?

Quizás aún esté a tiempo de dar media vuelta, salir antes de que me vean e inventarme cualquier excusa sobre por qué he tenido que volver a casa en lugar de venir aquí después del trabajo. Pero entonces Brian me ve y empieza a gritar mi nombre a pleno pulmón, haciendo que todo el mundo se gire hacia la puerta. Levanto una mano, cohibido, y avanzo despacio hacia mi próxima estupidez.

—¡Brennan! —Shane se levanta enseguida y me da una palmada en el hombro—. Siéntate, hombre, ahora mismo te pido una Guinness.

—Solo una —aclaro—, que tengo que volver a casa.

—Claro —responde él con total convicción, haciendo una seña a Brian para que traiga otra pinta. La suya ya va por la mitad.

Me siento entre él y Reid, que solo me saluda con un gesto de cabeza, está ocupado hablando con uno de los padres de los chicos del equipo, y le doy las gracias a Brian por la cerveza que me acaba de poner delante.

—Y bien, ¿cuál era ese asunto del que querías hablarme? —pregunta Shane de inmediato y, en el fondo, mejor así, ¿no?

Pongamos el tema sobre la mesa de una vez, hagamos el ridículo un poco más —porque, por lo visto, no he tenido suficiente— y luego podré volver a casa para que Justin me humille con la Nintendo.

Las humillaciones son mi pan de cada día. Por suerte tengo el whisky para ayudarme a pasarlas, porque si no, cualquier día acabaría muriendo asfixiado por ellas.

—Nada tan importante… —empiezo a dar rodeos, muchísimos rodeos. Esta mañana temprano, cuando me desperté y Ellie ya se había marchado, me parecía la única idea sensata. Pero ahora, después de un día entero de trabajo, después de no haber pensado en ella durante unas diez horas —ja, ja, ja, ¿alguien se lo cree?—, y después de haber comprendido que lo correcto es dejarla ir, como me aconsejó mi madre antes de que yo la contradijera… y me contradijera a mí mismo —y aquí también me reiría, si fuera vosotros —, ahora esto me parece solo otra decisión arriesgada en el peor momento de mi vida.

Por si no ha quedado claro hasta ahora: no soy precisamente un tipo que destaque por sus ideas geniales.

Reid se despide del padre de su jugador, se gira hacia nosotros, coge su pinta y da un largo trago antes de soltar su veredicto.

—Sea lo que sea que tengas en mente, no será suficiente.

Vaya ánimos.

No se lo digo. Ni que fuera tonto.

—No solo la liaste parda en la boda, no solo te acostaste con ella cuando estaba borracha, no solo seguiste haciendo el idiota sin mover un dedo en lugar de cogerla, echártela al hombro y llevártela de allí.

—¿De verdad tenía que echársela al hombro? —pregunta Shane.

—Con Ellie habría funcionado.

—Ellie le habría dado un codazo en la nariz y un rodillazo en el estómago, lo habría dejado de rodillas y luego habría rematado la faena saltándole encima con alguna de esas llaves de *pressing catch*, codazo en los huevos incluido.

—Probablemente —comenta Reid—. Pero a las mujeres les gustan los hombres decididos.

Y sí, Ellie me habría derribado si hubiera intentado cargármela al hombro, y probablemente me habría dejado impotente para el resto de mi vida.

—Nuestra hermana no es como las demás. No puedes meterla en el mismo saco.

—Puede ser, pero eso no quita que, cuando te lanzas a algo así, tienes que tener un plan, amigo —vuelva a dirigirse a mí.

—Yo no tenía ningún plan, y sigo sin tenerlo.

Reid sacude la cabeza y da otro par de sorbos. ¿Está ganando tiempo o solo intenta ponerme nervioso dejándome en ascuas?

—Hace falta determinación y seguridad. Tienes que estar centrado en el objetivo y no tirar la toalla.

—Brennan no tiene nada de determinado y, en cuanto a lo de estar centrado… —añade Shane.

—¡Oye! —me quejo.

—Si no lo eres, al menos tienes que fingirlo —agrega Reid.

—Tampoco sabe hacer eso —le responde Shane.

Me encojo de hombros porque tiene razón, no tendría sentido intentar defenderme.

—Entonces no tienes ninguna esperanza.

Y, en eso, creo que todos estábamos de acuerdo.

—¿Entonces qué hacemos aquí, sentados todos juntos en esta barra?

—Ella no está segura.

La voz de Andy hace que nos giremos hacia él, que está detrás de la barra sacándole brillo a un vaso. Pero ¿de verdad le sacan brillo a los vasos en este sitio? Porque, viendo el mío, no lo parece.

—¿De qué hablas? —pregunta Reid.

—Está empezando a dudar. Al principio creo que estaba segura de lo que se iba a encontrar, pero ahora ya no lo tiene tan claro.

—¿Y tú qué sabes? —suelta Shane, perdiendo la calma.

—Soy su camarero favorito.

—No exageres —Brian también se entromete en la discusión.

—Lo dijo ella —se defiende Andy.

—Lo hizo solo porque quería ser amable.

—Lo que pasa es que tienes envidia porque habló conmigo y no contigo.

—Solo porque le serviste la copa.

—¡Alto ahí! —interviene Shane—. ¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Andy deja el vaso sobre la barra y luego se inclina hacia mí.

—No sabe por qué ha vuelto.

Lo miro, esperando a que continúe.

—¿Y qué? —dice Reid, alzando la voz con impaciencia, pero Andy no le responde. Se endereza despacio sin dejar de mirarme, cruza los brazos sobre el pecho y me dedica una sonrisa de sabelotodo.

—¿Tú has entendido algo? —le pregunta Shane a Brian.

—No. Además tampoco sé de qué hablábais antes, me he despistado.

—¿Y tú? —le pregunta a Reid.

—Yo ni siquiera sé por qué venimos a beber a este sitio. ¿Cómo voy a saber de qué habla este tío?

Andy no responde, se queda ahí plantado mirándome con esa sonrisita y con el aire de alguien que no tiene ni puta idea de nada, pero que cree que lo sabe todo. Quizá debería aprender de él, sonsacarle alguno de sus secretos; tengo la impresión de que podrían resultarme útiles.

—Ya no está segura de nada, Brennan —añade al fin, con un tono más serio—. Quizás necesite entender qué es lo que busca y quizás tú podrías ayudarla con eso.

—¿Yo?—pregunto, entrando en pánico.

—No aceptaría la ayuda de nadie más. Y eso lo sabemos.

—No está del todo equivocado —comenta Reid.

—Intenta hacer lo correcto por una vez —me sañala Shane.

—Parece fácil —comento, aún más confundido de lo que estaba esta mañana.

—No entres en pánico, no te eches atrás y no esperes al último momento para actuar, porque seguro que será el momento equivocado.

—Y tú eres todo un experto en momentos equivocados —comenta Shane.

Murmuro un «que te den» entre dientes, esperando que no me oiga, o terminaría tendido en el sucio suelo del McNamara's.

—Nosotros podemos echarte una mano, pero el trabajo sucio tienes que hacerlo tú —continúa Andy.

—Y con "sucio" no se refiere a lo que estás pensando —me advierte Shane.

Como si pensara en esas cosas… Vale, vale, sí que estoy pensando en ellas. Ahora mismo. Tal como lo he hecho durante los últimos diez años de mi vida.

—Actúa, Brennan —Andy apoya las manos sobre la barra y se inclina hacia mí—. Antes de que seas tú mismo la razón para no volver nunca más a casa.

CAPÍTULO 17
ELLIE

Vuelvo a mirar el reloj en la pared y suelto un rosario de «joder» internos que no serían nada bienvenidos en la mesa de mi padre, que está sentado enfrente de mí y resopla aproximadamente cada veinte segundos. En realidad, lo estoy cronometrando, porque no tengo la menor intención de hablar, no sin Shane y Reid, que primero me pidieron que cenara aquí y luego no aparecieron a la hora acordada. Sabía que cenar los cuatro juntos sería una pésima idea, pero ¿yo a solas con papá? ¿Por qué el karma se ensaña tanto conmigo?

Cuando estoy a punto de decidirme a hablar para preguntarle si cenamos igual sin ellos, la puerta por fin se abre y dejo escapar un suspiro tan sonoro que hasta mi padre se da cuenta.

—¿Os parecen horas? —me lanzo de inmediato contra Reid, que es el primero en entrar.

—Nos hemos entretenido en el McNamara's —Shane entra justo después de Reid y justifica su retraso.

—¿Es que no pasáis ya suficiente tiempo en ese condenado pub?

Shane se encoge de hombros y se sienta en su sitio. Reid va a la cocina, supongo que a lavarse las manos; al menos uno de los dos tiene un vago sentido de la higiene. Yo intento calmarme y respirar

con normalidad para no darle a mi padre una confirmación demasiado evidente de las pocas ganas que tengo de estar aquí.

—Quizá debería ir a calentar…

Cojo la fuente e intento levantarme, pero Shane prácticamente me la quita de las manos y la vuelve a dejar en la mesa.

—Está perfecto así —dice, sirviéndose una generosa ración de espaguetis con albóndigas.

He cocinado yo para todos, porque tengo la sensación de que aquí nunca lo hace nadie y que tanto mi padre como mis hermanos prefieren comer fuera o pedir comida a domicilio. En realidad, en casa prácticamente no había nada, así que he hecho la compra esta mañana, solo cuatro cosas para un par de días, porque no sé cuánto tiempo me voy a quedar.

La fuente va dando la vuelta a la mesa, donde ya se ha sentado también Reid, y cuando me llega, la vacío directamente en mi plato: sé de sobra que, con mis hermanos delante, no van a quedar ni las migas.

Comemos en silencio, o al menos sin hablar, durante los primeros minutos. Nadie levanta la vista del plato, nadie parece tener la menor intención de interactuar con los demás. Me pregunto qué estamos haciendo, por qué lo intento, por qué me dejé convencer y por qué no cojo el primer tren y me vuelvo a Galway, a la seguridad de mi minipiso; y sobre todo, por qué no me compro un coche de una vez. Ah, sí, quizá porque ya no tengo trabajo, gracias a ese hijo de…

—¿Sabes, papá? —Shane interrumpe mis pensamientos y el precioso silencio que reinaba en nuestro comedor—. Creo que Ellie podría sernos útil mientras esté aquí.

—¿Qué? —mi padre y yo gritamos al unísono.

—¿Me equivoco o no tienes trabajo? —pregunta mi hermano, desafiante.

—¿Me equivoco o no es asunto tuyo?

—¿Lo tienes o no? —interviene mi padre.

Suelto el aire poco a poco.

—Obviamente no, y todos vosotros sabéis por qué.

—Porque no sabes beber —suelta Reid, llevándose un bocado a la boca—. Y acabas en las camas que no debes.

—En teoría, esa era mi cama.

—¿Podemos cambiar de tema? —mi padre nos devuelve al punto de partida—. ¿Necesitas trabajar o no?

—No voy a trabajar para ti —digo con dureza.

—¿Acaso no lo hacías ya? Ah, no, tú preferías trabajar para tu novio.

—No trabajaba para Chase.

—Pero para su padre sí, eso sí —puntualiza Reid.

—Mejor con extraños que con la familia —dice mi padre antes de dar un par de sorbos.

El hecho de que trabajara para los Nolan nunca le ha sentado bien y no pierde ocasión para echármelo en cara.

—No necesito vuestra ayuda, puedo encontrar otro trabajo perfectamente.

—Igual en el McNamara's necesitan una camarera —dice Shane, agitando el tenedor frente a su nariz.

—Hay varios puestos libres en la destilería —dice Reid—. ¿Verdad, papá?

—Bah… —murmura mi padre. Es demasiado orgulloso para pedirme que trabaje en la empresa, y yo todavía más para aceptarlo —. Siempre hay algo que hacer en la destilería —comenta vagamente—. Solo hay que tener ganas de trabajar.

—¿Crees que a mí me faltan? —alzo la voz, herida en el orgullo.

—No, mujer —interviene Shane—, papá solo quería decir que…

—Quería decir lo que he dicho —mi padre no soporta que le digan cómo tiene que hablar—. Si tiene ganas de trabajar, puede ir a la destilería y hablar con Clodagh.

—¿Y qué pinta Clodagh en todo esto? —pregunto.

—Seguro que necesita una mano con las visitas guiadas.

—Ah, joder —oigo decir a Reid entre dientes.

Me levanto haciendo chirriar la silla.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué? —pregunta sin mirarme.

—Me estás relegando al último puesto disponible.

—Oye, que las visitas guiadas son una parte fundamental de la economía de la empresa.

—Ahí solo trabajan mujeres.

—¿Y qué con eso?

—Soy buena, papá.

—No entiendo qué tiene que ver.

—No quieres confiar en mí, nunca lo has hecho.

—Ya estamos otra vez… —dice Shane antes de ahogar el resto de sus palabras en el vaso.

—No crees en mí.

Mi padre suspira pesadamente y deja el tenedor en el plato.

—No se trata de eso.

—Siempre se ha tratado de eso.

—¿Y qué es lo que quieres hacer, a ver?

—Aquello en lo que soy buena.

—Ellie…

—¿Por qué no quieres dejarme intentarlo?

—¿Por qué ahora? ¿Porque ya no tienes tu bonito despacho en la ciudad?

—No es por eso.

—¿Como ya no tienes trabajo has venido a pedírmelo a mí?

—¡Yo no te he pedido nada!

—¿Y entonces de qué estamos hablando?

—De nada —niego con la cabeza y bajo la mirada—. Solo de… chorradas.

Espero unos segundos, con la esperanza de que mi padre me desmienta, pero no ocurre. Coge de nuevo el tenedor y sigue comiendo.

—Perdonad, pero ya no tengo hambre. Me voy a la cama —digo antes de dejarlos y dirigirme hacia las escaleras.

Cuando llego a la puerta de mi antigua habitación, Shane ya está detrás de mí.

—Ni se te ocurra defenderlo —le advierto enseguida, abriendo la puerta y entrando.

Shane me sigue y la cierra a sus espaldas.

—No quiero defenderlo a él, pero tampoco quiero defenderte a ti. Los dos tenéis un carácter de mierda.

—Claro, ese es el problema.

—Los problemas son muchos y no los vais a resolver nunca si no habláis claro.

—Él nunca ha confiado en mí, Shane.

—Él tiene dificultades para aceptar los cambios.

—Soy buena en lo que hago —me defiendo, como si tuviera que convencerme a mí misma.

Shane se acerca y me pone las manos en los hombros.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe. Y estoy seguro de que él también lo sabe.

—Pero no quiere aceptarlo.

—Pues haz que lo acepte.

—Estoy cansada de discutir con él.

—Entonces no lo hagas. Demuéstraselo con hechos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Él no está al frente de Recursos Humanos —Shane sonríe con picardía.

—¿Y quién se encarga entonces?

—En realidad no hay un departamento de Recursos Humanos, es una de esas cosas que papá considera una pérdida de tiempo, pero sí hay alguien que selecciona al personal.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Su sonrisa se ensancha aún más.

—Ah, esto te va a encantar.



—Dime que es una broma.

Shane se encoge de hombros, pero se le ve demasiado divertido para que sea solo una coincidencia. Además, yo no creo en las coincidencias.

—¿No hay nadie más con quien pueda hablar?

—O con él o con papá.

Llamo a la puerta sin pensármelo más y su voz, al otro lado, me da permiso de entrar.

—Buena suerte —me desea Shane, justo antes de que cruce el umbral, ganándose una peineta de mi parte.

Colin Brennan levanta la vista de su escritorio y se pone de pie enseguida, abriendo los brazos hacia mí.

—Elizabeth Johnston, eres un soplo de aire fresco en este nido de ratas.

Me dejo abrazar por Colin y le devuelvo el gesto con cariño.

—Corre el rumor de que fuiste tú quien pidió que te mandaran aquí abajo.

—Me gusta estar cerca de las barricas.

En lugar de tener un despacho en la segunda planta como todo el mundo, prefirió instalarse en una especie de cuartucho junto a la bodega.

—Quién lo iba a decir.

Se ríe y me hace un gesto para que me siente.

—¿Qué te trae por los bajos fondos?

Respiro hondo y voy directa al grano.

—Quiero trabajar.

—Mmm…

—Aquí, obviamente.

—Mmm…

—Me han dicho que para eso tengo que hablar contigo.

—Mmm…

—Parece que siempre hace falta gente, ¿no?

—¿Y por qué no se lo has pedido a tu padre?

—Creía que eras tú el que manda aquí.

—Sabes que conmigo eso no funciona, ¿verdad? No puedes venir aquí a poner ojitos. Aunque claro, si se los pusieras a mi nieto, entonces…

—¿Podríamos no hablar de él?

—¿Sabes que trabaja aquí, verdad?

Le lanzo una mirada de pocos amigos.

—Así que trabajar codo con codo con él no te supone ningún problema.

—La empresa es grande.

—Cierto, pero da la casualidad que ahora mismo solo hay dos puestos libres: en la destilería o en el área de visitas guiadas.

—¿Estás de broma?

—No soy muy dado a bromear.

—Odio las visitas guiadas.

Colin se encoge de hombros, haciendo gala de una inocencia que no le pega nada.

—No lo estarás haciendo a propósito, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—¿No estarás intentando juntarme con Alex por algún extraño motivo?

—¿Te parezco el tipo de persona que trama estas jugarretas…? ¿Y para qué, además? Lo rechazaste delante de todo el mundo.

—¡Yo no lo rechacé!

—¿Ah no? Entonces, entre vosotros…

—¡No! —alzo la voz por instinto—. No lo rechacé porque no había nada que rechazar.

—Entiendo.

—Y en cualquier caso, no es algo de lo que me apetezca hablar, y menos con los miembros de su familia.

Colin asiente lentamente.

—En ese caso, supongo que tendré que asignarte al área de visitas guiadas.

—No. Es decir, no lo sé. ¿Puedo pensármelo un poco?

—Claro —cruza los brazos y se recuesta en la silla—. Cuando lo tengas claro, me encontrarás aquí.



—No me lo esperaba de Brennan —dice Shane, divertido, antes de dar el visto bueno para que se lleven una caja.

—Al parecer, os estáis divirtiendo todos a mi costa.

—Debes admitir que es difícil no dejarse llevar.

—¿Por qué tengo la impresión de que intentáis manipularme la vida?

—No es eso, Ellie, pero no es culpa nuestra si todos los caminos te llevan a Brennan.

—Quizá simplemente no debería haber vuelto.

—O quizá deberías dejar de intentar nadar contracorriente, solo vas a hacerte daño.

—¿Qué quieres decir?

—Déjate llevar por una vez y descubre adónde te conduce.

—¿Quién te dice que no lo haya hecho nunca?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo acabó la cosa?

—No tiene importancia.

—No muy bien, entonces.

—Supongo que me tocará trabajar en el sector de visitas —cambio de tema.

—No estás hecha para eso y lo sabes.

—¿Quieres decir que no sé tratar con la gente?

—No, quiero decir que no estás hecha para hacer algo que no quieres hacer.

—Puedo adaptarme.

—¿Tú? —suelta una carcajada escandalosa.

—Oye, que soy capaz —digo enfadada—. Es solo que… no es justo.

—Pues no hagas que lo sea.

—Nunca trabajaré con Alex.

—En teoría estarías debajo de él —disimula una risa, pero le sale fatal.

—Pensaba que no querías hablar de algunas cosas que tenían que ver conmigo y con Alex Brennan.

—Tienes razón, pero debes admitir que…

—Que te den, Shane.

Se ríe otra vez y luego se pone a ordenar unas etiquetas sobre el mostrador.

Shane trabaja en el departamento de embotellado, mientras que Reid se encarga del control de calidad de las materias primas. Ninguno de los dos ocupa un puesto directivo en la empresa: no

valían para ello y, en cualquier caso, tampoco les apetecía. Les gustan las cosas prácticas, manuales, aunque no son ningunos tontos y entienden mucho más de lo que aparentan. Prefieren estar en la retaguardia, justo al contrario que yo.

—¿Puedo preguntarte algo? —Shane interrumpe mis pensamientos—. Algo que ya llevaba tiempo rondándome la cabeza, pero que anoche tú sacaste a la luz.

—¿De qué hablas?

—Es sobre la noche antes de la boda.

—¡No quiero hablar de eso otra vez, por favor! ¡Y no quiero hablar de eso contigo!

—Solo una pregunta, pura curiosidad.

—¡No pensarás que de verdad voy a responderte!

—Si esa era tu cama —continúa Shane, ignorando por completo mis protestas—, ¿por qué estaba Brennan y no Nolan?

Su pregunta me deja descolocada.

—Dijiste que habías vuelto a vuestra casa porque… Vale, pasemos por alto el motivo. Pero esa era vuestra casa y Chase tendría que haber estado allí.

—No lo sé.

—¿No te lo has preguntado?

Niego con la cabeza, confusa. No he tenido tiempo de hacerme esa pregunta, ni la lucidez necesaria para llegar a ello, y el hecho de que sea mi hermano quien me lo señale no es nada alentador.

—¿Por qué Alex estaba allí en lugar de Chase? —insiste, formulando la misma pregunta de otra manera.

—No me lo he preguntado.

—Quizás deberías —dice, fingiendo centrar su atención en unas botellas listas para ser llenadas—. Tal vez ayudaría.

—¿Y para qué me serviría eso?

Shane empieza a llenar las botellas sin responder a mi pregunta.

—Quizás no sea mala idea trabajar en la destilería. Hay muchas cosas que puedes aprender allí, muchos secretos por descubrir —concluye, con un tono demasiado serio para él. Pero su frase sigue resonando en mi cabeza durante todo el día y toda la noche, hasta

que me lleva a hacer la cosa más estúpida que podría hacer y, a estas alturas, también la más peligrosa.

CAPÍTULO 18
ALEX

Cuando la veo delante de mí, en mi puesto —o quizá debería decir en mi reino—, creo que pierdo diez años de vida de golpe. Y diez años no son pocos, sobre todo para alguien que ya ha desperdiciado unos quince esperando algo que sabía que no llegaría.

Ellie Johnston apoya las manos en las caderas y levanta la barbilla orgullosa, todavía plantada en la puerta de la sala de destilación. Lleva unas botas de agua y esos vaqueros negros ajustados que se pierden en ellas. Tiene el pelo recogido en uno de esos moños tipo donut, aunque no le ha quedado perfecto, porque sus mechones no se dejan domar, igual que ella. Viste una camisa a cuadros blancos y negros que le cae sobre las caderas, desabotonada hasta el nacimiento del pecho, con los cascos alrededor del cuello y ese aire de quien está aquí aunque no quiera estarlo… y de quien no tiene la menor intención de estar por debajo de nadie.

Como si me importara.

Encima, debajo, de lado o del revés.

Tómame como te dé la gana, Ellie, con tal de que me tomes.

—Venga, tampoco es para tanto —dice acercándose a mí con seguridad, quitándome otros tres o cuatro años de vida. A este paso,

estaré jubilado antes de que acabe el día—. No es la primera vez que trabajamos juntos.

Espera un momento.

—¿Trabajar... juntos?

—¿A ti qué te parece?

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Desde ya. Tu abuelo me ha dado el puesto.

—¿Y te ha asignado conmigo?

—No te vengas tan arriba, Brennan. Todo lo que sabes te lo he enseñado yo.

—No exageres.

—A mí me debes hasta tu primer sorbo de whisky.

Eso es verdad. Y sería mejor no recordarlo, porque es una historia que no me deja en muy buen lugar.

—Y en cualquier caso, era o aquí o con las visitas, y ya sabes cuánto odio a los turistas, sobre todo en esta época.

Así que soy su última opción.

Vaya. Si mi autoestima no estuviera ya por los suelos, esto la remataría.

Pero a estas alturas soy inmune a todo.

A todo, excepto a ella.

—Y además, este también es mi sitio —añade con resentimiento, y me da la sensación de haberle arrebatado algo otra vez.

—Ellie…

—Vale, escucha, no sé cuánto tiempo me quedaré, pero necesitaba hacer algo mientras tanto, hasta que encuentre la manera de salir de esta situación absurda. Situación que, por cierto, tú ayudaste a crear.

—No fui yo quien se metió en tu cama —afirmo con amargura.

—Pero tampoco te echaste atrás —me acusa. Y podría tener razón, pero, vamos, ¿cómo diablos iba a echarme atrás?

Aprieto la mandíbula para no responderle.

—Sabía que acabaría así —dice negando con la cabeza—. Y también sabía que era una pésima idea quedarme aquí.

—No tenemos por qué hablar de ello —digo de repente, haciéndome el idiota más que nunca—. Podemos archivarlo todo y

pasar página.

Me observa, sopesando mis palabras.

No, Ellie, no estoy siendo sincero, pero no lo descubrirás nunca, te lo juro. En esto, al menos, seré bueno.

—Yo también estaba borracho, ¿vale? Estaba confundido y al principio no me di cuenta de que eras tú la que estaba en la cama.

—Ah, bueno —comenta indignada.

¿Qué quieres, Ellie? Te estoy pagando con la misma moneda y que sepas que no me gusta nada, porque jamás querría que te sintieras como me siento yo ahora mismo.

—Había estado bebiendo con Chase, volví a casa antes que él porque me encontraba fatal y luego llegaste tú. Y yo solo me dejé llevar.

—¿Te dejaste llevar?

—Bueno, técnicamente la que llevabas las riendas eras tú.

—¡Alex! —me regaña, enfadada.

—Vale, vale. Escucha, los dos nos equivocamos.

—¿Tú crees? —pregunta, alzando una ceja.

—Cuando me di cuenta de que eras tú, ya era demasiado tarde.

Ellie suspira profundamente.

—Los dos cruzamos una línea —concluyo, tragándome el resto.

—Y detuviste la boda porque no sabes mentir —dice ella, convencida de haber dado con la clave.

Dios mío, Ellie. A estas alturas no sé si de verdad debería desear que no recuerdes nada de aquella noche; quizá sería lo mejor para todos.

—Ya sabes cómo soy —le sigo la corriente, porque tal vez esta sea la única escapatoria a este enorme desastre—. Y lo siento, me entró el pánico en la boda. No quería arruinarte la vida.

En esto sí soy sincero: realmente sentí pánico. Y, en cuanto a su vida, yo solo quería hacer que fuera perfecta, pero al parecer no soy el hombre adecuado para ese cometido.

—¿Así que me estás diciendo que todo ha sido un malentendido? —dice, decepcionada.

Mejor su decepción que su desprecio.

Me encojo de hombros como un imbécil.

Ellie resopla.

—Menudo lío hemos montado, Alex.

—Lo siento —lo digo otra vez, quizás algún día lo crea y me perdone—. Ojalá pudiera borrarlo todo.

Ahí está. Tenía que decirlo, ¿no? La estupidez suprema, la madre de todas las estupideces.

¿Qué se supone que debería borrar? ¿A ella? ¿A nuestra única noche? Tal vez sería la mejor solución para Ellie, desde luego, pero también para mí, porque no creo que sea capaz de fingir toda la vida que lo que hicimos fue un error. Y aunque lo hubiera sido de verdad, aunque bastara para ganarme un sitio en el infierno, lo volvería a hacer. Cien mil veces. Trescientas mil veces.

Y no estoy hablando de sexo.

Y eso es lo peor de todo este enorme desastre.

—No sé si podré pasar página alguna vez, Alex. Para mí ya nada es como antes. ¿Entiendes lo que quiero decir?

¿Que si lo entiendo? ¿Bromea?

Sé perfectamente de qué está hablando.

Lo que pasó lo cambió todo: para ella, sin duda, pero sobre todo para mí.

Porque antes la quería, como se quiere algo que nunca has tenido y que deseas para descubrir qué se siente al tenerlo solo para ti. Pero ahora estamos realmente jodidos, porque ahora la he tenido y no sé cómo voy a seguir con mi vida sabiendo que nunca podré volver a tenerla.

Antes la deseaba, ahora la ansío. Como si fuera la última gota de agua en un oasis en el desierto, el último deseo antes de dejarte morir de sed.

—Pero lo intentaré —añade, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, no tengo otra opción, ¿verdad?

Dios Santo, Ellie. Ojalá tuvieras millones de opciones, pero que entre todas ellas, solo pudieras pensar en una.

CAPÍTULO 19
ELLIE

Después de nuestra conversación de esta mañana, Alex ha estado evitándome el resto del día. Al fin y al cabo, él se ocupa de la primera destilación y lleva años haciéndolo. Por lo que veo, es otro que también está sufriendo la reticencia de mi padre a los cambios.

Sé que Alex querría convertirse en maestro destilador, pero, según mi padre, todavía no tiene suficiente experiencia; lo cual, sumado a que no tiene estudios, no lo convierte en el mejor candidato.

Al parecer, quedarse aquí significa permanecer anclado a lo que los demás piensan de ti, sin posibilidad de intentar demostrar lo contrario.

Yo sé que Alex vale mucho más que todos los que trabajan en esta área, incluso más que Joseph, el maestro destilador actual, que tiene casi la edad de mi padre y que se encarga de la tercera destilación desde que tengo uso de razón.

Por cierto, parece que me han asignado precisamente a esa fase. No sé quién ha tomado la decisión, pero mi nombre aparecía junto al suyo, así que no me ha quedado otra.

Es mi primer día, a pesar de que este lugar es, en la práctica, también mío, y no quiero crear problemas ni reclamar nada que no

me corresponda. Solo soy la última en llegar y me parece bien así; no tengo intención de ser nada más, ni hoy ni nunca.

Alex no se puso nada contento cuando vio mi nombre junto al de Joseph. Se limitó a asentir y a darme la espalda para dirigirse a su puesto, de donde no se ha movido ni siquiera para tomarse un café.

Me imagino lo que estará pensando: que, aunque acabo de aterrizar, me ha tocado el puesto que él siempre ha deseado. Aunque no sea yo quien lo ocupe oficialmente, es mejor trabajar junto a Joseph que quedarse como primer destilador.

Quizás teme que, ahora que estoy aquí, le quite el trabajo, que pase por encima de él o que recupere lo que me correspondía por derecho y que mi padre, muy convenientemente, decidió darle a otro en lugar de a mí.

Pues sí, yo también soy destiladora. Y sí, el puesto que ocupa Alex debería ser mío. No el suyo en concreto, pero los dos teníamos el mismo proyecto y el mismo sueño.

Sabemos que solo uno puede llegar a ser maestro, y que el otro se quedará siempre, inevitablemente, un paso por detrás. No es que ser el primer o el segundo destilador sea un trabajo de mierda, pero no era eso lo que ninguno de los dos quería.

Mi padre nunca me perdonó que me marchara en el peor momento para nuestra familia. Aunque oficialmente lo hice para estudiar, él sabía perfectamente que, en realidad, estaba huyendo de este lugar; de él y de todos los recuerdos que todavía conservo aquí y que no quise llevarme conmigo.

Cuando decidí volver, dispuesta a dejar el pasado atrás y a ocupar mi lugar en la empresa, mi padre me dijo que para eso ya estaba Alex. A mí, en cambio, me asignó el departamento de eventos que, a ver, es vital para nuestra economía, pero que no era lo que yo quería, ni para lo que había estudiado, ni lo que soñaba hacer.

Yo era buena; solo quería que me diera una oportunidad para demostrárselo.

Alex también lo es, y verlo todavía allí después de todos estos años me llena el corazón de tristeza y no hace más que aumentar el resentimiento hacia mi padre. Porque, si ese puesto no puede ser

mío, no querría nunca que fuera de nadie que no fuera Alex. Se lo merece, no puedo negarlo. Y lo que ocurrió entre nosotros no cambia lo que siempre he pensado de él.

Joseph me pasa los últimos datos recogidos de las muestras y salgo del ensimismamiento en el que estaba sumida. Me apresuro a tomar nota en la tableta, con la que me manejo mucho mejor que él. Después voy al despacho para terminar la tabla con los datos del día que estaba preparando.

Me siento al escritorio y abro mi archivo. Levanto la vista por encima del ordenador un momento, justo a tiempo para ver a mis hermanos entrar en la sala y dirigirse hacia Alex.

Shane le da una palmada en el hombro y por poco hace que se le derrame la muestra —qué idiota—. Reid se ríe detrás de él.

Alex se tensa un poco, se quita de encima la mano de Shane y lanza una mirada fugaz hacia la ventana desde la que estoy observando la escena.

Apartar la mirada ahora sería una tontería. Ya me ha visto. Es inútil negarlo. Así que finjo que me alegra ver a mis dos hermanos y les saludo con la mano.

Me enderezo de inmediato en la silla cuando veo que vienen hacia mí, fingiendo una total indiferencia; al fin y al cabo, no pueden ver cómo me tiemblan las rodillas bajo el escritorio.

—Eh —Shane asoma la cabeza.

—Eh —le saludo—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Hemos venido a buscar a Alex para ir a comer.

—Ah —exclamo, sorprendida—. V-vale.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Reid, asomando también él la cabeza.

Alex se ha quedado fuera.

—¡Genial! —respondo, levantando el pulgar, sin saber muy bien por qué.

—Mejor así. Nos vemos, entonces.

Reid se despide y Shane hace lo mismo.

Cuando ambos se alejan unos pasos, Alex encuentra el valor para levantar la cabeza. Entra en la oficina, pero se queda junto a la puerta, con las manos en los bolsillos, como si estuviera cortado.

Él. Cortado. Conmigo.

No me gusta esto y no me gusta cómo me está haciendo daño.

—¿Quieres…? Bueno, ¿quieres que te traiga algo o…?

—No, gracias. Estoy bien así, de momento.

Asiente y hace una mueca extraña con la boca, como si intentara sonreír y no lo consiguiera, y eso es peor que la sensación de antes. Porque aquello dolía, pero esto es como un puñetazo en la boca del estómago, de esos que te dejan sin aliento durante unos segundos que parecen interminables y en los que crees que vas a morir.

Alex alcanza a mis hermanos. Shane le pasa un brazo por los hombros de forma cariñosa, mientras Reid dice algo que consigue arrancarle una sonrisa.

Y esta es la peor escena de todas las que he presenciado desde que he vuelto.

Ellos tres juntos.

Como de niños.

Como de adolescentes.

Como de adultos.

Ellos tres juntos como siempre.

Pero sin mí.

CAPÍTULO 20
ELLIE

Cuando vuelvo a casa con una de las furgonetas de la empresa, después de estar todo el día en la destilería, no tengo ninguna gana de entrar y enfrentarme a mi padre, así que doy media vuelta y opto por ir a casa de Shane.

Camino con paso decidido hacia la acogedora vivienda pero, justo cuando estoy a punto de llegar, la puerta se abre y Shane aparece en el umbral, hecho un pincel, con la clara intención de marcharse a algún sitio.

Resignada a tener que pasar la noche en casa con mi padre, me acerco de todas formas solo para preguntarle qué planes tiene, pero entonces le veo meter el *bodharan*[1] en el coche y una extraña sensación me cierra la boca del estómago.

—¿Buscas refugio? —se burla mientras cierra el maletero.

—Qué gracioso…

—¿Tan mal ha ido el día?

—Digamos que no ha sido el mejor y que no me apetece empeorarlo. Eso es todo.

—¿Brennan te ha molestado?

Como si Alex fuera capaz de hacerlo.

Niego con la cabeza y bajo la mirada.

—Vamos, ven conmigo.

—¿Contigo?

—Reid ya está allí.

—¿Allí?

Shane se ríe como alguien que está a punto de meterte en problemas y es consciente de ello. Abre la puerta del copiloto y me hace un gesto para que suba.

—Nos lo vamos a pasar en grande.

Y sé que no está hablando de mí, sino de él mismo y, probablemente, de al menos otro par de idiotas que forman parte de la banda.



Cierro la puerta del coche y miro la entrada con una mezcla de emoción y miedo.

—Ha pasado mucho tiempo —me hace notar Shane, colocándose a mi lado—. ¿Aún te acuerdas de cómo se hace?

Me da un empujoncito con el hombro.

—No he venido a bailar.

—Todos dicen lo mismo, pero nadie sabe resistirse a nosotros.

Pongo los ojos en blanco.

—Y menos a Brennan —añade, con la clara intención de provocarme, pero no va a conseguirlo.

Sé perfectamente que Alex gusta a las mujeres. No siempre fue así; de adolescente le costaba mucho más, era demasiado tímido y también bastante patoso, pero al crecer... Bueno, digamos que ha mejorado, y mucho.

Pero eso no debería ni pasárseme por la cabeza.

Lo ignoro, respiro hondo y avanzo hacia la puerta del McNamara's, con la esperanza de ahogarlo bajo al menos un litro de Guinness y, por qué no, un par de chupitos. Decidida a disfrutar de la noche, de la música y de este chapuzón en mi vida pasada.

Solo espero que sea eso: un chapuzón y unos largos rápidos, y no una inmersión en aguas profundas.

Shane me sujeta la puerta antes de desaparecer entre la multitud, imagino que en busca de los demás músicos. Me abro paso entre la gente y llego hasta la barra, donde Brian no deja de tirar pintas una tras otra.

Encuentro un taburete libre en un rincón y me siento a esperar que se dé cuenta de que estoy allí. No miro alrededor; con tanta gente sería inútil. Me concentro en Brian, esperando que me vea pronto y me sirva algo rápido, porque no puedo enfrentarme a esta noche sobria.

—¿Qué te pon…? Oh, Ellie, ¡eres tú! ¿Has venido por la música?

—Eso parece.

—¿Echabas de menos los viejos tiempos o me echabas de menos a mí?

—¿Me pones una Guinness, por favor? —le corto. No me apetece hablar.

—¿Solo cerveza esta noche?

—Por ahora.

—Marchando.

Le observo mientras tira la pinta y luego vuelve hacia mí. La deja sobre la barra y le doy las gracias con un gesto de la cabeza.

—Desde aquí no vas a ver gran cosa —me hace notar, como si no lo supiera ya. Los chicos tocan en la sala de al lado, la más grande.

—No necesito ver, me basta con oír.

—Pero aquí ni siquiera podrás bailar.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Como quieras —se aleja hacia el siguiente cliente.

Bebo unos cuantos sorbos —al menos una decena— y después me quedo mirando la barra, esperando no sé muy bien qué, en un estado de ansiedad que no es propio de mí y que me lleva a arrepentirme amargamente de haber venido. Pero después del día en la destilería, de estos pensamientos tan confusos y distorsionados, de mi padre, mis hermanos, Chase y la boda, Alex y nuestra distancia… Solo quería algo que me recordara vagamente quién soy y que me devolviera a casa, aunque solo fueran unos minutos, porque empiezo a sentirla tan lejana que temo no volver a verla jamás.

Cuando las primeras notas suenan en el local y el murmullo de los clientes se apaga, mi corazón empieza a latir con más fuerza. Pero es al reconocer sus dedos sobre las cuerdas cuando la necesidad de sentir lo que alguna vez fuimos me impulsa a agarrar la jarra y darme la vuelta en el taburete.

El sonido de las palmas marcando el ritmo me da el empujón definitivo para levantar el culo del asiento; el estruendo de los pies golpeando el suelo ayuda a los míos a dirigirse hacia la sala; los gritos entusiasmados de los clientes me animan a abrirme paso entre la gente hasta encontrar un hueco donde colarme para acercarme a la banda.

Verlos allí, tocando juntos, mirándose de vez en cuando, felices y despreocupados, rodeados del calor de este lugar... me transporta a otro mundo y a otra época, a cuando yo también era feliz con ellos.

Pero hay algo más. Algo maravillosamente hermoso y sincero. Algo que siempre ha hecho especiales mis días. Algo que me ha acompañado a lo largo de los años y que nunca me ha abandonado. Lo que vuelve a hacerme temblar las piernas como no me pasaba desde hacía tiempo: la sonrisa de Alex, tan natural y deslumbrante.

Y cuando me descubro sonriéndole yo también, con el corazón retumbando al compás de la música, entiendo por fin el motivo por el que he vuelto… pero también por el que no puedo quedarme bajo ningún concepto.

---

1 Instrumento de percusión tradicional irlandés

CAPÍTULO 21
ALEX

Para cuando vamos por la mitad de la canción, los borrachines del McNamara's ya están bastante animados, aunque todavía nadie se ha lanzado a bailar. Sé que es solo la primera, pero no me gusta ver a la gente quieta. Me encanta tocar con los chicos porque me gusta ver a los demás divertirse, dejarse llevar; me gusta la gente feliz y me gusta poner mi granito de arena para que lo sean. No es que tenga ningún poder especial, que quede claro, pero la música… la música sí que puede hacer milagros y yo, dentro de lo que cabe, intento ser útil.

Shane, Reid, Andy y yo tocamos juntos desde que éramos unos críos. Fue mi abuelo quien me enseñó; sabe tocar prácticamente cualquier instrumento celta, y fue él quien me introdujo en este mundo de tradición y amor, porque eso es lo que hacemos cuando tocamos juntos, nada más. No tenemos grandes aspiraciones: nos gusta tocar para animar las noches de los vecinos de Cliathán y alrededores, y punto.

Cuando Ellie vivía aquí venía con nosotros. Le encanta bailar y se le da de maravilla. Todo lo que sabe se lo enseñó su madre, que daba clases en una escuela de danza folk en Clifden. Ellie también estudiaba allí, pero lo dejó, igual que dejó tantas otras cosas, aunque con nosotros nunca se echó atrás. Conmigo nunca lo hizo.

Y cuando la veo abrirse paso entre la gente, mirarme y luego sonreír —como si yo nunca hubiera sido ese «algo más» solo por una noche, sino simplemente Alex—, algo dentro de mí se derrite. Y lo hace tan deprisa que no puedo impedirlo ni frenarlo. Pero no dejo de mirarla, ni de sonreírle, y mucho menos puedo dejar de amarla. Aunque se acostara conmigo pensando que era otro, aunque ahora lo niegue todo, aunque deseara que nunca hubiera pasado.

Yo no puedo desear eso. Ni pensarlo siquiera. Como no puedo renunciar a lo que siento ni dejarlo de lado.

Porque Ellie Johnston es el amor de mi vida y no habrá nadie más.

No es una elección, ni una obsesión ni una postura tomada a conciencia. Es así, y punto. No se puede dejar de amar: si amas, lo haces para toda la vida. Al menos así lo veo yo. Si dejas de hacerlo es porque nunca fue amor, no de los que duran, no de los que permanecen. Y Ellie Johnston es, sin duda, de las que permanecen, de las que se te adhieren a la piel y no hay forma de expulsar.

Cuando empezamos la segunda canción, Ellie se ha soltado el pelo y creo que se le han saltado un par de botones de su camisa —*joder, joder, joder,* siempre por triplicado, porque con uno no basta— y por fin parece menos tensa, más metida en la noche, más metida en la música.

Me dejo llevar completamente por la canción, por la noche, por el ambiente y por el hecho de que Ellie está frente a mí y parece que, al menos en este momento, no me odia. Canto con los chicos, no tenemos un cantante fijo, nos vamos turnando y nos apoyamos como podemos. No somos precisamente profesionales. Marco el ritmo golpeando el pie contra el suelo, seguido por la gente que por fin empieza a soltarse y a bailar.

En el centro de la sala se forma una especie de pista de baile. En el McNamara's no hay mucho espacio, pero no hemos venido a bailar *El lago de los cisnes* ni estamos en una discoteca: solo queremos pasar un buen rato y el sitio que tenemos es más que suficiente.

Me alegra ver que la gente disfruta y se deja llevar, pero es cuando veo a Ellie dejar su pinta sobre una mesa y avanzar hacia el centro de la sala cuando creo que pierdo un millar de latidos.

Probablemente me harán falta para seguir vivo, pero los dejo escapar de todos modos, completamente atrapado por ella: por la forma en que sus pies pisan la madera, por cómo se flexionan sus piernas, por cómo su pecho se mueve con cada salto —claro que lo he mirado, no soy un pringado—, por cómo su pelo cae sobre su rostro, cómo lo aparta y lo coloca detrás de las orejas, por el rubor de sus mejillas, por el brillo de sus ojos. Pero cuando veo que junta la palma de su mano con la de uno de los clientes del McNamara's, salto del taburete como si el culo me estuviera ardiendo.

—¿Podéis apañaros sin mí un par de minutos? —les digo a los chicos.

Dejo la guitarra en el suelo y abandono mi puesto para acercarme a Ellie. Me cuelo entre los que participan de este baile y apoyo mi mano sobre la suya.

Sus ojos se me meten por todas partes, como aquella noche. Se clavan en los míos de tal forma que solo puedo mirar a través de ellos. Se cuelan bajo mi piel, se ramifican hasta cada punto vital y terminan anclándose en un único lugar peligroso, el que siempre le ha pertenecido.

Giramos en círculos, con las palmas todavía pegadas la una contra la otra, nos miramos, nos sentimos, nos robamos.

Ella ya ha robado todo lo que había que robar. Yo acabo de empezar y no tengo intención de detenerme hasta que incluso su último aliento sea mío.

Nos separamos unos segundos —los pasos lo exigen—, pero nuestros ojos se niegan, no son capaces de soltarse. Apoyo la mano, distraído, contra la de alguien más, ni siquiera me importa saber quién es. Ella hace lo mismo. Tampoco le interesa saber de quién se trata. No respiramos, a la espera de poder volver el uno con el otro. Y cuando sucede… Ah, cuando sucede, siento cómo los planetas se alinean y la tierra se detiene durante un largo instante. Esto ya ha pasado antes, lo sé, y por la forma en que sus ojos cambian de color, imagino que ella también lo sabe.

Puede que no recuerdes lo que hubo entre nosotros, Ellie, lo que tú susurraste y lo que yo grité, pero lo sientes. Ahora lo sientes tú también. Y, como yo, sabes que no puedes ignorarlo. Lo sientes

sobre ti, mientras escribe en tu piel lo que no puedes decir y lo que yo no puedo decir por ti, pero habla por los dos.

Solo espero que estés dispuesta a escuchar.

La música se detiene y nosotros también. La gente alrededor grita y aplaude, nosotros no. Nosotros seguimos así, mirándonos a los ojos, con nuestras respiraciones agitadas persiguiéndose la una a la otra.

—Yo tengo que... beber algo.

Es ella la primera en abandonar el campo de batalla, pero lo sabía. No estoy ni sorprendido ni decepcionado. Sé que esa noche sigue ahí, en algún lugar, solo tiene que encontrar la manera de llegar hasta ella y de hacerle entender que lo que ella llama *error* y lo que yo llamo *follón*, no fue otra cosa que la primera cosa sensata y correcta que ambos hicimos en la vida.

Solo espero que ella esté dispuesta a creerlo al menos la mitad de lo que lo creo yo.

CAPÍTULO 22
ELLIE

No sé resistirme a la música, sobre todo cuando quien toca es alguien a quien conozco, y tampoco sé decir que no a una invitación a bailar, aunque venga de un hombre que debe de tener, al menos el doble de mi edad, pero al que llevo viendo en este bar desde que me dejaron poner un pie en él por primera vez.

Lo sigo hasta el centro de la sala y pongo mi mano contra la suya, girando en círculos con él. Llevo la otra mano a la cadera y doy saltitos mientras me muevo, golpeando los pies contra el suelo junto a todas las demás personas que están participando en esta *céili*[1]. Cuando el ritmo se ralentiza y nos obliga a separarnos unos segundos, alguien se cuela entre nosotros y ocupa su lugar justo en el instante en que las manos deberían volver a unirse. Y cuando la mía roza la de Alex, lo que me lleva a alzar la vista y mirarle a los ojos, entiendo que, en algún rincón de mí, sabía que esto iba a pasar… y no estoy hablando solo de dos manos ni de un baile.

Giramos en círculos, con las manos apenas apoyadas la una contra la otra. Sus ojos se vuelven los míos y los míos, los suyos, mientras nuestras respiraciones siguen el compás de la música. Es nuestra forma de decirnos todo sin necesidad de abrir la boca.

Ellie…

Lo oigo, y no con los oídos. Lo siento en alguna otra parte.

Ellie…

Otra vez mi nombre. Reconozco su voz aunque no haya movido los labios.

Ellie…

De nuevo, y esta vez viene de lo más profundo, como un recuerdo escondido quién sabe dónde, esperando ser rescatado.

Nos separamos unos instantes. Mi mano deja la suya y se apoya en mi cadera, pero aún puedo notar su calor en la palma, el mismo que ahora recorre todo mi cuerpo y que no tiene nada que ver ni con el alcohol, ni con el lugar, ni con la multitud. No sé cómo explicarlo, pero estoy segura de que no es un calor que pertenezca a este momento. Y cuando veo cambiar la expresión de sus ojos, entiendo que él también lo ha sentido y que también sabe que lo que está ocurriendo no es lo que, en apariencia, está pasando esta noche en este pub.

Es como una sensación, algo que sabes que está ahí, que ha ocurrido, pero que no sabes vincular a un instante concreto. Se queda esperando, a ser descubierta, comprendida y vivida otra vez… u otras mil veces, porque una sola nunca puede ser suficiente.

Alex se acerca, presiona su palma contra la mía y baja apenas su rostro hacia mi cuello. Respira y yo me estremezco hasta la punta de los pies, tanto que siento cómo los dedos se me retuercen dentro de las botas. Se aparta de nuevo y me mira; ahora tiene los ojos oscuros y profundos, pero son tan limpios que puedo ver en ellos algo que creía que nunca había sucedido.

Cuando la música se detiene y los gritos de la gente nos sobresaltan, intentando romper esta extraña conexión entre los «nosotros» de esta noche y los «nosotros» de otro planeta, Alex me suelta poco a poco, sin apartar sus ojos de los míos. No sé qué espera encontrar en ellos, pero cuando los veo brillar con una esperanza peligrosa, me temo que acaba de obtener su respuesta.

—Necesito beber algo —le digo, y en parte es verdad, pero lo importante ahora es alejarme de él y tratar de entender qué me está pasando y qué fue lo que realmente nos ocurrió. Porque tengo miedo de que esos que estaban en otro planeta, en otro tiempo, se parezcan más de lo que quisiera a los que esta noche han

compartido un baile, a los que durante años compartieron momentos, secretos, risas y planes; a los que tenían un sueño en común pero que, por el bien de los dos, acabaron persiguiéndolo por separado.

Me acerco a la barra y me siento. Por suerte ahora hay menos gente: casi todos están en la sala de al lado bailando, y yo puedo dejar que mis pensamientos me devoren la cabeza en paz. Unos pensamientos que ahora parecen centrarse en un único punto, fundamental para ellos y aterrador para mí: por qué lo hicimos, por qué nos separamos de forma tan tajante y por qué solo ahora me estoy haciendo esta pregunta.

Una copa se materializa justo delante de mis narices.

—Necesitas algo familiar —dice Brian, aludiendo al whisky que lleva mi apellido, aunque dentro de mí sus palabras adquieren otro significado.

Al parecer, esta va a ser la noche de los dobles sentidos.

Le doy las gracias y me lo bebo de un trago, dejando después el vaso sobre la barra. El líquido baja rápido por la garganta, incendiándolo todo a su paso, pero haciéndome sentir de inmediato —y de una forma extraña— mejor. Y no por el alcohol en sí, sino porque ese ardor siempre me devuelve a casa, y hasta yo sé que no hay lugar como el propio hogar, aunque me cueste admitirlo, sobre todo ante mí misma.

—¿Ellie? —pregunta una voz a mi derecha.

—¿Clodagh?

—De vez en cuando también venimos nosotros a escuchar un poco de música.

—¿Nosotros?

—Ven —dice, cogiendo un vaso de la barra e invitándome a seguirla.

Todavía aturdida por todo lo que está pasando, la sigo hasta la sala de al lado, donde tocan los chicos, hasta una mesa donde están sentados su padre y Justin.

—Hola, Ellie —me saluda Justin con entusiasmo—. ¿Tú también has venido a escuchar a la banda?

—Pues sí.

—Siéntate con nosotros —dice Colin, señalando la silla a su lado.

—Yo, la verdad es que…

—¿Has venido con alguien? —pregunta Clodagh, sin mucha discreción.

Niego con la cabeza.

—Entonces, ¿qué haces ahí de pie? —añade Colin.

Aunque me parece una pésima idea, me siento con ellos igualmente. ¿Por qué? Porque la familia Brennan es para mí como una segunda familia, a veces incluso fue la primera, y no quiero renunciar a ellos solo porque las cosas entre Alex y yo estén un poco complicadas ahora.

Y además, soy una mujer adulta. Una mujer que se acostó con su mejor amigo el día antes de su boda y que no recuerda haberlo hecho porque estaba demasiado borracha; así que, como es lógico, su casi marido la dejó plantada en el altar y la echó de la empresa en la que llevaba cinco años trabajando; y que ahora está de vuelta en casa de su padre, trabajando en el negocio familiar y sin saber qué hacer con su vida.

En resumen: no podría irme peor, así que ¿para qué preocuparme?

—¿Estás bien, cielo? —me pregunta Clodagh, acariciándome la mano.

—Claro. Estaba disfrutando de la noche, como vosotros —digo sonriendo—. ¿Y tú? —le pregunto luego a Justin—. ¿No eres un poco joven para venir a estos sitios?

—Hasta las nueve y media puedo entrar donde quiera. Y además, estamos en el McNamara's.

—Veo que la fama de este lugar le precede.

—Venimos aquí solo porque toca Alex, si no, ni de co…

—Papá —Clodagh detiene a Colin en el momento justo.

—Ni de broma —se corrige—. Ya sabes que prefiero ir a cualquier otro sitio.

—No hay mucha elección en Cliathán —le hago notar.

—Supongo que en la ciudad, en cambio… —dice Clodagh.

—Galway es preciosa, y no solo por los bares —me apresuro a aclarar.

—¿Y por qué, entonces? —pregunta Justin.

¿Cómo explicarle a un niño de ocho años lo que significa vivir y respirar solo para ti misma?

—Es una ciudad grande, llena de oportunidades. Puedes conocer gente nueva, hacer amigos, encontrar el trabajo de tus sueños.

—¿Y aquí no se puede? —pregunta con inocencia.

—Se puede, si lo que quieres está aquí.

Justin se queda pensativo unos segundos, mientras noto las miradas de Colin y Clodagh clavadas en mí.

—¿Y lo que tú quieres no está aquí?

Es difícil responder a eso ahora mismo, pero como no me ha parecido exactamente una pregunta, me limito a sonreírle y a mirar a mi alrededor, solo para verlo acercarse hacia nosotros, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, el pelo rebelde y la mirada de quien ha encontrado aquello que llevaba buscando toda la vida.

Y a mí me da la sensación de haber encontrado, de pronto esa respuesta.

Pero no se la doy a Justin.

Ni a mí misma.

Porque no es tan fácil creer en ello, ni siquiera cuando todo a tu alrededor parece suplicarte que lo hagas.

---

1 Forma de danza tradicional irlandesa.

CAPÍTULO 23
ALEX

Nos tomamos un descanso de cinco minutos y decido ir a saludar a mi familia antes de que se marchen, porque Justin no puede quedarse en el bar más allá de las nueve y media. Aunque sé que los hermanos McNamara no lo echarían, quiero que crezca sabiendo que las normas se respetan y que no intente saltárselas solo porque en este sitio somos como de la familia.

Me abro paso entre la gente saludando a todos los que conozco —es decir, a todos los que están aquí— y me dirijo hacia la mesa que siempre pido que nos reserven, pero cuando la gente se aparta y veo a mi familia, me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, la veo completa. Y no porque nunca se haya sentado con nosotros a la mesa, sino porque esta vez siento que es distinto; esta vez es la indicada. Puede que todavía no haya entendido que ha vuelto, pero yo sé que es así. Lo siento. Aunque ella se empeñe en hacerse la dura, en ser siempre la que está lista para salir corriendo. Yo sé por qué está aquí y estoy dispuesto a ayudarla a entenderlo, porque es terca y orgullosa, pero yo lo soy aún más que ella y esta vez… esta vez será ella quien elija quedarse.

Ellie es la primera en darse cuenta de que he llegado, así que aprovecho ese momento para mirarla de nuevo y, esta vez, como merece ser mirada. Dejo que mis ojos recorran su figura y la despojo

de todas las gilipolleces con las que se cubre, de las barreras y los miedos, hasta hacer que se sienta solo ella misma, como en nuestra noche.

—Eh —le digo en cuanto llego a la mesa. Toda mi familia se gira hacia mí, pero nadie dice nada. —¿Todavía no has salido corriendo? —pregunto, con la ansiedad amenazando con hacer que la cague, como siempre.

Ellie asiente pensativa, luego se muerde el labio por la comisura derecha, y yo noto que tengo un problema en los pantalones que pronto será evidente para todos.

—Aún no —dice en voz baja, y a pesar del ruido que hay en el bar la escucho, porque necesito desesperadamente oírla decirlo—. Quizá, por una vez, podría intentar no hacerlo.

—Quizá… —recojo el hilo, dándome cuenta de que estoy conteniendo la respiración más tiempo del que es humanamente posible antes de caer redondo al suelo.

—Quizá también puedas encontrar algo aquí —añade Justin, dando un sorbo a su bebida y fingiendo indiferencia.

—Podría intentar buscar, ya sabes… por si acaso. No quisiera que se me escapara algo —dice ella y, cuando vuelve a mirarme, en sus ojos leo su deseo de no huir, al menos por una vez.

Gracias, Justin. Te compraré todos los juegos de *Mario* que quieras.

—¿Puedo sentarme unos minutos? —pregunto, sacando la mano del bolsillo y señalando el sitio a su lado.

Ellie se aparta un poco, acercándose a mi abuelo, y yo me siento, apoyando primero las manos en la mesa, lentamente. No me acerco demasiado, aún no sé cuánto espacio me ha concedido y no quiero cagarla, como suelo hacer.

—Suena todo genial esta noche —comenta mi madre para aligerar un poco el ambiente.

—Yo también quiero tocar la guitarra —dice Justin convencido.

—¿Ah, sí? —le pregunta Ellie—. ¿Y eso por qué?

—Bueno, para empezar, quiero seguir la tradición familiar.

Mi abuelo hincha el pecho de orgullo. Él toca la cítara, la guitarra y también el violín. Yo aprendí de él a tocar los dos primeros. El

violín requiere demasiado compromiso y no soy tan bueno manteniendo mis propósitos. También se defiende con el acordeón y, por lo que sé, era un cantante bastante decente.

—Eso es algo estupendo, Justin —le dice Ellie.

—Y, además, seamos sinceros, los músicos tienen su punto.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Su punto? —pregunta Ellie con curiosidad.

—Claro. Y ligan con un montón de chicas.

—¿Y tú querrías ligar con muchas? —vuelve a preguntar ella.

Justin se encoge de hombros.

—Con alguna, quizás…

—Oye —lo interrumpo—. No será una guitarra lo que te hará conquistar a una mujer, y además, ¿quién te ha metido en la cabeza eso de ligar con muchas chicas?

—Cory Andersen.

—Bueno, ni caso —digo acalorado; ese chico nunca me ha gustado—. A las mujeres no se las conquista así —continuo, metido de lleno en el tema—. Tienes que centrar toda tu atención en una sola mujer, Justin, porque esa será la que te vuelva loco y de la que no vas a poder olvidarte nunca.

—No sé si quiero volverme loco, —comenta Justin, preocupado.

—Lo estás asustando —me hace notar Ellie.

—Solo lo decía para que lo entendieras —digo. En ese momento, levanto la mirada y veo a Andy llamarme. Me pongo de pie a regañadientes, me inclino hacia Justin y le digo:

—Solo hay una, las demás… ni las mirarás cuando entiendas de lo que hablo.

Me enderezo y me aparto el pelo de la cara.

—¿Y tú? —me pregunta con picardía.

—¿Yo qué?

—Creo que Justin te está preguntando si para ti también es así —dice Ellie, posando lentamente su mirada en mí.

—Para mí… —niego con la cabeza y decido ir a por todas, sin importarme que toda mi familia esté presente—. Siempre ha habido una sola, y seguirá siendo así.

No quiero ver su reacción, no sé si ahora mismo podría soportarla, así que me dirijo hacia los chicos y ocupo mi sitio, sin hablar ni mirarlos. Me siento en el taburete, cojo la guitarra y me la apoyo en el muslo. Les doy la entrada a los demás y me concentro en la música, moviendo la cabeza y marcando el ritmo con el pie. Poco después levanto la mirada y la veo: está de pie, apoyada contra la pared, con las manos sobre los hombros de Justin.

Y siento que, quizá por una vez, he conseguido hacer lo correcto en el momento que realmente contaba.



AL VOLVER A CASA, DESPUÉS DE APARCAR LA CAMIONETA EN EL CAMINO DE entrada, la veo sentada en la parte trasera de una de las furgonetas de la empresa. Tiene las manos apoyadas detrás de ella, la mirada fija en el cielo y la música sigue sonando en el estéreo, perdiéndose en el campo que rodea mi casa.

Bajo del coche y observo la propiedad: dentro, todas las luces están apagadas, así que supongo que todo el mundo se ha ido ya a dormir. Me acerco y me apoyo de lado en la furgoneta.

—Desde aquí siempre se ven más —dice, refiriéndose a las estrellas.

—Eso es porque vivo en medio de la puta nada.

Sonríe, con el rostro iluminado por la luz de la luna.

—Siempre me ha gustado este lugar.

—¿Cliathán? —pregunto, extrañado, sé que siempre ha odiado este pueblo.

—No —por fin clava sus ojos en los míos—. Este.

—¿Mi casa?

Ella tiene una casa que, sin exagerar, es el triple de grande que la mía, con campos y un jardín alrededor, sin contar el espacio para construir al menos otras dos casas, además de la de Shane y Reid.

—Me gusta el aire que se respira aquí, dentro y fuera —suspira —. Siempre me he sentido como en casa.

Me siento a su lado en la parte trasera de la furgoneta, dejando que mis piernas cuelguen.

—Porque esta es tu casa —digo, con la vista fija en mis botas.

No sé si estoy yendo demasiado rápido, si estoy soñando o si estoy imaginando este extraño acercamiento, esta complicidad nueva que tenemos ahora y que no tiene nada que ver con lo que compartimos durante los treinta años anteriores.

Lo que tenemos ahora huele distinto.

—Lo ha sido muchas veces, ¿a que sí? —me pregunta, como buscando confirmación.

—Siempre lo es.

Ellie vuelve a alzar la vista al cielo.

—Adoro a Justin —dice de repente, y es como si la tierra se abriera bajo nuestros pies y nos tragara a los dos—. Has hecho un gran trabajo con él.

Niego con la cabeza y no respondo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Cierro los ojos y dejo que siga adelante retrocediendo en el tiempo.

—Aquella noche… La noche en la que me llamaste para decirme que tenías que hablar conmigo sí o sí, porque había algo importante que querías decirme... y luego no apareciste.

Asiento, pero sigo sin mirarla.

—Era por Justin, ¿verdad?

—Ellie…

—¿Y qué tenías que decirme?

—¿Por qué sacas este tema ahora? No le veo el sentido.

—Porque tengo la impresión de que está conectado con lo que está ocurriendo entre nosotros. De que tiene que ver, de algún modo, con lo que pasó la noche antes de mi boda fallida.

—¿Por qué? —pregunto, nervioso, pensando que tal vez haya recordado algo.

—No sé explicarlo. Es una sensación.

Sonrío involuntariamente.

—Una sensación que me esfuerzo por ignorar, pero que vuelve una y otra vez, como si intentara decirme algo.

—Ellie…

—¿Qué tenías que decirme aquella noche, Alex? —pregunta, clavándome sus ojazos.

¿Cómo te lo digo, Ellie? ¿Y qué sentido tendría hacerlo ahora? Si tú no lo recuerdas, si no crees en ello… ¿qué motivo tendría yo para desenterrar cosas que en realidad no quieres oír, igual que no querías oírlas entonces?

—No me acuerdo.

No puedo mirarla mientras se lo digo.

—No te creo.

—De verdad, Ellie, han pasado muchos años.

—Y, como entonces, no sabes mentir —Ellie baja de la furgoneta y se planta frente a mí, con las manos en las caderas—. Pero te empeñas en hacerlo, y solo lo haces cuando tienes miedo.

—No sé de qué hablas.

—Vale, pues nada —agita las manos y las deja caer a lo largo del cuerpo—. Está claro que me he equivocado.

Se dirige hacia la puerta del conductor. Bajo de la furgoneta a toda prisa y voy tras ella. Antes de que pueda agarrar la manilla, la tomo del brazo y la hago girarse.

—¿Por qué ibas a casarte con él? —le pregunto a quemarropa—. Dime por qué querías casarte con Chase.

Esta vez me mira, regalándome todos sus miedos y llevándose los míos.

—No estoy segura.

—¿De qué?

—No me siento mal —dice, negando con la cabeza—. Chase me ha dejado y no me siento mal.

—¿Qué quieres decir?

—Me siento aliviada —lo dice en voz baja, como si alguien más pudiera oírla—. Y no debería sentirme así. —Tiene los ojos brillantes, pero ahora sé que no es por Chase—. Ni siquiera he intentado llamarlo para disculparme o para aclarar las cosas…

Suspira profundamente y su aliento cálido golpea mis labios. Por puro instinto me acerco más, presionando contra su pecho, pero ella no se aparta, no me permite acorralarla contra la puerta del coche.

Miro sus pechos aplastados contra mí, expuestos por esa maldita camisa desabrochada que estoy a punto de arrancarle; recorro su cuello con la mirada y luego paso a su rostro: las mejillas encendidas, los ojos brillantes.

—Y debería odiarte por lo que hiciste.

—Dijiste que me odiabas.

—Mentía —dice, esta vez con total seguridad, atravesándome con la intensidad de su mirada.

Creo que es la primera vez que respiro desde que estamos así de cerca.

—No te odio ni lo más mínimo —añade, para dejarlo claro, aunque para mí ya lo estaba desde el primer momento.

Levanto despacio una mano y la deslizo por su mejilla. Ellie cierra los ojos un instante, contiene el aliento y luego se abandona contra mi palma. Paso el pulgar sobre su piel.

—Nunca me habías tocado así —dice, abriendo los ojos.

—Lo sé.

Tomo aire de nuevo y me acerco, impulsado por una oleada de valor que no sé de dónde cojones sale. Apoyo la frente contra la suya y sus labios por poco no rozan los míos. Si las rodillas me fallan en este momento, estoy acabado; no me quedará ninguna esperanza.

—¿Por qué querías hablar conmigo aquella noche? —pregunta de nuevo, pero no se aparta de mí.

—Ya sabes por qué —le digo sobre su boca.

Ellie entreabre los labios, pero no se acerca, y yo estoy tan aterrado ante la idea de que, otra vez, este sea el momento equivocado, que no doy ese paso más hacia ella. Yo también separo los labios, apenas rozando los suyos. No nos besamos; no tenemos el valor suficiente. El salto es enorme y debajo de nosotros está el vacío, ni una puta red de protección; y si Ellie no salta si no está segura, imaginaos yo.

—Por qué, Alex… —susurra, apartando despacio mi mano de su rostro—. Tienes que decírmelo si quieres que me lo crea.

Abre la puerta y sube al coche.

¿Y yo qué hago?

¿Queréis saberlo o preferís adivinar?

La dejo marcharse. Otra vez. Y no me preguntéis por qué. A estas alturas ni yo lo entiendo. Solo sé que cada vez siento que la pierdo un poco más.

Sigo soltando las mismas gilipolleces. Sigo mintiéndole, porque no soy capaz de ser sincero, de decirle a la cara que la quiero… y no como la he tenido hasta ayer, sino que la quiero conmigo.

La veo dar marcha atrás y recorrer el camino de entrada, la veo perderse en la oscuridad de la noche, llevándose con ella mi puto mundo, que después de todos estos años sigue, todavía, atrapado entre sus manos.

CAPÍTULO 24

ALEX

SEIS AÑOS ANTES

Al cuarto intento —y tras beberme un vaso de whisky—, mis dedos por fin se deciden a presionar el maldito botón e iniciar la llamada. Uno, dos, tres tonos y, cuando estoy a punto de abandonar esta idea de locos de lanzarme al vacío, su voz me atraviesa lentamente de parte a parte.

—¿Alex? —pregunta. De fondo se oye música a todo volumen y risas.

—E-eh, hola —le digo conteniendo la respiración—. ¿Estás… eh… ocupada?

—¡Qué va! —me responde enseguida—. Espera, que no oigo nada.

Pasan unos segundos de silencio por su parte y también por la mía —ya no oigo ni mi corazón— y luego vuelve a hablar.

—Ya está, he tenido que salir a la terraza.

—¿Dónde estás?

—En casa de una amiga, en una pequeña fiesta. Ya sabes, es viernes por la noche.

—Claro —comento, como si supiera de qué habla. Para mí, viernes significa tocar en el McNamara's con los chicos y beber más

de lo que mi cuerpo es capaz de aguantar—. No quería molestarte.

Dios mío, qué patético soy.

Carácter, joder.

—No digas tonterías.

Me parece oírla sonreír al otro lado e, instintivamente, yo también lo hago.

—¿No deberías estar tocando a estas horas? —pregunta después.

Y aquí está. Ha llegado el momento de dejar de echarme atrás, de ser un cobarde —digámoslo claro: de dejar de cagarme de miedo —, y de lanzarme. Porque no puedo ni quiero vivir un día más lejos de ella.

—Esta noche no —intento respirar, pero joder, no recordaba que fuera tan difícil—. Estoy libre.

—¿Y eso? ¿Una cita?

Me contengo para no echarme a reír.

—No. —Dos respiraciones más que duelen de cojones—. Estaba pensando que podría pasarme.

—Pasarte... ¿por dónde?

A por ti, Ellie, y luego llevarte conmigo para siempre.

—Por tu casa.

—Oh…

—Si no tienes otros planes, claro.

—Para ti siempre estoy libre.

Quieto, aguanta ahí, estúpido corazón. No te aceleres más de lo necesario.

—Pero, ¿a qué viene esto? No me malinterpretes, no digo que no tenga ganas de verte, solo que me parece raro, así de repente... Y además tú odias venir a la ciudad, ¿o me equivoco?

—Quiero hablar contigo.

Lo suelto todo de un tirón y lo digo ahora, antes de que sea demasiado tarde. La experiencia enseña.

—¿Ha pasado algo? —su voz suena alarmada—. ¿Están todos bien en casa?

—Tengo que decirte algo, Ellie —le digo, bajando el tono al menos un par de octavas—. Y tengo que decírtelo esta noche.

Se queda en silencio unos instantes, creo que la he asustado. Luego oigo su respiración y su voz:

—¿Es algo importante? —Y por la forma en que dice esa palabra, *importante*, sé que Ellie ha entendido más de lo que yo esperaba.

No le respondo. No puedo. Estoy a punto de desplomarme por una crisis respiratoria porque ni siquiera consigo llenar los pulmones de aire.

—Podemos vernos en mi piso —dice vacilante—. Mi compañera no está este fin de semana.

Oh, Dios bendito.

—Nos vemos en una hora como mucho.

—Oye, que se tarda más…

—Una hora —digo con determinación, aunque suena casi a amenaza.

—Me encontrarás allí.



BAJO LAS ESCALERAS MIENTRAS TERMINO DE ABROCHARME LA CAMISA, cruzo el recibidor para coger las llaves del coche y abro la puerta de casa de par en par para echar a correr hacia ella. Pero cuando me encuentro delante a la última persona que esperaba volver a ver en mi vida, comprendo enseguida que tampoco esta vez va a ser la indicada.

La miro y luego bajo la vista: junto a ella hay un niño de unos dos años, pegado a su pierna, escondiéndose asustado. No soy de los que pillan las cosas a la primera ni tengo grandes intuiciones, pero me basta con mirarlo unos segundos para sentir que el suelo tiembla bajo mis pies.

—M-Mel…

—Hola, Alex —dice con su acento francés—. Ha pasado tiempo.

Trago saliva, nervioso.

—Casi tres años —digo inquieto.

Ella mira al niño y luego me mira a mí.

—Más o menos.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Siento haberme presentado aquí así, sin avisar. Y no haber dado señales de vida.

—No teníamos mucho que decirnos, o al menos eso me pareció —lo digo esperando que sea cierto, porque presiento que la cosa no pinta nada bien para mí.

—Pues sí que tenemos cosas que decirnos —afirma apretando al niño contra ella—. Muchas cosas.

Asiento y le hago un gesto para que pase. Ella coge al niño de la mano y los dos entran en casa y en mi vida. No sé cómo, pero estoy seguro de que a partir de este momento, ya no seré yo quien decida el rumbo de las cosas.

Sentados a la mesa de la cocina, Mel aprieta entre sus manos un vaso de limonada. El niño sostiene un vasito con boquilla lleno de zumo de manzana que ella ha sacado del bolso. No tiene sentido esperar ni dar rodeos, así que voy directo al grano.

—¿Por qué estás aquí, Mel?

—Creo que ya lo sabes.

¿Quiere jugar a las adivinanzas?

—Preferiría que me lo dijeras tú.

—Justin tenía que conocerte.

—Justin… —repito lentamente.

—Ha cumplido dos años hace poco.

—V-vale…

—No sabía cómo decírtelo, si querrías saberlo, si… si te harías cargo de él.

—Oh… guau… Para un momento.

—Justin es tu hijo, Alex.

—¡Joder!

Salto de la silla, que cae hacia atrás. Ya estaba llegando yo solo a esa conclusión, pero oírlo así tiene un efecto devastador.

—Debería habértelo dicho enseguida.

—¿Tú crees? —alzo la voz, pasándome las manos por el pelo.

—Me enteré justo al volver a Francia y, para entonces, ya era tarde.

—¿Tarde para qué?

—Cuando me di cuenta, el embarazo estaba ya muy avanzado… No tenía síntomas, seguía teniendo la regla y…

—¿Cómo demonios no te das cuenta de que estás embarazada?

Como si yo supiera algo del tema. Ella se encoge de hombros, culpable.

—Y cuando por fin lo supiste, ¿no podías haberme llamado?

—¿Para decirte qué? No pensaba venir a vivir aquí y tú nunca habrías dejado este sitio.

—Podríamos haberlo hablado, haber buscado una solución.

—No nos queríamos.

Eso es verdad. Tuvimos una relación… ¿Cómo decirlo?, desesperada por ambas partes. Ella se había ido de vacaciones con sus amigas para curarse las heridas tras una ruptura horrible; yo sufría como un perro por la ausencia de Ellie. Nos consolamos mutuamente, éramos adultos y conscientes de lo que hacíamos. Luego ella se marchó, volvió a su trabajo en su país, y yo me quedé aquí, regodeándome en mi miseria en absoluta soledad.

—Vale, pero…

—Tú tenías tu vida, yo la mía.

—Y me dejaste fuera a propósito —esta vez mi tono es duro, tanto que Justin se pega a su madre buscando protección.

—Siento no haber venido antes —y por su mirada sé que es verdad—. No quería poner tu vida patas arriba.

—Lo estás haciendo ahora.

Querría estar enfadado, gritarle, dejar que este ataque de pánico que siento a punto de estallar se libere con toda su furia, pero no puedo dejar de mirar a Justin: el color de su pelo, sus ojos, la forma de la nariz, el contorno de la cara.

—Si quieres hacer una prueba de paternidad, no tengo ningún inconveniente.

Mirar a Justin es como observar una vieja fotografía mía.

—No necesito pruebas, Mel —mi voz se suaviza y con ella todo mi cuerpo.

Me acerco, rodeo la mesa y me agacho a la altura de Justin.

—Eh —digo señalando su camiseta—. ¿Qué llevas ahí?

—Spiderman —responde Mel por él—. No es muy hablador —añade, alborotándole el cabello.

—¿Spiderman, en serio? —digo abriendo mucho los ojos—. Eso no puede ser, colega. Necesitas un curso acelerado de superhéroes y da la casualidad de que yo soy un experto.

Justin se separa poco a poco de su madre y se gira hacia mí, regalándome una tímida sonrisa.

—Yo me encargo de ti —afirmo con seguridad, sin saber a qué me estoy enfrentando, pero sin ninguna intención de echarme atrás.

Me crié con mi madre y mi abuelo. Mi padre era un becario estadounidense con el que mi madre tuvo una gran historia de amor —según ella— que acabó cuando terminó sus prácticas aquí en Irlanda. No volvió a dar señales de vida, no escribió ni llamó, y la dejó sola a cargo de mí. Ella intentó contactar con él, pero todas sus cartas siempre venían devueltas.

Sé lo que significa crecer sin un padre y cómo eso te acompaña en cada etapa de la vida. Y aunque estuve bien, aunque no me faltó nunca de nada y mi madre y mi abuelo son las mejores personas del mundo, sería mentira decir que no me marcó, que no haya contribuido a mis inseguridades.

Lo sé y jamás haría lo mismo. No abandonaría a nadie. Mucho menos a mi hijo. No necesito pensarlo, ni reflexionar, ni hacer pruebas estúpidas, ni ganar tiempo. No soy ese tipo de hombre y nunca lo seré.

—Mamá —dice Justin, dirigiéndose a Mel—. ¿Quién es? —pregunta señalándome.

—Bueno, cariño… él es…

El móvil en el bolsillo de mis vaqueros empieza a sonar. No respondo, no lo saco, ni siquiera miro quién es. Ya lo sé, pero quizá si no veo su nombre en la pantalla el dolor sea un poco más soportable.

—Soy tu padre, Justin —digo de forma instintiva—. Siento que no me hayas visto hasta ahora, pero te prometo que voy a arreglarlo.

Mel me sonríe, Justin también, y yo hago lo mismo, aunque acabe de decir adiós a la mujer que amo, sin haberle dicho siquiera que ella es, y será siempre, la única mujer de mi vida.

CAPÍTULO 25
ALEX

Cuando por fin me decido a bajar, encuentro a toda mi familia sentada a la mesa desayunando. Me siento de mala gana, murmurando un «buenos días» entre dientes, y alcanzo como puedo la jarra del café en el centro de la mesa, mientras mi abuelo me empuja una taza vacía por la superficie de madera. No le echo ni azúcar ni leche porque lo quiero solo y lo quiero ya. Lleno la taza hasta el borde y bebo unos cuantos sorbos, sintiendo cómo el café hirviendo baja hasta el estómago y me quema.

Justin me pasa el plato con los gofres, pero niego con la cabeza sin decir ni una sola palabra. Mamá señala los fogones a sus espaldas, donde espera un plato de bacon, pero también le digo que no, manteniendo el silencio, como todo el mundo en esta casa.

Tengo la impresión de que aquí alguien sabe más de la cuenta, o quizá sea simplemente mi cara la que habla por mí.

—¿Estás bien, cielo? —mamá rompe el silencio con cautela.

Asiento mientras bebo otro sorbo. Quizá con el café consiga deshacer el nudo que tengo en la garganta desde anoche, desde que vi a Ellie escabullirse de mis brazos una vez más. Y creo que, esta vez, la culpa también es mía, pero no es el momento de entrar en detalles.

—Esa chica es un hueso duro de roer —dice mi abuelo, echando por tierra mis intentos de fingir que no soy un gilipollas—. Por eso siempre me ha gustado.

—Papá —le reprende mamá.

—A mí también me gusta —añade Justin, clavándome un puñal en el estómago.

Mira qué listo el chaval.

—Y creo que a ti también te gusta —concluye, haciéndome sonreír de forma instintiva.

—¿Tú crees? —suelto por fin mis primeras palabras.

—Vamos, papá, si ayer se dieron cuenta todos.

—¿Todos quiénes?

—Todo el pueblo sabe que estás coladito por Ellie Johnston —dice mi abuelo.

—Bueno, coladito... tampoco es eso…

—Tienes razón, no estás coladito: estás pillado hasta las trancas.

—Eso no me ayuda —sentencio.

—Creo que, llegados a este punto, nada puede ayudarte —dice mamá, aportando su granito de arena. Menos mal que es mi madre y que se supone que debería apoyarme.

—Qué ánimos dais en esta familia, de verdad.

—Nosotros vemos lo que pasa —dice mi abuelo, dando un sorbo, sin importarle lo más mínimo que mi hijo de ocho años esté sentado a la mesa con nosotros—. Y después de lo de anoche…

—¿Por qué? ¿Qué pasó anoche? Bailamos, hablamos…

—Ella vino aquí. ¿Y tú qué hiciste?

¿Para qué me molesto con mi abuelo?

—Ah… te refieres a eso…

—«A eso»... —me imita burlón.

Empiezo a creer que le está cogiendo el gusto. Me pregunto cuántos niños viven realmente en esta casa.

—Tienes que espabilar, papá. Lo dijiste tú ayer, ¿no? —interviene de nuevo Justin.

—¿Y quién te ha dicho que estaba hablando de ella?

Justin me mira con cara de pocos amigos.

—Además, tú no deberías ni hablar de estas cosas y, a decir verdad, ni siquiera pensar en ellas.

—No es culpa mía si no hacéis otra cosa que hablar del tema.

—¿Quién, yo? ¿Cuándo he hablado yo de eso?

—Tú no —dice Justin, señalando con la cabeza a mi madre y a mi abuelo.

Los miro de reojo, pero ellos ni se inmutan.

—¿Os parece normal? Hablar de mis cosas cuando no estoy, y delante de Justin, para colmo…

—No es culpa nuestra que tus cosas pasen delante de nuestras narices, Alex —dice mi madre con calma—. Y además, en el pueblo ya habla todo el mundo.

—¿Qué?

—También en el campamento de verano. Ayer oí a Eoin hablando del tema con la madre de Ashley —añade Justin.

—¿Y qué demonios les importa? ¿No tienen otra cosa que hacer que hablar de mis pu... mis cosas?

—Si no quieres que la gente hable, no les des nada sobre lo que cotillear.

—¿Ahora resulta que soy yo el que da material para el cotilleo?

—No hay mucho de qué hablar en Cliathán, Alex. Es normal que, en cuanto huelen un poco de culebrón, estén todos con la oreja puesta…

—Y con los ojos bien abiertos.

Todos nos giramos hacia la puerta de la cocina, por donde acaba de asomar la cabeza de Shane.

Hablábamos de cotilleos, ¿no?

—¿Y tú qué demonios haces aquí un sábado por la mañana?

Shane se cuela en casa sin que nadie le haya invitado.

—Estaba por aquí, no tenía nada que hacer y me he dicho: me paso por casa de Alex, a ver si Clodagh ha hecho gofres…

Se sienta al lado de mi madre y le da un beso en la mejilla. Ella niega con la cabeza, resignada, y le sirve una taza de café. Justin le acerca el plato con los gofres y él le guiña un ojo a modo de agradecimiento.

—Lo estáis animando, haciendo que se sienta como en su casa —me quejo, cruzándome de brazos y apoyando la espalda en el respaldo de la silla—. Y además, ¿qué haces en pie ya a estas horas? —pregunto, echando un vistazo al reloj de la pared. Shane no es precisamente madrugador, y menos los fines de semana.

Coge un tenedor y pincha tres gofres a la vez.

—No he dormido mucho.

—¿Una noche emocionante? —me burlo.

Mastica despacio y luego se vuelve hacia mí, pero no dice nada, entre otras cosas porque tiene la boca llena.

—¿Emocionante? Para nada. Más bien un desastre, uno de tantos en los que te metes tú y en los que nos arrastras a todos los que estamos a tu alrededor.

—¿Yo? ¿Qué co… narices he hecho?

Bebe un sorbo de café y vuelve a hablar; esta vez, su cara y su tono me gustan bastante menos de lo habitual.

—Las cosas en casa están un poco difíciles —dice con calma, tanteando mi reacción—. Digamos que alguien ha desaparecido durante la noche.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta mi madre, porque yo no tengo el valor ni para preguntar ni para saber la respuesta.

—No estamos seguros de que vaya a volver.

—Pobre chica —comenta mamá—. No tiene paz nunca.

—Si alguien dejara de liarla y empezara a hacer lo correcto…

Me levanto de la mesa despacio, sin responderle.

—Alex… —me llama mamá.

—Justin, tenemos trabajo por delante. Ve a vestirte, te espero fuera, en el cobertizo de las herramientas.

Justin se levanta en silencio y desaparece rápido escaleras arriba.

—Cielo... —lo intenta mamá otra vez, acariciándome la mano apoyada sobre la madera.

—Este no es lugar para ella —digo levantando la mirada lentamente—. Nunca lo ha sido.

—¿VAMOS A HABLAR DEL TEMA? —ME PREGUNTA SHANE CUANDO Justin se aleja unos minutos.

No sé por qué ha decidido quedarse aquí toda la mañana mirándome cortar leña, apilarla en el cobertizo y, ahora, meterle mano a este estúpido kart que no hay manera de que arranque. Su vida debe de ser tan emocionante como la mía.

—¿Hablar del hecho de que sigas aquí?

—Brennan…

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Me gustaría, créeme.

—Siempre puedes echarme una mano con este maldito kart.

—¿No es demasiado pequeño para ir en kart?

—Tiene ocho años recién cumplidos y mide un metro treinta. Todo dentro de la normativa.

Shane se pone de cuclillas frente a mí.

—Alex…

—No puedo, ¿vale? No quiero hablar de ello porque no puedo.

—¿No puedes qué? ¿Aceptar que se haya ido otra vez?

Suelto un suspiro profundo y lo miro.

—Aceptar que no va a volver.

—Eso no lo podemos saber.

—Ha desaparecido en mitad de la noche, Shane.

—Digamos que no ha vuelto a casa.

—¿Te parece poco?

—No habrá pasado algo, ¿verdad?

Resoplo, cansado.

—¿Qué quieres que haya pasado?

—No lo sé, dímelo tú.

—Bailamos.

—Y luego…

—Y luego vino aquí —digo sin mirarlo.

—Interesante…

—Para nada.

—¿Le dijiste algo o hiciste alguna de tus gilipolleces que haya podido empujarla a irse?

Dejo la llave que tenía en la mano y me limpio en los vaqueros.

—El problema es lo que no dije.

—Empiezo a entender algo; no me preguntes cómo es posible, porque ni yo mismo me lo explico, pero sabía que solo tú podías estar detrás de esta historia.

Odio admitirlo, pero puede que Shane tenga razón.

—Cuando volví anoche, me encontré a mi padre sentado fuera con un vaso de whisky en la mano y el aspecto de alguien que acababa de perder algo realmente importante.

Conozco esa sensación.

—Una parte de mí esperaba encontrarla aquí.

Necesito al menos cuatro o cinco respiraciones profundas para asimilar esto. Ella, aquí, en mi casa, conmigo y con mi familia, en mi cama, sentada a mi mesa, en mi jardín… Ella en mi vida. Después de ese pensamiento absurdo necesito otras diez respiraciones, y tienen que ser lentas, porque en este momento hasta el aire me duele.

—Ya no sé qué hacer con ella, con él… —suspira Shane—. ¡Y contigo ni te cuento!

—¡Ni me lo digas a mí! —Justin vuelve con nosotros, metiéndose de lleno en una conversación en la que un niño de ocho años no debería entrar jamás—. No hay quien lo aguante.

—Eh —protesto—. Estás hablando de tu padre.

Justin se sienta en el césped y cruza las piernas.

—Vas por ahí con cara de que se te acaba de morir el gato.

—No exageres…

—Tiene razón —se apresura a confirmar Shane.

—Además, está distraído, se le olvidan las cosas, pierde a la Nintendo…

—Eso es porque se le da fatal —sentencia Shane.

Si pudiera, le dedicaría una peineta, pero Justin ya está aprendiendo demasiadas cosas malas de mí, mejor evitarlo.

—En fin, que si te gusta Ellie, se lo dices y punto.

—¿Ves? Hasta él lo ha entendido.

—A mí me parecía que estaba claro —me defiendo.

He interrumpido una jodida boda, ¿qué más tengo que hacer?

—Pues igual no lo está tanto.

—A las mujeres les gusta que les digan esas cosas, Brennan.

—¿Y tú qué ca…cosas sabes?

—Lo sé hasta yo —dice Justin encogiéndose de hombros—. Por ejemplo, me di cuenta enseguida de que Sarah Dunn se había enfadado porque no le dije que estaba guapa con las trenzas. Yo pensaba que estaba claro, ¡si se las había tirado! Pero ella se cabreó y, cuando salimos al recreo, le regaló sus uvas a Troy, ¿lo pilláis?

—La chica sabe lo que se hace —comenta Shane, divertido.

—No me estoy enterando de nada —digo yo, confundido.

—Porque no prestas atención —me recrimina Shane.

—Así que la siguiente vez, en cuanto la vi entrar en clase, fui directo a ella y le dije que me gustaban sus trenzas.

—¿Y luego? —pregunto con curiosidad; a estas alturas ya me ha enganchado la historia.

—En el recreo me regaló sus uvas —dice, orgulloso.

—¿Ahora ya lo tienes claro, Brennan? —me pregunta Shane.

—¿Queda muy mal si digo que no?

—Tienes que decírselo, papá.

—A eso ya había llegado yo solo, aunque creo que es un poco más complicado que un par de trenzas y un racimo de uvas.

—¿Por qué? —pregunta Justin, inocente.

—Porque cuando eres mayor…

—¡Por favor, no empieces con esas gilipolleces! —me corta Shane, por suerte, porque no habría sabido cómo seguir.

—Vale, digamos entonces que no es tan sencillo.

—Para mí sí lo es —insiste Justin.

—Para mí también —lo apoya Shane.

—Todos contra Alex, perfecto.

Shane me pone una mano en el hombro.

—Al contrario, Brennan. Estamos todos de tu parte.

Sonrío, a pesar de la situación.

—Pero de verdad, tienes que espabilar. No puedes estar posponiendo esto eternamente.

—No es que me gustara que las cosas acabaran de esta manera.

—Pero tampoco hiciste mucho por cambiarlas.

—No fue exactamente así. Hubo momentos en los que… —miro a Justin y me callo. No debería hablar de estas cosas delante de él—.

Ya sabes cómo soy, ¿no? Nunca sé cuándo es el momento oportuno.

—No vas a encontrar el momento oportuno si sigues esperando a que llegue.

Puede que tenga razón, pero no se lo diré jamás.

—¿Habéis acabado ya con ese kart? —grita mi abuelo desde la puerta de la cocina.

—Vamos bien.

—¿Y con lo demás? ¿Cómo vamos?

Shane me mira un instante, luego niega con la cabeza y le responde a mi abuelo:

—Todavía estamos trabajando en ello.



POR LA TARDE ME QUEDO MILAGROSAMENTE SOLO EN CASA. SHANE SE HA ido después de comer; el abuelo ha salido no sé adónde, con no sé quién, para hacer no sé qué —nunca da detalles de sus asuntos, es muy discreto él, al contrario que yo—; mamá se ha ido a Clifden a hacer unas compras y Justin está en casa de un amigo hasta la hora de cenar.

Me quedo sentado en el balancín, disfrutando de los últimos rayos de sol de la tarde y observando cómo nuestra pequeña pero orgullosa tierra se extiende ante mis ojos. Siempre he soñado con construir una casa aquí para Justin y para mí, levantarla con mis propias manos, ladrillo a ladrillo. Me encargaría de todo lo relacionado con la estructura y el exterior; el interior, en cambio —los colores, los muebles—, me gustaría dejárselo a ella, porque sé que le gustaría y sé que a mí me gustaría vivir en un lugar donde ella se sintiera en casa.

Y sí, cuando hablo de ella me refiero a ella, a ella de verdad; no hay ninguna otra. Aunque creo que a estas alturas ya lo tienen claro hasta las paredes, así que no veo la necesidad de especificarlo.

No soy un hombre sin sangre en las venas, aunque a ratos pueda dar esa impresión; es solo que no me interesan los colores, ni los muebles, ni los platos, ni los vasos, ni ninguna de esas cosas. A mí

lo que me importa es tener un lugar para mi familia donde todos se sientan seguros y queridos; todo lo demás son chorradas que no sirven para nada.

A mí me bastaría con tenerla a ella cada noche entre mis brazos para ser feliz.

Me balanceo perezosamente mientras suelto el humo; un pie descalzo apoyado en el césped, el otro doblado bajo la pierna. El sol desaparece poco a poco tras las colinas cercanas y el viento empieza a dejarse sentir. El silencio y la paz de este lugar… los sueños cobrando vida ante mis ojos.

Parecería un momento perfecto, uno de esos en los que te sientes en armonía con el mundo entero; y sin embargo falta algo. Algo fundamental. Algo que sigue escapándoseme de entre los dedos.

Algo que deseo con todo mi ser y que ojalá tuviera el valor de ir a buscar.

CAPÍTULO 26
ALEX

El hecho de haberme quedado aparcado frente al edificio donde está su piso durante dos horas, no significa que haya encontrado ese valor del que hablaba. Y el hecho de que luego haya sido capaz de bajar del coche, llegar hasta el portal, esperar a que alguien saliera o entrara para colarme y subir los dos pisos hasta la buhardilla donde vive, tampoco quiere decir que esté listo para dar el siguiente paso, es decir, llamar a su puerta. Del resto ni hablemos: ni siquiera lo he contemplado. Y sé que, a estas alturas, no debería seguir perdiendo el tiempo, pero tampoco puedo plantarle mi amor en la cara así, sin una preparación adecuada.

En el rellano solo está su puerta, así que, seguro de que ningún vecino me va a pillar —y de que no me van a tomar por un acosador —, aprovecho para tomarme unos minutos, analizar la situación y escuchar los ruidos que vienen del interior, pero todo parece estar en silencio.

Puede que no esté aquí, quizá no haya vuelto a su piso, puede que haya regresado a Cliathán o quizá haya vuelto con Chase.

Joder, joder, joder.

Solo de pensar en ella otra vez con Chase se me revuelve el estómago hasta sentir cómo los jugos gástricos me suben por el esófago.

Apoyo una mano contra la pared de enfrente, cierro los ojos e intento respirar hondo para no acabar vomitando y para encontrar el valor que me falta para dar este último paso; pero entonces, la puerta a mis espaldas se abre de golpe y tengo que apoyar también la otra mano en la pared por miedo a desmayarme allí mismo, en medio del rellano.

—¿Alex?

Me doy la vuelta poco a poco, esperando no estar tan blanco como la pared que me ha mantenido en pie, y me preparo para el enésimo marrón en el que estoy a punto de meterme.

Ya no hay marcha atrás.

—Hola, Ellie.

No es que sea una frase de película, pero no puedo hacer milagros; ya tengo bastante con intentar no hacer el ridículo vomitando o cayendo redondo a sus pies como para, encima, inventarme algo que la deje impresionada.

—¿Qué haces aquí?

¿Qué coño le digo?

Pensar no sirve de nada; darles vueltas a las cosas, maquinar, inventar… No soy de los que disfrutan con los juegos de estrategia, ni soy un tipo brillante que sepa salir del paso en cualquier situación.

—Estás guapísima —suelto de golpe, tirando de las frases de mi hijo de ocho años, la única persona entre mi familia y mis amigos que parece haber entendido de verdad cómo funcionan las cosas con las mujeres.

Y ya está. Eso es todo.

Ellie abre los ojos, sorprendida.

Puede que lo consiga.

—El pelo —lo señalo con el dedo—. Me gusta mucho de ese color.

Ella sonríe.

Gracias, Justin. Eres mi salvación.

—Hacía muchos años que no lo llevabas así.

A estas alturas ya estoy lanzadísimo; si me regala un racimo de uvas, he ganado.

—Es verdad.

—También me gustaba cuando lo llevabas rojo —me apresuro a añadir—. Me gusta de todas las maneras —y ahora quizá esté cayendo en lo patético, así que intento salir de ahí antes de que sea demasiado tarde—. Pero así es… muy tú.

Sus ojos se han vuelto más grandes, más brillantes.

—Lo llevabas así cuando te fuiste la primera vez —continúo; ella no parece dispuesta a echarme ningún cable y quizá haga bien: ha llegado el momento de que espabile de una vez y le deje claro que soy el hombre al que puede amar—. Y lo llevabas así cuando volviste después de graduarte.

Ellie asiente lentamente.

—Y lo llevabas así la última vez que te fuiste, antes de no volver más —procuro no adoptar un tono melancólico, pero no es fácil.

—Recuerdas muchas cosas —comenta, y en su voz capto toda la melancolía que yo he intentado ocultar.

—Si tienen que ver contigo, todas.

Ni siquiera parezco yo ahora mismo.

¿De dónde me ha salido este subidón de valor?

—No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de mi pelo —Ellie ha decidido echarme un cable y menos mal, porque ya se me habían agotado todas las tonterías que podía decir.

Niego con la cabeza.

—Y me imagino que no me vas a decir el motivo.

—Prefiero quedarme en silencio por miedo a que cualquier cosa que diga pueda ser utilizada en mi contra.

Se ríe, negando con la cabeza.

No me lo creo, no puede estar pasando de verdad, no puedo estar dando en el clavo en todo.

—Iba a bajar a por algo de comer. En casa no hay mucho —se encoge de hombros; parece un poco incómoda.

—¿Puedo acompañarte? —aprovecho su momento de vacilación.

—Ah... claro, si quieres —dice dubitativa.

—Quiero —digo con una seguridad que creo no haber tenido nunca en mi vida.

Ha llegado el momento de invertir los papeles y tomar el control de la situación.

Ellie asiente despacio, luego alza sus enormes ojos hacia mí y me parece ver en ellos ese sueño que solo unas horas antes sentía que era imposible de alcanzar.

—No sé explicarte por qué, pero me alegra que estés aquí.

Y yo no sé explicar por qué, ni tampoco quiero preguntármelo, pero siento que, por fin, he llegado en el momento justo.

CAPÍTULO 27
ELLIE

Cuando nos sentamos en una de las mesas del S*alt House*, Alex echa un vistazo alrededor, inspeccionando el ambiente. El bar aún no está lleno —al fin y al cabo solo son las siete—, pero la banda que toca aquí todos los fines de semana ya está en su sitio, lista para regalarnos una música de fondo a la altura del lugar.

Es uno de mis sitios favoritos de la ciudad, y no solo porque esté prácticamente a un paso de mi piso en Galway Bay, sino porque, a pesar de que no faltan los turistas, consigue mantener su identidad de pub tradicional, de esos donde te encuentras con los amigos de toda la vida. Me resulta extraño aferrarme a estas cosas; yo, que siempre las he rechazado, que no quiero vivir anclada al pasado, a la tradición, a mis raíces ni a mi vida de antes. Sin embargo, aquí todo me parece distinto: no me agobia, no me hace sentir atrapada ni fuera de lugar. Quizá sea porque aquí a nadie le importa de dónde vengo; a nadie le importa si mi apellido es Johnston.

—Me gusta —dice Alex, tras haber examinado cada rincón—. Es casi como estar en casa.

Asiento evitando mirarlo porque, si lo hiciera, me leería el pensamiento; y no quiero volver atrás, ni siquiera con él.

—¿Eso es una banda? —pregunta luego, al fijarse en los músicos que charlan en una esquina.

—Ajá.

—¿Entonces van a tocar esta noche?

—Tocan siempre los viernes y los sábados.

—¿Y son buenos?

—Bastante, pero no tanto como vosotros.

—Por favor, no me vaciles.

—¿Por qué? Lo sois de verdad.

—Eso es porque nuestro público es muy poco exigente.

—¿Crees que aquí es distinto?

—No lo sé, dímelo tú. Yo no he vivido nunca en la ciudad, no tengo ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí.

Doy un par de sorbos a la Guinness que nos han traído y luego me echo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo del banco.

—Aquí todo es simplemente más grande, más caótico y más desconocido.

—¿Desconocido?

—Aquí ser una Johnston o un Brennan no marca ninguna diferencia.

—¿Y en Cliathán sí?

—¿Tú crees que no?

—Nunca lo he pensado, pero quizá sea porque solo soy un Brennan —dice, intentando quitarle hierro al asunto, aunque en mí tiene un efecto muy distinto.

—¿Solo un Brennan?

—Supongo que para ti debe de ser difícil, aunque no me parece que para Shane y Reid haya supuesto ninguna diferencia.

—Exacto.

—¿Quieres decir que es distinto porque eres una mujer?

—Para mí no lo es, pero para otros sí.

Alex asiente, pensativo.

—Pero no quiero hablar de eso —doy algún que otro sorbo más… muchos sorbos, en realidad, para ganar tiempo.

—Nunca quieres hablar.

—No hay mucho que decir.

—Pues yo creo que sí, la verdad.

Suspiro.

—Sabes cómo fueron las cosas: me fui y cuando volví…

—Estaba yo en tu lugar.

—No tengo nada contra ti, si es eso lo que piensas.

—Nunca he querido quitarte nada, Ellie; y si sirviera de algo, te juro que me marcharía.

—Jamás querría algo así.

Alex me mira fijamente a los ojos; lleva haciéndolo desde que me lo encontré en la puerta. Antes nunca lo hacía: siempre era un poco esquivo, no mantenía el contacto visual más de unos segundos. Ahora, en cambio, es distinto. Incluso su forma de mirarme, esa insistencia por encontrar las respuestas que yo no estoy dispuesta a darle. La manera en que me roza, haciendo que parezca accidental. La forma en que me habla y cómo me escucha.

Todo es distinto, él parece distinto, aunque sé que Alex siempre ha sido solo esta versión de sí mismo, la única que existe, porque no es capaz de fingir ni por un segundo. Sé que el que tengo delante es el mismo Alex de siempre. Entonces, ¿qué es lo que ha cambiado? ¿Será que soy yo la que lo mira o lo siente como no debe? ¿Será que la que ha cambiado soy yo? ¿O es solo porque ahora pienso en lo que tengo delante, sin adornos ni etiquetas, sin interferencias, sin pasado y sin planes?

Ahora solo está Alex frente a mí.

Y me gusta.

Me gusta lo que veo y me gusta cómo lo siento.

No me gusta como me gustaba antes, y eso sí que es diferente.

—¿Y qué es lo que querrías, entonces? —baja el tono de voz, y yo me encuentro cruzando las piernas bajo la mesa.

Dios, sí, me gusta en todos los sentidos, y me gusta demasiado.

—¿A-a qué te refieres? —pregunto, de repente avergonzada.

—¿Qué te gustaría hacer?

Me faltan las palabras, y eso no es normal en mí. Me falta el aire, y eso tampoco va conmigo ni con mi forma de afrontar las cosas. Hay algo que se agita en mi estómago; quizá no debería haberme bebido casi una pinta entera antes de comer, o quizá la comida no tenga nada que ver. Me siento perdida, pero extrañamente en casa;

me siento a gusto, me siento yo misma y me siento bien. Y quiero seguir sintiéndome así, aunque todavía no sepa muy bien qué significa.

Extiendo la mano sobre la mesa y, por puro instinto, tomo la suya. Alex se sobresalta, como si mi contacto le hubiera dado una descarga eléctrica, y luego entreabre los labios, como si soltara un suspiro contenido que ya no podía aguantar. Y yo me descubro mirándolos, como si pudiera imaginar el efecto que tendrían sobre mí.

—Bailar —le digo ya casi sin aliento, en cuanto oigo que las primeras notas empiezan a resonar en el local.

—¿En serio? —pregunta sorprendido.

Me levanto y lo obligo a hacer lo mismo.

—Me preguntaste qué quiero y yo quiero bailar —entrelazo mis dedos con los suyos—. Contigo.

—No será una forma de huir de otra cosa, ¿verdad?

Sonrío de manera instintiva. Alex me conoce mejor que nadie.

—No.

Levanta la otra mano y me aparta un mechón de pelo de la cara, lo acompaña detrás de la oreja y deja que sus dedos se deslicen lentamente hasta soltarlo. Después, me rodea la cintura con esa misma mano y me atrae apenas hacia él.

—Soy todo tuyo—, y es como si sus gestos vinieran a confirmar sus palabras.

Y por la forma en que yo estoy conteniendo el aliento y por cómo él, en cambio, respira deprisa, entiendo que Alex no está hablando de este baile.

Y por la manera en que aprieto sus dedos y por cómo él acaricia lentamente los míos, me doy cuenta de que ya no estoy segura de haberme ido nunca.

CAPÍTULO 28
ALEX

Cuando Ellie empieza a beberse la tercera pinta como si fuera la primera, debería alarmarme y preguntarme si es buena idea beber tanto sin haber comido nada, pero por fin parece relajada y no me apetece ser el aguafiestas. No es que antes estuviera nerviosa, pero sí me daba la impresión de que estaba un poco cortada, y eso no me gustaba nada. Nunca lo ha estado conmigo, y no quiero que mi aparición repentina en su vida cambie eso entre nosotros; ya he hecho suficiente daño en ese sentido.

Ahora tengo que hacerle entender que nada ha cambiado, al menos por mi parte. Que así como la amaba hace diez años, la sigo amando ahora. Solo falta que ella se dé cuenta, porque por muy espabilada y brillante que sea, hay cosas que no alcanza a pillar.

Y vale, yo no he sido nunca un gran conquistador. La verdad es que jamás lo he intentado, nunca le di a entender que para mí era algo más que la amiga con la que crecí. Creía que ciertas cosas las mujeres las captaban solas, que las sentían de alguna manera, como un sexto sentido… o un décimo, teniendo en cuenta cuántos tienen. Pero, por lo visto, Justin y Shane tienen razón: las cosas hay que decirlas. Y yo estoy aquí para hacerlo. Aunque no sea esta noche, será pronto. Esta vez me lo prometo a mí mismo.

Me arrastra de nuevo al centro del pub para otro baile; esta noche está incansable, un poco como cuando era joven y no quería volver a casa hasta que nos echaban a la fuerza. Cuando no tenía preocupaciones, cuando aún no se había vuelto una persona triste y el peso de todo lo ocurrido no había empezado a aplastarla.

Echo de menos aquellos tiempos, pienso en ellos a menudo —puede que demasiado— y cuando lo hago, siento un vacío enorme en el estómago. Soy un nostálgico, por si no se había notado; de los que no consiguen avanzar porque se han quedado atrapados en las arenas movedizas del pasado. Y, sin embargo, cuando se trata de Ellie, no me siento atrapado. Nadie me ha obligado a estar enamorado de ella ni a seguir esperándola todos estos años. Me metí yo solito en esta situación y decidí, por voluntad propia, no salir. ¿Para qué, además? ¿Para construir una vida con alguien a quien nunca querré y ser infeliz de todos modos?

Siempre he creído en el amor, en ese amor único e indestructible, a pesar del ejemplo de mis padres. En el fondo, creo que para mi madre fue así, aunque nunca me lo haya dicho. Sé que en el pasado salió con algún que otro hombre, pero ninguno de ellos logró arrancarle el recuerdo de mi padre. Aunque solo tuvieron una historia de unos pocos meses y aunque él fuera un egoísta sin corazón, ella no lo olvidó.

Así es como veo yo el amor. Eterno. Aunque solo lo sea para una de las dos partes, aunque te haga sufrir el resto de tu vida. Y en estos últimos años, desde que Ellie empezó a ver a Chase ya no como un amigo, pensé que para mí sería igual, que acabaría como mi madre: un padre soltero, sin mujer y sin amor.

Pero entonces ocurrió lo que ocurrió y la esperanza se encendió de golpe, como una luz de emergencia en mitad de la noche, durante un apagón. Y esta vez no seré tan estúpido como para permitir que se quede sin batería y se apague, dejándome otra vez a oscuras.

Echo de menos lo que éramos, pero también me gusta esto, lo que veo ahora, lo que somos.

Kissed her on the neck and then I took her by the hand…

Said, "Baby, I just want to dance"…

With my pretty little Galway Girl…[1]

Casi me siento como en la canción que suena de fondo, atrapado por el anzuelo de mi dulce y un poco loca chica de Galway, que podría hacerme hacer cualquier cosa que quisiera.

He dicho «mía», sí, porque esta noche podéis apostar lo que queráis a que lo es.

Me agarra la mano y entrelaza sus dedos con los míos; se acerca a mi cuerpo, rozándose lenta y peligrosa contra mí, y luego se aleja de nuevo, mordiéndose los labios en plan desafiante. Me provoca una erección instantánea —la quinta, para ser exactos, desde que estamos aquí; sí, las voy contando— que amenaza con hacer saltar un par de botones de mis vaqueros.

No me suelta. El baile lo exige, pero ya la siento demasiado lejos aunque esté a menos de un metro y su mano siga unida a la mía. No me basta, y empieza a no gustarme ni un pelo, porque sé que ya no me va a valer con esta cercanía, con una mano, un roce o un contacto fugaz. La quiero contra mí, la quiero pegada, encima, apretada. Quiero sus manos por todas partes y quiero las mías sobre ella.

De un tirón la traigo de nuevo hacia mí, aunque no toque según los pasos, y hago que choque contra mi pecho. Una mano se apoya contra él por instinto; la otra sigue entrelazada a la mía.

—No toca ahora —me suelta, refiriéndose al baile, pero con expresión divertida.

La pego a mí, deslizando lentamente un brazo alrededor de su cintura, bajando por el trasero, y la presiono todavía más contra mi cuerpo.

—Me importa un carajo —le respondo pegado a su boca.

—¿Estás intentando convertirte en el macho alfa? —se burla, sin hacer el menor intento de apartarse.

—Qué va... A ti no hay quien te dome.

Ellie se ríe.

—Mejor para ti, porque no lo conseguirías.

Su mano desciende despacio; me acaricia un costado y luego sube por mi espalda. Siento las yemas de sus dedos presionando

apenas a través del algodón de la camisa. Me tiene en sus manos sin haber hecho nada para conseguirlo; no quiero ni pensar qué pasaría si se lo propusiera de verdad.

—Lo que aún no has entendido, Ellie, es que ni siquiera quiero intentarlo.

—¿Ah, no? —pregunta en tono desafiante.

—A mí solo me interesa una cosa —digo con la sensación de que algo está a punto de estallarme entre las costillas.

Dios, por favor, no me provoques un infarto justo ahora.

—¿Y qué es? —levanta una ceja, me está provocando, quiere hacerme hablar, lo quiere todo ya mismo. Pero yo he esperado treinta años, ¿qué más da una noche más? No puedo tirar por la borda mi única oportunidad así como así, lanzándome sin estar seguro de que es lo que ella quiere. No soportaría ver cómo se marcha otra vez.

Mi mano abandona su trasero y sube lentamente por la columna hasta enredarse en su pelo, buscando la nuca. La acaricio con los dedos abiertos, sintiendo cómo tiembla contra mí.

—Cuando estés lista, Ellie, te juro que lo entenderás.

---

1 *Galway Girl*, Ed Sheeran, Divide

CAPÍTULO 29
ELLIE

Después de haber comido algo y de beber otra pinta, me siento un poco mareada, pero extrañamente relajada. Hacía muchísimo tiempo que no pasaba una noche así con alguien. Suelo ir a ese pub, pero siempre sola. Chase nunca vino conmigo, entre otras cosas porque ni siquiera sabía que yo tenía este refugio solo para mí aquí, en la bahía. A decir verdad, ni yo misma sé muy bien por qué lo tengo.

Alquilé este piso hace cosa de un año. Chase y yo habíamos tenido una discusión muy fuerte por algo relacionado con la empresa de su familia y con mi padre. Él no estaba de acuerdo con la forma en que Chase gestionaba los negocios ni con cómo promocionaba la marca familiar en el extranjero. Mi padre no quería que su whisky se convirtiera en uno de esos productos comerciales que encuentras en cualquier supermercado, pero Chase no lo entendía. Pensaba en los números, en las comisiones, en cómo abrirse camino en el mundo; no tenía en cuenta las ideas de mi padre, la tradición de los Johnston no era su prioridad.

Yo entendía a mi padre, pero también entendía el punto de vista de Chase como hombre de negocios, e intenté mediar, con el resultado de que acabé discutiendo con los dos porque ambos me acusaban de alta traición.

Así que metí cuatro cosas en una bolsa de deporte y di un portazo al salir de su piso. Cogí una habitación en el Amber Hill, en la ciudad, y decidí dar un paseo hasta la bahía para que se me pasara el cabreo y pensar qué hacer. En los cuatro años que llevábamos juntos nunca habíamos discutido así. Me dijo cosas horribles sobre mí, sobre mi familia, sobre nuestra forma de ser y sobre el hecho de que yo fuera la niñita de papá. Estaba furiosa, decepcionada y decidida a no dar marcha atrás. Al diablo Chase, el trabajo y mi familia.

Caminé más de una hora sin rumbo fijo hasta que me encontré ante un edificio azul con un cartel de «se alquila» bien visible. No sé qué fue lo que me impulsó a llamar, concertar una cita, firmar un cheque para la fianza y acabar con las llaves en la mano. En dos días tenía un piso sin estar siquiera segura de si lo quería.

Chase llamó, me pidió perdón de mil maneras y dijo que estaba dispuesto a hablar con mi padre para buscar una solución. Volvimos, pero yo no cancelé el alquiler del piso.

Empecé a pasar allí algunas noches a la semana, cuando Chase estaba fuera o cuando le decía que me iba a pasar unos días con la familia. Necesitaba ese sitio, y cuanto más tiempo pasaba allí, más lo quería. Me encantaba la ventana que daba a la bahía, por la que el olor del mar podía colarse e invadir todo el piso. Me encantaban el techo bajo con las vigas de madera a la vista, mi cocina minúscula con una mesa para dos pero con una sola silla, y mi sofá desgastado de color indefinido. Empecé a amar ese lugar cada vez más, a verme allí en el futuro, a volver a casa por la noche con una bolsa de la compra y un ramo de flores bajo el brazo. A cenar en el sofá delante de la tele, a despertarme con las gaviotas y las sirenas de los barcos.

Nunca me imaginé con Chase en este piso, y dejé de imaginarme con él en el suyo.

Estaba solo yo y estaba solo él.

Aquello debería haber sido una señal de cómo acabarían las cosas, pero no me di cuenta. Acepté casarme con él, organicé una boda, sabía que tendría que vivir con él el resto de mi vida, pero no cancelé el alquiler del piso.

—¿Estás cansada? —me pregunta Alex de pronto, deteniéndose en mitad de la calle.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

Cometo el error de mirarlo bajo la luz de la luna. Su rostro iluminado, los ojos oscuros pero brillantes, la sonrisa de alguien que está a gusto consigo mismo y con el mundo.

Dios, Alex, ¿cómo no me di cuenta antes?

¿Qué he estado mirando hasta ayer?

—¿Todo bien?

Niego con la cabeza suavemente y su sonrisa se vuelve más tierna. Creo que he visto ese tipo de sonrisa cientos de veces, pero solo ahora me doy cuenta de lo bonita y reconfortante que es, y de las ganas que tengo de seguir viéndola. Y de cuánto miedo me da, en cambio, tener que prescindir de ella.

—¿Quieres ir a casa?

—Ya no sé dónde está —digo sin darme cuenta.

Es un pensamiento que surge de algún rincón remoto de mi mente y que siempre ha estado ahí, aunque haya fingido no verlo.

Ya no sé cuál es mi lugar, esa es la verdad. Desde luego ya no es la casa de mi padre ni la empresa familiar; y no es el piso de Chase, ni mi trabajo con él, ni nuestra relación; y creo que tampoco es este apartamento en el edificio azul que tanto amo ahora mismo.

Alex me coge de las manos y me obliga a mirarle.

—Estás un poco perdida, Ellie J.

Sonrío con amargura.

—Lo estoy.

Suelta una de mis manos para acariciarme la cara. Cierro los ojos; reconozco su tacto al instante, desde la primera yema que se posa en mi mejilla. Y no hablo de algo a lo que esté acostumbrada desde hace años; hablo de la forma en la que ha empezado a tocarme desde que volví a Cliathán, desde que… Abro los ojos de golpe para evitar que la imagen que acaba de asomarse a mi mente se haga realidad.

—Creo que necesitas un poco de tiempo para saber a dónde ir, para encontrar un lugar que sea solo tuyo.

—¿Y si no fuera ninguno de los que tengo o conozco?

—Entonces encontrarás otro, nuevo y solo tuyo.

Se lo pregunto de todos modos, aunque ahora mismo la idea me aterra.

—¿Y si estuviera muy lejos?

—¿Mmm?

—¿Y si estuviera lejos de ti?

Hace una mueca con la boca, como para ahogar el dolor, y luego intenta regalarme una de sus sonrisas.

—Hay que correr ese riesgo.

Sé que es sincero y que está dispuesto a correrlo, porque Alex nunca diría algo que no piensa. El problema soy yo: yo, que me he dado cuenta demasiado tarde; yo, que me he equivocado en todo y que tengo miedo de volver a hacerlo.

Soy yo la que no puede perderlo por nada del mundo. No ahora que por fin lo he recuperado.

CAPÍTULO 30
ALEX

Nos sentamos frente al muelle, sobre la hierba húmeda de la noche, con las piernas estiradas hacia delante y las manos apoyadas en el suelo, detrás de nosotros. Al otro lado, los bloques de pisos que bordean la bahía; entre ellos, también aquel en el que vive Ellie. No sé si es que no le apetece volver a casa o si tiene miedo de darse cuenta de que este tampoco es su lugar, así que le doy el tiempo que necesite para decidir qué hacer.

No le pediré que regrese conmigo. No quisiera que tomara una decisión empujada por el miedo a no saber qué hacer o a perder esto que acaba de encontrar entre nosotros dos.

Yo estaré siempre allí, vuelva ella o no.

Y la seguiré esperando, lo quiera o no.

—No es que no quiera lo que tengo —dice de pronto, en medio del silencio de la noche.

—Nunca lo he pensado.

—Ni que no quiera a mi padre, a Shane y a Reid.

—Nunca he pensado tampoco eso.

—Simplemente era demasiado, no podía más. Quería poder ser yo misma y respirar sin sentir que alguien comprobaba si lo hacía. ¿Sabes a qué me refiero?

Apoyo mi mano sobre la suya en la hierba, Ellie baja la mirada y esboza una sonrisa forzada.

—Siempre iba a tu casa —dice con melancolía—. Era el único sitio.

—Me gustaba tenerte allí.

—Después… —respira hondo, todavía no consigue hablar de ello —. Después de que mamá… —aprieto sus dedos y ella continúa—. Desde que mamá se fue, nada volvió a ser igual. Ya no era la misma para los demás, aunque yo no me sentía diferente. Estaba el dolor, y era mucho, y estaba la tristeza, y también era mucha, pero seguía siendo yo, solo que nadie quería entenderlo. Nadie excepto tú.

Levanta la mirada y sus ojos, llenos de tristeza, me engullen por completo.

—Me había convertido en algo que había que tratar con cuidado, proteger a toda costa, mantener escondido, a salvo. Algo cuya vida había que administrar. No lo soportaba.

—No era justo —le digo, porque lo pienso de verdad.

—En cambio tú… Tú me llevabas en kayak, al mar, a saltar desde el acantilado.

Sus ojos brillan ahora con el recuerdo, haciendo que mis latidos se aceleren peligrosamente.

—Tú me dejabas conducir, emborracharme, encontrarme mal… Tú me dejabas vivir.

—Yo quería verte vivir.

—Y, aun así, me marché.

Es difícil decir algo ahora; no creo que lograra ocultar el dolor que me provocó su partida y que sigue ahí, expuesto y vivo.

—No me bastaba —la voz la traiciona—. Entonces no me bastaba.

Aunque siento como si me estuviera clavando un puñal en el pecho, aguanto el envite y sigo adelante.

—¿Y ahora? ¿Te bastaría ahora?

¿Tiene sentido evitar la catástrofe llegados a este punto?

Ellie se gira hacia la bahía y no me responde. El viento le mueve apenas el pelo, cubriendo en parte su perfil e impidiéndome descifrar su expresión, pero su mano sigue aún bajo la mía.

—¿Estabas borracho? —me pregunta de repente.

—¿Mmm?

No me mira, continúa con los ojos fijos frente a ella.

—Aquella noche. ¿Lo estabas?

Pensé que nunca llegaríamos a esto, así que, por supuesto, no estoy preparado para esta pregunta ni he pensado una respuesta. Me gustaría ser el típico tío astuto que sale del paso con alguna estratagema, pero no va conmigo ni es mi estilo, así que elijo la sinceridad. Hace poco he aprendido que funciona en la mayoría de los casos.

—¿Quieres la verdad o quieres que te diga lo que quieres oír?

—No puedes saber qué es lo que quiero oír, Alex.

Se aparta el pelo de la cara y se lo coloca tras la oreja, dejando que vea su perfil; me parece que vuelve a estar triste y no quiero volver a verla nunca más así.

Me bastó el último año antes de que se marchara, o todas las veces que volvió y las cosas no salieron como esperaba. Me bastó verla en el altar o cuando nos encontramos en la destilería, en el lugar que debería pertenecerle por derecho. Y me bastó, y de sobra, lo de la otra noche, cuando no fui capaz de decirle lo que quería.

—Hagamos una cosa —me levanto de la hierba y me limpio las manos en los vaqueros; luego me giro por completo hacia ella, que por fin ha decidido mirarme—. Yo te daré mi respuesta y tú decidirás si creerla o no.

Ella también se levanta y se coloca frente a mí.

—Qué…

—Ah —la detengo de inmediato, apoyando dos dedos en sus labios—. Solo puedes decir sí o no.

Sonríe apenas y asiente.

¿Y ahora qué hago? ¿Me lanzo al vacío o me echo atrás?

Obviamente, tampoco había previsto este giro, así que me toca improvisar y esperar que no me pase nada antes de completar mi misión.

¿Queréis saber cuál es?

Ayer mismo habría estado aquí dándole vueltas al asunto durante al menos diez minutos, sopesando los pros y los contras para luego

retirarme como un caracol asustado a su concha; pero esta noche no. Esta noche voy a por todas y, si tengo que jugármelo todo a una carta, ¿sabéis qué os digo? Que este es el momento adecuado y no lo voy a dejar escapar.

Una mano se desliza hasta la nuca para acariciar la zona sensible del cuello; la otra roza suavemente su mejilla, con la palma abierta y los dedos temblando apenas. Quiero que se acostumbre a mi tacto, a mis caricias, a mis ojos clavados en los suyos, al ritmo de mi respiración.

—Alex…

—Shh… —exhalo sobre sus labios y luego le doy mi respuesta.

Se la susurro en la boca antes de rozarla; luego intento subir apenas la voz, por si no me hubiera oído, presionando mis labios contra los suyos para llevármelos conmigo y soltarlos después lentamente con un largo y sentido suspiro. Vuelvo a la carga, esta vez con un tono más decidido, mientras presiono con más impaciencia y firmeza, haciendo que entreabra los labios para que mi lengua se cuele en su boca y le diga directamente a la suya todo lo que necesita saber.

Mis manos sujetan su rostro, las suyas se pierden en mi pelo. Se acerca, pecho contra pecho; mueve su lengua alrededor de la mía para demostrarme que esto no es un monólogo sin sentido, sino una conversación en toda regla, con sus comillas, signos de exclamación y respiraciones. Muchas respiraciones que ella toma de mí y yo de ella entre frase y frase.

Nunca la he besado así y voy a asegurarme de que este beso no lo olvide jamás.

Nos separamos un segundo, el tiempo justo para admirar sus ojos, por fin serenos y más brillantes que nunca, y luego le recalco la idea, porque temo no haber sido lo bastante claro.

Respiro sobre sus labios y vuelvo a ella: atrapo sus labios entre los míos y los muerdo apenas, sin usar los dientes. Mis manos se deslizan por sus hombros, bajan por sus brazos y rodean sus caderas, buscando el borde de su camisa; mis dedos se cuelan por debajo para sentir su piel.

Ellie se deja besar y permite que yo marque el ritmo, quiere escuchar lo que tengo que decir sin replicar, tal como le he pedido. Pero sus manos no, sus manos no están dispuestas a quedarse quietas: se hunden en mi pelo, lo desordenan y luego lo sueltan, deslizándose por mi rostro y acariciando mi barba. Me mantiene pegado a ella, con las manos y con su cuerpo empujando contra el mío, como si necesitara comprobar que lo reconoce, que sabe cómo recorrerlo, cómo excitarlo y, desde luego, cómo amarlo.

Nos besamos así, en el muelle, frente a la bahía.

Nos besamos así, como si nunca antes nos hubiéramos besado y necesitáramos descubrir si nuestras bocas están hechas la una para la otra.

Nos besamos así, como si lleváramos diez años besándonos y nos conociéramos a la perfección; como si supiéramos qué puntos tocar y cuándo respirar.

Nos besamos así, como si el amor que siento por ella desde siempre fuera el mismo que ella está sintiendo ahora por mí.

Nos besamos así, como si la mujer que he esperado toda mi vida acabara de regresar al único lugar que le corresponde.

Nos besamos así, como si yo le estuviera diciendo que no puedo ser más que suyo.

Nos besamos así, como si ella me estuviera diciendo que no puede ser más que mía.

CAPÍTULO 31
ALEX

Si ahora le dijera que quisiera besarla para siempre, parecería un auténtico idiota… pero ¿cómo no desearlo? Debería cargármela al hombro, como sugirió Reid, y llevármela conmigo, pero me temo que ni siquiera eso serviría.

No puedes retener a las personas que no están preparadas para quedarse, y yo jamás querría que se sintiera obligada a tomar una decisión que no siente como suya.

Así que la suelto lentamente, manteniendo, eso sí, una suave presión en la base de su espalda para tenerla cerca un poco más y que ese distanciamiento sea gradual.

Ella me mira con esos ojazos suyos que se han vuelto a poner tristes y yo me pregunto cómo voy a ser capaz de dejar que se marche otra vez, después de todo lo que no nos hemos dicho, después de todo lo que no hemos sido.

¿A dónde vas ahora, Ellie, sin mí? ¿Por qué no puedes simplemente quedarte?

—Nunca me habías besado así —Ellie rompe el silencio, haciendo que mis pulsaciones se aceleren de forma peligrosa.

—¿Cómo… cómo lo sabes? —pregunto, a medio camino entre el pánico y la esperanza de que haya recordado nuestra noche.

—No podría olvidar algo así.

Abandona su cuerpo de nuevo contra el mío mientras yo refuerzo enseguida el agarre en su espalda, por miedo a que se retracte y salga huyendo otra vez. Se pone de puntillas y desliza sus brazos alrededor de mi cuello.

—Hazlo otra vez —dice luego, directamente sobre mis labios, y no necesito que me lo repita.

La abrazo para que se pegue por completo a mí, me inclino sobre su boca y me hundo en ella hasta el fondo, robándole el aire, las palabras, los pensamientos, los arrepentimientos. Barro a todos los hombres a los que ha besado hasta ahora y a todos con los que ha fantaseado, dejándola solo llena de mí.

Sus manos me atraen hacia ella, como si realmente pudiera separarme o como si tuviera esa capacidad. Ellie responde a mi ataque, no es de las que se dejan acorralar, y eso es lo que siempre me ha gustado y lo que he amado desde el primer momento: su carácter, sus ganas de coger lo que quiere y su deseo de dar.

Y así es como besa Ellie.

Toma todo lo que tienes, lo reclama, lo roba y lo hace suyo y, a cambio, te devuelve todo lo que ha tomado multiplicado por dos o incluso más.

Juega con mi lengua, con mis labios; me muerde, me asalta y me domina, y yo no puedo hacer otra cosa que rendirme a ella y esperar a que decida hacerme suyo de verdad, y no dejarme nunca más a solas conmigo mismo porque, veréis, no sé qué hacer conmigo sin ella.

Muerde mi labio hundiendo los dientes sin piedad, arrancándome un sonido indefinido, a medio camino entre la excitación y el dolor. Luego vuelve al ataque, mordiendo esta vez con los labios y provocando que casi me exploten los testículos, por no hablar del resto. Creo que no la he tenido nunca tan dura en mi vida, ni siquiera aquella noche, porque ahora la siento y siento que me quiere de verdad, sin alcohol en las venas y sin nada más en la cabeza.

Ellie me besa en medio de la calle, abrazándose a mí y marcando su territorio con todo su cuerpo. No le importa dónde estamos ni si alguien puede vernos, solo quiere que yo sepa que ha puesto sus

manos sobre mí y, ¿para qué vamos a discutir sobre eso? Yo ya era suyo incluso antes de que me rozara.

Se separa lentamente de mis labios y, de manera instintiva, agarro su rostro con las manos, porque la separación duele y solo puedo soportarla poco a poco. Le acaricio una mejilla y luego tomo su barbilla entre dos dedos, acercándola otra vez a mí y besándola suavemente en los labios.

Ellie suspira profundamente, como si tuviera algo que decir y no se atreviera a hacerlo. Pero yo ya sé lo que es, no hace falta que se sienta mal por mí por esto. Nunca pensé que, después de esta noche, ella se escaparía conmigo; ni siquiera esperaba tener este momento, esta esperanza. No será una noche, ni quizá diez, lo que nos haga volver al punto de partida.

—Te llevo a casa —le digo, soltando su rostro y dando un paso atrás. Me obligo a guardar las manos en los bolsillos o no conseguiré despegarme de ella.

Ellie no dice nada, pero sé que ha vuelto a ponerse triste. Empieza a caminar hacia el punto por donde podemos cruzar el muelle para ir al otro lado, donde están los edificios, y yo la sigo en silencio, con el corazón lleno de lo que acabamos de vivir, pero con la cabeza a rebosar de pensamientos negativos y aterradores.

Ella, que no vuelve más a casa.

Ella que me dice que fui un error.

Ella que me dice que ya no recuerda nada.

Camino tras sus pasos, en silencio, hasta que llegamos frente a su portal. Soy un caballero y ella lo sabe; siempre la he acompañado hasta la puerta de casa —algo por lo que sus hermanos siempre se han burlado de mí— porque necesito asegurarme de que entre y de que no le pase nada. No lo hago por lo que ha pasado, no soy como su padre; lo hacía antes y lo seguiré haciendo, y nunca me avergonzaré de ello. Si hay algo que mi madre me enseñó, es a no avergonzarme de lo que soy ni de lo que siento, y no voy a empezar esta noche. Así que subo con ella hasta el último piso sin que tenga que pedírmelo ni que yo tenga que dar explicaciones. Llegamos frente a su puerta, Ellie introduce la llave y la abre, luego se queda

inmóvil con la frente apoyada en la madera, a la espera ver qué pasará después.

—No me lo pidas.

Ellie se gira lentamente hacia mí.

—No es el momento —le digo, porque es la verdad. Aunque ahora mismo lo único que querría sería empujarla hacia dentro, encerrarnos con llave en su piso y hacerle el amor hasta que no tuviera fuerzas ni para mantenerse en pie.

Sonríe, pero asiente: ella también sabe que es lo mejor. Me acerco y le acaricio el rostro antes de presionar mis labios contra los suyos suavemente. Entonces se lo digo, porque ver su miedo me está oprimiendo el pecho.

—No te lo pediré nunca, Ellie.

Soy un idiota, pero lo hago de todos modos, porque la amo más de lo que amo la idea de nosotros dos juntos.

—No te pediré que vuelvas.

Suelto su rostro y doy un par de pasos hacia atrás.

—¿Por qué?

—Lo sabes —le digo—, y por la forma en que sus ojos se abren enormes, como si no tuvieran escapatoria, comprendo que ella ya conocía mi respuesta.

CAPÍTULO 32
ALEX

Volver a la realidad es una verdadera mierda, no hay otra forma de explicarlo. Ver cómo cierra la puerta, volver a la calle, subirme al coche, conducir hasta Cliathán, llegar a casa, meterme en la cama e intentar dormir —como si todavía fuera capaz de pegar ojo— para luego levantarme por la mañana, fingir que estoy vivo, desayunar, hablar con mi familia, llevar a Justin al campo y ahora estar aquí, viendo este partido con la sensación de haber dejado mi maldito corazón en otra parte… Todo esto es el infierno, que acaba de decidir mudarse directamente a mi cabeza.

Intento prestar atención al partido, reírme con las bromas de Brian, que está sentado a mi lado, escuchar los consejos que Reid les da a los chavales que corren por el campo… Intento concentrarme solo en este momento, sin pensar en lo bien que estaba pegada a mí, en lo deliciosos que eran sus labios, en cómo reaccionó mi cuerpo —y sigue reaccionando ahora— al pensar en su camisa desabrochada y en su culo…

Alguien me da un codazo.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome hacia Brian.

—Es el descanso.

—Ah, sí, claro.

Sacudo la cabeza para regresar de mi viaje mental y me acerco a Justin para ver si está bien o si necesita algo.

—Estás distraído —me hace notar.

—No es cierto —me defiendo enseguida.

—He marcado —dice él, en tono acusatorio.

—Claro que has marcado, lo he visto con estos mismos ojos —digo, señalándolos—. ¡Has estado genial! Menudo tiro…

—Papá —Justin me corta, cruzándose de brazos—. No he marcado.

Perfecto, hasta mi hijo me vacila. Bajo la cabeza sintiéndome culpable mientras Justin se aleja mosqueado para reunirse con sus compañeros y beber algo.

Reid se acerca y se pone a mi lado.

—¿Problemas?

—¿Quién? ¿Yo? Qué va, nunca.

Levanta una ceja.

—¿Qué demonios quieres? Ocúpate de tus chicos.

—Me ocupo de mis chicos, pero a veces los padres dan muchas más preocupaciones.

—Tranquilo, sé cuidarme solo y no necesito ayuda; sobre todo no necesito la tuya.

—Uh, eso está por verse —responde alegre, frotándose las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Tus problemas, Brennan, acaban de empezar —dice, señalando hacia el otro lado del campo.

Cuando la veo caminar despacio hacia nosotros, pienso que quizá esta mañana no me he despertado de verdad; que no estoy aquí, que sigo en la cama y que, al final, he conseguido dormirme y estoy teniendo un sueño precioso. Ella, viniendo hacia mí y trayendo consigo el sol. Ella, sonriéndole a mi vida. Ella, mirándome como se mira algo con lo que has soñado desde niña y que por fin tienes al alcance de la mano.

Ella, que vuelve a mí sin haberse ido nunca.

—Procura no montar otro follón, Brennan —me advierte Reid—. Tengo el presentimiento de que esta vez es la buena.

—¡Buenos días, Brennan! —me saluda Ellie en cuanto nos tiene delante.

—H-hola —balbuceo como un idiota, pero a estas alturas ya estará acostumbrada, ¿no?

—¿A qué debemos este honor? —se entromete Reid.

Ellie no lo mira. Da dos pasos hacia mí y se pone de puntillas. Luego me agarra el rostro y estampa su boca contra la mía. Yo me quedo clavado en el sitio, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, con el corazón amenazando con salírseme por la garganta y con la sensación de que, si ella no me sujetara, ya me habría desplomado allí mismo sobre la hierba.

A nuestro alrededor oigo silbidos, incluso algún aplauso, que contribuyen a hacer este momento aún más surrealista y decididamente más embarazoso.

Luego Ellie se aparta y se queda mirándome.

—De momento me quedaré aquí —dice, mordiéndose el labio—. ¿Crees que con eso te bastará?

No se me dan demasiado bien las palabras, sobre todo cuando las emociones dominan mi lengua, así que le doy mi respuesta de la única forma posible.

La agarro por las caderas y la estrecho contra mí.

Y luego la beso.

Y joder, sí.

Ellie desliza los brazos alrededor de mi cuello, sube las piernas y las enrosca en mi cintura.

Y luego me besa ella también. Y joder, sí.

No es uno de esos besos en los que devoras al otro con ansia —seguimos estando en un partido de críos—, pero es de esos besos que no dejan lugar a dudas, ni para mí ni para ella, y que le darán a nuestra risueña localidad un nuevo tema sobre el que cotillear.



CUANDO EL PARTIDO TERMINA, JUSTIN VIENE HACIA NOSOTROS CON aire triunfal. Creo que su equipo ha ganado, no he prestado mucha

atención al resto del encuentro —soy un padre de mierda—, pero es que Ellie lleva puesta una de esas camisas, ¿me entendéis, no?

—¡Eh, buen partido! —le dice ella, chocando la mano con él.

—¡Y tú, buena jugada! —le responde él de inmediato.

—¿Eso crees?

—Si no te mueves tú, aquí lo veo complicado.

—¡Eh! —me quejo cuando me doy cuenta de qué están hablando, pero Ellie se parte de risa, así que no soy capaz de enfadarme con Justin.

—¿Te vienes con nosotros al McNamara's para la comida postpartido?

—Justin…

—Claro, ¿por qué no? —responde Ellie.

Y de verdad necesito un segundo para respirar, porque temo no ser capaz de encajar todo esto de golpe.

—Nos vemos en el coche —dice Justin antes de alejarse hacia los vestuarios.

—No tienes por qué venir —le digo enseguida, por miedo a no tener luego fuerzas ni valor para hacerlo.

—Lo sé —me responde sonriendo—. Pero quiero. Si a ti te parece bien.

La agarro por la cintura y le planto un beso en la boca antes de que diga cualquier otra chorrada.

Esta vez la beso un poco más, porque los chavales ya no están y el campo está casi vacío; así que la abrazo, sintiendo su pecho contra el mío, y la levanto apenas del suelo para acercarla más.

—Definitivamente alfa —dice entre risas.

—¿Y te gusta?

Vuelve a apoyar sus labios sobre los míos y me mata dulcemente.

—A mí me gusta Alex B., y nada más.

Y yo amo a mi Ellie J., y a ninguna otra.

CAPÍTULO 33
ALEX

Ellie aparca junto a mi coche, apaga el motor de una de las furgonetas de la empresa y abre la puerta justo cuando me acerco a ella.

Justin está dentro con sus compañeros de equipo. Yo me he quedado fuera y no, no es lo que pensáis: no es que tuviera miedo de que no viniera, es solo que quería esperarla.

—Hola —le digo en cuanto se gira hacia mí, dejando que mis manos resbalen por sus caderas.

—¿No nos habíamos saludado ya?

—Quería hacerlo otra vez.

—Pues hazlo, ¿a qué esperas? —me desafía levantando la barbilla.

La tomo entre mis dedos y la atraigo hacia mí. Luego separo los labios sobre los suyos y voy directo a buscar su lengua. Ellie me enreda los dedos en el pelo y me acerca más a ella; yo la empujo contra la puerta de la furgoneta y apoyo las manos detrás de ella, manteniéndola atrapada entre mi cuerpo y el metal. Y le gusta. Noto que le gusta por cómo respira contra mí, por cómo su boca se mueve al compás de la mía, por cómo me busca su lengua, por cómo se deslizan sus dedos por mi pelo y por cómo se presiona contra mi erección, que últimamente está en todo su esplendor.

—Deberíamos entrar —dice, jadeando.

—¿Juntos? —le pregunto estúpidamente.

—¿Prefieres que te deje pasar a ti primero para salvar tu honor?

Me río contra su boca.

—Me gustaría entrar contigo.

—Incluso cogidos de la mano, ¿no?… —me sigue tomando el pelo.

Me separo de ella y le agarro la mano.

—Por supuesto.

Ellie mira nuestras manos y luego niega con la cabeza, riéndose.

—No te imaginaba tan romántico, Alex B.

—No me vaciles —le digo mientras nos encaminamos hacia la puerta del McNamara's.

—No te vacilo, lo digo en serio —se detiene frente a la puerta y me mira—. Me he perdido muchas cosas, ¿verdad? —pregunta, y noto que la tristeza está a punto de regresar.

Me inclino hacia ella y, con una mezcla de miedo y esa expectativa que resulta peligrosa, le digo:

—Vas a tener todo el tiempo del mundo para ponerte al día.



NOS SENTAMOS EN LA BARRA CON REID Y PEDIMOS ALGO DE COMER, mientras Justin se lo pasa en grande con sus compañeros de equipo en la sala de al lado. Andy nos pone cuatro Guinness delante y yo lo miro, extrañado.

—¿De quién es la cuarta?

—¡Pero qué ven mis ojos! —la voz que me llega desde atrás me da la respuesta que me temía.

—¿Lo has llamado tú? —le pregunto a Reid, pero me ignora, demasiado concentrado en su cerveza.

Shane se me echa encima por la espalda.

—¡Hemos hecho progresos!

—¿Qué progresos? —pregunta Ellie, robando una patata de mi plato.

Shane se sienta a mi otro lado.

—O igual lo ha hecho todo ella, como siempre.

—¡Dejadlo ya! —les aviso.

—¿Estáis hablando de mí? —pregunta Ellie.

—¿Y de quién, si no? —responde Shane—. ¿A qué debo el honor de verte aquí?

—He ido al partido, he animado al equipo y ahora estoy comiendo como todo el mundo. No es para tanto. —Muerde su hamburguesa y zanja la cuestión. No le gusta dar explicaciones, y menos a Shane.

—Pero estás aquí con…

—Tu hamburguesa —dice Andy, dejando un plato delante de él.

—Pero yo todavía no he…

—Métetela en la boca, igual así la usas para algo útil.

Agradezco que Andy sea el camarero favorito de Ellie, porque estoy seguro de que por eso ha venido al rescate.

—Hay muchas formas de usar la boca y todas son mucho más…

—No queremos conocer ni una sola —interviene Reid.

—Qué tiquismiquis sois —Shane coge su hamburguesa y le da un mordisco.

Mastica con la boca abierta mientras yo vuelvo la vista a mi izquierda, donde Ellie se ha quedado en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado.

Ella desliza una mano por la barra buscando la mía. La cubre y entrelaza los dedos; la imagen me hace sonreír, porque su mano no llega a tapar ni la mitad de la mía, pero me gusta así: asomándose por debajo, como si fuera la base, la roca a la que agarrarse. Porque eso es lo que quisiera ser para ella: su seguridad, su fuerza.

Quisiera ser su lugar favorito en el mundo.

—Estoy bien aquí —me dice, con una sonrisa triste.

—¿En el McNamara's?

—Qué va… —se acerca y me susurra al oído—. Estoy bien donde estés tú.

Me gustaría decirle que se quede para siempre conmigo, pero le prometí que no se lo pediría y no voy a faltar a mi palabra. Así que me limito a girar un poco la cabeza para atrapar sus labios por un

instante y, a mi manera, decirle que puede decidir estar bien todo el tiempo que quiera.

Aunque solo sean unos pocos días.

Aunque probablemente una mañana me despierte y ella simplemente se haya marchado.

Aunque esto que siente ahora por mí no dure para siempre.

Yo no podría dejar de sentirlo igualmente.

Y no devolvería nada, ni una sola de sus miradas.

No importa lo que pase mañana.

Lo que importa es que ahora está aquí, y no pienso perderme ni un segundo de lo nuestro.



DESPUÉS DE LAS TÍPICAS CHARLAS DE DOMINGO POR LA TARDE, después de haber comido demasiado, bebido demasiado y reído demasiado, salimos fuera y nos dirigimos a los coches. Reid me saluda con la mano desde lejos mientras Shane hace el gesto de que me tiene vigilado. Yo me acerco a la furgoneta de Ellie y meto las manos en los bolsillos de los vaqueros, por miedo a no ser capaz de dejarla marchar.

Ya estamos en ese punto y ya estoy jodido, sin ninguna posibilidad de salvación.

Justin se despide de ella y se mete en el coche para dejarnos un par de minutos de intimidad. Me pregunto quién habrá criado a este chico; desde luego no yo, y mi familia tampoco.

Ellie agarra la manilla y abre la puerta, apoya un pie apoya un pie en el interior y un brazo en el techo; luego me mira.

—Tengo cosas que hacer en casa.

—Claro —le digo enseguida; no quiero que piense que doy por hecho que va a estar conmigo a cada momento.

—He estado bien, Alex. De verdad, bien.

—Estoy aquí para servirla —le digo, haciendo un gesto con la mano.

—He estado bien muchas veces contigo, pero ahora… —se muerde el labio.

—Ahora lo sabes.

Sonríe y baja la mirada.

Oh, sí que lo sabe.

—¿Nos vemos mañana en el trabajo?

Respiro hondo para aplacar la adrenalina que corre a toda velocidad por mis venas.

Me da un beso ligero en los labios.

—Entonces, hasta mañana.

Se mete en el coche y cierra la puerta.

—Hasta mañana —susurro, aunque no pueda oírme, pero en realidad me lo estoy diciendo a mí mismo y necesito repetirlo un par de veces antes de empezar a asimilarlo.

Ellie sale del aparcamiento del McNamara's y se incorpora a la carretera, mientras yo subo al coche y me siento junto a mi hijo.

—No tires la toalla ahora, papá —me dice para animarme.

Meto la llave en el contacto y arranco el motor.

—No tengo ninguna intención de hacerlo.

CAPÍTULO 34

ELLIE

Aparco a pocos pasos del inicio del camino que conduce a la casa de mi padre y me bajo de la furgoneta. Cierro la puerta y me quito las gafas de sol para observar a papá mientras poda los arbustos que bordean la parte delantera de la vivienda. Me armo de valor y me acerco despacio; estoy segura de que me ha oído llegar y que solo está fingiendo indiferencia, como siempre.

Me detengo a sus espaldas esperando que haga algún gesto, pero ni siquiera se vuelve, así que sacudo la cabeza contrariada y me dispongo a entrar en casa. Pongo el pie en el primer escalón, pero su voz me frena en el umbral.

—No me gustaba.

Me giro de nuevo hacia él, que sigue concentrado en podar las ramas.

—¿De qué hablas?

—Ese tal Chase. Nunca me gustó.

—Papá…

—Cuando era chaval era diferente; cuando vivía aquí, cuando se pasaba el día en nuestra casa.

—Cuando se fue lo repudiaste, igual que me repudiaste a mí —digo con dureza, porque tengo treinta y un años y esta historia empieza a quedarme demasiado pequeña.

Mi padre deja las tijeras de podar y finalmente se gira hacia mí.

—¿Eso piensas?

—Eso es lo que me hiciste pensar y lo que me sigues haciendo pensar —le respondo.

Mi padre asiente lentamente.

—No era el hombre adecuado para ti —dice, volviendo a hablar de Chase.

Abro los brazos y dejo escapar un suspiro; luego me siento en el escalón, resignada a lo que venga.

—¿Por qué me mantenía alejada de ti?

—Porque no te dejaba otra opción.

—Qué tontería —replico, casi indignada—. Nadie me obligó a hacer nada.

—Pero tampoco te ayudó a entender.

—¿Qué se suponía que debía hacerme entender? Tú no me querías a tu lado.

—Sabes que no es así.

—Me dejaste fuera.

—No fue así.

Me pongo en pie de un salto.

—Fuiste tú quien no me dejó otra opción.

—¿Eso significa que te marchaste por mi culpa?

Abro la boca para responder, pero algo me detiene.

—Tú nunca me has entendido.

—Pues ayúdame a entenderte.

—¿Importa ahora?

—Quería que estuvieras a salvo.

—Tú lo que querías era encerrarme en casa y tirar la llave.

—No quería que te pasara nada.

—¿Como le pasó a mamá?

Mi padre cierra los ojos.

—Querías retenerme aquí.

—Solo intentaba protegerte.

—Pues no puedes. No puedes impedir que me pase algo.

—No puedo perderte también a ti.

—Así me estás perdiendo igual.

Papá se sienta desconsolado en el banco que tiene al lado, deja caer los brazos sobre las piernas y sacude la cabeza lentamente.

—No quiero que te marches otra vez. Esta es tu casa, esa es tu empresa. Y esta es tu familia.

Suspiro y me acerco para sentarme a su lado.

—No puedo quedarme solo por ti, ¿lo entiendes? No sería justo.

—¿Tienes pensado volver a la ciudad con Chase?

—Chase y yo ya no estamos juntos, papá. Eso deberías saberlo.

—¿No habéis aclarado las cosas?

—No hemos tenido oportunidad.

—¿No quiere hablar contigo?

No es normal tener una conversación de este tipo con mi padre, pero valoro su esfuerzo y, sin saber muy bien por qué, acabo diciéndole la verdad.

—No lo he llamado.

Ni siquiera parece sorprendido. Quizás, después de todo, sí conozca algo de mí.

—¿Y lo harás?

—Por ahora, no.

—Y no tiene nada que ver con que alguien haya interrumpido la boda, alguien con quien parece que tú… eh…

—No lo sé —le saco del apuro—. Pero estoy aquí para descubrirlo.

—¿Eso significa que te quedarás? —pregunta esperanzado.

—He pensado que podría trabajar un poco en la empresa, si te parece bien.

—Pero no en las visitas guiadas.

—No, papá, no son para mí.

—¿Seguirás en la destilería?

—Me gusta.

Papá sonríe con tristeza.

—Siempre te ha gustado.

Me cuesta mucho digerir esta conversación, pero si él se está esforzando, yo también debo hacerlo.

—Quizás podrías intentarlo un tiempo, mientras decides qué hacer, ¿qué te parece?

—Me parece bien.

Se queda en silencio unos segundos, luego se levanta y vuelve a coger las tijeras de podar. Yo también me pongo de pie, porque sé que la conversación ha terminado, y decido servirme un par de dedos de whisky del bueno. Al fin y al cabo, ya han pasado de las cinco y, a estas horas, no cuenta como cosa de borrachos.

Papá vuelve a los arbustos y luego me dice sin mirarme:

—Tu madre… Ella sí sabría qué hacer y cómo valorarte. Yo no soy bueno en estas cosas, yo… Yo no soy bueno sin ella.

No le digo nada porque no sabría qué decir. Papá nunca se ha recuperado, yo tampoco, y no puedo decir que Shane y Reid lo hayan superado, pero nosotros tres hemos intentado seguir adelante a trompicones, mientras que él ni siquiera lo ha intentado. Se encerró en su mutismo, en su tristeza, en su infelicidad, y descargó todos sus miedos y paranoias sobre mí. No puedo culparlo del todo; quizá en su lugar habría hecho lo mismo. Pero no puedo vivir así, aunque ahora sea adulta y sea más fuerte.

Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años. Íbamos juntas en el coche, volvíamos de Clifden después de haber pasado la tarde en la escuela de danza donde ella enseñaba y donde a mí me gustaba quedarme a observar sus clases. Nos habíamos quedado después de los cursos para pasar una tarde de chicas.

Nos sacaron de la carretera un grupo de borrachos que se estrellaron unas millas más adelante. Eran cuatro y sobrevivieron todos.

Mamá murió, pero no en el acto. Se mantuvo consciente casi una hora esperando a que llegaran los servicios de emergencia. Habíamos caído por un terraplén y no era fácil llegar hasta nuestro coche. Además, estábamos al borde del vacío; debajo de nosotras había una caída de varios metros que no habríamos sobrevivido. Habría bastado un movimiento brusco, un suspiro demasiado profundo, y habríamos caído las dos. Le acaricié la frente, me tragué las lágrimas, sonreí y hablé todo el tiempo, con la esperanza de mantenerla con vida. Murió entre mis brazos. Sus últimas palabras fueron para mí.

No dejes nunca que nadie decida quién tienes que ser, Ellie, porque eso solo puedes saberlo tú.

Y después se fue.

Me quedé con ella otras dos horas, en silencio. No lloré, porque tenía miedo de que pudiera oírme, aunque sabía que no era posible. Me quedé allí, sola, a oscuras, con ella. Pensé que nunca me encontrarían.

Cuando llegaron los servicios de emergencia, Shane y Alex también estaban allí; uno de los paramédicos era de Cliathán y había ido al instituto con Shane.

La primera persona que vi en cuanto me sacaron del coche fue a Alex. La primera persona a la que le dije que mi madre había muerto fue a Alex. La primera persona que vio mis lágrimas fue Alex. La primera persona que me dijo que nunca me dejaría sola fue Alex.

Se subió a la ambulancia conmigo, me sostuvo la mano mientras me daban los puntos, me abrazó mientras le contaba a mi padre lo que había pasado. Dormí en su casa las cinco noches que siguieron al accidente: me había escapado de la mía y acabé bajo su ventana. No le pedí nada, fue él quien me hizo subir a su habitación y me cedió su cama.

No sé cuántas veces me quedé a dormir en su casa, cuántas comí allí y cuántas otras nos escapamos unas horas dejándolo todo atrás.

Del accidente salí prácticamente ilesa, solo con algunos moratones y algún raspón, pero mi padre no volvió a dejarme dar un paso sin vigilancia. No habría soportado otra pérdida.

Así, mi vida se convirtió en una pesadilla. Papá quería controlar cada aspecto de ella para que nunca me alejara de esta casa, de este pueblo, de él y de la manera en que creía que debían ser las cosas para mí. No valoraba mis ideas: demasiado innovadoras, demasiado peligrosas. No valoraba mi trabajo: poco apropiado para una chica. No valoraba mi mente, mi determinación, mis ganas de descubrir, de viajar, de soñar.

No se fiaba de mi criterio ni de mis decisiones.

Quería tenerme en una jaula, quería que dejara de ser yo misma.

Estar aquí se había vuelto asfixiante. Trabajaba organizando las visitas a la destilería, en una oficina agobiante y sin ventanas. No me dejaba probar nada nuevo y, cuando intenté buscar trabajo en otro sitio, me dijeron que era una Johnston, que mi lugar estaba al lado de mi padre.

Así que insistí. Intenté trabajar en la destilería porque de verdad me gustaba y se me daba bien; intenté proponer ideas y cambiar algunas cosas que no funcionaban, demasiado anticuadas y poco productivas. Busqué por todos los medios demostrar que podía hacerlo, pero no salió bien. No tenía madera, me decía papá. No tenía carácter suficiente para un trabajo así.

No tenía ninguna oportunidad con un apellido tan pesado de llevar y un pasado tan difícil de dejar atrás. No me quedaba otra opción: me marché, me mudé a la ciudad y me matriculé en la universidad, en la misma facultad donde estudiaba Chase. Él acababa de mudarse allí con su familia y me ayudó a encontrar un sitio, a hacer amigos, a sentirme menos sola. No empezamos a salir hasta años después. Fue algo gradual, al principio ni siquiera me di cuenta de que nuestra relación estaba transformándose en algo más y, cuando ocurrió, los dos ya estábamos metidos hasta el fondo.

En cuanto terminé la carrera de Comercio Internacional, volví a Cliathán, convencida de que los años fuera nos habrían ayudado a limar asperezas, pero no encontré mi sitio. Alex trabajaba en la destilería, Shane en el embotellado y Reid en el control de calidad; para mí, el sector turístico de siempre. Me sentía como la niña mimada a la que papá coloca en el primer puesto libre, como si me estuviera regalando algo solo por mi apellido, como si aquel no fuera el lugar que me correspondía.

Fue entonces cuando Chase me ofreció un trabajo en la empresa de su padre. Ni siquiera había deshecho las maletas. Allí no era la hija de los Johnston, era Ellie a secas, y me valoraban solo por lo que sabía hacer.

Trabajé con él durante cinco años, exportando productos al extranjero, entre ellos estaba también el Johnston Whiskey, pero ni siquiera ahí fuimos capaces de llegar a un acuerdo. Mi padre siempre remó a contracorriente, era excesivamente crítico con todo lo que yo

hacía y siempre estaba listo para echar por tierra cada una de mis decisiones, incluido mi matrimonio.

Y, aun así, al final no me casé. Ni he intentado arreglar las cosas. Y no echo de menos a Chase, pero a *él* sí que le echo de menos, aunque nos hayamos despedido hace apenas unas horas.

Abro la ventana de mi habitación y me siento en el alféizar, con las piernas algo dobladas sobre la cornisa. El aire de última hora de la tarde se me enreda en el pelo, el olor a hierba húmeda me hace cosquillas en la nariz y el recuerdo de la noche pasada —de nuestra cita, de sus besos y de sus manos— me llena la cabeza, hasta el punto de borrar, por fin, todo lo demás.

Y, sin embargo, se trata de Alex.

La misma persona que se sentó a mi lado en el funeral; la misma que me sacó de casa el fin de semana siguiente y me cogió de la mano mientras saltábamos desde el acantilado en la bahía de Clifden; la misma que me acompañó a la estación, que me abrazó fuerte y que luego me dejó seguir mi camino, con los ojos tristes pero el pecho lleno de orgullo; la misma persona que interrumpió mi boda y no permitió que cometiera el error más grande de mi vida; la misma a la que juré amistad eterna con pacto de sangre incluido.

La misma persona que se quedó aquí y esperó pacientemente mi regreso, sin saber siquiera si volvería o no.

La misma persona que, hace muchísimos años, se tragó sus sentimientos para no obligarme a enfrentarme a los míos.

CAPÍTULO 35
ALEX

Al llegar al trabajo, encuentro a Ellie ya enfrascada en la recogida de datos de primera hora de la mañana, con la tablet en la mano. Aquí nadie usa tablet: todo el mundo toma notas a mano y luego me toca a mí transcribirlo todo para tenerlo organizado en el comodísimo programa que hemos comprado. Pero en este sitio la edad media de los empleados ronda los sesenta años y no todos están por la labor de ponerse al día con los tiempos que corren.

Aprovecho que no hay nadie en la destilería para acercarme a ella y, quizá, saludarla como Dios manda, porque hace unas quince horas que no la beso y empiezo a notar cómo se manifiestan los síntomas de la abstinencia.

—Buenos días, Ellie J.

Levanta la vista de la tablet y me dedica una de esas sonrisas que podrían abrirte las puertas del cielo.

—Buenos días, Brennan. ¿Has dormido bien?

¿Qué hace? ¿Se está burlando?

—Habría dormido mejor si hubiera tenido a alguien que me calentara la cama.

—Todavía estamos en verano, no creo que necesites a nadie para que te la mantenga caliente.

Sí, me está tomando el pelo.

—Soy friolero.

—Existen esas mantas térmicas, ¿sabes?

Alargo un brazo, agarro el suyo y tiro de ella hacia mí.

—¿Has acabado ya de decir gilipolleces?

—En realidad, acabo de empezar.

—¿Puedes parar dos minutos para que te salude como yo quiero?

—¿Y cómo es eso de «como tú quieres»? Además, ¿solo dos minutos? ¿Es en serio? Veo que también eres un poco tacaño…

—Calla —le digo riendo, antes de acercarla a mí y bajar el rostro hacia el suyo—. Te parecerá una tontería, pero te he echado muchísimo de menos.

Ellie sonríe contra mis labios.

—Te parecerá una tontería, pero estaba deseando venir a trabajar.

La hago callar del todo pegando mi boca a la suya y el simple contacto de nuestros labios me recuerda al instante por qué anoche no pegué ojo. Deslizo las manos hacia su trasero y la atraigo hacia mí, presionándola contra mi erección, que está viviendo una época dorada que ni a los veinte años se habría imaginado. Aprieto los dedos y suelto un quejido directamente en su boca, sin ninguna intención de controlarme.

Como sigamos a este ritmo, voy a tener que venir a trabajar con las manos atadas o no seré capaz de hacer otra cosa que tocarla en todo el día, con el riesgo de que me caiga un informe de Recursos Humanos… que ahora mismo están en manos de mi abuelo, así que mejor evitar un papelón por partida doble.

Me pone una mano en el pecho y me aparta lentamente de ella.

—Estamos en el trabajo.

—Solo te estaba saludando.

—Creo que ya lo has hecho.

—Me has acusado de ser tacaño.

—Me retracto de lo que he dicho, pero tú mantén las manos quietas hasta que acabe la jornada.

—¿Puedo tocarte al menos durante el descanso?

Se ríe a carcajadas, negando con la cabeza.

—Es imposible razonar contigo, ¿verdad?

—Depende del contexto. Si el contexto incluye tu culo o tus caderas, por no hablar de tus…

—Para ahora mismo o tendré que hacer una llamada a Recursos Humanos.

¿Lo veis? Si ya lo decía yo.

—Puedo intentarlo, pero tú tienes que mantener las distancias.

—Pero si trabajo aquí contigo.

—A diez metros como mínimo.

Mira a su alrededor.

—No tenemos diez metros… al menos no en línea recta.

—Pues ponte un saco en la cabeza. Abajo, donde Reid, debería haber de los de espelta que han descargado al amanecer.

Ellie me suelta un puñetazo en el brazo.

—¡Ay! —me quejo, frotándomelo.

—¿Has acabado ya?

—No era mala idea.

—No voy a ponerme un saco en la cabeza para facilitarte las cosas, Alex.

—Ya, porque además no bastaría con cubrir solo la cabeza, quedaría todo lo demás —digo y dejo que mis ojos se deslicen por su figura—. Joder, lo demás es…

Me pone una mano en la boca para que deje de hablar.

—Eres imposible.

—Y tú estás en problemas —digo, aunque todavía me tape la boca con la mano.

—¿En problemas? —retira la mano y frunce el ceño.

—No sabes lo que estoy conteniendo, Ellie —le digo, ahora en serio—. Y no sabes las ganas que tengo de…

—¡Buenos días, chicos! —la voz de Joseph nos hace dar un respingo a los dos—. ¿Ya trabajando? —pasa a nuestro lado con una taza de café en la mano.

—Pues sí —Ellie da un paso atrás y se recompone—. He anotado los primeros resultados de la mañana.

—Estupendo, les echaré un ojo enseguida —se dirige hacia la oficina—. ¿Vienes?

—Voy —anuncia Ellie. Luego me mira—. Las manos quietecitas —susurra en voz baja antes de alcanzar a Joseph, haciendo oscilar ese culo perfecto dentro de sus vaqueros ajustados.

Ha dicho las manos, ¿no? No los ojos. Así que, de momento, me conformaré con recrearme la vista con ella, a la espera de poder tenerla otra vez entre mis brazos y hacerle entender que ese es el único lugar donde nunca se sentirá fuera de sitio.

CAPÍTULO 36
ELLIE

Cuando llega la hora del descanso, Joseph por fin me deja respirar; básicamente me ha estado encima toda la mañana, como si quisiera evitar que Alex y yo pasáramos tiempo a solas o cerca el uno del otro. ¿Se habrán extendido ya tanto los cotilleos?

Se aleja de la oficina silbando justo en el momento en que Alex asoma la cabeza por la puerta.

—Lo mato, te lo juro.

—¿Cómo dices?

—Tengo que quitármelo de encima.

—¿Estás hablando de Joseph?

Entra, se acerca, gira mi silla para que quede frente a él y luego se inclina sobre mí.

—No puedo seguir así.

—¿De qué hablas?

—Estar tan cerca y a la vez tan lejos de ti… no lo soporto.

—He estado fuera tanto tiempo, Alex.

Las palabras salen sin que me dé cuenta, pero es lo que pienso. Hemos estado alejados durante años, solo nos veíamos de vez en cuando y apenas nos hablábamos: yo absorbida por el trabajo y por Chase; él por su trabajo, su familia, su hijo. Nos estábamos

distanciando y, probablemente, habríamos acabado haciéndolo definitivamente.

—Por eso no puedo desperdiciar ni un minuto más. No sé cuánto tiempo tendremos.

Su tono de resignación hace que se me encoja el corazón en el pecho.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacerla, pero no te aseguro que vayas a tener respuesta.

Me lo pienso un segundo y me lanzo de todos modos.

—Si yo tuviera que irme —empiezo titubeante—. ¿Qué…? ¿Cómo...?

Alex suelta un suspiro pesado.

—Tú puedes irte todas las veces que quieras, Ellie J. Para mí nada va a cambiar.

—¡Jesús bendito! —Una voz en la puerta interrumpe de golpe nuestra conversación—. ¡No puedo ver esto!

Alex se pone de pie y se gira hacia Shane y Reid, que están en el umbral de la oficina.

—Veo que lo vuestro va rápido…

—Mira a ver si te vas a dar por saco a otra parte.

—Solo hemos venido a ver si querías comer con nosotros —dice Reid—, pero por lo que veo estás ocupado…

—Podemos ir todos —responde Alex de inmediato.

—¿Todos? —repite Reid.

Se gira hacia mí.

—Todos juntos, ¿no? Como en los viejos tiempos.

Me tiende la mano y la acepto poniéndome en pie; rodea mi cintura con un brazo y me acerca a él, sin prestar atención a los comentarios de adolescente gilipollas de Shane.

—O quizá como en los nuevos tiempos, si lo prefieres.

Lo miro, esperando que se explique.

—Esos en los que tú y yo… bueno… ya no somos tan amigos.

—¿Ah, no? —pregunto, sonriendo de medio lado.

—Yo prefiero no escuchar el resto de tu explicación —dice Shane antes de salir de la oficina, pero los dos lo ignoramos.

—Yo, en cambio, me quedo. Esto parece interesante… —Reid se apoya con un hombro en el marco de la puerta, pero también lo ignoramos.

—Siempre lo seremos, al fin y al cabo hicimos un pacto de sangre.

Sonrío, bajando la mirada.

—Pero creo que a estas alturas sabes que ya no somos lo que éramos.

—Lo que éramos… —comento en voz baja, luego lo miro de nuevo—. Vaya que te cuesta hablar.

—Creo que a veces no hace falta hablar.

—¿Y qué hace falta entonces?

—No, en esto paso —la voz de Reid intenta colarse entre nosotros, pero ya estamos en otro lugar, no muy lejos de aquí, pero donde nadie más puede llegar.

No me lo dice con palabras, sino a su manera, inclinándose sobre mí y demostrándome que sabe expresarse mucho mejor con gestos. Y yo estoy deseando que me los enseñe todos.



—DE VEZ EN CUANDO PODRÍAMOS CAMBIAR DE SITIO —COMENTA Shane, empujando la puerta del McNamara's.

—No me gusta la sopa del Lodge —dice Reid al entrar.

—Pues podrías traerte la comida de casa —replica Shane.

—O pillarte un sándwich —añade Alex.

—No soy yo el que está poniéndose tiquismiquis, ¿por qué la tomas conmigo? —le dice Reid a Alex.

Él se encoge de hombros.

—Solo estaba haciendo conversación.

—Yo no he dicho que fuera una conversación —se defiende Shane—. Solo estaba dando mi opinión, no teníais por qué dar la vuestra —se defiende Shane.

—No nos aburras con tus manías —dice Reid, impaciente.

—¡No es una manía, solo dije que de vez en cuando podríamos cambiar de sitio! —Shane sube la voz.

—¿Qué problemas tienes con este sitio hoy? —Reid no da su brazo a torcer.

—¡Ninguno! Solo estaba…

—Si no te gusta venir aquí, puedes irte a otra parte —suelta Brian entrometiéndose en la discusión, evidentemente estábamos hablando demasiado alto.

—¿Por qué, hay otra opción? —responde Shane con dureza.

—Veo que no ha cambiado nada —comento mientras me siento en un taburete, arrepintiéndome ya de haber venido a comer con ellos. Harán que la comida me siente fatal.

—No te has perdido grandes emociones, Johnston —sentencia Brian y a oídos de cualquiera parecería una broma, incluso a los míos, pero entonces la mano de Alex se desliza lentamente por mi muslo, recordándome que, en realidad, algo sí ha cambiado de forma rápida y natural, y que yo ni puedo ni quiero devolverlo a su estado original.



COMEMOS SENTADOS EN LA BARRA. Hoy Brian está solo y, aunque el bar nunca está lleno a la hora de comer, evitamos darle más trabajo: así no tiene que andar yendo de un lado a otro para atendernos en una mesa.

Me gusta comer en la barra, es íntimo, mucho más que relegarse a un rincón del local y hablar en voz baja. Aquí nadie habla en voz baja. A decir verdad, nadie en este pueblo sabe lo que es la discreción. La vida de todo el mundo es de dominio público, incluso los detalles más vergonzosos, pero los habitantes de Cliathán no son personas que se detengan: quizá se concentran en la noticia del momento durante una semana y luego pasan a la siguiente, sin ponerse a juzgar demasiado. Sí que hablan de ello hasta la saciedad, eso sí, pero ¿qué otra cosa podrían hacer? Son cotillas, adictos al

cotilleo, pero son inofensivos y buenas personas, siempre dispuestos a ayudar al vecino con cualquier problema.

—¿Y bien? —Shane le da un codazo a Alex—. ¿Vamos el sábado o qué?

—¿A dónde? —pregunto, curiosa.

—Llevamos a Justin a Clifden Bay —responde Shane, de forma algo vaga, así que miro a Alex buscando más detalles.

—Un paseo en kayak, que acaba de aprender a manejarlos —se encoge de hombros y muerde su hamburguesa.

—¿Y por qué a Clifden Bay?

Alex mastica lentamente y luego me responde, evitando mirarme.

—Es un sitio como cualquier otro.

—La ruta de Killary Harbour es mejor y mucho más bonita.

Alex sigue sin mirarme.

—¿Nunca lo has llevado allí?

—Uy —se le escapa a Reid antes de beber un sorbo de su cerveza.

—Esto va a doler —añade Shane mientras se levanta—. Voy a dar una vuelta fuera.

—Te sigo —Reid también se pone de pie, llevándose su copa consigo.

Ambos desaparecen por la puerta.

Alex sigue en silencio, pero ha dejado de comer; se limita a clavar la vista en su jarra casi vacía.

—¿Por qué tengo la impresión de que me falta información?

Hace una mueca con la boca y luego habla, pero mantiene la mirada fija frente a él.

—Ya no voy a Killary Harbour.

—¿Por qué? Tú amabas ese sitio.

Suspira resignado.

—Amaba muchas cosas, Ellie.

—¿Cosas que ahora ya no amas?

—Todavía las amo, todas —por fin me mira y me bastan sus ojos tristes y profundos, para dar con la respuesta completa.

Y es como volver a vivir esas cosas, todas, en mi propia piel. Aunque ya las hubiera vivido antes, ahora es distinto: ahora las estoy viviendo a través de él, todas a la vez, y no todas son agradables. Están cargadas de sentimientos y de esperanza, de esperas y de ilusiones, de melancolía, de soledad; de noches en vela mirando al cielo, de sábados sentados en un acantilado escuchando el ruido de las olas sin tener el valor de atreverse a saltar; de largas jornadas de lluvia y tormenta en las que ya no esperas volver a ver el sol.

—Siento que no hayas vuelto a Killary —digo simplemente. Espero que baste para que entienda que también siento todo lo demás.

Alex se gira de nuevo, toma su jarra y bebe unos sorbos, luego lo aparta, pero sigue sujetándolo.

—Quizá podría volver —dice, haciendo girar el líquido que queda —. Si alguien quisiera venir conmigo.

—¿Quieres que vaya contigo y Justin?

—También estarán tus hermanos.

—Pero yo también iría.

Sonríe con picardía.

—Entonces me estás diciendo que no es lo mismo, ¿verdad?

Habla poco, pero quiere que hablen los demás. No puedo dejarle salirse con la suya así.

—¿Para ti lo es?

—¿Estás jugando conmigo, Ellie J.?

—Como siempre, Brennan.

Deja la jarra y se gira por completo hacia mí; desliza sus manos por mis muslos hasta agarrarme de las caderas y atraerme hacia él. Me levanto de golpe del taburete y acabo prácticamente encima suyo, con sus manos en mis nalgas.

—Vamos a dejar claros un par de puntos —dice fijando la vista en mi boca—. No es lo mismo y no volverá a serlo.

Trago saliva al sentir cómo sus dedos se tensan, afianzando su agarre.

—Yo no quiero que lo sea.

Apoya su frente contra la mía y su tono se suaviza.

—Quiero que vengas con nosotros, porque quiero seguir amando ese sitio, como sigo amando… todo lo demás.

Su voz tiembla cada vez que pronuncia la palabra "amando". No puedo preguntarle a qué se refiere con "todo lo demás" porque sé que esta vez me respondería, y no estoy lista para escuchar su respuesta.

—Hace mucho que no voy a Killary.

No puedo darle nada más en este momento.

No esperaba que esto sucediera tan rápido, no esperaba su sinceridad ni su manera de no retroceder, y tampoco esperaba, desde luego, cómo está reaccionando mi corazón a sus palabras, a su cercanía, a sus manos y a su respiración, por no hablar de sus besos.

Oh, esos son de electrocardiograma plano.

Alex respira hondo, luego levanta una mano y con los dedos aparta un mechón de mi cara.

—Quizá, entonces, esta es una buena ocasión para decidir volver. Juntos.

Juntos.

Suena tan bien que no puedo evitar notar cómo mi corazón late más fuerte.

Y por ahora, eso me basta.

CAPÍTULO 37
ALEX

Después de pasar a recoger a Justin al campamento de verano, cojo una carretera secundaria que nos permitirá alargar un poco el camino de vuelta a casa. Necesito estar a solas con él unos minutos, porque debo hablarle de lo que está pasando entre Ellie y yo, de hombre a hombre, sin intromisiones de familiares entrometidos que creen saberlo todo siempre.

Justin es un chico muy despierto para su edad, brillante, con una inclinación por las matemáticas que no sé de quién habrá sacado, y una gran pasión por el deporte, sobre todo por el fútbol gaélico. Es curioso, siempre está preguntando cosas, tiene una imaginación inagotable y un carácter muy alegre... bueno, quizá eso sí lo haya sacado de mí; yo también era así de pequeño. A veces mi madre dice que verlo crecer es como volver a verme a mí, dice que tenemos las mismas costumbres, la misma manera de hablar y de sonreír, y que incluso dormimos de la misma forma: boca arriba, con la mano derecha apoyada sobre el vientre.

No recuerdo cómo era mi vida antes de que llegara Justin, seguramente mucho más aburrida, vacía y sin matices. Con él también he crecido yo: he aprendido a priorizar lo que de verdad importa y a tomarme el tiempo necesario para descubrir el mundo a su lado.

Su madre vive en Francia; en realidad, su madre es una ciudadana del mundo, es modelo. Sí, ya sé lo que estáis pensando, yo también lo haría en vuestro lugar. ¿Cómo acabé con una modelo? Ya os expliqué cómo fue la cosa: ella estaba de bajón, yo también… Una historia de unas pocas semanas a la que ninguno de los dos dio importancia, hasta que se presentó en mi puerta con un niño de dos años a cuestas.

Mel viaja por todo el mundo. Al principio intentó hacerlo con Justin, pero no era fácil ni sano, sobre todo para él. Empezó dejándolo conmigo algunas semanas; volvía de vez en cuando, se lo llevaba con ella y luego regresaban los dos aquí. Alguna vez se ha quedado ella también, cuando el trabajo se lo permitía. Le gusta estar aquí y le gusta mi familia; yo también le gusto, no de la manera en que debería gustarte el padre de tu hijo, sino de una forma que nos permite tener una buena relación por el bien de Justin.

Al fin y al cabo, nadie dejó a nadie ni le rompió el corazón al otro; somos dos adultos que tuvieron un hijo y que intentan hacer lo correcto por él. Por eso le propuse que Justin viviera conmigo: para que tuviera una infancia tranquila, que fuera al colegio, que tuviera amigos… para que su vida fuera la de un niño de su edad.

Al principio, Mel no estaba muy de acuerdo. No es fácil separarte de tu propio hijo, aunque sea por su bien, aunque sepas que va a estar en un lugar seguro, con una familia que lo quiere. Pero a Mel le encanta su trabajo y nunca se lo he reprochado. Es una buena madre, Justin la quiere mucho, pero todos somos más felices así.

Ella viene y se queda aquí con nosotros cuando puede; a veces se lleva a Justin unos días o, cuando no hay colegio, incluso más tiempo. A él le gusta viajar con ella, pero es feliz cuando vuelve a casa, conmigo y con los nuestros.

Justin y yo tenemos una relación estupenda, aunque no sea fácil ser padre soltero. Tengo la ayuda de mi madre y de mi abuelo —que la mayoría de las veces no hacen más que liarla—, pero al final soy yo quien está criando a mi hijo y, aunque a menudo meta la pata hasta el fondo, espero ser capaz de transmitirle los valores con los que me crió mi madre.

Justin tiene que poder contar siempre conmigo; quiero ser su referente, la primera persona a la que acuda ante un problema o para pedir ayuda. Quiero ser la persona que nunca lo defraudará.

No es fácil ser padre. No tuve un gran ejemplo, pero sí sé con certeza qué es lo que no hay que hacer: hacer sentir a tu hijo como un estorbo, como si sobrara, como si fuera un error. Justin es lo más importante, y para mí siempre será lo primero, tal y como lo fue desde el momento en que puso un pie en mi casa. Por eso quiero ser sincero con él ahora, antes de que las cosas con Ellie se vuelvan difíciles de comprender.

—¿Te apetece que charlemos un rato? —le pregunto, como quien no quiere la cosa.

—¿Por eso has tomado otro camino?

—Exacto.

—Vale, dispara.

—¿Qué opinas de Ellie?

Voy a lo sencillo.

—¿En qué sentido?

No era tan sencillo.

—¿Te gusta?

No se me dan bien estas cosas, ¿se nota?

—¿Tiene que gustarme?

Joder. ¿Lo está haciendo aposta?

—No tiene por qué gustarte, solo quiero saber si te gusta.

—¿Me lo preguntas porque a ti te gusta?

Sonrío.

—Más o menos.

—Todo el mundo sabe que te gusta, papá. No hace falta que me lo digas.

—Prefiero hablarlo, de hombre a hombre.

—¿En serio? —se gira hacia mí.

—Claro.

—Vale, entonces de hombre a hombre: ¿se lo has dicho a ella, en lugar de decírmelo a mí?

Esta vez me río.

—En cierto modo, sí.

—No, en cierto modo no, papá. Tienes que decírselo y punto. Tienes que ser claro.

—Vale, entonces digamos que lo he sido.

Siento la mirada de mi hijo escaneándome.

—De hecho, le he preguntado si le apetecía venir con nosotros el sábado.

—¡Guau!

—¿Guau qué?

—Parece…

—¿Qué? —pregunto, ya entrando en pánico.

—Guay.

—¿Seguro? ¿No te importa?

—No.

—Además, también vendrán Shane y Reid.

—Vale.

No me da nada más de donde rascar, así que me toca hacer un esfuerzo extra.

—No sé cómo van a salir las cosas —y no podría ser más sincero —. Pero ya sabes que yo… Bueno, sabes que…

—¿Que estás enamorado de ella?

Sonrío mientras niego con la cabeza.

—Pues sí.

—Está bien. Quiero decir... ¿ella está enamorada de ti?

Uf, esta sí que es complicada. No quiero parecer un idiota delante de mi hijo, pero tampoco quiero soltarle gilipolleces.

—Eso espero.

Sencillo y sincero.

Justin se queda en silencio unos segundos y luego dice, con un tono demasiado serio para su edad:

—Yo también lo espero.

~

AL LLEGAR A CASA, LO DETENGO ANTES DE QUE ENTRE.

—No hablemos de esto, ¿vale? Era una conversación entre nosotros.

—¿No quieres que se metan contigo?

—Bueno…

Justin niega con la cabeza y entra en casa. Yo lo sigo, un poco menos positivo de lo que estaba después del día de trabajo con Ellie, pero intento disimular mis miedos, porque sé que soy un libro abierto y sé que soy una presa demasiado fácil para los habitantes de esta casa.

Saludo a mi madre y voy a lavarme las manos para cenar, mientras oigo a Justin responderle una vez más que hoy no ha hecho nada en el campamento de verano —igualito a su padre—. Luego voy a llamar a mi abuelo, que está en la parte de atrás de la casa. Salgo al jardín y camino hacia el campo que, en teoría, debería ser de patatas, pero que mi abuelo no tiene ninguna intención de cultivar. Me acerco.

—Eh, la cena está en la mesa.

—Voy en un minuto.

—¿Qué estás mirando que es tan interesante?

—Pensaba que quedaría bien ahí —dice, señalando hacia delante con el dedo.

—¿El qué?

—Una casa

—¿Una casa?

—Sí, algo pequeño, solo para mí.

—Espera, ¿quieres construir una casa solo para ti?

—Una casita pequeña, un cuarto, cocina, un baño…

—¿Y por qué ibas a hacer algo así?

—Para tener un poco de intimidad.

Me echo a reír sin poder evitarlo.

—Ten un poco de respeto, chico.

—Perdón, no quería. Es que la idea me parece…

—¿Qué te parece? A ver, cuenta… —cruza los brazos sobre el pecho y se gira hacia mí. Su expresión no es nada divertida.

—Perdona, no debería haberme reído. Solo estoy sorprendido, nada más. Siempre hemos vivido juntos y no entiendo por qué ahora

quieres un sitio solo para ti.

—Quizás ha llegado el momento.

—¿Ahora?

—Hay terreno de sobra.

—¿Para una casita? Claro que sí.

—No, idiota —niega con la cabeza y vuelve a mirar hacia delante —. Hay sitio de sobra también para ti. Pero no pegado a mí, que ya estoy harto de verte la cara.

Me río.

—Bueno, gracias.

—Tienes treinta y seis años, Alex. Yo tengo muchos más.

—No entiendo adónde quieres llegar.

—No hagas como yo, ¿vale?

—No te sigo.

Se gira de nuevo hacia mí y me pone una mano en el hombro.

—Espero que lo entiendas pronto —dice antes de alejarse.

Yo me quedo un rato más fuera, mirando el mismo punto que él estaba mirando y reflexionando sobre sus palabras, preguntándome si no tendrá razón, si no estaré esperando demasiado, si el tiempo no se me estará escapando de las manos… si no será demasiado tarde para intentarlo, para empezar.

Y si ella estará por fin preparada para mí, para mis planes, para mis sueños… y si estará dispuesta a hacerlos también suyos.

CAPÍTULO 38
ELLIE

A las cinco y media salgo por fin de la empresa, después de haber estado encerrada dentro desde las nueve de la mañana. Ni siquiera he comido: he quedado atrapada en un curso de actualización al que, por lo visto, todo el personal de reciente incorporación tiene que asistir.

Ni siquiera he visto a Alex. No he pisado la destilería y él, lógicamente, no tenía que hacer el curso: lleva dieciocho años trabajando aquí. Tampoco he podido avisarle que no iba a aparecer, es que he recibido el correo con la notificación esta misma mañana, justo al llegar a la empresa. Desde luego, hay unas cuantas cosas que deberían revisar… si alguien me hiciera caso.

Respiro hondo en cuanto noto el aire en la cara y me dirijo al aparcamiento en busca de alguna furgoneta disponible. Aún no tengo coche y mis hermanos ya se han ido, igual que mi padre, así que me toca apañármelas sola. Cuando llego a la explanada principal, veo a alguien apoyado en el lateral de un coche e, instintivamente, sonrío.

—¿Qué haces todavía aquí?

—Estaba esperando a alguien, ¿sabes?

Me acerco y me coge de las manos, atrayéndome hacia él. Me mira con ojos soñadores, como si no me hubiera visto en un siglo y

me hubiera echado muchísimo de menos; a continuación desliza los dedos por mi mejilla antes de rodearla suavemente con la mano.

—Dios, cómo te he echado de menos.

Se acerca a mis labios; los entreabro y su lengua se introduce en mi boca, haciéndome estremecer al instante. Luego coloca la otra mano en mi cara, manteniéndome pegada a él.

—Ahora todo está mucho mejor —dice contra mis labios, antes de soltarme lentamente.

—¿Te has quedado aquí solo para esto?

—Sí, vaya pregunta.

Me río y me enderezo, dando un paso atrás.

—Pero siempre puedo hacer de taxi y llevarte a casa, ¿no?

—No hace falta, puedo coger una de las furgonetas.

—Quiero hacerlo igualmente —me aparta el pelo hacia un lado—. No te he visto en todo el día, sé que has tenido un día de mierda y que estás deseando llegar a casa, así que me conformo con diez minutos, lo que tarde en acercarte, y quizá otros cinco para despedirme... si me los concedes.

—¿Tan desesperado estás, Brennan? —me burlo de él.

—Nah —se encoge de hombros mientras se despega del coche—. Quizá solo un poco. Pero no lo digas por ahí, que tengo mi reputación.

Abre la puerta y me hace una seña para que suba.

—No quisiera herir tus sentimientos, pero tu reputación no está precisamente en su mejor momento.

Cierra la puerta, da la vuelta al coche, se sienta a mi lado y arranca.

—Tampoco la tuya, según tengo entendido.

—Sí, y todo gracias a ti.

Sale del aparcamiento y coge la carretera.

—¿Te molesta? —pregunta con la vista fija al frente.

—¿El qué?

—Que haya montado todo este lío.

—¿Por "lío" te refieres a la boda cancelada?

—Entre otras cosas.

—¿Quieres la verdad o lo que te gustaría oír?

Sonríe a pesar de lo delicado del tema.

—Eres buena, Johnston.

—He aprendido del mejor.

—Hagamos una cosa —dice mientras avanza por el camino que conduce hacia mi casa—. Contéstame solo cuando estés realmente segura de tu respuesta.

Apaga el motor y se gira hacia mí.

—Trato hecho.

Suspira y me coge la mano. Me masajea los dedos con los suyos mientras los observa; en el anular aún se distingue la marca del anillo de compromiso de Chase.

Retiro la mano porque me siento rara, casi incómoda ante la idea de que pueda estar pensando en Chase y en mí, en nuestra historia, en nuestra casi boda. No soy capaz de cargar yo sola con todo eso, así que no imagino cómo podría hacerlo él.

—Ellie, yo no…

Alguien golpea la ventanilla de mi lado y los dos damos un respingo.

Me giro hacia el cristal y veo a Reid junto al coche, con una expresión que dan ganas de cruzarle la cara. Abro la puerta con brusquedad y le pregunto, fastidiada:

—¿Qué demonios quieres?

—Papá os quiere a los dos dentro.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Órdenes del jefe, yo solo soy un mandado.

—Tú lo que eres es un bienqueda, y punto.

—Yo la verdad es que debería irme —dice Alex.

—No tienes permiso, colega. Ya sabes que cuando el jefe llama…

—Mejor no hacerlo esperar —concluye Alex, abriendo la puerta y saliendo del coche.

—¿De qué va esta historia, Reid?

Él levanta las manos.

—Te juro que no tengo ni idea. Solo me ha dicho que quería veros a los dos.

—No tienes por qué —digo volviéndome hacia Alex—. Si tienes que irte…

—No hay problema —dice él, cerrando la puerta y caminando hacia la entrada detrás de Reid—. Después de ti —me hace un gesto con la mano.

Entro en casa y doy unos pasos hacia el salón, donde están mi padre y Shane.

—¿Quieres explicarme? —abro los brazos, nerviosa.

—Ah, hola, Ellie. ¿Qué tal ha ido hoy el curso?

—Papá…

—¿Qué he dicho?

—No te burles de mí.

—Solo quería saber cómo te había ido.

—¿Tú qué crees? Me he aburrido como una ostra.

—Sabes que era necesario.

—Sí, sí, lo que tú digas. Ahora dime qué pinta Alex en todo esto.

—¿Alex?

—Lo has llamado tú, ¿no?

—¿Yo? —mi padre se señala a sí mismo con un dedo.

Me giro hacia Reid, que se parte de risa junto a Shane.

—Bueno, ya que estáis aquí… ¿Te quedas con nosotros, Alex?

—¿Qué? —pregunto, subiendo el tono.

—He cocinado yo.

—¿Tú?

—No esperéis gran cosa, pero he hecho costillas de cerdo.

—¿Desde cuándo cocinas? —pregunto, confundida.

—Desde siempre. Algo tendré que comer, ¿no? Shane ha hecho las patatas y Reid la ensalada.

—Yo no sé cocinar —se defiende Reid enseguida—. Conformaos con eso.

—Ahora estoy confundida y un poco asustada.

—Venga, andando —mi padre se dirige al comedor—. Entonces, ¿te quedas, Alex?

Él me mira, esperando alguna señal por mi parte, así que me encojo de hombros.

—Con mucho gusto, Peter.

—Una buena cena en familia, era justo lo que necesitábamos —dice mientras desaparece de nuestra vista.

—Ánimo —Alex se acerca—, ¿qué puede salir mal?

Suspiro resignada y alcanzo a mi padre, seguida de él y de mis hermanos. Nos sentamos a la mesa: Alex se sienta a mi lado, mis hermanos enfrente y mi padre, como siempre, en la cabecera.

—¿Cómo te gusta la carne, Alex?

—Bien hecha, gracias, Peter.

—A Ellie le gusta poco hecha —responde él, dejando un filete en mi plato.

Sonrío por instinto y me digo: «¿por qué no?». Solo es una cena con mi familia y con Alex, que aquí es como de la casa. No hay nada raro, no hay trampas, ni segundas intenciones. Una cena y punto.

Corto un trozo de mi filete y pincho el primer bocado con el tenedor justo cuando mi padre rompe el silencio.

—Nolan está fuera —anuncia, masticando lentamente.

—¿Cómo? —pregunta Alex.

—Ya no somos socios.

Los cubiertos se me caen de las manos.

Mi padre sigue comiendo como si nada.

—Encontraré a otro *brand manager*.

—¿Y dónde? —pregunto—. ¿A quién? No te gusta meter desconocidos en la empresa.

—Alguien aparecerá —dice con total indiferencia.

—Es por mi culpa, ¿verdad? —mi voz se pierde en el comedor. Nadie hace el más mínimo ruido, ni siquiera respiran.

La mano de Alex se posa suavemente sobre mi muslo.

—Por lo de la boda y todo eso.

—No tiene importancia.

Hago rechinar la silla y me pongo de pie, apoyando las manos en la mesa.

—Para mí sí la tiene.

—Bah —mi padre niega con la cabeza—. Ya encontraré a alguien…

—¿Y qué pasa con la exportación a Estados Unidos? Sabes que no es fácil.

—Pues eso significa que se quedarán sin nuestro whisky.

La mano de Alex busca la mía, pero la retiro y me enderezo, cruzándome de brazos.

—La he liado.

—No pienses en eso ahora.

—¿Cómo quieres que no piense en ello, me lo puedes explicar?

—Ellie… —Alex intenta otra vez cogerme la mano, pero me alejo de la mesa.

—He puesto en peligro la empresa y el trabajo de todos —me llevo las manos a las sienes—. Tenías razón, papá, siempre la has tenido.

—Ellie, por favor —Shane intenta hacerme entrar en razón, pero ya no escucho a nadie.

—Nunca debería haber vuelto —digo, antes de salir huyendo del comedor y de casa de mi padre, para echar a correr hacia el jardín.

CAPÍTULO 39
ALEX

Me levanto de un salto para ir tras Ellie, pero Peter me detiene.

—Déjala que se vaya, no es buena idea hablar con ella ahora mismo.

—Tiene un carácter de mil demonios —comenta Reid.

—Como todos nosotros —añade Shane—. Lo hemos heredado de ti, papá.

—Cuida cómo hablas —le advierte Peter, pero luego apoya las manos en la mesa y respira hondo—. Ojalá al menos uno hubiera salido a vuestra madre.

—Ellie tiene muchas cosas de mamá —dice Shane con melancolía —. Sus ojos, por ejemplo.

—Y el color del pelo, al menos cuando no se lo tiñe —suelta Reid.

—Y además, pone el corazón y el alma en todo lo que hace —me descubro diciendo en voz alta.

Peter sonríe y asiente.

—Habéis montado un buen lío los dos, pero no me preocupan las consecuencias laborales.

—No lo entiendo.

—Me preocupa Elizabeth.

—No conseguirás retenerla aquí, Peter.

—No quiero retenerla con engaños, ni con promesas ni con maniobras raras, ¿lo entiendes?

—No del todo…

—Me gustaría que se quedara solo si de verdad lo desea.

—En eso estamos completamente de acuerdo. Ahora tú, seamos sinceros, no se lo estás poniendo nada fácil.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—¿Por qué te empeñas en mantenerla fuera de la empresa?

—No lo estoy haciendo.

—¿Ah, no? —alzo un poco la voz.

—No puedes entenderlo.

—Pues intenta explicármelo.

—No quiero mantenerla fuera.

Lo miro fatal.

—Al principio era así. Era mi niña, tan dulce, tan frágil e inocente… Con todo lo que había pasado, yo solo quería que estuviera tranquila y a salvo.

—Querías tenerla aquí sin hacer nada —se entromete Reid—. Ni siquiera dejaste que trabajara como destiladora.

—No era su sitio.

—No querías que se fuera de casa. No querías que hiciera cursos, que se especializara. Sabías que quería irse a Estados Unidos, a Francia; que quería aprender técnicas de destilación, hacer mejoras, introducir cambios, viajar.

—Conoces muy bien a mi hermanita —me interrumpe Shane.

—Perdona, Peter, no quería meterme en asuntos de familia.

—Pero tú formas parte de la familia.

—Sabes que no es así.

—Lo que sé es que quieres a mi hija.

—Peter, yo…

Levanta una mano para hacerme callar.

—Lo que sé es que la ayudarás a ser lo que ella desea.

—Yo no tengo que hacer nada. Ella es capaz de hacerlo todo por su cuenta.

Peter me sonríe.

—¿Lo ves?

Niego con la cabeza y apoyo la espalda contra la silla.

—Sé perfectamente que Ellie puede hacer todo lo que se proponga y que, si tomara las riendas de la empresa, no haría más que mejorarla.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en mantenerla al margen?

—Porque me gustaría que lo eligiera porque de verdad lo quiere.

—Perdona, Peter, pero no te sigo. ¿No querías que se quedara aquí contigo? Ahora quieres que sea libre de irse… Me he perdido algo.

Peter me sonríe y luego pone su mano sobre la mía.

—Soy yo el que se ha perdido muchas cosas, Alex, pero sé que tú estás aquí para ayudarme a arreglarlo.

—¿Yo?

—En realidad ya estás haciendo mucho. Solo con haber mandado a la mierda esa puta boda…

—Papá no quiso meterse —interviene Reid—. Y estuvimos a nada de que se casara con él de verdad.

—Pero si ninguno de vosotros quería verla casada con Chase, ¿por qué demonios no dijisteis nada? ¿O hicisteis algo, o…?

—¿De verdad crees que Ellie lo habría permitido? —dice Shane—. Si nos hubiéramos metido, solo la habríamos empujado aún más a los brazos de Chase.

—Pero ella estaba dispuesta a casarse con él.

—De eso no estaría yo tan seguro —dice Reid—. Recordemos a quién fue a buscar la noche antes de la boda.

—Estaba borracha —digo, tanteando la reacción de Peter, que por ahora parece no querer cortarme los huevos por haberme acostado con su hija, aunque tenga la mano apoyada en el cuchillo de la carne.

—Pero tú no —suelta Shane con picardía.

—¿Y tú qué sabes?

Me mira con condescendencia.

—¿Podemos cambiar de tema? —Peter muestra su reticencia a oír hablar de la famosa noche.

—No podíais prever que yo fuera a interrumpir la boda.

—Cierto —dice Shane—. Nos viniste de perlas. Imagínate si hubiéramos tenido que aguantar a Chase toda la vida.

—Chase era tu amigo, Shane —le hago notar.

—También el tuyo —me devuelve el ataque—. Y aun así no te lo pensaste ni dos minutos antes de…

—Por favor —interviene Peter.

—¿Por qué, Brennan? —pregunta Reid.

—Quizás no éramos tan amigos —digo entre dientes.

—O quizá hay algo que no nos quieres decir.

Me levanto de la silla de un salto.

—Voy a ver cómo está Ellie —le digo a Peter, ignorando la provocación de Reid.

—Claro, ve.

—Gracias por... Bueno, por todo.

Me despido de ellos y salgo del comedor. Atravieso el salón, salgo por la puerta principal y voy a buscar a Ellie.

Me encamino hacia la parte más oscura y apartada del jardín que rodea la casa de los Johnston y avanzo algunos metros antes de ver su silueta sentada en la hierba, bajo el gran roble.

Me acerco pisando a propósito algunas ramitas para que me oiga llegar y, cuando estoy detrás de ella, me detengo unos instantes esperando su reacción.

—No voy a volver a entrar.

—Vale.

—Quiero quedarme aquí un rato.

—Puedes quedarte toda la noche si te apetece.

—Es que a veces siento de verdad que ningún sitio es mi sitio.

—Puedo entenderlo.

—No es agradable sentirse así.

—Imagino que no.

—Puedes quedarte si quieres, si no tienes que marcharte.

—Creo que puedo quedarme un poco más.

—Vale.

Me siento a su lado en el césped. Ellie mira al cielo, relaja las rodillas y apoya las manos junto a sus caderas. De manera instintiva, poso una mano sobre la suya y la veo sonreír bajo las estrellas.

—Ahora —dice entonces.

—¿Ahora qué?

—Ahora este sitio empieza a resultarme familiar.

Y, sin darme cuenta, me encuentro entrelazando mis dedos con los suyos, como si apretarlos fuera suficiente para retenerla a ella y a sus palabras un poco más conmigo.

CAPÍTULO 40
ALEX

Llego a casa de los Johnston con las primeras luces del alba, justo a tiempo para ver a Shane y a Reid cargando el coche para nuestra excursión. Me bajo del auto junto a Justin, que bosteza muerto de sueño, y nos acercamos a ellos.

—Creía que habíamos quedado en vernos a la salida de la ciudad —dice Reid.

—He pasado a recoger a Ellie.

—Ellie habría ido con sus dos hermanos idiotas.

Su voz estridente hace que me gire de golpe y, en el momento en que mis ojos se posan sobre su figura, entiendo que quizá debería haberlo hecho poco a poco.

—Cierra el pico —suelta Shane fastidiado, dándome un empujón con el hombro.

—Buenos días.

No consigo cerrar la boca; más bien intento dirigirla hacia un movimiento que pueda parecer una sonrisa.

—Buenos días a ti.

Ella deja una mochila en el suelo y luego se lleva las manos a las caderas.

No puedo evitarlo: le echo otro vistazo y, joder, es que no soy de piedra.

—Hola, Justin —Ellie saluda a mi hijo, devolviéndome a la fuerza al buen camino—. Te veo cansado —añade, alborotándole el pelo.

—No entiendo por qué tenemos que levantarnos tan temprano.

—Para no perdernos las primeras horas de la mañana, que son las mejores para hacer un recorrido completo por los fiordos antes de que los turistas lleguen a quitarnos el sitio —le dice ella.

Justin se encoge de hombros, poco convencido.

—¿Nos ponemos en marcha? —se queja Reid.

—¿Vienes con nosotros, Ellie?

Justin. Clavadito a su padre. Y juro que no le he dicho nada, es que es así de espabilado.

—Claro —dice ella, recogiendo la mochila del suelo—. Traigo muffins de chocolate, podemos comérnoslos por el camino.

—Papá nunca me deja comer en el coche.

—Eso no es del todo verdad —me defiendo enseguida—. Es solo que luego me toca limpiarlo y…

—¡Pero si lo limpias todos los fines de semana!

Ellie me mira alzando una ceja.

—¿Qué pasa? No me gusta tener el coche hecho un asco. Venga, subid —zanjó el asunto abriendo la puerta, mientras Ellie mete la mochila en el maletero.

Justin se sienta detrás y ella ocupa el asiento a mi lado.

—¿Lista? —le pregunto, mirándola.

—Listísima, me muero de ganas de volver a ver el fiordo. Ha pasado una eternidad desde la última vez.

—Diez años, más o menos —digo mientras salgo de la propiedad.

—Bueno, entonces ya iba siendo hora de volver. Y además, Justin no puede perderse una maravilla así —dice, girándose hacia el asiento trasero.

La miro un instante y vuelvo a centrar la vista en la carretera.

—Claro que no —respondo en voz baja, por miedo a que la emoción de tenerla aquí, con nosotros, me juegue una mala pasada.

Poco a poco, me repito varias veces. Con Ellie todo tiene que ser poco a poco. Mirarla, olerla, besarla, tocarla, amarla. No se pueden hacer las cosas con prisas: se corre el riesgo de estropearlo todo o

de perderse algún detalle. A Ellie hay que vivirla, un día a la vez. Y hay que aprender a quererla, un respiro a la vez.



—NO ESTÁS PARA NADA FUERA DE FORMA —LE DIGO MIENTRAS nos alejamos de la bahía y nos adentramos en las ensenadas de Killary.

—¿Qué quieres decir con eso? —me mira como si se hubiera ofendido por mi comentario.

—No creía que la gente de ciudad tuviera tiempo para estas cosas.

Se coloca a nuestro lado con su kayak y apoya el remo sobre los muslos.

—Pues da la casualidad de que nunca he perdido el entrenamiento y, además, cuando se tiene madera, se tiene madera.

—A lo mejor tendría que haber ido con ella —comenta Justin a mis espaldas.

—Tal vez la próxima vez —le dice ella a mi hijo. Seguramente lo ha dicho sin pensar, pero yo no puedo evitar aferrarme a sus palabras con uñas y dientes. Se aleja un poco de nosotros para alcanzar a Shane, que va más adelante, y yo retomo mis lecciones.

A Justin le gusta ir en kayak. No es su primera vez y está aprendiendo rápido, pero es demasiado joven para ir solo. Además, este sitio no es como la bahía de Clifden: es más traicionero y extenso, no lo conoce, y yo podría haber olvidado algún detalle con el paso del tiempo.

Le hablo mientras remamos, recordándole que mantenga la espalda recta, que haga fuerza con los brazos, que flexione ligeramente las piernas y tense los abdominales para evitar problemas de espalda. Poco a poco alcanzamos a los demás al salir de la bahía, adentrándonos en los rincones más escondidos del fiordo, con cuidado de no acercarnos demasiado a las rocas y remando muy despacio para disfrutar de cada rincón de este paraíso natural.

De vez en cuando miro a Ellie, pero solo de reojo, que si no acabaría volcando con total seguridad. La sonrisa en los labios, el viento en la cara, el pelo recogido que empieza a soltarse, tan rebelde como siempre. Lleva el traje de neopreno bajado hasta la cintura y debajo un bikini —joder, joder, joder— azul. Pero ¿por qué? Seguro que lo hace a propósito. Los hombros bien definidos que se mueven con esos brazos apenas musculados, las pecas —oh, Dios, no voy a poder con esto—, el sol de media mañana que empieza a besarle la piel, dándole un tono ambarino y excitante y…

Joder, joder, joder. Ni siquiera la triple repetición basta esta vez.

—¿Papá? —la voz de Justin.

—¿Qué?

—¿Qué estabas mirando?

—¿Yo? Nada.

—Parecías muy interesado.

El kayak de Ellie se coloca a nuestro lado.

—¿De verdad, Brennan? —pregunta con esa expresión de listilla que quisiera quitarle a mi manera.

—Había un pájaro —suelto, intentando salvar la dignidad.

—Un pájaro, ¿eh? —comenta Ellie, conteniendo la risa.

—¿Ahora te ha dado por el avistamiento de aves? —pregunta Shane desde detrás de su hermana.

¿Es que estaban todos mirándome a mí? ¿Cuánto tiempo me he quedado embobado?

—Bajamos hasta la última cala y luego volvemos hacia la bahía, ¿qué os parece?

Ellie se comporta como si viniera aquí todos los días; ella nunca olvida nada, excepto una pequeña cosa. Y, tal y como está todo entre nosotros ahora mismo, no sé si quiero que la recuerde. Quizá sea mejor dejarlo estar, ver cómo evoluciona la situación y esperar que se enamore de mí de verdad, y no que acabe metiéndose en la cama equivocada solo porque esté demasiado borracha para darse cuenta de que soy yo.

—Quizás podemos darnos un chapuzón, ¿qué te parece, Justin?

—¡Sí! ¡Me encantaría!

—En el coche tengo un par de tablas, chaval —dice Shane.

—¿En serio? —pregunta él emocionado.

—Una parece hecha a medida para ti —añade Reid—. Era mía de cuando tenía más o menos tu edad.

—Una reliquia de guerra —comenta Ellie.

—Co…jonuda como tú —responde Reid, acorralado.

—¿Qué? —me cuesta contenerme.

—Joder, ¿qué quieres? No sabía cómo arreglarlo.

Todos nos echamos a reír, incluido Justin.

—Menudos personajes —me quejo, antes de girarme hacia mi hijo—. Ni se te ocurra tomar ejemplo de ellos, ¿eh?

—No pensaba hacerlo —dice Justin, muy convencido—. Además, contigo ya tengo suficiente, papá.

Esta vez se ríen todos menos yo.

—Enhorabuena, Brennan, estás criando de maravilla a este chico —dice Reid.

—¿Y qué sabrás tú de cómo se cría a un hijo?

—Vale, creo que por hoy ya está bien —interviene Ellie—. Volvamos, o nos perderemos las olas de la tarde. He mirado y parece que van a estar perfectas para empezar a aprender a ponerse de pie en la tabla.

—¿No será peligroso? —pregunto. No soy un fanático del surf, tengo un equilibrio pésimo sobre la tabla.

—Tranquilo, Brennan, estoy yo aquí. —Ellie usa un tono tan dulce que siento que el pecho me quema.

Está ella, dice.

Y yo confío. Yo me lo creo.

Y sé que, en el fondo, ella también se lo cree.

CAPÍTULO 41
ALEX

Me quedo sentado en la playa, observando cómo Ellie ayuda a Justin a entender cómo mantener el equilibrio sobre la tabla. Todavía no han entrado en el agua, están solo a pocos metros, pero Justin parece entusiasmadísimo con la idea de que las olas se lo traguen para luego escupirlo de nuevo en la orilla, después de haberse bebido un litro y medio de agua salada y de haber recolectado medio kilo de arena y piedras dentro del bañador.

No me gusta el surf, ¿lo he dicho ya? Me encanta el kayak y, hace ya unos cuantos años, incluso me lanzaba desde los acantilados, cuando Ellie estaba aquí y éramos jóvenes y yo aún no me había jugado el corazón. Después fui perdiendo interés, como en tantas cosas, y fui viniendo cada vez menos al mar.

Empecé a llevar a Justin a hacer kayak en Clifden hace apenas un año. Luego, desgraciadamente, se nos unieron Shane y Reid, que parece que no tienen vida propia, pero, vamos, ¿qué coño iban a hacer en Cliathán? Además, somos amigos, y por estas tierras ser amigo significa serlo para siempre, a menos que te marches a la ciudad y olvides tus raíces, un poco como hizo Chase. Aunque yo no le di la espalda, no hasta aquel fatídico día en que monté el gran follón.

Ellie amaba el mar. Siempre veníamos juntos, incluso en invierno, y alguna vez nos bañamos de noche. No en invierno, por Dios, que nos habríamos muerto de frío, sino en esas noches de verano tranquilas y templadas. A veces estábamos casi desnudos; ella no es de las que se pierden en tonterías: si le apetece bañarse y no tiene bañador, se desnuda y se lanza al agua. ¿Y quién soy yo para señalarle que desnudarse delante de un hombre —que sería yo—no es nada sano para él? ¿Tenéis idea de las erecciones que he tenido que disimular durante todos estos años? Y lo hice fatal, porque aunque lograra ocultar un bulto embarazoso en la parte delantera, no podía evitar llevar escrito en la frente: "Cuidado: carga pesada".

Y ahora aquí estamos otra vez. Las cosas han cambiado un poco y, además, están bastante confusas. Por ejemplo, no tengo ni idea de lo que realmente pasa por su cabeza: si siente algo por mí o si se está dejando llevar por las circunstancias; si me está usando para no pensar en otra cosa o como puerto de paso hasta su próxima aventura. Si es posible que, después de todos estos años de amistad, acabe enamorándose de su mejor amigo, un tío un poco desastre y con mala pata, tanto como para decidir echar el ancla de una vez y no volver a zarpar en busca de tierras lejanas.

—¿Qué haces, vienes? —me pregunta Justin, obligándome a centrarme en lo que está pasando justo delante de mis ojos y a no dejarme llevar, como siempre, por pensamientos lejanos.

—Prefiero veros desde aquí.

—Como quieras —se encoge de hombros. Luego se inclina para coger su tabla y mete los pies en el agua, avanzando unos pasos mar adentro.

Ellie se gira hacia mí apartándose el pelo de la cara, ladea la cabeza, los ojos entornados por culpa del sol y la piel con ese tono tostado que presagia que esta noche le dará no pocos problemas.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros?

Niego con la cabeza.

—¿Te estás haciendo demasiado mayor para estas cosas? —me vacila.

Definitivamente, Ellie. Y ya sería hora de dejarlo, pero me gusta tanto sufrir que creo que lo haré un poquito más.

—Tened cuidado, por favor.

Ellie sonríe con ternura.

—Estoy yo, Brennan, no tienes nada que temer.

Lo dice otra vez y yo me lo creo un poco más. Si sigue insistiendo con eso, no voy a ser capaz de verla marcharse cuando haya terminado conmigo y con mi estúpido corazón.

Se da la vuelta y sigue a mi hijo al agua junto a Reid, mientras Shane se sienta a mi lado en la arena.

—¿Puedo decir lo que pienso?

—¿Si te dijera que no serviría de algo?

—Sabes que sería inútil.

—Entonces ¿para qué preguntas? Dispara.

—Sabes que no es como las otras veces, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que no sois dos críos.

—¿En serio, genio de la lámpara?

—Habéis perdido mucho tiempo mientras corríais el uno lejos del otro tan rápido como podíais.

—Yo nunca me fui, Shane.

—No, claro… ¿y aquella vez?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy a punto de hacer algo que me prometí a mí mismo que no haría.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque me aterra que, una vez más, alguno de los dos se eche atrás.

Lo miro frunciendo el ceño.

—Y ya no estamos para eso.

—No deberías meterte en estas cosas.

—No debería, pero lo hago igual: ella es mi hermana y tú eres uno de mis mejores amigos.

—¿Ah, sí? ¿Tienes más?

—¿Podemos ponernos serios dos minutos?

—Incluso cinco, si hace falta.

—Te esperó aquella noche, ¿lo sabías?

Lo dice de sopetón, haciéndome temblar.

—¿De qué hablas? No entiendo…

Me mira negando con la cabeza.

—Fue la noche en que Justin llegó a tu casa, ¿verdad?

Respiro cansado.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas, Brennan.

—Y te las guardaste durante años porque…

—No creí que fuera importante después de lo de Chase y todo lo demás. Pero luego te vi en la boda y, joder, tío, nunca habías tenido tantos huevos.

—¿Quieres decir que normalmente soy un perdedor?

—Qué va. Quiero decir que normalmente te cagas encima y punto.

—Me cagué encima también en ese momento, créeme.

—Pero aguantaste el tipo.

—Tenía que hacerlo.

—Y no solo porque acabarais de acostaros, ¿no?

Niego con la cabeza.

—¿Dónde estaba Chase esa noche?

Vuelvo a negar y miro hacia el mar, donde Ellie está sumergida hasta el pecho ayudando a Justin con su tabla.

—Él no la merecía —es lo único que digo.

—Y en eso estamos todos de acuerdo.

—Nunca hubiera permitido que fuera infeliz.

La mano de Shane se posa en mi hombro.

—Te arriesgaste mucho, ¿lo sabes?

Me encojo de hombros y sigo mirándola.

—Podría no haberte perdonado nunca.

—Un precio muy alto, pero lo habría pagado.

—Eso lo sé, pero ¿crees que ella lo sabe también?

—No importa.

—Claro que importa, sabes que podría cambiarlo todo.

—Está bien así.

—Estás muy seguro de ti mismo, amigo.

Esbozo una sonrisa forzada.

—Para nada.

Shane guarda silencio unos segundos.

—La quieres de verdad, y mucho.

Ellie se gira hacia nosotros y me levanta el pulgar, señalando a Justin que nada tumbado sobre la tabla con Reid al lado.

—No recuerdo ni un solo año, ni un mes, ni un día en el que no haya sido así —le miro—. Y no los habrá en el futuro.



APARCO EL COCHE en la entrada de casa mientras Ellie se endereza en el asiento.

—¿Por qué estamos en tu casa?

—Tenía que traer a Justin.

—Pero esta también es tu casa, no tiene mucho sentido, ¿no crees?

Me giro hacia ella.

—Sí que lo tiene.

—Así podréis daros el lote sin que yo os vea —dice Justin desde el asiento de atrás, haciéndonos reír a los dos.

—Vuelvo enseguida, ¿vale? Espérame aquí.

—¿Y a dónde se supone que voy a ir, si se puede saber?

—No lo sé, pero contigo es mejor dejar las cosas claras.

Abro mi puerta y luego la de Justin, doy la vuelta al coche y abro el maletero para coger su mochila. Cuando lo cierro, me encuentro a Ellie fuera del vehículo.

—No puedo quedarme dentro del coche esperando sin ni siquiera bajar a saludar.

—Pero…

—Sería de mala educación.

—No lo entiendes. Si te ven, se acabó: empezarán a acribillarte a preguntas, te obligarán a entrar en casa y…

—¡Ya estáis aquí! —mi madre aparece en la puerta.

—Hola, Clodagh —la saluda Ellie de inmediato.

—Elizabeth, qué alegría verte por aquí, por fin.

Baja los escalones y se acerca a ella, abrazándola un poco más de lo debido. Se separa lentamente y mira sus hombros.

—Habéis cogido demasiado sol.

—Qué va, solo un poquito.

—Ven dentro conmigo, tengo una crema especial para quemaduras.

—Gracias —dice ella, siguiendo a mi madre hacia casa.

Joder.

—No ha sido una jugada muy inteligente, papá.

—¿Cómo dices?

—Traerla aquí, con el abuelo y la abuela... Una cosa soy yo, otra muy distinta son ellos.

Justin niega con la cabeza y entra en casa. Yo recojo mis cosas y lo sigo, cerrando la puerta a mis espaldas. Doy un par de pasos y me detengo, porque oigo las risas de mi madre y de Ellie que vienen de la cocina. Me quedo escuchando, a medio camino entre morir de felicidad y morir de dolor, porque no sé si seré capaz de volver a ser yo sin ella cuando decida que ya ha tenido suficiente de este sitio, de su familia, del trabajo, de la gente y de nosotros.

—¿Qué haces ahí parado? —mi abuelo aparece detrás de mí. Cierra la puerta de entrada y me mira—. Vaya cara tienes…

—Solo estoy cansado, ha sido un día largo.

En ese momento, la voz de Ellie nos llega a ambos desde la cocina.

—Ahh —pasa junto a mí, dirigiéndose hacia allí.

—No es lo que piensas —digo de inmediato.

Se gira apenas.

—Yo no tengo que pensar nada, y tú tampoco deberías hacerlo. Es el momento de actuar.

No me digas. Hacía falta que viniera él a decírmelo.

—Así que mueve el culo y ve a hacerle entender a esa mujer que eres un hombre por el que vale la pena quedarse.

MI MADRE HA INVITADO A CENAR A ELLIE. ¿CUÁNTO HE ESTADO fuera? ¿Tres minutos y medio? Y ella ya está sentada a la mesa junto a Justin, con una copa de vino llena hasta el borde delante.

—Quizá Ellie tenía otros planes para esta noche —digo intentando ser sutil, pero nadie pica el anzuelo.

—No tenía nada que hacer —suelta ella.

Bien, gracias. Y yo que esperaba un poco de tiempo a solas, tal vez en mi coche, haciendo…

—Bueno, la cena ya estaba lista y he hecho libritos, a Ellie le gustan, ¿verdad?

Qué casualidad.

—Me encantan, Clodagh.

Mi madre coloca una fuente llena de carne en el centro de la mesa, donde también hay mazorcas, boniatos y pimientos rellenos. En realidad, ha cocinado para Ellie: todos sus platos favoritos. No puede ser casualidad, en esta casa las casualidades no existen. Solo existen personas que no saben meterse en sus asuntos y que intentan arreglarle la vida a Alex.

Me siento yo también al lado de Justin, mientras mi madre y mi abuelo están sentados frente a nosotros.

—Entonces, Justin, ¿os habéis divertido? —pregunta mi madre, pasando la fuente a Ellie. Ella le pone un librito en el plato a Justin y luego coge otro para ella, mientras yo observo la escena conteniendo el aliento.

—Hemos estado en Killary.

—Pero qué bonito es aquello —comenta mi madre, pasándole ahora la bandeja con las patatas a Ellie; ella le sirve un par de cucharadas a Justin y luego se pone una a sí misma.

A estas alturas es inútil incluso intentar coger aire.

—Nunca habíamos ido, ¿por qué nunca me llevaste? —se dirige a mí, pero no puedo responder, porque para hacerlo tendría que respirar y, en esta cocina, con mi familia por fin al completo, no puedo quedarme con nada de oxígeno; ya me lo roban todo ellos.

—También hemos ido a la playa —continúa Justin, mientras Ellie le pone una mazorca de maíz en el plato. Él las odia, pero

ensimismado con el relato y el entusiasmo, ni siquiera se da cuenta de que la está untando de mantequilla, listo para hincarle el diente.

—Ellie y Reid me han enseñado a subirme a la tabla, ha sido... ¡una pasada! —y entonces la muerde de verdad, y por poco no derramo la cerveza que tengo delante.

—Cariño, ¿no has cogido nada? —pregunta de repente mi madre.

—¿Cómo dices?

—Tu plato —lo señala.

—Ah, sí, claro —sacudo un poco la cabeza—. Estaba atento a lo que contaba.

—Le he prometido a Justin que volveremos, ¿verdad? —pregunta Ellie buscando mi confirmación.

—Claro, ¡tengo que aprender a cabalgar las olas! —dice masticando con la boca abierta.

—Siempre que tú estés de acuerdo —se dirige a mí.

¿Lo dice en serio?

—Claro —respondo, pero la voz me sale un poco chillona—. Cuando quieras.

—¿La semana que viene? —pregunta Justin esperanzado.

Miro a Ellie, con la misma esperanza en el corazón que Justin lleva en los ojos.

—Si tu padre está libre —dice ella y luego pincha un trozo de carne.

Justin se gira hacia mí, pero no es el único que me mira. Siento los ojos de todos encima.

Quizá esperan que diga algo increíble, que sorprenda a todo el mundo con una frase épica. Pero estoy aturdido y mis emociones amenazan con desbordarse por todas partes e invadir esta cocina. Así que me limito a ser el mismo de siempre, el viejo Alex.

—Libre, cómo no.

Por un momento todos se quedan en silencio, no sé si porque hemos agotado los temas neutros o porque esperaban que yo dijera algo más.

—¿Qué tal va el trabajo en el área de destilación, Elizabeth?

Mi madre, por suerte, siempre sabe cómo empeorar las cosas.

—Como siempre, supongo —responde ella, cortante.

—¿Era como lo recordabas?

—Más o menos —Ellie está un poco a la defensiva.

—¿Y cómo es trabajar con papá?

Aplausos para Justin. Esa sí que es una pregunta.

Ellie me mira un instante.

—Como volver por fin a casa después de un viaje muy largo.

Eso es una frase épica, señores. ¿Veis por qué la quiero tanto?

—¿Seguirás trabajando con él, entonces? —Justin no ha captado el momento, pero no importa, con que lo haya captado yo es suficiente.

—Por ahora, hasta que surja otra cosa.

—En mi área siempre se necesita gente —dice mi madre.

—Gracias, Clodagh, pero sabes que trabajar con turistas no es mi fuerte.

—Pero a ti, ¿qué te gustaría hacer?

A veces agradezco que Justin esté en la fase de preguntas a saco y sin pizca de vergüenza.

—Bueno, Justin, a mí me gusta trabajar en la destilería. Cuando éramos más jóvenes, tu padre y yo queríamos hacer lo mismo: ser maestros destiladores.

—¿Y ahora ya no te gusta?

—Todavía me gusta, pero en este tiempo estudié, me fui fuera y descubrí que también me interesaban otras cosas.

—¿Como qué?

—Verás, antes trabajaba en importación y exportación, ¿sabes lo que es?

Justin niega con la cabeza.

—Digamos que me encargaba de dar a conocer las marcas de aquí en el extranjero. En Europa sobre todo, pero también en Estados Unidos.

—Ellie también exportaba el whisky Johnston —añade mi abuelo —. Si no hubiera sido por ella, en Estados Unidos jamás habrían tenido un whisky decente.

—Papá, no exageres —lo reprende mi madre.

—¿Por qué?, ¿acaso no es verdad? —le pregunta a Ellie buscando confirmación.

—Yo diría que sí.

—Por favor, Elizabeth, no le sigas la corriente —dice mi madre.

—No sé qué va a hacer Peter ahora —continúa mi abuelo, esta vez más serio—. Con eso de que Nolan se ha apartado.

—Abuelo... —digo entre dientes.

—¿Qué? —responde él, haciéndose el inocente.

—No importa, Alex, no pasa nada —Ellie interrumpe mi intento de defenderla—. He metido a la familia en un lío.

—Eso no es verdad, cielo. Ya verás cómo todo se solucionará. Tu padre siempre encuentra la manera.

Ellie suspira.

—Lo sé, pero debería ser yo quien lo arregle. Yo he creado este marrón y yo debería encontrar la forma de arreglarlo.

Mi madre alarga la mano por encima de la mesa para apretar la suya. Ellie levanta la mirada de golpe hacia ella y yo observo la escena con un latido incesante en el pecho.

—La encontrarás, querida. Aquí todos creemos en ti.

CAPÍTULO 42
ALEX

Después de cenar nos sentamos en el porche con una taza de café entre las manos. Justin se ha ido a la cama, agotado tras el día de hoy, y mañana le toca el partido de GAA. Quizá no haya sido muy sensato cansarlo tanto, sabiendo que tiene que jugar, pero el verano no dura para siempre y el comienzo del colegio está a la vuelta de la esquina. No nos queda mucho tiempo para hacer estas cosas al aire libre, así que tenemos que aprovecharlo.

Mi madre vuelve a salir con un tarro en las manos.

—Toma —dice acercándose a Ellie, que está sentada en el balancín junto a mi abuelo—. Póntela antes de irte a dormir y por la mañana en cuanto te despiertes. Hazlo al menos durante tres días, ¿de acuerdo?

—Gracias, Clodagh.

—De nada, cariño. Ahora, si me disculpáis, me voy a la cama. Mañana tengo que levantarme temprano, hay una visita guiada en la destilería.

—Gracias por la cena, lo he pasado muy bien —dice Ellie poniéndose de pie y mamá la abraza.

—Cuando quieras, cielo —se separa despacio y le acaricia la mejilla—. Esta es tu casa.

La suelta y se despide de mi abuelo y de mí antes de desaparecer dentro.

Mi abuelo sigue columpiándose perezosamente con el puro entre los labios y la taza de café apoyada en el suelo.

—¿Te apetece venir conmigo a un sitio? —le pregunto de repente a Ellie.

—¿A dónde?

Le tiendo la mano.

—Solo ven conmigo.

Mi abuelo se ríe por lo bajo, pero no dice nada, mientras Ellie coge mi mano y me sigue hacia el campo que rodea la propiedad. Caminamos en silencio, sintiendo la hierba alta rozar nuestros tobillos, hasta acercarnos casi al límite con la finca vecina. Me detengo y me vuelvo hacia ella sin soltarle la mano. La miro bajo el cielo estrellado, con la luz de la luna resaltando sus rasgos perfectos, y entonces la suelto, dando unos pasos atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Este es mi sitio favorito.

Mira a su alrededor buscando una explicación, pero no la encontrará. Solo yo puedo saber por qué este es mi lugar favorito.

—Y tú aquí estás de muerte —añado, y ella vuelve a mirarme.

Y es verdad, le sienta bien, puedo verla ahí, con la casa cobrando vida a su alrededor. Este es exactamente el lugar donde he soñado con construir mi casa algún día, esa en la que Justin crecerá y podrá tener todos los perros, gatos y tortugas que quiera, incluso una iguana si le apetece. Donde habrá una habitación con una cama enorme en la que poder amarla en todas las posiciones imaginables. Habrá también una cocina con una gran ventana sobre el fregadero, desde la que podremos contemplar el campo. Y un comedor no demasiado grande, porque no quiero tener a sus hermanos siempre dando vueltas por aquí; con aguantarlos en el trabajo me basta. Y un despacho solo para ella, donde podrá dar rienda suelta a todas las ideas que quiera y donde, si le apetece, podrá contármelas, porque yo nunca estaré demasiado cansado ni demasiado distraído para escucharla. Y habrá al menos otras dos habitaciones, porque quiero tener hijos con ella, joder, claro que los quiero, y espero que

sean brillantes y llenos de vida como su madre, y curiosos y siempre de buen humor como Justin.

—Estás empezando a asustarme, Brennan —dice Ellie, devolviéndome a este instante, a este momento en el que todos mis sueños aún no se han cumplido y en el que ha llegado la hora de empezar a hacerlos realidad.

Me acerco de nuevo y le cojo la mano para atraerla hacia mí. Sus brazos se deslizan alrededor de mi cuello y sus manos acaban enseguida entre mi pelo.

—Hay algo que no me estás diciendo, lo siento.

—Hay tantas cosas, Ellie.

—¿Y por qué no me haces partícipe?

—Todo a su debido tiempo.

Le aparto el pelo de los hombros y luego observo su piel enrojecida. Me inclino y poso un beso fugaz en su hombro; noto cómo se estremece y suspira suavemente, así que me desplazo un poco más a la izquierda, recorriéndola con los labios hasta llegar a su cuello. Subo lentamente y sus manos se aferran con fuerza a mi pelo cuando alcanzo su boca. Entreabre los labios, mi lengua se desliza despacio en su interior.

Ellie se impulsa y me rodea la cintura con las piernas, al tiempo que mis manos, firmes y abiertas, aprietan sus nalgas que asoman medio desnudas. El roce de mis dedos con su piel trae consigo una de esas reacciones imposibles de ocultar, así que aprovecho para que me note, presionando contra ella por si aún le quedaba alguna duda de lo que me provoca su cercanía.

Sonríe sobre mi boca; lo ha notado, *joder*, así que vuelvo a hundir la lengua en la suya, dejándola sin aliento y sin ganas de seguir riendo. Podría dejar que la cosa fuera a más, y de verdad que lo deseo de una forma ya dolorosa y descontrolada, pero me conocéis y sabéis cómo acabaron las cosas la última vez que me dejé llevar por el impulso del momento. No quiero repetir el mismo error.

La quiero, y ella sin duda me quiere a mí ahora mismo, pero tiene que quererme también mañana y pasado mañana, la semana

que viene y el mes que viene, y, a ser posible, durante los próximos sesenta o setenta años.

¿Qué sentido tendría tenerla para luego ver cómo se marcha?

Me separo de ella poco a poco y la miro inclinando la cabeza hacia atrás.

—Venga, te llevo a casa.

No parece decepcionada por mi propuesta.

—Gracias.

La levanto un poco y le digo que se agarre a mi cuello; la hago girar sobre mi cintura de modo que siga aferrada a mí, pero sobre mi espalda.

—¿Qué demonios...?

—Te llevo así hasta el coche.

—¿Y eso a qué viene? No será por esa historia del "macho alfa"…

—Qué va —respondo, echando a andar hacia casa—. Necesito unos minutos más.

Se recuesta sobre mi hombro e inclina la cabeza para mirarme.

—No es fácil dejarte marchar.

Su expresión se vuelve seria de inmediato.

—Necesito tiempo para acostumbrarme a la idea de no tocarte, de no poder besarte y de no tenerte entre mis brazos.

Llegamos junto al coche y la hago bajar lentamente de mi espalda. Cuando pone los pies en el suelo, me giro y meto los dedos en las trabillas de sus vaqueros para atraerla de nuevo hacia mí.

—El contacto es lo que más echo de menos —digo sin mirarla—. Sentirte cerca.

Ellie se queda en silencio, escuchando mi respiración pausada.

—Es una estupidez, lo sé.

Sus manos rodean mi rostro, obligándome a mirarla a los ojos.

—No lo es.

—Menudo *alfa* estoy hecho —digo, intentando quitarle hierro al asunto.

—No sabría qué hacer con un alfa.

—¿Ah, no?

Niega con la cabeza.

—¿Y conmigo? —pregunto aterrorizado—. ¿Sabes qué hacer conmigo?

Su respuesta me la da directamente contra los labios:

—Todavía estoy trabajando en ello, pero creo que estoy cerca de dar con la respuesta.

CAPÍTULO 43
ELLIE

Después de pasar el domingo en mi piso de Galway, vuelvo a Cliathán para empezar una nueva semana de trabajo. La que acaba de terminar no ha sido precisamente un camino de rosas y, después del sábado en Killary y la cena con la familia de Alex, necesitaba un momento para mí... que acabó convirtiéndose en un día entero.

Aun cuando ahora esté aquí y viva en casa con mi padre, no tengo intención de abandonar mi piso ni mi vida en la ciudad, aunque se haya reducido a un solo día a la semana. Además, me viene bien desconectar, alejarme y darme la oportunidad de echar de menos a alguien que últimamente llena todos mis días y empieza también a llenar mi mente, de manera que, antes de que me dé cuenta, lo encontraré en todas partes sin ser capaz de entender cómo ni cuándo empezó esto tan nuevo entre nosotros.

Me habría venido bien si no me hubiera pasado todo el domingo deambulando sin rumbo, limpiando la casa solo por mantenerme ocupada; dando un paseo por la bahía, mirando el mar y pensando en el campo, en las colinas, en los acantilados, en las manos, en las respiraciones, en los besos.

Estar en el lugar que creías tuyo y sentirlo ajeno.

Cruzo la puerta principal de la empresa con un nudo de nervios que amenaza con revolverme el estómago vacío y me dirijo rápido hacia la zona de la destilería. Porque ahora la siento, casi más que ayer, y es intensa y pesada, y no quiero seguir sintiéndola. Esa ausencia que te parte el corazón en dos, la que no te deja dormir ni estar despierta, la que no da lugar a dudas ni escapatoria. Esa que da miedo, porque te hace darte cuenta de que ya estás acabada, aunque te da más miedo todavía intentar dejar de sentirla.

Y, sin embargo, hemos estado lejos durante años, hemos vivido vidas distintas, hemos tenido todo el tiempo del mundo para sentirnos así, como si siempre nos faltara algo. Pero es justo ahora cuando noto el peso insoportable de la distancia. No sé qué habría hecho, cómo habrían ido las cosas si lo hubiera sentido antes, si me hubiera parado a pensar solo un segundo, si hubiera hecho caso a esas señales que me parecían simple confusión y soledad.

Abro de par en par la puerta de la sala y me detengo en el umbral, con la respiración entrecortada como si hubiera corrido la maratón de Nueva York y con la sensación de que lo que hasta ayer llamaba *casa*, no es nada comparado con el lugar en el que desearía estar ahora mismo.

Alex se gira repentinamente hacia la puerta, se quita los auriculares y se queda mirándome, mientras siento crecer dentro algo grande y fuerte, total y aterrador, algo que me empuja a correr hacia él y a lanzarme literalmente a sus brazos. Alex me atrapa y me sujeta firme con sus manos fuertes; yo rodeo su cuello con los brazos y me acerco a su boca.

—Alguien por aquí me ha echado de menos.

—Alguien no ha hecho otra cosa que pensar en ti —digo mordiéndome el labio justo después, por miedo a haber dicho lo que no debía.

—¿En serio?

Ahora parece nervioso.

Asiento casi en pánico.

—No me gusta cómo me ha hecho sentir.

—¿El qué?

—La idea de no verte, de no poder… Parezco tonta —me retracto enseguida, convencida de haber dado un paso de más. Me escurro lentamente de sus brazos hasta poner los pies en el suelo.

—¿Qué? Dime —insiste buscando mi mirada.

—Es que no sé cómo es posible.

—¿De qué hablas?

—Ya no consigo pensar en un *yo* sin *ti*.

Me abraza tan fuerte que casi siento que me va a romper.

—Te hice una promesa y la cumpliré, pero no puedo dejar de hacerme ilusiones, no cuando me dices estas cosas.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por no haber vuelto antes.

—Ay, Dios, Ellie —me coge la cara entre las manos—. Lo importante es que estés aquí ahora, todo lo demás puede irse a tomar por culo. ¿Está claro?

—Claro.

—Tenemos que ponernos a trabajar, ¿lo sabes, no?

—Sí.

—No tengo ninguna gana. Solo quisiera cargarte al hombro, como dijo Reid, y llevarte lejos.

—¿Reid te sugirió algo así?

—Olvídalo, por favor.

—¿Y a dónde me llevarías? —pregunto con curiosidad.

Alex me mira y luego sonríe.

—A cualquier sitio donde te sientas como en casa.

—Eh… Buenos días —la voz de Joseph nos interrumpe—. Llevaba aquí fuera diez minutos.

Alex se separa de mí despacio.

—Perdónanos.

—No hay problema —dice mientras camina hacia la oficina y desaparece dentro.

—Esto no va a funcionar —le digo a Alex.

—¿El qué?

—Lo de trabajar juntos.

Frunce el ceño de inmediato.

—¿Ya no quieres trabajar conmigo?

—No es que no quiera, pero esto no hay quien lo maneje.

—En mi defensa diré que esta vez has sido tú la que me ha tocado.

—Hablo en serio, Alex.

—Le pediré a tu padre que me busque otro puesto…

Lo callo de inmediato, poniendo una mano sobre su boca.

—No, este sitio es tuyo.

—Ellie, esta es tu empresa.

—Esta es la empresa de mi padre y tú llevas trabajando aquí dieciocho años, no voy a quitarte nada, Brennan. Ya encontraré algo más adecuado para mí. Sin embargo, de momento —me alejo de él a mi pesar—, las manos quietecitas.

—No fui yo quien se lanzó sobre ti.

—Exacto, me lo estoy diciendo a mí misma —confirmo antes de apartarme del todo.

—¿Lo conseguirás?

—No te des tanto crédito, Brennan, no eres tan irresistible.

Él sonríe de medio lado.

—Lo tendré en cuenta.

Retrocedo lentamente y luego me veo obligada a darme la vuelta para ir con Joseph al despacho y empezar la jornada laboral. Después volveré a casa y pensaré en una solución, porque una cosa es segura: Alex y yo no podemos trabajar juntos, pero podemos hacer muchísimas otras cosas. Y no veo la hora de experimentarlas todas, una tras otra.

CAPÍTULO 44
ALEX

Después de dos días de trabajo duro —y no me refiero al de la destilería, sino al de tener que mantenerme alejado de ella en la empresa—, decido saltarme el descanso para comer y dirigirme a la única persona que puede hacer algo en esta situación.

Para hablar con el gran jefe, hoy en día solo hay que ir a la bodega, donde se le puede encontrar escondido entre sus queridas barricas. Peter tiene su despacho en los pisos de arriba, si es que se los puede llamar así, pero no tiene ninguna intención de encerrarse allí; prefiere quedarse en el semisótano, mirando cómo envejece su whisky, respirando ese aire húmedo y denso de matices, disfrutando de la soledad y la paz como la persona poco sociable que es.

No siempre fue así. Cuando su mujer vivía, Peter era distinto. Eleanor Johnston se llevó muchas cosas con ella, cosas que nadie ha sido capaz de reemplazar. Era una mujer guapísima y llena de vida, brillante; amaba a su familia, a esta ciudad y a esta empresa, y aunque no la hubiera fundado, le dedicó los mejores años de su vida por estar al lado del hombre al que amaba.

—Brennan —dice, mirándome con gesto serio—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿Hay problemas en la sala de destilación?

—Sí, Peter.

Me dirige una mirada preocupada.

—Joseph no me ha dicho nada al respecto.

—Es por Ellie.

—¿Ya ha llegado el momento?

—¿De qué estás hablando?

—Se ha cansado de este sitio.

—No —me acerco a él—. No estoy aquí por eso. —Me armo de valor y voy directo al grano—: No puede trabajar conmigo.

—¿Perdona?

—No es el lugar adecuado para ella.

Me mira, sopesando mis palabras, pero no dice nada.

—Se merece algo mejor y tú lo sabes perfectamente.

—Seguimos hablando de trabajo, ¿verdad?

—Un problema cada vez, ¿vale? —le digo levantando una mano para pedirle que no corra tanto.

—¿Qué me estás sugiriendo exactamente?

—Deja que lo intente.

—No te sigo.

—Sabes que podría llevar a cabo cualquier trabajo aquí dentro, sobre todo uno de responsabilidad.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Entonces dale una jodida oportunidad.

Peter suelta un suspiro pesado y se sienta en un taburete que tiene detrás.

—No lo estás haciendo por ti.

Niego con la cabeza, aunque lo suyo no era una pregunta. Peter me conoce, sabe de sobra que yo nunca haría algo así por interés propio y, a estas alturas, sabe perfectamente lo que siento por su hija.

—Solo dale una oportunidad.

—¿Y si le doy esa oportunidad y luego se siente obligada a quedarse? A continuar con lo que yo empecé, a tomar decisiones, a vivir bajo presión, a… no vivir por culpa de esta empresa. ¿Y si todo eso la hace infeliz?

—Estaré yo —lo corto sin dudar—. Seré yo quien se asegure de que nada de eso ocurra. Puedes confiar en mí.

Me observa con atención.

—¡Por Dios, Peter! —alzo la voz—. ¡Llevo enamorado de ella toda mi puta vida! ¿Crees que tengo otra cosa en mente que no sea su felicidad?

—Cómo se puede... —dice sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo demonios se puede estar enamorado de una mujer tanto tiempo sin decir ni una puta palabra?

—Bueno, lo de "toda la vida" igual ha sido un poco exagerado... No quiero decir que haya mentido, pero digamos que me di cuenta de que la amaba cuando ambos tuvimos una edad acorde para ese tipo de sentimiento y que…

—¿Has acabado ya con las gilipolleces?

—Sí, señor.

—Era hora.

—Perdona.

Se levanta, viene hacia mí, me pone las manos en los hombros y me mira fijamente a los ojos.

—Asegúrate de que sea feliz de verdad, Brennan.

—Sin duda.

—Y júrame que al primer atisbo de malestar, de duda o de…

—Confía en mí.

Me suelta y se aleja un par de pasos.

—Yo no haré nada —dice entonces.

—¿Cómo? ¿Y para qué coño hemos hablado todo este rato?

—Pero te prometo que, si ella quiere hacer algo, lo que sea, no me opondré, no me interpondré ni intentaré disuadirla.

—Así no me estás ayudando.

—No tengo por qué ayudarte a ti.

—¡Ah, gracias! ¿Entonces para qué narices he bajado hasta aquí?

Peter se encoge de hombros.

—¿A mojarte la garganta?

—Hay whisky por todas partes, ¿has olvidado que estamos en una destilería?

—Sí, pero solo conmigo encuentras el mejor. Sabes que siempre tengo una botella lista para un brindis.

—No me parece que haya nada por lo que brindar. Acabas de decir que no vas a hacer nada.

Saca una botella de debajo de la barra, la deja sobre la madera y sirve dos vasos. Me alarga uno. Lo acepto —a un whisky nunca se le dice que no, ni siquiera a la una de la tarde— y lo levanto.

—¿Por qué brindamos? —pregunto sin entusiasmo.

—Por el amor.

—Por el amor —repito.

—El de verdad, Alex. El que te hace cometer locuras, como interrumpir bodas o intentar mantener lejos a las personas por su propia felicidad.

Sonrío y acerco mi vaso al suyo.

—*Sláinte*[1] —digo, haciéndolos chocar.

—*Sláinte* —repite Peter; se bebe su whisky de un trago y deja el vaso con un golpe seco sobre la superficie de madera.

—Y ahora vuelve al trabajo y procura tener las manos bien a la vista. Me han llegado rumores de que los de Recursos Humanos te tienen en el punto de mira, y tú mejor que nadie sabes cómo es el viejo Brennan. Mejor no hacerlo cabrear.

---

1 ¡Salud!

CAPÍTULO 45
ALEX

Vuelvo a entrar en el bar y me siento de nuevo en la barra, al lado de Ellie. Cojo la cuchara, pero el estómago se me cierra de golpe sin un motivo aparente.

—¿Pasa algo? —pregunta ella.

—Era Mel, al teléfono.

—¿*Esa* Mel? —se mete enseguida Shane.

—¿La madre de Justin? —Andy también se suma a la conversación.

¿Alguien más quiere unirse al grupo?

—Se suponía que vendría la próxima semana y se quedaría unos días con nosotros.

—¿Y qué ha pasado?

—Llega mañana.

—Ah —exclama Ellie.

—Dice que le gustaría pasar unos días con Justin y me ha preguntado si puede quedarse con nosotros.

—No le veo nada de malo —dice Andy—. Solo quiere pasar algo de tiempo con su hijo, ¿no?

—¿Y tú qué coño sabes? —le responde Shane.

—Yo solo estaba…

—No me parece que sea asunto tuyo.

—¿Y tuyo sí?

—No es asunto de ninguno de los dos —sentencia Reid.

—¿Qué pasa? Pareces preocupado —Ellie me toca el brazo para que vuelva a centrarme en ella.

—Tengo un presentimiento.

—¿Malo?

—No lo sé, pero imagino que pronto lo averiguaré.

—Verás como no es nada. A lo mejor tenía unos días libres y ha decidido pasarlos aquí con su hijo —dice Reid, dando luego un par de sorbos a su cerveza.

—Ya —comento. Aunque esa sensación persiste, parece que se me ha instalado en la boca del estómago.

—¿Sabes cuánto tiempo se va a quedar? —pregunta Ellie y noto que el volumen de su voz ha subido un punto.

—No me lo ha dicho.

Asiente y desvía la mirada.

—¿Y dónde va a dormir?

—Ay.... —suelta Shane antes de esconderse detrás de su jarra.

—En la habitación con Justin, supongo, o como mucho le cederé la mía.

—Yo que tú empezaría a correr —dice Reid.

—¿Tu habitación? —Ellie vuelve a mirarme y esta vez no parece nada contenta.

—No tenemos mucho espacio en casa.

—¿Y tú dónde vas a dormir?

—Aún no he decidido cómo nos organizaremos, pero ¿por qué me haces tantas preguntas?

Ellie vuelve a girarse y no me responde.

Miro a Andy, que está frente a mí y me hace señas para que lo deje estar. Por fin empiezo a procesar lo que la mente de Ellie está construyendo.

—¿De verdad estás celosa de Mel?

—¡Joder! —exclama Shane, mientras Andy se da una palmada en la frente.

—¿Yo? —Ellie se vuelve hacia mí girando todo el cuerpo—. ¿Celosa?

Echo un vistazo por encima de su hombro: sus hermanos están haciendo gestos incomprensibles, pero creo que intentan decirme que cierre la boca.

—A ver, cuéntame, Brennan… —continúa con tono amenazante —. ¿Hay algún motivo por el que deba estarlo?

¿Y ahora qué digo? Me giro hacia Andy, que niega con la cabeza.

—En absoluto —respondo, convencido.

—¿Y viene a menudo? ¿Se queda mucho tiempo en tu casa? ¿Duerme siempre en tu habitación?

¿Por qué tengo la sensación de que todas son preguntas trampa?

—¿Acaso importa? —me limito a preguntar, ante lo cual Andy lanza el trapo que tenía en la mano por encima de su hombro con un gesto teatral.

—No, para nada —zanja la cuestión antes de levantarse—. Es hora de volver al trabajo. Gracias, Andy, nos vemos mañana.

Se despide y se dirige hacia la puerta.

—Yo con vosotros no voy —avisa Shane—. ¿Buscamos otra forma de volver, Reid?

Reid también se levanta.

—Me ha parecido ver a Sullivan en la otra sala. Igual conseguimos que nos lleve.

Me pone una mano en el hombro.

—Buena suerte, Brennan —dice antes de salir del bar con su hermano.

—¿Aún sigues aquí? —pregunta Andy. Lo miro—. Cuanto más la hagas esperar, más crecerán sus dudas, y luego no habrá excusas que valgan, Brennan.

—¿Y tú qué sabrás? No pareces un experto.

—Fíate de mí.

Me levanto haciendo chirriar el taburete, me despido de él y salgo fuera. Encuentro a Ellie apoyada en el lateral de mi coche. Me acerco metiendo las manos en los bolsillos y bajando la cabeza, fingiendo una actitud culpable, aunque no me siento así.

—¿Por qué estás enfadada?

—No estoy enfadada.

—Ellie…

—De verdad que no. Es solo que es raro.

—¿El qué?

—Ella viene a verte, duerme en tu casa, en tu habitación… Tenéis un hijo, Alex.

—Nunca hemos estado juntos.

—Bueno, al menos aquella vez…

—Nunca nos hemos querido.

—No tienes por qué explicarme nada.

—Nunca tuvimos ese tipo de relación. Nos acostamos, concebimos a Justin y estoy feliz de tenerlo en mi vida, pero no la quería y… no la quiero.

Niega despacio con la cabeza, pero su expresión ahora es más relajada.

—Ven aquí —le digo, sujetándola por la cintura y acercándola a mí—. ¿De verdad crees que podría sentir algo por ella?

—No… No lo sé… Nunca me había sentido así, ha sido algo instintivo.

—Si te dijera que no va a dormir en mi cama, ¿estarías más tranquila?

—No tengo derecho a pedirte eso.

—Claro que lo tienes.

—Por favor, intenta olvidar esta reacción tan absurda. No es asunto mío.

Su frase me duele un poco, aunque entiendo lo que quiere decir.

—Claro que lo es.

Ellie se aferra a mi camisa y me obliga a inclinarme hacia su boca.

—Lo siento, soy una idiota.

—De eso nada.

—Me iré unos días.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por Mel?

—Es mejor así, ella viene para estar con Justin, se quedará en tu casa, estaréis en familia —dice, y ahora ya no me mira—. No quiero estorbar.

—No lo dirás en serio.

—Solo el fin de semana. Así podrás centrarte en Justin y…

—No tienes por qué hacerlo, no es necesario.

—Pero quiero hacerlo, lo necesito. Echo de menos mi piso —dice apartándose de mí—. Y me apetece estar un poco por mi cuenta.

—Claro —respondo. Yo tampoco la miro ya.

—Volveré el lunes.

No me lo creo, pero no puedo decirlo.

—Lo prometo.

Ella no se lo cree, pero tampoco puede decirlo.

CAPÍTULO 46
ALEX

—¿Qué tal ha ido el viaje? —le pregunto cuando se sube al coche.

—Tranquilo, pero estoy agotada. Vengo desde Nueva York.

—Son unas cuantas horas —salgo del aparcamiento del aeropuerto y me incorporo al tráfico de la carretera.

—¿Le has dicho algo a Justin?

—No, será una sorpresa, tal como me pediste.

—Gracias. Y gracias también por venir hasta aquí a recogerme.

—No hay problema.

He salido un par de horas antes del trabajo para venir a recoger a Mel al aeropuerto. Ellie ni siquiera estaba en la sala de destilación cuando me he ido; la verdad es que no hemos tenido muchos momentos para hablar desde que le conté lo de Mel. No se ha tomado nada bien su visita, aunque tengo la sensación de que su reacción se debe más al hecho de que no esperaba sentirse así. Parece algo rebuscado, pero bueno… ¿hay algo fácil con ella?

No me ha gustado irme sin despedirme, sobre todo porque ha decidido quedarse en Galway todo el fin de semana y, seamos sinceros, una parte de mí tiene pánico a que no vuelva. Aun así, me he prometido darle el espacio que necesita para evitar que se sienta agobiada y que, de verdad, le entren ganas de no volver más.

—Tengo que decirte una cosa —dice Mel, y por el tono parece nerviosa.

—Claro.

—Siento hacerlo así, en el coche, pero quería decírtelo a ti primero.

—¿Tengo que preocuparme?

—He conocido a alguien.

—Ah…

—Hace ya un tiempo, en realidad. Un año.

—V-vale.

—Y hemos decidido casarnos.

Casi clavo los frenos en mitad de la carretera.

—¡Joder! —exclamo en voz alta.

—No era la reacción que me esperaba.

—No, perdona, es que me has pillado por sorpresa. Creía que eras un espíritu libre, sin ataduras…

—Las cosas cambian, Alex.

¿Por qué ese presentimiento vuelve justo ahora a retorcerme el estómago?

—Me gustaría que Justin lo conociera.

—Seguro —respondo, poco convencido.

—No es una cosa sin importancia, Alex.

Asiento, intentando concentrarme en la carretera.

—Nos gustaría formar una familia.

Aprieto el volante con fuerza, como si eso pudiera amortiguar el golpe, la caída, el hecho de que mi cuerpo está a punto de estamparse contra el asfalto.

—Y nos gustaría que Justin se viniera a vivir con nosotros.



UNA VEZ EN CASA, HAGO TODO LO POSIBLE POR PARECER FELIZ DE TENER a la madre de Justin aquí, feliz de estar todos juntos, feliz de que ella le haya preguntado si le apetece pasar el fin de semana a solas

con ella, feliz de que él esté entusiasmado con la idea de irse con su madre.

—¿De qué narices va todo esto? —me pregunta mi abuelo entre dientes, cuando nos quedamos solos en la cocina.

—Quiere llevárselo —lo digo o me estallará el pecho por intentar contener esta bomba.

—¿Cómo que llevárselo? —mi abuelo alza la voz, atrayendo la atención de todos.

—Ahora no, abuelo.

—Alex…

—Por favor —levanto una mano para pedirle que no siga—. No puedo.

Mi abuelo respira hondo y se gira él también hacia Justin.

—No puede quitárnoslo —dice con voz ronca.

—Sí que puede, es su madre.

—Y tú eres su padre.

Y no importa que haya estado conmigo todos estos años, que me haya quedado despierto a su lado por las noches cuando estaba enfermo, que le haya enseñado a montar en bicicleta, que le haya ayudado con los deberes cada tarde, que le haya leído cuentos, que lo haya llevado al colegio, al campamento de verano y a los entrenamientos.

No importa que haya sido yo quien le explicó cómo nacen los niños —y creedme cuando os digo que todavía estoy traumatizado por lo que tuve que contarle—.

Nada de eso importa, porque ella es su madre, nunca estuvimos casados y no tenemos ningún acuerdo de custodia por escrito. Y ella es su madre, aunque se largara. Nadie le negaría el derecho a estar con su hijo, por mucho que hace seis años decidiera dejarlo conmigo.

—Eh, papá, ¿has visto? Mamá me ha regalado *Minecraft*.

Sonrío a mi hijo, aunque por dentro estoy de rodillas, llorando desesperado.

—Me parece que voy a necesitar que me eches un cable —dice mirándome—. Lo veo difícil.

Él lo ve difícil. No se imagina lo difícil que me resulta a mí saber que no seré yo quien le enseñe a jugar a ese estúpido juego que su madre le ha comprado porque yo le dije que le gustaba.

—Venga, la ducha te está esperando —le dice mi madre a Justin.

—Vale, vale, ya voy —refunfuña él—, pero en cuanto salga jugamos una partida.

—Si te das prisa tendrás un rato antes de cenar —le dice mi madre.

Sus palabras son clave para que Justin se decida por fin a subir. Y digo *por fin* porque no habría aguantado ni un segundo más.

—No puedes hacerme esto —suelto, con la voz quebrada por el esfuerzo de no echarme a llorar allí mismo.

—Alex, ¿qué...? —dice mi madre, confundida. Ella aún no sabe nada.

—No puedes hacérselo a él —señalo hacia las escaleras por donde ha desaparecido Justin.

—Alex, esta no es la manera —responde Mel.

—Tienes razón. No es la manera de quitarle un hijo a su padre.

—¿Qué está diciendo? —mi madre mira a Mel.

—No tenemos que hablar de esto ahora —Mel intenta contener la explosión, pero no puede quitarme también esto, no puede prohibirme sufrir.

—Has estado fuera seis años, has hecho lo que te ha dado la gana.

—Fue lo que acordamos.

—Nunca me dijiste que volverías para llevártelo.

—Justin es mi hijo, Alex.

—También es mi hijo.

—Pensaba que podríamos hablar como personas civilizadas, pero por lo visto no es posible.

—¿Qué significa eso?

—El abogado dice que…

—¿El abogado? —me paso las manos por el pelo—. ¿Ya has llamado a un abogado?

—Solo fue una consulta. Por seguridad.

—¿Seguridad? ¿De qué tienes miedo?

—Tenía miedo de esto —alza la voz—. De que reaccionaras así, de que perdieras la cabeza…

—Chicos —interviene mi madre—. Estáis gritando y Justin podría oíros.

Doy un par de pasos hacia atrás y me desplomo en una silla.

—Mañana nos vamos, de todos modos —dice Mel después—. Tres días, como habíamos quedado.

—¿De verdad te parece lo más adecuado? —le pregunta mi abuelo.

—Justin ya está al tanto —intervengo yo—. Y no hace falta que sepa lo que está pasando.

—Gracias —me dice Mel.

—Por favor, no digas nada más —me froto la cara con una mano —. Solo… intenta pensar en lo que estás haciendo. Esta es su casa, esta es su familia. Nosotros somos quienes lo hemos criado y querido… —una lágrima se me escapa sin que pueda retenerla—. Yo vivo por él.

—Lo siento, Alex. Pero quiero a mi hijo conmigo y haré lo que haga falta para conseguirlo.

~

JUSTIN Y MEL SE HAN IDO A LA CAMA PORQUE MAÑANA POR LA MAÑANA saldrán temprano para su viaje relámpago. Se lo lleva a Roma, tres días de turistas, ellos dos solos. No puedo oponerme, no puedo prohibirle que se vaya con su madre y no puedo hacer nada para evitar que me lo arrebate.

Ha hablado de fines de semana, de vacaciones de verano, quizá también de Navidad. Como si eso pudiera bastarme: no verlo cada mañana desayunar, no acompañarlo al colegio, no ver sus partidos, no sentarme en la moqueta del salón a fingir que pierdo a la Nintendo, no mirarlo mientras duerme y sueña, no imaginar un futuro juntos.

Mi abuelo se sienta en el balancín a mi lado.

—¿Sigue llorando? —me refiero a mi madre, a la que he oído sollozar encerrada en el baño de su cuarto.

Mi abuelo asiente con gesto serio y enciende su puro, mientras yo apago el cigarrillo que había rescatado de mi escondite en el armario.

—Pensaba que lo habías dejado —comenta.

—Y así es.

—¿Y dónde está Ellie esta noche?

Ellie. Otro golpe al corazón.

Otra cosa que no puedo afrontar gradualmente, ni diluir con el tiempo para que sea soportable.

—En Galway. Se quedará allí todo el fin de semana.

—¿La has llamado?

Niego con la cabeza.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

Suspiro y apoyo la espalda en el respaldo.

—No lo sé.

—Tiene carácter, pero tiene un gran corazón, como su madre. Estoy seguro de que sabría escucharte y probablemente también sabría qué decir.

—No sé si quiero cargarla también con esto. Ya bastante tiene con lo suyo. Además, ni siquiera sé en qué punto estamos.

—Deberías confiar en la gente, ¿sabes? Y sobre todo, deberías dejar de guardarte el dolor solo para ti.

—Yo quiero que ella sea feliz, no que sea infeliz conmigo.

—Pero quizá solo pueda ser feliz contigo.

—Por favor, abuelo.

—¿Qué? ¿Es que nunca lo has pensado?

—Obviamente no.

—Alex, Alex, Alex… Estás tan preocupado por que la gente que te rodea no sea infeliz que ni siquiera intentas hacerla feliz.

Niego con la cabeza y me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Por qué crees que sigue aquí?

—En realidad, ahora mismo ni siquiera está aquí.

—Sabes a qué me refiero.

—No puedo hablar también de esto ahora.

—¿Sería más fácil para ti si ella estuviera aquí?

Confirmado que mi abuelo no tiene ninguna piedad conmigo y que sigue erre que erre con lo mismo, me resigno y le sigo la corriente.

—No creo que haya nada que pueda hacer esta separación mínimamente tolerable.

—Yo tampoco lo creo.

—Es que no puedo ni pensarlo… ¿Cómo va a ser vivir sin él? Ya no recuerdo cómo era mi vida antes de saber que existía… ¿Qué hacía yo con mi tiempo? ¿Por quién me preocupaba? ¿Con quién me reía?

—Dios mío, Alex…

Hundo la cabeza entre las manos.

—No puedo creer que haya venido solo para llevárselo. ¿Dónde ha estado todos estos años? ¿Cómo ha podido vivir sin él?

—No sé cómo se hace, ni cómo lo haremos nosotros, pero encontraremos la manera.

Vuelvo a incorporarme y miro al cielo: la luna esta noche está cubierta de nubes, ni una estrella, ni una pequeña luz, ni una esperanza.

Mi abuelo se levanta y posa una mano sobre mi hombro.

—Siempre será parte de ti, aunque ya no viva en esta casa —dice, antes de dejarme solo con mi dolor y mi desesperación.

Porque Mel ha vuelto y ha decidido quitarme lo más bonito de mi vida, la persona por la que he vivido hasta ahora, por la que he hecho planes.

Porque Ellie se ha marchado de nuevo, llevándose consigo mis sueños y mis esperanzas, mi felicidad y la posibilidad de amar.

Me levanto de golpe del balancín y empiezo a caminar por el porche con la cabeza entre las manos; los pensamientos no dejan de martillear, los recuerdos no dejan de doler y el corazón se niega a latir más despacio.

Miro la tierra que tengo delante, el lugar donde hubiera querido que viviera mi familia un día, donde la habría visto a ella hacerse cada día más hermosa, donde lo habría visto a él crecer un poco

más cada día y donde yo los habría hecho más felices cada día, porque ese era mi único propósito en la vida.

Y trato de no llorar, aunque a estas alturas ya no debería importarme nada, porque estoy solo, nadie puede verme ni oírme, nadie puede sentir lástima ni compadecerme, nadie se sentirá en la obligación de consolarme.

Nadie puede entender cuánto estoy sufriendo en realidad. Nadie puede entender hasta qué punto necesito sufrir. Nadie puede entender cómo se sigue después de haberlo perdido todo.

Nadie excepto la única persona que sabe lo que significa, porque ya lo ha vivido en su propia piel y ha conseguido sobrevivir.

CAPÍTULO 47
ELLIE

Doy un mordisco a una porción de pizza que ya está fría y vuelvo a examinar la información que he recopilado desde esta mañana. He llegado temprano a Galway. Obviamente he cogido prestada una de las furgonetas de la empresa, pero juro que es la última vez: mañana mismo me pondré a buscar un coche, porque ya no puedo seguir así.

No sé muy bien qué estoy haciendo. Solo sé que, desde que Alex y yo hablamos en el McNamara's, no he vuelto a sentirme la misma. Reaccioné mal y sin motivo. Mel forma parte de su vida, no puedo tener celos ni soltar cierto tipo de comentarios. No tengo ningún derecho a hacerlo y no tengo ningún derecho sobre él. ¿Qué somos, al fin y al cabo? Ninguno de los dos lo ha dicho ni lo ha preguntado; ninguno ha sentido la necesidad de aclararlo.

No he venido aquí porque quisiera huir. Ya tenía planeado pasar al menos un par de días en mi piso aunque, para ser sincera, esperaba que él quisiera pasar al menos uno conmigo. Se lo habría pedido, pero entonces me habló de Mel, las cosas se torcieron y todo tomó el rumbo equivocado.

He aprovechado el hecho de estar sola y sin distracciones para reflexionar sobre mi vida, sobre lo que quiero hacer, sobre qué camino tomar.

No quiero trabajar en la empresa de mi padre; no porque no quiera formar parte de la familia, simplemente no quiero que sea mi apellido el que decida por mí. Me gusta el lugar, crecí allí y conozco el trabajo; disfruto del ambiente y del whisky, pero no quiero seguir los pasos de mis hermanos.

Solo quiero ser Ellie J.

Sin apellidos que pesen.

Sin familias que decidan por ti.

No será fácil, pero ya tengo algunas ideas. Solo me falta ver cómo ponerlas en marcha y cómo hacer que me escuchen.

Dejo el portátil sobre la mesita y me levanto del sofá para ir a la minicocina a coger algo de beber, preferiblemente con alcohol porque, a estas horas, después de haber trabajado todo el día en mi proyecto, lo único que necesito es beber lo suficiente como para meterme en la cama sin pensar en él.

Cojo una botella de las nuestras de la alacena y un vaso. Me sirvo una cantidad generosa; total, estoy sola y no tengo que rendir cuentas a nadie. Me apoyo en la encimera y doy un par de sorbos. Justo entonces el móvil, que se había quedado en el sofá, empieza a sonar y corro a por él. En cuanto veo el nombre en la pantalla, contesto al instante.

—¿Alex?

Al otro lado solo se oye una respiración pesada.

—Alex, ¿eres tú…?

—Ábreme, por favor.

—¿Cómo?

De nuevo, solo puedo oír su respiración.

—Estoy delante de tu puerta.

Me enderezo al instante y miro hacia ella de manera instintiva.

—Te lo ruego, déjame entrar.

Camino deprisa hasta la puerta y la abro de par en par. Alex está allí, con el teléfono aún pegado a la oreja; tiene una mano apoyada contra la pared, la cabeza gacha y el pelo cayéndole sobre la frente. Levanta la vista lentamente y sus ojos me atraviesan de parte a parte, contagiándome un dolor y una desesperación que no son

míos, pero que siento ahora sobre mí como un peso demasiado grande; un peso que una persona no puede cargar sola.

Le acaricio la cara y Alex cierra los ojos con fuerza, empezando a temblar. Me acerco más a él y apoyo la otra mano a lo largo de la línea de su mandíbula, obligándole a alzar la mirada hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

Vuelve a abrir los ojos, que ahora están llenos de lágrimas. No creo haberlo visto llorar nunca antes, ni siquiera cuando éramos niños.

—Quiere quitármelo —dice con la voz temblorosa.

—¿De qué estás hablando?

—Ha vuelto para llevárselo. Lo quiere con ella.

—No, no puede ser verdad…

—Quiere quitarme a mi hijo.

Niego con la cabeza con fuerza porque no puedo escucharlo, no puedo oír cómo se le quiebra la voz de esa manera.

—¿Me dices qué hago yo ahora? —da un paso hacia mí y bajo los brazos, retrocediendo para dejarlo entrar en casa—. ¿Qué voy a hacer conmigo mismo?

—Alex…

—No puedo cargarlo todo —dice llevándose las manos al pelo—. Es demasiado, no creo ser capaz.

—¿De qué hablas?

—Del dolor, Ellie. Del dolor.

Vuelvo a coger su cara entre mis manos.

—Dámelo a mí, pásamelo a mí.

Niega con la cabeza, pero no le permito apartarse.

—Yo puedo, de verdad que puedo. Dámelo, Alex, lo llevaré por ti hasta que seas capaz de hacerlo tú solo.

Intenta contener un sollozo.

—No puedo hacerte esto.

—¿Por qué no?

Una lágrima le recorre la mejilla hasta la barbilla.

—Sabes perfectamente por qué.

—Te lo estoy pidiendo yo.

—Ellie, por favor. No puedes… Y además, ¿por qué ibas a hacer algo así?

Dios, Brennan. Por qué. Porque todo lo que he hecho hasta ahora, todos esos momentos que pasamos juntos y todos aquellos en los que hemos estado separados, no han hecho más que conducirme hasta ti. He dado un largo rodeo y lo siento, pero ya estoy aquí, he vuelto y no me iré otra vez.

—Lo sabes —le digo, mientras mi primera lágrima también cae.

Y por fin ahora, lo sé yo también.

CAPÍTULO 48
ALEX

No me lo creo, y estoy seguro de que ella tampoco se lo cree. Quizá quiere creérselo y convencerme a mí para darme algo a lo que aferrarme, pero ahora mismo no puedo hacerme ese tipo de preguntas, ni dejar que me invada la culpa, ni escuchar a mi conciencia.

Soy un hombre destrozado y, si tengo que morir, quiero hacerlo dentro de ella.

Empujo su cuerpo y retrocede hasta apoyar la espalda contra la pared de la entrada. Pongo las manos a ambos lados de su cabeza y me inclino lentamente sobre ella, con los ojos fijos en su pecho, que se agita pegado al mío.

Entre nosotros solo hay un puñado de latidos. Latidos que siento, pero que no me pertenecen: me han abandonado para ir a sostener los suyos.

Ellie levanta la cabeza y separa apenas los labios, lo justo para permitirme deslizar la lengua en su boca. Me hundo lento y profundo, sintiendo cómo echa la cabeza hacia atrás para darme más acceso. Lo hago de nuevo, me retiro hasta sentir su aliento en mis labios y vuelvo a hundirme en ella, perdiéndome en su calor y en su agitación.

Me aparto para dejarla respirar, con los ojos clavados en sus labios húmedos y entreabiertos; los deseo con desesperación, pero me desespera aún más la idea de tenerlos ahora y tener que pasar luego el resto de mi vida sin ellos. Son pensamientos recurrentes que vuelven a mi mente con fuerza, pensamientos que apenas acababa de acallar, ilusionado por la breve esperanza que ella trajo a mi vida, pensamientos que ahora dominan mi cabeza y mi cuerpo. Nada más, porque no tengo nada más que poner sobre la mesa.

Ellie parece leerme como un libro abierto porque, en ese preciso momento, me atrae de nuevo hacia ella y, en cuanto mi boca la roza, su lengua se desliza en la mía empujando con ímpetu: me da lo que ha recibido, me paga con la misma moneda. No está jugando conmigo; está intentando confundirme, darme algo a lo que aferrarme.

Es, una vez más, el momento equivocado; ambos lo sabemos. Pero no soy capaz de detenerme, porque ahora mismo solo necesito perderme y no volver atrás.

Y no conozco un lugar mejor que ella.

Me separo para recuperar el aliento mientras me mira con los ojos llenos de pena y el rostro encendido, con una expresión casi resignada que me recuerda demasiado a algo ya visto y vivido; algo que debería decirme que huyera de ella lo más rápido posible antes de hacerle daño y antes de que ella me lo haga a mí. Pero no tengo fuerzas, ni valor, ni esperanza, ni siquiera un corazón ya. Así que dejo que vuelva a mí, que me tire del pelo, que me ahogue a besos, que se lleve todo lo que me duele y lo guarde por mí, como ha dicho hace un momento, hasta que esté preparado para hacerme cargo de ello.

—Quédate conmigo —dice, mientras sus manos recorren mi rostro. Me sujeta con firmeza y me clava a ella con su mirada—. Conmigo —repite, y esta vez suena a orden.

¿Adónde voy a ir, Ellie?

No hay nada después de ti.

Mírame, soy esto: un desastre emocional, un hombre perdido que necesita su milagro. Y mi milagro no puede ser otra que tú. Necesito lo que tú eres, aunque tú no necesites lo que soy yo.

Hundo las manos en su pelo y la presiono contra mí. Ellie se agarra a mis brazos, con las uñas clavadas en mi carne; la obligo a inclinar la cabeza hacia atrás y vuelvo a irrumpir en ella. La asfixio conmigo, con mi angustia; ella no la rechaza, la secunda, la reclama, la quiere, y si no soy yo quien se la da, la tomará por su cuenta.

Se separa de mí y, con la determinación que solo ella puede tener en este momento, me repite:

—Conmigo —antes de que sus dedos empiecen a forcejear con los botones de mis vaqueros. Los va soltando uno a uno, pero la detengo antes de que siga.

Su cabeza se alza; me mira con el terror de haber hecho algo mal, y eso también es algo que ya he visto antes. Todos detalles que deberían sugerirme que me detenga esta vez, antes de que sea de verdad demasiado tarde y no quede nada que salvar. Pero la quiero. Más de lo que la quise la noche antes de su boda, más de lo que la he querido nunca en toda mi vida.

—Conmigo —esta vez lo digo yo, mientras la empujo hacia la última habitación de su piso.

—Quédate conmigo —retrocede lentamente sosteniéndome la mirada, con las manos apoyadas en mi pecho en señal de rebeldía.

Cuando llegamos a su cuarto, localizo la cama detrás de ella y sigo adelante con esta bendita locura hasta que sus piernas rozan el borde. Bajo sobre su rostro, con una mano en su nuca para que incline la cabeza, atrapo sus labios entre los míos y los succiono mientras sus manos se aferran a mis caderas.

La tumbo en la cama sin dejar de besarla; recorro su cuerpo y aprieto sus pechos entre mis dedos por encima de la camiseta, pero debajo no lleva nada y, al sentir sus pezones duros empujando contra la tela, dejo su boca de golpe y me bajo hasta ellos.

Ellie arquea la espalda esperando a que los tome y yo muerdo, a través del tejido, apretándolos con fuerza entre mis manos. Ellie me atrae hacia ella agarrándome del pelo y entrelazando sus piernas a mi espalda. Me deslizo bajo la camiseta para tocar su piel desnuda; el contacto de mis dedos con sus pezones me lleva a morder más fuerte, mientras ella se agita bajo mi cuerpo.

No hay palabras ni pensamientos, solo hay respiraciones, jadeos y tormentos que seguimos intercambiándonos para no tener que soportarlos todos a la vez y en soledad.

Suelto su pecho y me incorporo bruscamente; agarro el borde de sus pantalones cortos y se los quito a toda velocidad, lanzándolos detrás de mí. Miro a Ellie tendida en su cama, vestida solo con la ropa interior y la camiseta subida hasta la mitad; un pecho a la vista, el otro parcialmente cubierto, y sus piernas largas y blancas temblando de agitación.

—Alex… —me llama porque tiene miedo de que me lo piense mejor y ponga el punto final antes de poder escribir un solo capítulo de esta historia, pero la verdad es que solo la estoy mirando, porque la primera vez no pude hacerlo y porque estoy seguro de que esta será la última.

Ella también se incorpora y se sienta en el centro de la cama. Coge el borde de su camiseta y se la quita, llevándose consigo mis últimas tribulaciones. Luego se pone de rodillas frente a mí y me empuja apoyando las manos en mis hombros. Dejo caer la cabeza sobre su almohada, incapaz de mover un músculo o de decir nada; lo único que puedo hacer es mirarla mientras agarra el borde de mis vaqueros y me los baja de un tirón, y mientras vuelve a por los bóxer y hace lo mismo, dejándome desnudo bajo su cuerpo.

Y la sigo mirando mientras se libera también de su ropa interior. Y la miro mientras se sienta sobre mí, apoyando las manos en mi pecho, mientras baja lentamente sobre mi sexo conteniendo el aliento primero, y soltándo después, despacio, cuando ya estoy dentro de ella, como si se sintiera de nuevo en casa.

Y la miro mientras se mueve sobre mí, como si conociera mi cuerpo de toda la vida, como si me conociera a mí de toda la vida.

Y la miro mientras ella me mira a mí, como si yo fuera el hombre al que ha amado y esperado toda la vida y al que, por fin, ha vuelto a encontrar.

CAPÍTULO 49
ELLIE

Alex me agarra de las caderas, pero no me ayuda en los movimientos; deja sus manos ahí, con los dedos abiertos, sintiendo mi piel deslizarse contra la suya, siguiendo los cambios de mi cuerpo, mirándome mientras intento arrancarlo de todo para dejarlo a solas conmigo.

Su toque, su mirada sufriente y a la vez extasiada, la forma en que intenta respirar como si algo le oprimiera el pecho y no le permitiera hacerlo, la forma en que susurra mi nombre, como si tuviera miedo de que decirlo en voz alta pudiera hacerme despertar de este sueño y salir huyendo, dejándolo solo en una cama revuelta y con el corazón hecho pedazos.

Todas sensaciones que no son nuevas, imágenes que desfilan por mi mente en cámara lenta, como destellos que me cuesta enfocar pero que aun así consigo ver, no con los ojos, sino con alguna otra cosa. Recuerdos que se mezclan con el presente, respiraciones que se superponen a otras respiraciones, temblores que se solapan a otros temblores.

Alex me sujeta de las muñecas y me obliga a parar. Lo miro y su desesperación está ahí, desnuda y expuesta, lista para engullir todo lo que queda de él, de nosotros y de cada momento que hemos vivido juntos.

Casi temo que esté a punto de decirme que estamos cometiendo un error, porque es lo que leo en sus ojos desde que se presentó aquí esta noche, pero entonces se incorpora de la cama y me empuja a un lado, haciéndome tumbar de espaldas. No suelta mis muñecas, las clava contra el colchón por encima de mi cabeza. Con las rodillas me invita a abrir las piernas y vuelve a mirarme.

—No puedo así —dice y percibo todo su sufrimiento—. No de esta forma.

Y cuando me invade, desesperado, robándome el aliento, cada pieza vuelve a su lugar.

—Ellie…

Su voz tiembla al compás de mi cuerpo.

—Dios, Ellie…

Esta vez mi nombre sale entrecortado.

—Ellie… —repite, y esta es la peor parte, porque mi nombre en sus labios es dolor y en mi corazón, resignación.

Se retira permitiéndome tomar aire y vuelve a empujar de nuevo. Cada vez que me llena, siento su desesperación aumentar y su dolor amenazando con romperlo todo: a mí, a él y a todo lo que tenemos.

No me suelta y no me mira, no es capaz. Necesita retenerme con él mientras sea posible, pero no puede mirarme mientras me deja escapar. Es una sensación que ya he sentido antes y que regresa ahora, más apremiante y aterradora, sacudiéndome y obligándome a abrir la mente, el corazón y todo aquello en lo que logra poner sus manos.

Ya he vivido todo esto, ya he sentido estas sensaciones, este dolor y este miedo. Ya he estado a punto de perderlo sin darme cuenta antes de que él siempre había sido mío.

Me libero de su agarre y lo sujeto por los hombros: Alex abre los ojos de par en par y me mira asustado; quizá teme que esté a punto de pedirle que se detenga, y también esa expresión es algo que ya he visto y que vuelve con fuerza a estamparme contra el muro para decirme que el error existe, y que fui yo quien lo cometió, pero no es eso lo que está pasando esta noche en esta habitación.

—Alex —lo llamo para captar su atención.

Apoya las manos junto a mi cabeza y, despacio, me devuelve la mirada.

—Estoy aquí —le digo—. Estoy aquí.

Mis dedos se deslizan lentamente por sus brazos temblorosos.

—Estoy aquí —le repito, mientras se abandona a mí.

Su frente roza la mía y yo levanto la barbilla para ir al encuentro de sus labios. Esta vez me besa de verdad y se deja besar; vuelve a moverse dentro de mí más despacio, aunque sus embestidas son profundas y exigentes, y cada vez que lo siento llegar al límite me veo obligada a contener el aliento unos segundos. Pero ahora es diferente, ahora está conmigo de verdad y no permitiré que se marche.

Su lengua se desliza lentamente dentro de mi boca y luego se retira, dejando paso a sus labios, que son casi tan obsesivos como sus embestidas. Unos labios que se imponen a los míos sin tregua y que dictan el ritmo de cada uno de mis suspiros. Pero es él, lo sé; es su forma de ser y lo quiero así porque solo lo quiero a él.

Nuestros cuerpos se mueven al unísono. Mi espalda se arquea cada vez que Alex llega al fondo, mi pelvis sale al encuentro de sus movimientos y, cuando sus manos se cuelan bajo mis nalgas para alzarme, me aferro a sus brazos para seguir anclada a él.

Hunde los dedos en mis caderas y me empuja hacia él con ímpetu. Lo siento deslizarse y profundizar tanto que me cuesta mantener el agarre, pero cuando una de sus manos se desplaza hacia delante para rozar mi sexo, suelto sus brazos para aferrarme con fuerza a las sábanas.

Cierro los ojos y me entrego a los escalofríos que recorren mi cuerpo; los sigo, dejo que fluyan por mi columna vertebral mientras siento a Alex hundirse de nuevo en mí sin descanso. Y, cuando empieza a estimular mi clítoris con el pulgar, estoy lista para arder por combustión interna y voluntaria.

Presiona mi carne y me tortura con pequeños movimientos circulares: mi cuerpo responde a su invasión total temblando de anticipación. Alex percibe enseguida el cambio; apoya una mano en el colchón sobre la mía y vuelve a embestirme de forma convulsa. Aprieta mi mano y frota con fuerza mi sexo con los dedos, pero es

cuando me oye decir su nombre cuando pierde por completo el control. Siento cómo sus embestidas se aceleran, cómo sus caderas golpean con rapidez y luego su respiración se quiebra, antes de que los últimos movimientos se vuelvan más lentos y más profundos.

Se inclina sobre mí jadeando; su pelo roza mi frente y luego, poco a poco, se baja sobre mí aplastándome por completo. Apoya la cabeza en mi pecho y su mano sobre la mía, contra la sábana.

Lo oigo respirar y siento perfectamente los latidos de su corazón, pero no siento nada más.

No lo siento a él y no nos siento a nosotros.

CAPÍTULO 50

ELLIE

LA NOCHE ANTES DE LA BODA

Al tercer intento de meter la llave en la cerradura, la puerta se abre de golpe, haciendo que casi me dé de bruces contra el suelo. La cierro detrás de mí y me enderezo, atenta a cualquier ruido, pero el piso está completamente en silencio. El coche de Chase está aparcado abajo, así que imagino que ya se ha ido a la cama: tampoco esta vez conseguiré llegar hasta el final de esta historia, hablarle con franqueza y decirle cómo me siento y cuánto miedo tengo de dar este paso.

Me quito los tacones y los dejo en la entrada. Después, descalza, me dirijo a nuestra habitación intentando mantener el equilibrio, algo que no resulta fácil dada la cantidad de alcohol que llevo encima. Pero, oye, mañana me caso, y lo necesitaba desesperadamente.

Llego frente a la puerta, que está entreabierta, y la empujo, pero no entro. Me quedo en el umbral, observando su figura dormida en nuestra cama. Está oscuro y tengo los sentidos completamente embotados, pero aun así consigo distinguir su cuerpo tendido boca arriba, con una mano apoyada sobre el vientre, la sábana cubriéndolo hasta la cintura.

Una extraña sensación se abre paso en mi cuerpo, tanto que tengo que cerrar las piernas instintivamente.

Me acerco lentamente y me froto los ojos porque el alcohol se está rebelando en mi organismo de la peor manera posible, de esas que te empujan a hacer lo incorrecto en el peor momento de tu vida.

Un paso más y suspira en sueños. La mano se desliza lentamente desde su vientre hasta apoyarse a un lado sobre el colchón, con la palma hacia arriba. En la muñeca lleva unos brazaletes extraños, uno de cuero trenzado y otro de madera, con pequeñas cuentas. No sé cómo consigo verlos: tengo la vista nublada y está oscuro, y aun así los distingo, y no estoy segura de hacerlo realmente con los ojos.

Otro paso, ahora se gira de lado, con una mano bajo la almohada. Mi corazón empieza a latir desbocado. Tengo la sensación de precipitarme en una caída libre que no acaba nunca, sin un suelo contra el que estrellar mi cuerpo y romper cada uno de mis huesos. Y en este momento lo preferiría: rompérmelos todos y sentir un dolor físico inmenso, para no sentir cuánto me duele ahora mismo el corazón mientras golpea con violencia contra mis costillas.

Y entonces abre lentamente los ojos y se queda mirándome.

Y yo abro de golpe los míos, como si fuera la primera vez que veo el mundo.

Llevo las manos a mi nuca y tiro de la cremallera del vestido, la deslizo hasta donde alcanzo y doblo el brazo por detrás de la espalda para terminar de bajarla del todo. Primero un tirante, luego el otro, y el vestido cae con un susurro peligroso que parece hacer temblar incluso el suelo bajo mis pies.

Él no deja de mirarme sin mover un músculo, sin parpadear.

Levanto un pie y doy un paso a un lado, el otro lo sigue de inmediato. Solo llevo la ropa interior. Hago un paso hacia la cama y me detengo frente a él. Se incorpora despacio y se sienta, apoyando los pies sobre la moqueta. Sus manos rozan mis caderas y luego, lentamente, se deslizan bajo el elástico de mi ropa interior y la hacen bajar por mis piernas.

Tiemblo como no he temblado nunca en mi vida. Y estoy segura, como no volveré a hacerlo jamás.

Sus manos suben despacio por mis muslos hasta aferrarse a mis nalgas, me atrae hacia él. Sus labios rozan mi vientre y mis dedos se enredan en su cabello rebelde. Continúa por mi espalda, su toque se vuelve ansioso, como si no hubiera esperado otra cosa que el momento de poder tenerme solo para él.

Lo empujo sobre la cama presionando las palmas contra sus hombros y haciendo que caiga hacia atrás; apoyo una rodilla en el colchón, luego la otra, y él me agarra de las caderas mientras bajo sobre él, su erección late contra mi sexo.

—Ellie…

Es su voz, adormilada y ronca, pero es la suya.

Deja escapar un largo suspiro mientras entra lentamente en mí; yo contengo el aliento hasta sentirlo llenarme por completo.

—Ellie… —lo repite.

—Ellie…

Ahora mismo, mi nombre es el único sonido que flota en la habitación, porque ambos hemos decidido dejar de respirar.

Me muevo sobre él, con las manos apoyadas en su pecho. Sus dedos rozan mi piel sin marcar el ritmo.

Y yo tomo, tomo y vuelvo a tomar. Tomo lo que no debería desear, pero que ahora se ha convertido en lo único que quiero en la vida.

Sube por mi espalda, mis uñas se clavan en su carne; sus manos se deslizan hacia delante, rodean mis pechos y luego él se incorpora, acercándolos a su rostro. Cuando atrapa un pezón entre sus labios, arqueo la espalda para darle todo de mí, y cuando lo succiona metiéndoselo entero en la boca, me sorprendo diciéndolo, gritándolo, sintiéndolo dentro de mí antes de que lleguen a oírlo incluso las paredes de este cuarto.

—Alex.

Oír su nombre lo aniquila; lo noto por cómo sus manos aprietan mis pechos con fuerza, por cómo sus dientes intentan marcar cada centímetro de mi piel, por cómo empuja su pelvis hacia mí para entrar más a fondo, para hacerme sentir que estoy haciendo el amor con la persona adecuada.

—Dios, Ellie… Ellie —repite sobre mi piel, mientras se mueve con furia hundiéndose en mí y mientras me arrebata todo lo que amé hasta ayer, dejándome sola con él.

Busca mi boca y, en el momento en que sus labios atrapan los míos, me doy cuenta de cuánto lo deseaba él; y por la forma en que intento retenerlo conmigo, comprendo cuánto lo deseaba yo. Su lengua se cuela en mi boca, se mueve alrededor de la mía, me busca. Respiro su ímpetu y su tormento, porque los siento mientras los derrama dentro de mí junto con su deseo de tenerme para él.

Me aferro a sus hombros mientras bajo con fuerza sobre él, ayudada por sus manos que acompañan mis movimientos; mis pechos golpean su rostro, su barba quema mi piel, su respiración incendia mi cuerpo y luego llega el calor, ese calor que me invade y me devuelve bruscamente a la realidad.

Me acosté con Alex.

Y mañana tengo que casarme con el hombre equivocado.

CAPÍTULO 51
ELLIE

Cuando aparco la furgoneta en el camino de entrada, el sol empieza a asomar por detrás de las colinas. Salgo y cierro la puerta. Le echo un vistazo a la casa, que parece sumida en el silencio, y rodeo la vivienda para ir hacia la parte trasera, donde espero que las llaves sigan escondidas bajo la misma maceta. Llego hasta la puerta de la cocina, pero me detengo en seco al ver a Alex sentado en el balancín. Se mueve perezosamente, con los pies descalzos sobre la hierba, el rostro perdido y los ojos cansados.

No puedo creer que se haya marchado en mitad de la noche, que me haya dejado sola después de todo lo que compartimos, después de habernos aferrado el uno al otro, después de habernos amado con el miedo de no poder volver a hacerlo.

Me acerco lentamente y él se gira hacia mí. Si antes no había llegado a su límite, no hay duda de que ahora está mucho más cerca.

—¿Qué haces aquí…? —no lo pregunta, está demasiado agotado para escuchar mi respuesta.

Me pongo de cuclillas sobre la hierba y le cojo las manos; sonrío instintivamente al ver sus pulseras y las acaricio con los dedos mientras él se queda mirando nuestras manos, unas sobre otras, hasta que siento algo húmedo que las baña a ambas.

—No deberías haber venido. Tu lugar no está aquí.

—No puedes saber cuál es mi lugar.

—Tú no eres parte de esto —alza la mirada y la deja vagar a nuestro alrededor—. De esta vida, quizá ni siquiera a este mundo.

Deja resbalar sus manos hasta que se apartan de las mías y se pone de pie, obligándome a hacer lo mismo.

—No me perteneces —ahora es la desesperación la que habla por él—. No debería haberte deseado tanto como para arriesgarme a perderte.

—¿Qué estás diciendo…?

—Por favor, vete. No puedo con esto también —me da la espalda y se dirige hacia la puerta de la cocina.

—Dije tu nombre.

Se detiene en seco con la mano apoyada contra el cristal.

—Aquella noche. Dije tu nombre.

Se gira lentamente. En sus ojos se lee el miedo a que esto sea solo otro dolor más que soportar.

—Lo dijiste —su voz tiembla igual que sus manos.

—Lo sabía. Sabía que eras tú.

Lo veo contener el aliento.

—No podría haberme confundido. Jamás.

Entreabre los labios, pero no se atreve a hablar, así que lo hago yo, porque él ha hablado tantas veces por mí, ha sufrido tantas veces por mí y ha amado tantas y tantas veces, solo por mí.

—No sé cómo he hecho para borrarlo. Había bebido, pero sabía que eras tú, tenía que saberlo.

Niega con la cabeza, confuso.

—¿Me estabas buscando? ¿Cómo sabías que me encontrarías allí?

—No —respondo con honestidad—. No te estaba buscando a ti. Estaba buscando a Chase, de verdad, pero no por lo que tú crees, no para lo que luego ocurrió entre nosotros.

—No lo entiendo.

—No quería, Alex.

—¿Acostarte conmigo? —esta vez el dolor es tan intenso que lo siento golpearme también a mí.

—No quería casarme con él.

Alex vuelve a apoyar la mano contra el cristal, esta vez para sostenerse.

—Tenía dudas desde hacía meses, pero no tenía el valor de pararlo todo. Él estaba tan centrado en sí mismo, en el trabajo… No pasábamos tiempo juntos, casi nunca comíamos en casa. Y cuando me tomaba un par de días para mí, para quedarme sola en mi piso… me sentía aliviada. Él nunca me preguntaba a dónde iba y yo nunca le preguntaba a dónde iba él. Para él se había vuelto algo normal y para mí también empezaba a serlo. Yo no quería algo así.

—¿Y qué querías?

—Quería algo como lo que tenían mis padres.

Alex esboza una leve sonrisa.

—Y con él nunca lo habría tenido. Chase me quería, pero no era ese tipo de amor que te hace soñar con un porche, un balancín y la luna como testigo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiente.

—Yo quería sentir que echaba de menos —digo, dándome cuenta solo ahora de lo que estaba a punto de perder—. Como cuando por la mañana abro los ojos y no puedo hacer otra cosa que correr a tu lado.

Se pasa una mano por la cara, incrédulo.

—Hacía tiempo que no me sentía segura de lo que estaba haciendo, pero los engranajes habían empezado a girar, todo iba demasiado rápido, Chase estaba implicado, su familia también, en cambio yo…

—Tú solo querías huir.

Esta vez, sonrío yo.

—Durante mi despedida de soltera bebí. Y mucho. Pero sentía que todos mis miedos salían a la luz a la vez y sentía que tenía que hablar de ello antes de que fuera demasiado tarde. Así que volví a casa para conversar con Chase.

—Pero te metiste en la cama conmigo. ¿Por qué?

Esto es difícil de explicar, casi tanto como de aceptar, porque significa que he pasado todos estos años rechazando lo que mi corazón intentaba decirme.

—Porque cuando te vi… —hago una pausa para ordenar las emociones—. Cuando te vi me faltó el aire y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. —Me acerco unos pasos—. Esas manos que me acariciaban… —las tomo y las aprieto entre las mías—. Como si no pudieran dejarme marchar nunca más.

Sus ojos están tan llenos de lágrimas que temo que no pueda ni verme; así que suelto una de sus manos para secárselas.

—Y esos besos, Alex… esos solo podían ser besos dados con la desesperación de no poder darlos nunca más. Como los de anoche. Y esos suspiros, tu forma de repetir mi nombre una y otra vez, como si tuvieras miedo de que no fuera yo de verdad la que estaba allí contigo. Y cómo me mirabas, cómo me buscabas…

Se inclina hasta apoyar la frente en la mía.

—En ese momento no pensé en nada. Estábamos juntos y me olvidé del resto del mundo.

—Entonces, ¿por qué no te encontré allí conmigo a la mañana siguiente?

—Cuando te quedaste dormido, me escabullí de la cama y escapé. Estaba confundida, no sabía qué hacer y… bebí más y más. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a mi piso; solo sé que a la mañana siguiente me despertaron mis damas de honor y me pusieron en pie para la boda.

—Pero fuiste allí, a casarte —dice con amargura.

—Fui —admito—. Y creo que, al final, me habría casado con él y habría sido infeliz el resto de mi vida.

Aprieta la mandíbula con fuerza; le cuesta digerir que, aun así, habría acabado casándome con Chase.

—Bloqueé nuestra noche de mi memoria hasta que volvimos a estar juntos ayer. Verte así, sentir tu desesperación sobre mí… lo devolvió todo a la superficie.

Alzo la mirada hacia él.

—Cuando interrumpiste la boda, entré en pánico.

—Tenías miedo de que destrozara tu vida —dice, dolido.

Niego con la cabeza.

—Tenía miedo de cómo estaba reaccionando mi corazón… a ti.

—¿Por qué has venido aquí?

Esta vez quiere una respuesta de verdad, no se conformará con uno de nuestros jueguecitos.

—Porque me enamoré de mi mejor amigo —digo sintiendo cómo las lágrimas me arañan la garganta—. Porque estoy enamorada de ti.

—De mí… —repite.

Rozó sus labios con los míos mientras él suelta mi mano y toma mi rostro para mantenerme cerca.

—De mí —vuelve a decir.

—Solo de ti —susurro contra su boca—. Gracias por impedir que cometiera el error más grande de mi vida. —Ahora llora de verdad, y yo con él—. Y gracias por haberme esperado.

—Siempre, Ellie. Te esperaré siempre.

Reúno toda la fuerza, el valor y las emociones que me quedan y las pongo en sus manos.

—Y yo volveré, Alex. Siempre.



DEJO QUE ALEX DESCANSE UN POCO, PORQUE ESTABA REALMENTE destrozado, y bajo a la planta principal porque me ha llegado el olor a café y lo necesito desesperadamente.

Llego a la cocina y encuentro a Clodagh sentada sola a la mesa con una taza humeante delante.

—He dormido con él —digo de inmediato.

¿Serviría de algo mentir? Creo que lo llevo escrito en la cara y, además, temo que alguien nos haya oído.

—Siéntate, Elizabeth —Clodagh señala la silla frente a ella mientras se levanta para coger otra taza.

Hago lo que dice y me siento en una de las sillas de madera de la cocina de los Brennan, subiendo las rodillas y rodeándolas con los brazos.

—Me alegra verte aquí, cariño.

Sonrío apenas, un poco incómoda.

—No es un buen momento para nuestro Alex.

—Me he enterado de lo de Mel —digo, tomando la taza y fijando la vista en el líquido—. Alex está destrozado —añado tontamente, como si ella no lo supiera.

Clodagh estira la mano sobre la mesa en busca de la mía.

—Por suerte te tiene a ti —dice con los ojos brillantes.

Y es verdad. Alex me tiene a mí; siempre me ha tenido, pero ahora… ahora de una forma distinta.

—Me tiene a mí —repito sus palabras, porque me gusta cómo suenan y porque me gusta lo que provocan en mí.

Alguien se aclara la garganta a nuestras espaldas.

—¿He interrumpido algo?

Me giro y veo al abuelo de Alex de pie en las escaleras.

—No, papá, siéntate, iba a preparar el desayuno.

Colin entra en la cocina y se sienta a mi lado mientras Clodagh se aleja hacia los fogones. Pone una mano sobre la mía y suelta un suspiro.

—Gracias a Dios.

—¿Cómo dices?

—Ah, muchacha… solo tú puedes evitar que su mundo se venga abajo.

Niego con la cabeza, incómoda.

—Ha recibido un golpe muy duro y temo que una parte de él no se recupere nunca —dice con tristeza en la mirada—. Pero estoy seguro de que, si tú estás aquí, todavía tenemos una esperanza.

—No creo que tener tanta importancia.

—No tienes ni idea del bien que le haces —me responde en forma inmediata.

—A mí me parece que solo he causado problemas, con mi manía de marcharme y…

—Pero ahora estás aquí.

Le sonrío.

—Y estás aquí para quedarte, ¿verdad?

—¿Hemos acabado ya con el interrogatorio? —su voz nos hace callar de inmediato; Colin suelta mi mano y masculla algo con indiferencia.

Alex viene hacia nosotros y se sienta junto a mí, en el lado opuesto; me sonríe, aunque la suya es una sonrisa cansada, cargada de amargura.

—¿Te resulta vergonzoso? —me pregunta.

—¿El qué?

—Dormir con un hombre que todavía vive con su familia, despertarte por la mañana, bajar y encontrártelos a todos aquí, listos para interrogarte.

Me río.

—Bastante, sí.

—También podrías buscarte otro sitio, ¿no crees? —dice Colin, fingiéndose ofendido.

Alex asiente, pero en su rostro ya no queda rastro de humor.

—He hablado con Justin. Se están divirtiendo mucho.

Aprieto instintivamente su mano.

—Dice que está bien con su madre, que es fuerte —respira despacio.

Luego me mira y yo comprendo de inmediato que, tampoco esta vez, será la indicada.

—Yo… no puedo. ¿Lo entiendes, verdad?

Asiento, aunque duele.

—No puedo vivir sin él.

Le acaricio el rostro y trato de sonreírle.

—Lo sé, Alex.

—No puedo vivir sin Justin y no puedo vivir sin ti.

Su abuelo se levanta y, junto a su madre, abandonan discretamente la cocina.

—Tú nunca tendrás que vivir sin mí, ¿vale? —le digo intentando tranquilizarlo—. Tienes que hacer lo que sea mejor para él. Yo… —respiro profundamente para amortiguar el golpe—. Yo estaré aquí esperándote.

—Ellie… —toma mi rostro entre sus manos.

—Cada vez que vuelvas.

Es difícil ocultar las lágrimas cuando veo las suyas.

—Tú me has esperado todos estos años. Ahora me toca a mí esperarte a ti.

CAPÍTULO 52
ALEX

Cuando Ellie vuelve a casa, hablo con mi madre y mi abuelo.

—No puedes estar pensando en serio lo de seguir a Justin. ¿Qué coño se te ha perdido a ti en Francia?

—No lo sé, abuelo, es solo una idea, ¿vale?

—Una idea de mierda.

—Papá…

—¿Es que tenemos que perderlos a los dos? —le dice a mi madre.

—No vas a perder a nadie, abuelo. Además, aún no he hablado con Mel, Justin no sabe nada... no sabemos cómo van a salir las cosas.

—Pero tú ya lo has decidido.

—No tengo otra opción.

Mi abuelo se levanta contrariado y se encamina hacia su amado campo.

—Ya lo entenderá —dice mi madre, poniendo una mano sobre la mía.

—¿Y tú?

—Tengo que entenderlo, es mi deber.

Asiento lentamente.

—¿Y Ellie? ¿Ella lo entenderá?

—Dios… —me paso las manos por el pelo—. Ha sido todo tan repentino: ella que vuelve, ella que entiende, ella que me ama.

—¿Cómo, perdona?

—Me ama, mamá. Ellie me ama.

—Oh, cariño…

—Me ha dicho que esperará —respiro hondo, o al menos lo intento; hoy soy un desastre emocional, más de lo habitual—. Y yo estoy a punto de dejarla aquí. Parece una puta broma.

—Aún no sabemos cómo irán las cosas con Mel, ni cómo se tomará Justin la noticia.

—Ella tiene un abogado.

—Tú también puedes buscarte uno.

—¿Y luego qué? ¿Qué será de Justin?

Mi madre suspira.

—No hay grandes soluciones: a donde vaya él, iré yo.

Mamá me aprieta el hombro.

—Y ahora, si me disculpas, voy a darme una ducha porque estoy hecho un asco. Y luego iré a ver a Ellie.

Me levanto y desaparezco en el interior de la casa. Subo a mi habitación y me meto en el baño, decidido a darme una ducha e intentar ponerme presentable para la mujer a la que he esperado toda la vida y que ahora espera que vaya a buscarla.



SALGO DEL COCHE Y ME QUITO LAS GAFAS DE SOL JUSTO A TIEMPO para ver a Ellie abrir la puerta de casa. Aunque conozco cada detalle de memoria, aunque he registrado hasta el más mínimo cambio con los años, no puedo evitar quedarme embobado, probablemente con la boca abierta, mirándola como un idiota.

—¿Qué es lo que estamos mirando?

Alguien interrumpe mi fantasía antes de que se vuelva incómoda.

—Hola a ti también, Reid.

Reid no me responde; se dirige directamente hacia la puerta.

—¿Papá? —le pregunta a Ellie.

—Dentro.

—¿Y él está aquí porque…?

—¿Y tú sigues aquí porque…?

Reid levanta las manos y desaparece en la casa mientras Ellie se gira de nuevo hacia mí y sonríe. Sonríe mientras el sol se refleja en su pelo dorado. Sonríe mientras baja los escalones y, descalza, viene hacia mí. Sonríe mientras el viento le mueve apenas el vestido —azul, joder— y se acorta la distancia. Sonríe mientras sus manos se deslizan por mi rostro, atrayéndome hacia ella. Sonríe mientras se pone de puntillas y cubre mi boca con la suya.

—Te parecerá una tontería, pero te he echado muchísimo de menos.

Encajo el golpe tambaleándome sobre mis piernas.

—Te parecerá una tontería, pero no veía la hora de que volvieras a mi lado.



SIEMPRE HE AMADO ESTE PAISAJE, Y NO SOLO PORQUE HAYA crecido aquí. Amo la forma en que las colinas verdes y exuberantes se alternan con rocas que caen en vertical sobre el mar; cómo la parte más salvaje de nuestra tierra se funde perfectamente con el romanticismo de nuestro cielo y con la atmósfera mágica que desprende cada pueblecito que encontramos a nuestro paso.

Es un poco como mirar a Ellie sentada a mi lado en el coche, con los pies descalzos apoyados en el salpicadero y las piernas desnudas a la vista porque el vestido se le ha subido demasiado —aunque ella no le hace ni caso—; el viento despeinándola por completo sin que le importe lo más mínimo.

Ellie es como este lugar: es salvaje pero dulce; es dura y áspera la mayor parte del tiempo, pero capaz de gestos de una ternura inmensa que te derriten el corazón. Ellie es este lugar y todos los lugares a la vez. No importa lo lejos que me vaya, la encontraré siempre, en cada rayo de sol y en cada nube, en cada grano de arena o brizna de hierba. La encontraré en todas partes porque la

llevaré conmigo a todos lados, porque ella es vida y es la parte más bonita de mí.

Caminamos por la playa, los pies hundiéndose en la arena, el agua rompiendo contra nosotros, los dedos entrelazados y el sabor del otro aun en los labios.

—¿Por qué hemos venido aquí? —me pregunta, apartándose el pelo de la cara.

—Porque aquí empezó todo.

—¿El qué?

—La espera. Aquí entendí que siempre te esperaría, incluso sabiendo que quizá nunca volverías.

Le cojo las manos y hago que se gire hacia mí.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí, a solas…? Fue el día en que me dijiste que querías marcharte. Aquel día te traje aquí porque quería decirte… bueno, quería decirte…

La miro, y sus ojos enormes hacen que me tiemblen las piernas.

—Quería decirte que te amaba —es la primera vez que lo digo de verdad—. Que te amaba desde que éramos niños, que te amaba más de lo que jamás habría imaginado posible, que te amaba más de lo que una persona puede amar en toda una vida.

—Alex…

—Y te he traído aquí hoy porque necesito decírtelo.

—¿El qué? —pregunta preocupada.

—Me he enamorado de mi mejor amiga. Me he enamorado de ti.

Sonríe mordiéndose un labio.

—Solo te he querido a ti en toda mi vida, Ellie J. Nunca, jamás a ninguna otra.

—¿De verdad?

—Es que no se puede dejar de quererte, vamos… Mírate —abro los brazos y ella se ríe—. No puedo dejar de hacerlo y no quiero. Y seguiré queriéndote, estés donde estés y esté donde esté yo.

La atraigo hacia mí y le rodeo la cintura con los brazos.

—Ay, Ellie J. Hueles a amor, sabes a amor y… tú, tú eres el amor.

—No te imaginaba tan romántico, Brennan.

—¿Me preferías en plan alfa?

Ella niega con la cabeza y se pone seria.

—No puedo decírtelo, ¿lo entiendes?

Asiento, porque sé exactamente lo que está pensando.

—No estoy segura de cómo era antes, de qué sentía. Sé que éramos mucho más que amigos, que quizás llegué a creérmelo, pero no puedo decirte que te quisiera como tú me querías a mí.

—Lo sé —le aparto el pelo de la cara.

—Pero sí puedo decirte lo que siento ahora. Puedo decirte que te quiero porque eres mi mejor amigo, porque eres un padre maravilloso, porque eres un hombre que ama y que no tiene miedo a hacerlo, porque eres una persona buena y amable, siempre dispuesta a ayudar a los demás. Puedo decirte que te quiero porque cuando sonríes haces que a todo el mundo le den ganas de sonreír también. Puedo decirte que te quiero porque eres el mejor hombre que existe en el mundo.

—Por favor, para —le digo intentando ocultar que estoy lloriqueando.

—Estoy enamorada de mi Alex B. y de nadie más.

Acerco su rostro al mío.

—Y yo estoy enamorado de mi Ellie J. y de nadie más.

CAPÍTULO 53
ELLIE

—¿Por qué has querido venir aquí? ¿No estábamos más cerca de casa?

—¿De casa? —me pregunta, arqueando una ceja.

—Sabes a qué me refiero.

—Quería estar a solas contigo.

—¿Y allí no lo habríamos estado?

Deja el tenedor sobre el plato y respira hondo.

—¿Quieres la verdad?

—Claro.

—Esperaba que me invitases a dormir a tu casa.

—No me digas —dejo yo también los cubiertos sobre la mesa y lo miro divertida.

—Necesito no tener gente alrededor y, sobre todo, no tener encuentros incómodos a la mañana siguiente.

—¿Qué intenciones tienes, Brennan? —me burlo.

Él me mira intensamente, luego esboza una media sonrisa y, con voz baja y firme, dice:

—Ya sabes qué intenciones tengo.

Y creo que a estas alturas lo sabe hasta la última fibra de mi cuerpo.

Me aclaro la garganta antes de beber un trago de cerveza, pero el líquido se niega a bajar y se me queda atravesado en la garganta, amenazando con ahogarme. Toso un par de veces mientras Alex sigue comiendo con total naturalidad, sin perder esa expresión satisfecha del rostro.

—De todos modos, sería bueno que sepas que no me disgusta tu casa y no me importa el interrogatorio de la mañana siguiente —retomo el tema.

Me observa con atención.

—¿Es acaso una forma amable de decirme que no me quieres estorbando?

—¿Qué? ¡No! —aclaro de inmediato—. ¡Cómo se te ocurre!

—Me dijiste que ese piso es tu sitio.

—Eso no significa que no te quiera allí, solo quería decir que adoro tu casa y que me siento bien con tu familia.

—Vale.

—Y además, ya lo sabes —miro hacia mi plato—. Ya no es mi sitio.

—¿Es por mi culpa?

—¿Qué tienes que ver tú en esto?

—Estabas bien allí antes de que se armara todo este lío.

Levanto la vista hacia él.

—Antes de que interrumpiera la boda.

—No, Alex, no tiene nada que ver con lo que pasó. Aunque, bueno, digamos que tu manera de declararte lo puso todo patas arriba —admito con una media sonrisa—. Pero creo que al final habría acabado pasando igual... esto de sentirme así. Descolocada.

—¿Y te sientes descolocada también cuando estás conmigo?

Sonrío instintivamente mientras siento que el corazón me late más rápido.

—Los únicos momentos en los que no me siento fuera de lugar son los que paso contigo.

Alarga una mano sobre la mesa y la pone sobre la mía.

—Entonces tendré que esforzarme al máximo para que sean memorables.

—¿Y qué tienes en mente?

—Ah, bueno... eso tendrás que descubrirlo tú misma.

—¿Tengo que pedir la cuenta?

Alex se ríe y está guapísimo. No, no solo está guapo; tiene encanto, ese encanto de hombre que aún conserva la espontaneidad de un chaval. Además, es divertido y siempre se muestra natural. Es relajante estar con él, es fácil: solo tienes que ser tú misma. Alex tiene el poder de hacer que la gente se sienta a gusto, te pone de buen humor, hace que te rías de ti misma y de la vida.

—¿Te apetece venir a casa conmigo esta noche? —le pregunto de repente.

—¿Cómo dices?

—Me gustaría que durmieras en mi casa.

Deja el vaso que tenía en la mano sobre la mesa y me mira.

—¿Por qué? —pregunta con picardía.

—Ya sabes por qué —le respondo con un tono que no deja lugar a dudas sobre lo que espero de esta noche.

—Entonces diría que ya va siendo hora de irnos.



RECORREMOS LOS POCOS PASOS QUE NOS SEPARAN DEL EDIFICIO donde está mi piso casi a la carrera, mientras busco las llaves en el bolso. Las saco, las introduzco rápido en la cerradura, abro el portón de par en par y empiezo a subir las escaleras. Alex me sigue en silencio hasta el rellano y, cuando me detengo ante la puerta de mi casa, se queda detrás de mí posando las manos en mis caderas.

Abro la puerta con nerviosismo y entramos. A continuación, me dirijo al sofá y dejo caer el bolso sobre él.

—Estás nerviosa —dice a mis espaldas.

—No es cierto —lo digo aunque en realidad lo estoy. Y es estúpido: ya nos hemos acostado antes. Sin embargo, esta noche es distinta, yo me siento distinta. Nosotros no somos los mismos. Esta noche las cartas están sobre la mesa para los dos.

—¿Es porque estamos solos?

Me giro y me siento en el brazo del sofá.

—Hemos estado solos muchas veces.

—No así —su voz baja un tono—. No después de lo que nos hemos dicho, no después de lo que hemos sido.

—Es estúpido —comento con incomodidad.

—No, no lo es —se acerca y se pone de cuclillas frente a mí para poder mirarme a los ojos—. No lo es en absoluto.

—Seguimos siendo nosotros, Alex.

—Es verdad, pero ahora somos íntimos —la vibración de su voz me recorre el cuerpo—. Y no hay nadie más en casa —agarro con fuerza el brazo del sofá—. Puedo hacerte lo que yo quiera.

Tiemblo ante la determinación de su voz y junto las rodillas.

—¿Lo que tú quieras? —pregunto ansiosa.

—No tienes ni idea de cuántas veces he imaginado esto —sus manos suben por mis piernas—. Llevo años imaginando cómo sería —se detiene mientras sus dedos se deslizan por debajo del vestido —. Hacer el amor contigo, tenerte para mí —sus manos presionan mis rodillas y cedo a su deseo de que abra las piernas—. Cada vez que te toco siento que no puedo parar.

—Entonces no lo hagas —digo de golpe, por miedo a que se detenga.

—Bueno, se hace difícil estar rodeado de gente si no hago más que meter las manos bajo tu vestido —y lo hace de verdad; sus dedos se deslizan hasta el borde de mi ropa interior.

—¿Y qué tal es? —le pregunto—. ¿Como lo habías imaginado?

Sonríe con picardía mientras acaricia mi sexo por encima de la lencería.

—Aún no puedo responder, no tengo suficiente material para analizar.

—¿Ah, no? —intento parecer natural, algo que no resulta nada fácil cuando tu único pensamiento son sus dedos, que están prendiendo fuego a tu ropa interior.

—Creo que necesito más información.

Se detiene y vuelve a bajar la mano por mi muslo; se pone de pie y me coge de la mano para que me levante también. Apoyo las palmas abiertas sobre su pecho e inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Sueño con hacer el amor contigo desde hace al menos doce o trece años.

—Ya nos hemos acostado antes.

—No como yo quiero —me agarro a su camisa para no acabar en el suelo.

—Ni como tú te mereces.

CAPÍTULO 54
ALEX

Busco la cremallera de su vestido —mi obsesión desde que salimos del bar— y la deslizo hasta la base de la espalda. Con las manos en sus hombros, hago que los tirantes bajen lentamente por sus brazos. Ellie da un paso atrás y el vestido cae por sus piernas hasta posarse sobre sus pies. Le da una patadita para apartarlo y se queda inmóvil ante mí, solo en ropa interior, con los brazos a los lados y la expresión de quien se sabe observada.

Recorro lentamente su cuerpo con la mirada, de abajo arriba. Es cierto que conozco cada detalle suyo, tanto que podría dibujarla de memoria, pero hay rincones ocultos que nunca he podido examinar con atención. Nuestros encuentros íntimos siempre han sido apresurados y accidentados, pero esta noche ha llegado el momento de remediarlo.

Alzo la mirada hasta sus ojos, fieros y verdaderos, que solo desean contemplar a través de los míos lo que estoy fijando en mi memoria, lo que se convertirá en mi imagen favorita para fantasear cuando ella no esté conmigo.

Se acerca de nuevo, con las manos en los botones de mi camisa. Lo hace con calma, no hay prisa, ni ansia ni desesperación ahora; no hay dudas ni miedos. No tenemos necesidad de perseguirnos porque ninguno de los dos volverá a dejar al otro, aunque estemos a miles

de kilómetros de distancia. La camisa resbala por mis brazos y cae al suelo. Ellie se muerde el labio al ver mi torso, al que le dedica más de un par de segundos; sus ojos lo recorren lentamente y, cuando regresan a los míos, se han vuelto más oscuros y profundos.

Y esta también será una imagen que vivirá para siempre en mi cabeza.

A las personas que amas las llevas contigo vayas donde vayas, aunque no puedas tenerlas en tu cama cada noche o en tu casa; aunque sean ellas las que se marchen, aunque creas que no volverán jamás. No necesitas un lugar físico donde imaginarlas, porque viven dentro de ti, el único sitio al que pertenecen por derecho propio.

Así que la tomo de la mano y la estrecho entre mis brazos, porque es el único lugar donde quiero recordarla cuando no estemos así de cerca, cuando me invada la nostalgia, cuando su ausencia resulte asfixiante.

Le acaricio la espalda y le desabrocho el sujetador, que acaba en el suelo, junto a nuestros pies; sus pezones tensos rozan mi pecho. Me inclino hacia su cuello y la beso despacio, con los labios apenas entreabiertos; mis manos rodean sus pechos y los pulgares presionan los pezones.

Su respiración se vuelve más intensa mientras subo con la lengua por su cuello. Pongo una mano en su nuca para que se gire hacia mí y la beso, lento pero exigente. Quiero toda su boca, quiero su lengua, quiero sus suspiros y quiero su cuerpo ahora mismo rodeando el mío. Mi mano se desliza hacia su sexo y lo rozo.

Trago su gemido y acaricio sus labios. Ellie hunde las manos en mi pelo mientras mi beso se vuelve más rápido y obsesivo. Dos dedos se deslizan en ella con facilidad; presiono hasta el fondo y luego los retiro lentamente. Su cuerpo reacciona empujando contra el mío en busca de algo más profundo y total. La levanto por las nalgas; ella rodea mi cintura con las piernas y mi cuello con sus brazos. Me dirijo hacia su cuarto y caemos juntos en la cama, con sus piernas todavía enredadas en mis caderas. Me safo de su agarre y me pongo de pie para quitarme los vaqueros y los bóxers; luego me inclino sobre ella, agarro el borde de su ropa interior y se la

quito despacio, observando la reacción excitante de su cuerpo, que se agita a la espera de lo que vendrá después.

La miro allí, tendida desnuda sobre su cama, con la piel todavía bronceada por nuestro día en el mar, el pelo esparcido sobre las sábanas, los brazos a los lados, una pierna ligeramente flexionada y la respiración hinchándole el pecho.

—Nunca me habías mirado así.

Me inclino sobre ella, con las manos apoyadas en el colchón; levanta la barbilla hacia mí esperando mis labios y yo la complazco de inmediato. Porque no se puede hacer esperar a una mujer así, ¿verdad?

Me muevo sobre ella, mi sexo roza el suyo, sus manos recorren mi espalda. Me tumbo de lado y observo su boca enrojecida; la acaricio con dos dedos, sintiendo su aliento contra mi piel; hago que entreabra los labios presionando el inferior y luego mi lengua se desliza lentamente en su boca.

Bajo por su espalda, recorro la curva de sus nalgas y vuelvo a tocar su sexo; lo acaricio con la palma, con los dedos jugando con picardía; su gemido prolongado se pierde en mi garganta y desata el mío. Me incorporo y me pongo de rodillas mientras Ellie se tumba boca abajo. Vuelvo a su sexo, esta vez penetrándola lentamente con los dedos, mientras ella eleva la pelvis para pedirme tácitamente que llegue más al fondo.

La imagen de su cuerpo tendido en la cama, de sus manos aferradas a la sábana, su respiración irregular, la forma en que se mueve contra mi mano. Me inclino sobre ella y retiro los dedos despacio. Ellie se gira hacia mí con cara de pocos amigos, pero la agarro por las caderas y la atraigo; la punta de mi sexo presiona ya contra su entrada.

—Oh, Dios —es lo único que puede decir mientras me deslizo dentro de ella y se aferra con fuerza a la sábana. Eleva la pelvis y empuja contra mí, estando a punto de hacerme correr; así que la detengo antes de que otra embestida resulte fatal.

—Alex… —intenta moverse de nuevo y aprieto el agarre sobre sus nalgas—. Por favor…

—Shh… —susurro inclinándome junto a su cara, con las manos recorriendo su abdomen hasta rodear sus pechos—. Necesito un minuto.

—Yo no tengo un minuto —se queja, y me río.

—Si sigues moviéndote así, yo no tendré ni un segundo.

Esta vez es ella la que se ríe.

—Te quiero, Ellie J. —le digo, con el corazón agitándose de forma absurda en el pecho.

Ellie gira la cabeza para atrapar mis labios.

—Yo también te quiero, Brennan. Pero como no vuelvas a moverte…

La hago callar metiendo la lengua en su boca y apretando un pezón entre mis dedos, lo que no hace más que provocar otro movimiento peligroso de sus caderas.

—Brennan… —dice contra mi boca, desesperada.

Me incorporo de nuevo y pongo mis manos sobre las suyas, apresándolas contra el colchón.

—Lo único que tienes permiso para decir es «más rápido» y «más fuerte».

Y Ellie sigue mis instrucciones al pie de la letra. Ya no se queja, salvo para incitarme a ir más rápido; y ya no me ruega, salvo para pedirme que vaya más fuerte.

Y ya sabéis cómo soy: soy un tipo amable y hago lo que sea por complacer a la gente. También soy un tipo generoso: lo doy todo de mí para satisfacer a quien amo.

Y cuando ella eleva el tronco buscándome, me inclino sobre su rostro y la beso; la beso y la beso una vez más, hasta que la siento temblar bajo mi cuerpo y en mi boca, y hasta que yo mismo tiemblo dentro de ella y sobre sus labios.

Me agarra del pelo para mantenerme pegado a ella, y yo la sujeto por la cara para tenerla aún más cerca. Como si algo pudiera interponerse entre nosotros ahora; como si algo fuese capaz de separarnos.

—No te voy a dejar, Ellie J. —le digo jadeando, y no es un jadeo que venga solo por el esfuerzo físico que acaba de consumarse en esta habitación.

—Vale —se relaja apenas un poco sin soltarme—. Pero por si acaso, te voy a tener así un rato más.

—Todo el tiempo que necesites.



VUELVO CON ELLA, QUE SIGUE TUMBADA EN LA CAMA, CON LOS BRAZOS doblados bajo la cabeza, completamente desnuda. Me siento y le tiendo un vaso.

—Prácticamente tienes media destilería aquí metida.

—Solo whisky de la casa, el mejor —se gira de lado y lo coge, se lo lleva a los labios y da un par de sorbos—. Además, ya sabes, conozco a uno de los destiladores.

—¿Ah, sí?

—Digamos que tenemos algo entre manos.

—Interesante —dejo mi vaso en la mesita de noche y me tumbo boca arriba a su lado.

—¿Y es algo serio?

Ellie suspira.

—Eso espero. Muchísimo.

Giro la cabeza hacia ella.

—Sabes que es así.

Se mueve hacia mí y se acurruca contra mi cuerpo, apoyando la cabeza en mi pecho y empezando a acariciarme el abdomen con dos dedos, mientras yo le acaricio la espalda.

—Me gusta estar aquí —digo con la vista fija en el techo—. Parece un sitio para ti. Y me gusta que me hayas invitado a quedarme.

Sonríe contra mi piel.

—¿Así mañana por la mañana nadie podrá ponernos en un aprieto?

—Exacto, sobre todo porque tú has gritado. Y mucho.

Levanta la cabeza de golpe.

—Me pregunto por qué será —comenta, con tono insinuante.

—Bueno, sí, el tipo con el que sales, el destilador, ¿no? Debe de ser un crack.

Se relaja de nuevo sobre mí.

—Lo es. Él es el mejor.

—Bueno, no exageremos. Es bueno, claro, pero…

—No hay otro como él, creo que es el último ejemplar que queda.

¿Os he dicho alguna vez que después del sexo estoy especialmente sensible? No, básicamente porque es algo que he descubierto hace poco. Me di cuenta justo después de hacer el amor con la mujer a la que amo y, como después pasaron tantas cosas, no tuve tiempo de poneros al corriente.

—¿De verdad? —mi voz intenta traicionarme, pero logro mantener el control respirando despacio.

—Y yo tengo mucha suerte, porque parece que este hombre maravilloso ha decidido quererme precisamente a mí.

Respirar no sirve de una mierda ahora mismo.

—Puedes jurarlo —la atraigo hacia mí y se tumba sobre mi cuerpo—. Y el mío no es un amor cualquiera. Más te vale irte haciendo a la idea.

—¿A qué idea?

—A la de ver mi cara el resto de tu vida.

¿He hablado de más? Mala suerte, no es que pueda tragarme mis palabras ahora.

—Me gusta tu cara —dice ella, decidiendo lanzarme un salvavidas.

¿Podría amarla más?

—Y a mí me gusta la tuya, y me gustan muchísimas cosas más; si quieres te las enumero todas.

Ellie me hace callar presionando su boca contra la mía, pero el beso se convierte enseguida en una amenaza de «exceso de equipaje».

La sujeto por los hombros y hago que se tumbe boca arriba, me inclino sobre ella y mi pelo roza su frente.

—Si quieres puedo enseñarte todas las partes de ti que me gustan, pero mejor empezamos ya mismo, porque son unas cuantas.

—Soy toda tuya —me agarra por la nuca y me atrae hacia su boca.

Y después Ellie ya no habla más: lo único que dice durante mi demostración práctica es «más rápido», cuando empujo con fuerza dentro de ella, y «más fuerte», cuando está lista para temblar conmigo.



NOS DESPERTAMOS MUY TEMPRANO, A PESAR DE LA SESIÓN EXTRA de anoche, porque quiero volver a casa antes de que Justin regrese de pasar el fin de semana con su madre. Ellie no ha dicho nada al respecto; se ha puesto unos pantalones cortos y una camiseta y, descalza, se ha ido a la cocina para hacer café. Yo me he puesto los vaqueros y he ido tras ella enseguida, admirándola mientras se mueve por su piso, completamente a su gusto conmigo aquí.

Prepara dos tazas mientras yo me siento en la silla; solo hay una, así que cuando se acerca, la agarro por las caderas y hago que se siente en mis rodillas. Me tiende una taza y da un par de sorbos a la suya, relajándose contra mi pecho.

—¿Cómo es que solo tienes una silla?

—No necesitaba más.

—Mmm…

—No recibo visitas aquí.

Me aclaro la voz y hago la pregunta que lo va a estropear todo, pero soy un hombre, razono con «la otra cabeza» y los celos me carcomen por dentro, así que sigo adelante de todos modos.

—¿Chase nunca ha estado aquí?

—Nadie ha estado nunca aquí.

Vale, la respuesta no me disgusta, pero ahora hay otro gusanillo que me está carcomiendo por dentro.

—¿Has sabido algo de él?

Ellie deja el café sobre la mesa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ya sabes por qué.

—No he sabido nada de él, Alex, pero tengo intención de llamarlo.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto enseguida, alterado.

—Porque es lo correcto y porque quiero que sepa cómo están las cosas. Y porque… —Deja de mirarme—. Quiero pedirle perdón por lo que le hice.

Eso sí que me sienta fatal.

—Se lo buscó y, desde luego, se lo merecía.

La cabeza de Ellie se gira bruscamente hacia mí.

Joder.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Yo? Nada, ya sabes que hablo sin pensar.

—¿Qué es lo que no sé, Alex?

Joder.

—No sé de qué estás hablando, Ellie. Solo ha sido un comentario fruto de los celos —al menos me sirve como excusa.

Ellie guarda silencio durante unos segundos y, al final, llega sola a las respuestas que no quiero darle.

—¿Por qué estabas tú en su lugar aquella noche?

Joder.

Y ya son tres. ¿Por qué nunca hago nada bien?

—¿Tiene alguna importancia ahora? —pregunto, esperando que le baste. Estamos juntos, nos queremos… ¿a quién coño le importa el pasado?

—Creía que eras un tío sincero.

Vale. A ella sí le importa. Y además ha elegido el camino más fácil para conseguir de mí lo que quiere.

—Tú solo dices chorradas cuando tienes miedo, así que me pregunto: ¿de qué tienes miedo ahora?

Ha dicho que espera sinceridad, así que no tendrá otra cosa.

—Había quedado con alguien.

—¿Con una mujer?

Asiento.

—¿Y tú lo sabías?

—No, Ellie, me enteré esa misma noche. Y te juro que no sé quién es, si llevaba tiempo, si era algo ocasional o si… —me

detengo. Estoy diciendo cosas que ella ni siquiera me ha preguntado, pero son las mismas preguntas que me he hecho yo una y otra vez y que se han quedado sin respuesta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería que me usaras para pagarle con la misma moneda.

Y no podría ser más sincero que eso.

—¿De verdad crees que habría sido capaz?

—Tenía pánico de que te acostaras conmigo solo para hacérselo pagar. No lo habría soportado.

—Pero sabes que yo nunca habría hecho algo así, ¿verdad?

Acaricio sus labios con los dedos.

—No podía arriesgarme.

Suspira. Si es de resignación o de decepción, creo que lo descubriré pronto.

—¿Por qué no me lo dijiste después?

—Porque no quería que sufrieras.

—¿Crees que yo podría sufrir por él?

—La verdad es que no lo sé, Ellie, pero me da miedo descubrirlo. Y tengo miedo de tener que aprender a estar de nuevo sin ti después de haberte sentido tan cerca.

Carga emocional post-sexo, ¿recordáis?

—No vas a estar sin mí, Brennan. No cuentes con ello.

Aunque intenta mostrarse despreocupada, la noto tensa entre mis brazos.

Le aparto el pelo de la cara y la miro.

—¿Ah, no?

—Estás a salvo conmigo —se muerde el labio—. Porque pienso amarte todos los días que tú me amaste a mí y seguir haciéndolo durante todos los días que me ames.

—Vaya, pues podrían ser unos cuantos… No es que uno pueda dejar de amarte así como así, ¿sabes?

—Menos mal —dice, y esta vez está nerviosa de verdad—. Porque, de lo contrario, tendría que aprender a estar de nuevo sin ti y me temo que ya no sería capaz.

CAPÍTULO 55
ELLIE

De vuelta en Cliathán, Alex va con su familia, pendiente de ir a recoger a Justin al aeropuerto, y yo regreso con la mía. Le he dado un poco de espacio: tiene que enfrentarse a muchos problemas y tomar decisiones importantes que yo apoyaré, pero en las que no quiero influir de ninguna manera.

Me dirijo hacia la casa de Shane y me sorprende encontrarlo ya despierto, sentado en el escalón de la puerta. Me siento a su lado y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Tú lo sabías?

—¿El qué?

—Que Alex estaba enamorado de mí.

—Ahh… ¿Ya ha cantado?

—Sé serio, por favor.

—Claro que lo sabía, además, todo el mundo en el pueblo lo sabe.

—Solo porque interrumpió mi boda.

Shane se queda en silencio un rato y luego suspira.

—Porque era el único al que dejabas acercarse después de la muerte de mamá.

Siempre duele cuando alguien lo menciona. Yo no lo hago, actúo como si ella nunca hubiera existido, y soy consciente de que no es

sano reaccionar así, y de que ni siquiera es respetuoso con ella, pero es mi forma de lidiar con el dolor.

—Era el único que no sentía lástima por mí.

—¿Y todos los demás sí?

—Era agobiante. Fuera donde fuera oía a la gente cuchichear, incluso en los pueblos cercanos. "Esa es la hija de Peter Johnston, el del whisky. La que sobrevivió a aquel terrible accidente en el que murió su madre. Pobre chica, quién sabe cuánto estará sufriendo".

—¿Y eso no era verdad? ¿Acaso no sufrías?

—No quería que me lo estuvieran recordando cada minuto de mi vida.

—¿Brennan no lo hacía?

—Él me hacía vivir —lo digo con orgullo.

—Entonces no es tan idiota.

—Claro que no lo es, y tú lo sabes.

—No fue fácil para él cuando te marchaste. Fue como si te lo hubieras llevado contigo. Seguía siendo el Brennan de siempre, pero le faltaba algo. Un poco de ese algo que también te faltaba a ti.

Levanto la cabeza y me giro hacia él, apoyando la espalda detrás de mí.

—¿Tú crees?

Shane da un sorbo al café.

—Dos idiotas, eso es lo que sois.

Le doy un puñetazo en el brazo y él finge que le ha dolido. ¡Qué le va a doler! Shane es puro músculo; estoy segura de que se entrena a escondidas todos los días.

—¿También sabías lo de Chase?

—¿A qué te refieres?

—¿Te habías dado cuenta de que tenía a otra?

—Brennan ha avanzado mucho.

—¿Lo sabías o no?

—Lo intuía, y me parecía raro que no te preguntaras por qué encontraste a Alex en su cama.

—No es que no me lo preguntara, es que en ese momento estaba enfadada y confundida, y sentía todas esas cosas y… Chase se convirtió en el último de mis problemas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿Por qué ibas a casarte con él si no estabas enamorada?

—¿Cómo sabes que no estaba enamorada?

Me mira con condescendencia.

—No es que estuviera tan segura. Tenía muchísimas dudas y no sabía qué hacer. Luego pasó lo que pasó, me acosté con Alex y el resto es historia.

—¿De verdad ibas tan borracha?

—Sí, pero no tanto, al menos no cuando… bueno, ya sabes.

—¿Cuándo te acostaste con él?

—Creo que bebí mucho más después.

—Y yo que pensaba que el único que la liaba era Brennan.

—Pues parece que no.

—Sois tal para cual —comenta riendo.

—¿De verdad lo crees?

Su mirada se suaviza.

—¿Necesitas mi aprobación?

—Necesito tu apoyo.

Shane suelta un gran suspiro y mira hacia delante, hacia el campo que nos rodea.

—Yo no sé qué es el amor, Ellie, ya sabes cómo soy. No le doy muchas vueltas a esas cosas. No es que no crea en ello, es solo que no soy de los que se hacen preguntas. Si alguien me gusta, bien; si no, a otra cosa. Pero sí sé lo que pasa cuando Alex te mira.

—¿Y qué pasa?

—Pasa que empiezo a hacerme esas preguntas.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Sabes que quiero a ese idiota, igual que te quiero a ti. Tú eres mi familia y él forma parte de ella desde que nació.

—¿Qué intentas decirme?

—¿Has vuelto, Ellie?

Esperaba que me lo preguntara. No esperaba que lo hicieran Reid o papá; ellos son parecidos, prefieren no saber por miedo a que la respuesta sean malas noticias. Pero Shane no. Él quiere la verdad.

—Creo que sí —le digo, respondiéndome también a mí misma. Hacía tiempo que esa pregunta rondaba mi cabeza—. He vuelto —añado, más convencida—, aunque todavía no esté en casa.

Y el pensamiento toma forma en mi mente en el mismo instante en que se posa en mis labios. He vuelto, estoy aquí en cuerpo y alma, aunque todavía no haya encontrado mi sitio, ese en el que esté lista para vivir para siempre.

—Bueno, ya es algo, ¿no?

—Supongo que sí.

Levanta el brazo, lo pasa por encima de mi hombro y me acerca a él. Apoyo de nuevo la cabeza en el hueco de su cuello y lo oigo suspirar.

—Lo importante es que has vuelto, Ellie. Del resto ya nos ocuparemos.

CAPÍTULO 56
ALEX

En cuanto subimos al coche, Justin empezó a hablar de Roma, de lo calurosa y soleada que era, de cuántas cosas habían visto y de cuántos helados se había comido y de que no tenían nada que ver con los que guardamos en el congelador de casa. Estaba entusiasmado, todavía con el subidón por las breves vacaciones que había pasado con su madre, que, por su parte, iba sentada a mi lado, con el torso girado hacia la parte trasera del coche para añadir detalles al relato de Justin. Ella conoce bien Roma, igual que muchas otras ciudades; lleva toda la vida viajando.

A mitad de camino, más o menos, Justin cae rendido. Mel y yo nos quedamos en silencio, llenando el coche de una sensación de incomodidad y de tensión, como si fuéramos dos extraños obligados a compartir un espacio minúsculo. Y, sin embargo, nunca ha sido así entre nosotros, aunque no hayamos tenido una relación ni hayamos vivido juntos. Durante un tiempo sí fue así: cuando Mel trajo a Justin aquí por primera vez, se quedó un mes con nosotros. Luego se fue, después volvió… Pasó dos o tres veces antes de tomar la decisión de dejarlo conmigo. Y ahora ha decidido, en cambio, que ha llegado el momento de recuperarlo. Como si la felicidad pudiera darse y quitarse a su antojo.

—Se lo ha pasado muy bien —Mel rompe el silencio con una frase hecha—. Debería organizar estos fines de semana más a menudo, Justin no ha visto prácticamente nada.

—No todos los niños de ocho años pueden recorrer el mundo de arriba abajo —respondo, molesto, sin apartar la vista de la carretera.

—Pero él puede —contesta con altivez.

—¿Estás diciendo que yo no se lo he permitido?

—¿Por qué tienes que ponerte a la defensiva a la primera de cambio?

—Ni siquiera deberías hacerte esa pregunta.

Mel suspira y gira la cabeza hacia la ventanilla.

—Le quiero, Alex, y quiero que se venga a vivir conmigo.

—Yo también le quiero, y quiero que se quede en la casa donde se ha criado.

—No me obligues a hacerlo, por favor.

—¿A hacer qué?

—No me obligues a ir por otra vía. Pensemos…

—La única forma de pensar que conoces es que se haga lo que tú digas.

—Sabes perfectamente que nadie te daría la custodia.

—Lo abandonaste.

—Lo dejé con su padre.

—Y ahora quieres quitármelo.

—No te estoy quitando absolutamente nada, Alex. Justin podrá venir aquí durante las vacaciones o podrás ir tú a verlo siempre que quieras. Francia está a la vuelta de la esquina.

Asiento varias veces, con los dedos golpeando nerviosos el volante.

—Estaba pensando que podría ir yo.

—¿Cómo dices?

—A Francia.

—Claro —dice, dubitativa—. Ya te lo he dicho, cuando quieras.

Niego con la cabeza.

—Digo a vivir allí.

—¿Tú? ¿En Francia?

—Ajam.

—Pero Alex, ¿qué harías tú en Francia? Tienes un trabajo aquí, una casa, una familia…

—Pero Justin estará allí —la miro, aprovechando que el semáforo está en rojo—. Y yo quiero estar donde esté él.



EN CASA, JUSTIN REPITE LA MISMA HISTORIA ANTE MI MADRE Y MI abuelo, pero Mel ya no participa como antes. Estamos sentados a la mesa en el jardín; mamá ha preparado salmón al horno, puré de calabaza y croquetas de patata, pero nadie tiene mucho apetito, a excepción de Justin, que odia la calabaza y se ha lanzado de cabeza a por las croquetas, debe de haberse comido al menos diez.

Cuando se levanta de la mesa para ir a por una Coca-Cola al frigorífico, Mel se dirige a mí.

—Me gustaría que se lo dijéramos juntos.

—¿Ya? —mi abuelo se alarma.

—Tengo que volver a irme en unos días y quiero que se venga conmigo.

—Intenta ser razonable, Mel —mi madre trata de mediar—. Estas cosas hay que hacerlas poco a poco, no puedes llegar y llevártelo sin prepararlo antes.

—No estoy diciendo que quiera que se mude ya, solo que quiero llevármelo conmigo, que conozca a mi pareja, que vea la casa y la ciudad, que se vaya acostumbrando a la idea.

—O quizá sobornarlo con un perro o una iguana —sentencia mi abuelo.

—Abuelo… —lo reprendo.

—¿Te crees que no lo hará? ¡Un lavado de cerebro, eso es lo que le espera! —el abuelo se altera un poco más de la cuenta.

—¿Por qué estáis discutiendo? —pregunta Justin en cuanto vuelve con nosotros.

—No estamos discutiendo, ya sabes cómo es el abuelo, pierde los papeles por cualquier mier…coles.

Por toda respuesta, el abuelo se levanta de la mesa y se aleja hacia el campo sin decir ni una palabra.

—Voy a sacar el postre del frigorífico —mi madre también se levanta, al menos de forma más discreta que el abuelo.

Justin vuelve a sentarse sin hacer más preguntas, pero no estoy seguro de que se lo haya tragado.

—Justin, cariño —empieza Mel, captando su atención—. Estaba pensando… ¿te gustaría venirte conmigo unos días a Francia?

—¿Ahora?

Mel asiente.

—¿Cuántos días?

—No lo sé… cuatro, cinco…

—Pero así me perderé los entrenamientos.

—¿Y son tan importantes?

Hago un esfuerzo sobrehumano para quedarme callado.

—Ya me he perdido el partido de hoy.

—¿De qué partido habla? —me pregunta entonces a mí.

Lo sabría si viviera con él, si le importara algo más que ella misma.

—GAA, mamá. Juego desde que tenía cinco años.

—Claro, qué tonta —dice Mel, incómoda—. ¿Y tanto te gusta?

—Soy el mejor del equipo.

—¿De verdad?

—Eso dice el entrenador Reid.

—No lo llames *entrenador*, por favor, que ya se lo tiene bastante creído.

—No entiendo de qué estáis hablando… —Mel mira primero a Justin y luego a mí.

—No pasa nada, mamá; son cosas que no te interesan.

—Cosas de chicos, que no les interesan a las chicas —aclaro yo, porque la frase de Justin ha sonado fatal.

—Pero a Ellie sí le interesa —dice Justin, y tengo la ligera sospecha de que lo está haciendo a propósito.

—¿Ellie? —pregunta Mel mirándome.

—Ellie Johnston —continúa Justin—. La amiga de papá.

—¿Tienes una amiga, Alex?

—¿Por qué, tú no las tienes? —le espeto irritado.

—Bueno, a papá le gusta. Y mucho.

—No me habías dicho nada.

—Yo tampoco sabía gran cosa de ti hasta hace unos días.

No tiene ningún derecho a preguntarme por Ellie, igual que no tiene derecho a estar aquí, a llenarle la cabeza a Justin de tonterías. Igual que no tiene ningún derecho a quitármelo.

—De todas formas, estoy segura de que en Francia también habrá de eso del GAA.

—¿Ah, sí? ¿Fútbol gaélico?

La cara de Mel se ensombrece.

—Pero hay otros deportes, está el fútbol. ¿No te gustaría probar?

La observo esperando a que diga algo fuera de lugar, pero entonces Justin zanja la discusión de forma tajante y preocupante.

—¿Por qué debería hacerlo? —levanta la mirada hacia su madre —. Yo vivo aquí y me gusta lo que hago aquí.

~

A PRIMERA HORA DE LA TARDE, Justin me pregunta si puede ir a ver a Sarah Dunn porque le ha traído un imán del Coliseo y quiere dárselo. Mel se ha quedado en casa, tenía que escribir unos correos, así que he aprovechado para pasar un rato a solas con él.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto tan pronto como subimos al coche, es inútil fingir que no pasa nada.

—Os oí hablar.

Suelto un gran suspiro.

—Y además, mamá habló demasiado de Francia durante el viaje.

—¿A qué te refieres?

—Estábamos en Italia y ella no paraba de decir lo bonita que es Francia; que en Francia se vive mejor, que hace menos calor, que se come más helado… Chorradas así.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Y tú?

Responde con la misma pregunta. Es igualito a su padre.

—Yo no puedo decírtelo y tampoco puedo decidir por ti.

—¿Eso significa que puedo decidir yo?

—Ojalá fuera así.

Justin se queda en silencio mientras mira por la ventanilla, después añade:

—Los padres de Brendan Cole se separaron el año pasado. Su madre volvió a Belfast. Brendan tuvo que mudarse y ahora solo viene cada dos semanas, un par de días.

Escucho su razonamiento, que en mi cabeza ya ha cobrado todo su significado.

—A él no le gusta Belfast. Ni le gusta su nuevo colegio, y no tiene amigos.

—Lo siento mucho.

—No es feliz allí.

—Lo entiendo.

—Su padre querría que estuviera con él y Brendan también querría volver aquí, pero alguien ha decidido que tiene que estar con su madre.

No digo nada más porque él ya lo ha dicho todo.

—¿Pasa lo mismo conmigo?

—En cierto sentido, sí.

—¿Por qué? —me pregunta girándose hacia mí.

—No tengo una respuesta real para esa pregunta, pero sí puedo decirte que nunca te dejaré solo; que no tendrás que verme solo dos días cada quince días, que me tendrás siempre a tu lado.

—¿Y cómo?

—Yo voy a donde tú vayas. Si tú te mudas a Francia, yo también iré.

—¿Y cómo lo harás? ¿Y la abuela y el abuelo? ¿Y la destilería?

—Se las apañarán sin mí.

—¿Y Ellie?

Joder. Duele muchísimo cuando quien te lo dice es tu hijo de ocho años.

—Eso es un poco más complicado, pero te prometo que encontraré la forma de que todos estén bien.

—No puedes.

—Claro que puedo, soy tu padre.

Justin me mira con los ojos llenos de resignación.

—Esta vez ni siquiera tú puedes, papá.



DESPUÉS DE DEJAR A JUSTIN EN CASA DE SARAH, ME DETENGO en casa de los Johnston, porque tras solo medio día sin ella ya no soy capaz de pensar con claridad; es inútil preguntarme cómo lo haré cuando no la vea durante días enteros o semanas.

Aparco el coche y Reid sale a mi encuentro.

—¿Cómo ha ido el partido? —le pregunto al bajar.

—Estaba sin mi delantero estrella, ¿tú qué crees?

—A Justin también le ha fastidiado no estar.

—Pero estará para el próximo, ¿verdad?

—¿Cómo coño lo sabes?

—¿El qué?

—No me vaciles.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Reid!

—¡Solo he hecho una pregunta!

—¿Quién más lo sabe?

—Todos.

—Perfecto.

—¿Qué esperas? Estamos en Cliathán.

—No quiero que le lleguen rumores raros a Justin; aunque ha pillado que la situación es delicada, no quiero que lo vea de forma equivocada.

—¿Es que hay una forma correcta de verlo?

—Probablemente sí, aunque ahora mismo no soy capaz de encontrarla.

—¿Entonces no vas a hacer nada? ¿Vas a dejar que se marche con ella?

—Estás hablando de su madre, Reid.

—No será feliz lejos de aquí.

—Se acostumbrará rápido, hará amigos…

—No te crees ni una palabra de lo que estás diciendo.

—Tengo que creérmelo. Y además estaré yo con él y le ayudaré a…

—Espera, ¿qué demonios estás diciendo?

—¿Crees que voy a dejar que se vaya y ya está?

—Tú tampoco serás feliz nunca lejos de aquí.

Niego con la cabeza y desvío la mirada hacia el prado que tenemos delante, donde veo a Ellie caminando hacia nosotros entre la hierba que le llega a las rodillas y la luz iluminándole la cara.

—Y ella tampoco lo será —comenta Reid, al darse cuenta de hacia dónde estoy mirando—. Veo venir otro buen berenjenal, Brennan.

El único consuelo es que, al menos esta vez, no habré sido yo quien lo haya provocado.

SENTADOS BAJO EL GRAN ROBLE NOS QUEDAMOS EN SILENCIO observando la colina a lo lejos. Ellie está sentada entre mis piernas, con mis brazos rodeándole la cintura y su cabeza apoyada contra la mía. He soñado tanto con momentos así que, ahora que por fin el sueño es real, me veo obligado a despertarme y a despertarla a ella también.

—Entonces, ¿qué será esto?, ¿un periodo de prueba?

—Creo, algo así.

—¿Y Justin lo sabe?

—Justin ya lo ha entendido todo. Es demasiado espabilado para mí y para mis gilipolleces.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Justin ya lo ha entendido todo. Es demasiado espabilado para mí y para mis gilipolleces.

—¿Y cómo ha reaccionado?

No puedo contarle lo que me ha dicho porque todavía no soy capaz de aceptarlo yo mismo.

—No muy bien.

—La semana que viene no podremos ir en kayak —dice de repente—. Se lo había prometido.

La pego un poco más a mí instintivamente.

—Ya habrá otras ocasiones.

Y esta vez me veo obligado a mentir, porque no soporto verla triste. No otra vez. Y, sobre todo, no quiero que lo esté por mi culpa.

Ellie no responde. No quiere hablar de ello, no quiere enfrentarse al tema ahora mismo. La conozco, sé cómo es: está ocultando lo que siente de verdad respecto a todo esto. Es su manera de seguir sobrellevarlo, una manera que respeto y que seguiré respetando.

—¿Por qué no vienes a casa esta noche? —le pregunto de pronto.

Se incorpora un poco para poder mirarme.

—¿A cenar?

—Sí.

—No lo sé… ¿no sería raro?

—¿Por qué?

—Bueno, está todo el tema de Justin de por medio y está Mel… Seguro que tenéis muchas cosas que discutir entre vosotros, en familia.

Yo también me incorporo, separando la espalda del tronco del árbol. Ellie se gira hacia mí, con las piernas dobladas hacia un lado sobre la hierba.

—No quiero entrometerme en tu vida, Alex.

—Dios, Ellie. Ya no existe una familia de la que tú no formes parte, ni existe una vida en la que tú no estés.

Se muerde el labio, pero no responde. Tal vez deba ser más convincente. A veces no soy capaz de expresarme con palabras como me gustaría. Así que me acerco a sus labios y le digo, de la única forma en la que no tengo problemas para hacerlo, que ya no existe un Alex B. sin su Ellie J.

CAPÍTULO 57
ELLIE

Nunca había visto a Mel. Había oído hablar de ella, aunque no muy a menudo; no es que Alex fuera muy dado a sacar el tema. La conversación más larga que tuvimos sobre ella fue cuando me habló de Justin. En realidad, no me enteré por él, sino por mi hermano Reid; Alex no se atrevió a contármelo hasta pasadas unas semanas, y solo ahora entiendo por qué.

No me había dicho que fuera tan guapa. Vale, es modelo, pero en mi cabeza no me la imaginaba así. Es indignante lo alta que es y el brillo que tiene en el pelo, por no hablar de ese maldito acento francés: no soy un hombre, pero si lo fuera, habría pensado en ella más de una vez.

No es que Alex se quede atrás. Ya era guapo de joven, pero ahora ha ganado un atractivo maduro y algo rebelde, aunque de rebelde él no tenga mucho. Serán ese pelo ondulado siempre despeinado, su forma de sonreír, como si supiera que te tiene en la palma de la mano. ¿Y qué decir de esos ojos que por sí solos dicen todo lo que una mujer necesita oír? Por no hablar de sus manos grandes, de agarre firme —de eso yo sé un rato—, y esos labios que ya siento en mi piel como si me hubieran marcado de por vida. Creo que sobra enumerar sus infinitas cualidades porque saltan a la vista. Alex no se esconde, no intenta ser algo que no es; no finge ser duro

y fuerte si por dentro se siente frágil e inseguro, no escatima en nada y se vuelca en los demás.

Dios, ¿cómo he podido no amarlo antes?

—¿Estás bien? —me pregunta, y su voz me hace volver a la tierra.

—Claro, ¿por qué?

—Parecías rara.

—Todo va de maravilla —digo, mientras pongo el último plato en la mesa.

—Gracias por la ayuda, Elizabeth —dice Clodagh al pasar a mi lado.

—¿Puedo hacer algo más?

—Siéntate y disfruta de la cena.

Disfrutar de la cena es difícil, dada la atmósfera que flota ahora mismo en esta casa. Y, aunque es un día precioso, aunque el sol aún no nos ha abandonado, aunque el aire es templado y a nuestro alrededor solo se percibe la quietud de este lugar, aunque estoy junto al hombre que amo, nada es como antes. Ni siquiera parece la misma familia que me acogió cuando la mía estuvo a punto de desmoronarse.

Cuando nos sentamos a la mesa nadie habla demasiado, ni siquiera Justin, que normalmente no se calla ni un minuto y habla incluso con la boca llena. Se nota que algo no va bien, se respira tensión y sufrimiento, algo que siempre he respirado en casa de mi padre y que me hacía venir corriendo aquí cuando no podía más y necesitaba volver a respirar.

—La primera vez que estuve aquí —rompo el silencio y todos se quedan paralizados, con los cubiertos a medio camino— tenía cinco o seis años.

—Seis —dice Alex mirándome.

—Mi madre me trajo porque me había roto un brazo saltando desde el roble que hay detrás de mi casa. Ella tenía que ir a la escuela de danza, daba clase allí, y yo no quería ir porque no podía bailar, así que me trajo a casa de los Brennan.

Clodagh me sonríe y coge mi mano.

—Alex y yo éramos amigos, él tiene la misma edad que mi hermano, pero yo nunca había estado aquí. Normalmente era él quien venía a nuestra casa.

—Te rompiste el brazo por mi culpa —dice Alex—. Yo no quería saltar desde aquella maldita rama, tú querías demostrarme que no era para tanto y acabaste rompiéndote el brazo.

—No recordaba ese detalle —digo, haciéndome la despistada.

—Y por si fuera poco me cubriste —niega con la cabeza—. Todavía me siento culpable por ese brazo.

—¿De verdad eras un cagueta? —Justin parece animarse.

—¡Uff! Se cagaba de miedo por cualquier cosa.

—No exageremos.

—Tiene razón —interviene su abuelo—. Y todavía lo hace.

—No es verdad.

—Pero nunca saltaste desde el acantilado más alto de Clifden.

—Porque no le veía la utilidad.

Justin se ríe.

—Siempre te echas atrás, como cuando no quisiste entrar en la casa del terror.

—¡Tenía diez años!

—Trece.

—¿Y qué? Daba miedo.

—Tampoco quisiste entrar el año pasado, cuando estuvo la feria en Clifden —dice Justin.

—¿En serio, Brennan?

—¿Todos contra mí? —protesta bufando—. Pues que sepáis que saltaré desde el acantilado a la primera ocasión.

—¿Puedo verlo? —pregunta Justin entusiasmado y a mí me entra miedo de haber vuelto a meter la pata, porque no sé cuándo ni si eso podrá ocurrir de verdad.

Alex posa la mano en mi muslo y aprieta; yo bajo la mía enseguida por debajo de la mesa y la poso sobre la suya.

—No puedes faltar por nada del mundo.

ALEX ME ACOMPAÑA AL COCHE; OFICIALMENTE PORQUE ES UN TIPO QUE se preocupa por los demás, extraoficialmente porque quería meterme mano. Dice que los vaqueros cortos me quedan demasiado bien.

—Gracias —me dice antes de que me suba al auto.

—¿Por qué?

—Por ser como eres. No es fácil esta situación y, aun así, tú consigues no perder la cabeza, en cambio yo…

—Tú tampoco la perderás.

—Solo porque te tengo a ti —me coge las manos y las acaricia con los dedos—. Gracias por haber vuelto a mi vida, Ellie J.

Suelto sus manos y le rodeo el cuello; me pongo de puntillas y luego salto literalmente a sus brazos.

—Gracias a ti, Alex B., por no haberme pedido nunca que lo hiciera.



EMPUJO LA PUERTA DEL MCNAMARA'S Y VOY DIRECTO A LA BARRA DE LA sala más pequeña, donde solemos comer.

—Eh, ¿dónde te habías metido? —me dice Alex en cuanto le rodeo el cuello y le doy un beso en la mejilla.

—Tengo poquísimo tiempo antes de volver al trabajo —me siento en sus piernas y cojo el sándwich que hay en su plato, le doy un par de mordiscos rápidos y mastico deprisa antes de beber un par de sorbos de su cerveza.

—Parece que tienes hambre —me señala.

Río antes de darle otro bocado a su sándwich.

—Perdona, es que no me da tiempo a que me preparen otro.

—¿Qué pasa, dudas de la rapidez de tu camarero favorito? —dice Brian desde detrás de la barra.

—No vas a superar nunca esa historia, ¿eh? —le pregunta Andy.

—¿Qué más me da? —se encoge de hombros—. Al menos soy el favorito de Alex y seguro que también de Shane.

—No cuentes con ello —le dice mi hermano.

—¿Quieres decir que lo prefieres a él antes que a mí? —pregunta Brian señalando a Andy.

—¿Qué demonios importa eso? —responde mi hermano cabreado. A continuación, se levanta con su jarra y se aleja.

—¿Qué le pasa? —pregunta Brian.

—¿Cómo voy a saberlo? Acabo de llegar. Y por cierto —doy otro mordisco—, no has comido nada, tu sopa sigue ahí intacta.

—No tenía mucha hambre —dice él, evitando mirarme.

Justin se fue hace tres días y estará fuera más o menos una semana. No es la primera vez que se marcha durante un tiempo para estar con su madre, pero ahora Alex sabe lo que significa esa distancia y no consigue disimular cómo se siente.

—Pero cuéntame de ti, ¿adónde te has ido con tantas prisas?

—Tenía una cita.

Él levanta una ceja.

—Una cita.

—Con un tipo.

—Con un tipo.

—¿Aún sabes hablar o te limitas a repetir como un loro lo último que dice ella?

—¿Sigues aquí? —Alex se dirige a Reid, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Ya me iba, sois aburridos y además ya va siendo hora de volver.

Me levanto, decidida a regresar a la destilería, pero Alex me agarra del brazo y me hace sentarme otra vez.

—No tan deprisa.

—Se ha acabado el descanso.

—Pero tú eres la hija del jefe.

—¿Quieres decir que debería aprovecharme de mi apellido para hacer lo que me dé la gana?

—No, pero sí para tomarte diez minutos más.

—Tú, en cambio, sí que deberías volver.

Esboza una media sonrisa.

—Yo me acuesto con la hija del jefe.

Reid se levanta de golpe haciendo chirriar el taburete.

—Esto ya es demasiado.

Hace un gesto de despedida a Brian, que está detrás de la barra, y se marcha contrariado.

—¿Quieres aprovecharte del hecho de que te acuestas conmigo para conseguir privilegios?

—Al menos mientras pueda —la frase suena un poco amarga.

—Alex…

—Háblame de ti, ¿qué tienes en mente? —me interrumpe y desvía la conversación hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—Sé que hay algo rondándote por esa cabecita.

—¿Solo porque he ido a una cita?

—Porque sé que nunca te estás quieta y que no puedes dejar de pensar ni de hacer planes.

—¿Yo? —digo, fingiéndome indignada. En realidad me encanta que me conozca tan bien.

—Dime solo una cosa —vuelve a ponerse serio—. ¿Tengo que preocuparme? Porque preferiría saberlo, estar preparado, eso es todo.

—No, Alex, no tienes que preocuparte.

—Menos mal, porque de verdad que no podría también con esto.

—Oye —le acaricio la cara obligándole a mirarme—. No es nada importante, solo algo que tenía en la cabeza, nada más.

—Pero no quieres contármelo.

Me encantaría, pero en este momento no necesita cargar también con mis ideas absurdas.

—Te prometo que, cuando tenga algo concreto que decirte, lo haré.

—Vale —frota su barba contra mi mejilla—. Perdona, no quería insistir.

—No lo has hecho. De verdad quiero hablarlo contigo, pero no ahora.

Me mira.

—Nadie mejor que tú sabe cuándo es el momento adecuado —dice, y en sus ojos veo algo que parece orgullo, aunque no entiendo por qué—. Y yo siempre me fiaré de tu magnífica cabeza, de tu juicio infalible y de tu precioso corazón. Nunca tendrás que tener

miedo de hablar conmigo o de no contar con mi apoyo. Yo estoy aquí.

Y a mí no me hace falta nada más.

CAPÍTULO 58
ELLIE

Hacía muchísimo tiempo que no ponía un pie en la bodega. Este es el territorio de mi padre: no solo su oficina, sino también su refugio. Pocos vienen a molestarlo aquí abajo; lo normal es preguntar a Gale, la secretaria de la empresa, que está cómodamente sentada en su despacho de la segunda planta. Pero la mayoría de las veces ella no consigue encontrar un hueco para meterte en su apretada agenda, aun cuando todos sabemos que, al final, no recibe a nadie.

Él está aquí, esperando no sé muy bien qué, custodiando sus barricas; pero si alguien lo necesita de verdad, sabe que puede venir en cualquier momento y lo encontrará dispuesto a escuchar.

—Debe de haber pasado algo grave —dice desde lejos, en cuanto se da cuenta de que soy yo—. Ni siquiera sé cuánto tiempo hace que no bajas por aquí.

—Algunos años —respondo en forma vaga mientras me acerco a él.

Se sienta en un taburete, ante la mesa de madera que usa como escritorio y como barra, y me señala el que tiene enfrente.

—¿Qué puedo hacer por ti? —coge dos vasos y los deja sobre la superficie; luego se gira para tomar una botella de la estantería que tiene detrás y llena ambos.

—¿No es un poco pronto? —le señalo.

—Para los Johnston nunca lo es.

Cojo el vaso y observo el líquido en su interior.

—Diez —digo convencida.

Mi padre asiente, satisfecho.

—Veo que no has perdido el olfato en la ciudad.

—Sigo siendo una Johnston, ¿no?

Sonríe apenas.

—Pero no estás aquí para reivindicar tu apellido.

—No.

—¿Estás aquí por Brennan?

—Entre otras cosas.

Mi padre se bebe su vaso de un trago y luego clava la mirada en la madera.

—Es un gran trabajador. Y una buena persona.

—Es el mejor —digo de forma instintiva, y mi padre sonríe un poco más.

—No ha tenido mucha suerte, eso sí. Ha esperado todos estos años a que volvieras y ahora…

—Justin es su vida.

—Su vida está aquí.

—Papá…

—Algunas personas son como tú, Ellie, siempre dispuestas a perseguir una oportunidad.

—Por favor, ahora no es el momento.

—Sin raíces bien plantadas en la tierra.

Debería ofenderme por sus palabras, pero no puedo porque sé que, en el fondo, tiene razón. Arranqué mis raíces con mis propias manos y no he sido capaz de volver a plantarlas en otra parte.

—Otros son como yo, como Shane o Reid... y como Alex. Pertenecen al lugar en el que nacieron y crecieron, y si intentas quitarles su tierra... —respira hondo, pero no sigue machacando con lo mismo—. Nunca será feliz en ningún otro sitio, y ese crío tampoco lo será.

—Lo sé —me termino la copa de un trago porque ahora lo necesito.

—Y tú tampoco serás feliz.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¿No habías venido a decirme eso?

—No, yo… no lo sé. No sé qué hacer, papá.

—¿Y has venido a pedirme consejo a mí?

—No estoy segura.

—Entonces, ¿por qué no empiezas por decirme algo de lo que estés segura?

—Estoy enamorada de Alex —es lo primero que digo, porque es la única certeza que tengo ahora mismo.

—¡Aleluya! —mi padre se bebe otro vaso.

Lo ignoro y continúo:

—Y no quiero trabajar para ti.

Asiente lentamente, pero no parece ofendido.

—Me lo esperaba.

—Pero me gustaría trabajar contigo.

Me mira con duda.

—Tengo una idea… —empiezo con inseguridad—. Estoy segura de que no la aprobarás, pero, ya sabes, me gustaba lo que hacía en la empresa de Nolan y se me daba bien. Conozco a mucha gente, los contratos con los distribuidores los cerraba yo, ¿sabes? Y estoy segura de que muchos de ellos están deseando que los contacte para retomar la relación y, después, quién sabe… Podría intentar ampliar el mercado, a…

—Espera un momento —me corta mi padre—. ¿Qué demonios significa eso?

—Me gustaría ayudarte a exportar los productos Johnston al extranjero.

—¿Quieres hacer tú sola lo que hace la empresa Nolan?

—Exacto.

—¿No te parece un proyecto un poco ambicioso?

—Lo es, pero no me da miedo.

—Eso ya lo veo.

—Pero sé que es algo que necesita tiempo, trabajo y dedicación. Y experiencia. Y yo puedo aportar todo lo que haga falta.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—No, papá. Te estoy preguntando si quieres confiarme la exportación de la marca familiar.

—Mmm…

—No porque sea tu hija, sino porque crees en mí.

—Bueno, es difícil no pensar que eres mi hija.

—No he venido a verte porque seas mi padre, estoy aquí porque amo esta empresa, amo esta marca y porque en el extranjero tienen derecho a conocer los productos Johnston. Y yo haré todo lo posible para que los amen, como los amamos nosotros.

—Una empresa no es ninguna broma, Ellie, por pequeña que sea.

—Soy consciente de ello.

—Necesitarás ayuda, alguien que esté a tu lado.

—En eso estoy.

—Vas a necesitar financiación.

—He ahorrado algo estos años, pero no es suficiente. Por eso ayer estuve en el banco hablando con un asesor.

—¿Y qué te dijeron?

—Que para acceder a los créditos que suelen conceder a las nuevas empresas no tengo grandes credenciales, pero que si usara mi apellido…

Mi padre sonríe con picardía.

—Cosa que no haré.

Se ríe, negando con la cabeza.

—Sería demasiado fácil y yo no quiero las cosas fáciles. Y no quiero odiar mi apellido, ni que sea él quien decida qué puedo hacer y qué no, o si soy alguien en quien invertir o en quien confiar. No quiero seguir sintiendo el peso de ser una Johnston.

—Nunca pensé que lo sintieras así.

—No es fácil ser quien eres cuando todo el mundo espera que seas otra cosa.

—Sabes que nunca esperé nada distinto de ti, ¿verdad?

Abro la boca, incrédula.

—Y nunca quise que fueras diferente.

Se sirve otro vaso y me sirve uno a mí, pero no bebe; se queda mirando fijamente el líquido, pensativo.

—Tu madre era como tú.

Y mi corazón no puede evitar resquebrajarse un poco cuando habla de ella.

—Tenía talento, era una bailarina extraordinaria, pero entonces me conoció a mí. Al rancio y malhumorado Peter, heredero a su pesar de la empresa familiar. Un hombre casado con su apellido, con su trabajo y con este lugar. Y así, ella se quedó aquí conmigo; tuvimos tres niños maravillosos y una vida de sacrificios, pero de mucho amor.

—Nunca me habías hablado así de ella —digo, con las lágrimas pugnando por salir.

—Porque duele, cariño. Tú y yo somos iguales, ¿no? No nos gusta que los demás vean que estamos sufriendo.

—Ay, papá…

—No quería que te quedaras aquí por obligación y he intentado alejarte de todas las formas posibles, pero tampoco quería que nadie te obligara a no hacerlo. Solo quería que pudieras decidir por ti misma, sin ninguna influencia.

—Pero ¿por qué? Sabías que quería trabajar aquí, en la empresa, que amaba nuestra tradición…

—Cuando tu madre murió, me sentí doblemente culpable. Primero, porque habría preferido morir yo en su lugar; segundo, porque no supe hacerla feliz.

—¿Qué? ¡No!

—Debería haber tenido una vida diferente.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Mamá tomó una decisión y era feliz. Feliz contigo y con nosotros. Ella amaba este lugar, te amaba a ti y amaba ser una Johnston.

—No estoy tan seguro.

—Confía en mí, al menos en esto.

—Me he equivocado, Ellie, muchas veces; pero te juro que lo hice solo por amor.

—He intentado mantenerme alejada de este sitio de todas las formas posibles y mira dónde estoy, papá.

Él se frota los ojos con la manga de la camisa.

—¿Eso significa que te quedarás?

—Esa era mi intención, aunque ahora todo es mucho más complicado.

—¿Sabes qué pienso, Elizabeth? —Su otra mano se posa sobre las nuestras—. Pienso que puedes hacer todo lo que te propongas.

—¿De verdad? —pregunto mientras se me escapa la primera lágrima.

—Desde luego. ¿Y sabes qué más?

Niego con la cabeza.

—Puedes hacerlo donde tú quieras, incluso en Francia.

—Papá…

—No volveré a pedirte nunca que hagas o dejes de hacer algo, ni intentaré que vuelvas. Lo único que te pido es que sigas a tu corazón, porque él es el único que sabe cuál es el lugar que es para ti.

CAPÍTULO 59
ELLIE

—¿Te estás escondiendo?

Alex se gira bruscamente hacia mí.

—¿Qué haces aquí?

Me siento a su lado, entre la hierba.

—No ha sido fácil encontrarte, y eso que conozco este sitio como la palma de mi mano.

—La hierba está demasiado alta, quería cortarla, pero luego… —vuelve a fijar la mirada al frente, apoyando la espalda contra el árbol bajo el que estamos sentados.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué te gusta tanto este lugar? —señalo la porción de tierra de su propiedad a la que parece tener tanto cariño.

Sonríe con tristeza; puedo ver su perfil tenso gracias a la luz de la luna.

—No es el momento adecuado para decírtelo.

Asiento pensativa, yo también tengo la sensación de que no es el mejor momento para hablarle de mi proyecto, así que decido retomar su primera pregunta.

—Te echaba de menos.

Me mira de nuevo.

—He venido aquí porque te echaba de menos.

Su mirada se dulcifica mientras desliza una mano por mi rostro.

—Pensaba que quizá podría quedarme a dormir aquí.

Suspira, como si se sintiera aliviado.

—¿Ah, sí?

—Me gusta tu cama.

—La verdad es que es cómoda, compré un colchón nuevo hace dos meses.

—Me gusta porque estás tú.

—¿Y no te da miedo el interrogatorio de la mañana siguiente?

—No tengo miedo de nada si estoy contigo.

Apoya su frente contra la mía y respira sobre mi cara.

—Dios, Ellie, Dios…

—No puedo dejar que te vayas a ninguna parte —las palabras me suben directamente del estómago a la boca.

Se separa de golpe y me mira preocupado.

—Solo —aclaro—. Eso ni hablar.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que yo me voy contigo.

—Ellie…

—No puedo quedarme aquí esperando, sabes de sobra que no soy una persona paciente y que, si quiero algo, voy a por ello. Y yo te quiero a ti.

Se incorpora y me agarra por las caderas, haciendo que me siente encima de él; después me toma la cara entre las manos y la acerca a la suya, sujetándola con firmeza entre los dedos abiertos.

—Hemos estado separados todos estos años y ahora que sé… que siento esto… Ahora que estoy segura de que no quiero volver a estar sin ti, no voy a dejar que nada nos separe. Así que, Alex, yo voy adonde vayas tú.

—No puedo pedirte eso.

—No lo has hecho, lo he decidido yo.

Él niega con la cabeza.

—Tu vida no está en Francia.

Querría decirle que la suya tampoco lo está, y menos aún la de Justin, pero no es asunto mío y no quiero empeorar las cosas. Ahora

mismo solo necesita mi apoyo y mi cercanía.

—Mi vida está contigo.

Presiona con fuerza su boca contra la mía y yo hundo las manos en su pelo.

—Dios, Elizabeth —me besa en la comisura de los labios—. Elizabeth —susurra de nuevo, haciéndome temblar con una emoción extraña.

—Nunca me habías llamado así.

—Lo sé —cierra los ojos un instante y, cuando vuelve a mirarme, es como si hubiera abierto la puerta de su casa.

—Sabes, a mí también empieza a gustarme este sitio.

—¿Precisamente este?

Asiento, y entonces él desliza una mano por detrás de mi nuca, mientras la otra acaricia lentamente mis labios.

—Conozco una forma de hacer que sea realmente especial.

Me río mientras me besa, pero cuando sus manos suben por mi espalda, por debajo de la camiseta, y cuando su lengua se desliza en mi boca, dejo de reír y ni siquiera intento hablar.

Ha dicho que conoce una forma de hacer que este sitio sea especial y no pienso interrumpir su explicación.



CAMINAMOS DE LA MANO HACIA CASA, CON LA HIERBA HACIÉNDONOS cosquillas en las piernas y la sensación de que, después de esta noche, después de todo lo que nos hemos dicho, algo ha cambiado de manera definitiva. Se lleva mi mano a los labios y besa el dorso, mientras me mira como si aún no estuviera convencido de que estoy aquí con él y de que tengo intención de quedarme. Con la otra mano me quita una brizna de hierba que se me ha quedado en el pelo y sonríe con picardía al recordar cómo ha acabado ahí. Y, al final, tenía razón: ese lugar es especial y ahora también lo es para mí.

Entramos en casa procurando no hacer ruido. Las luces están apagadas y no se oye nada, imagino que ya todos se han ido a dormir, así que nos dirigimos hacia las escaleras para subir a su

habitación. Ni siquiera prestamos atención al escalón que siempre cruje; ya no somos dos críos colándonos a escondidas en un dormitorio: somos adultos, estamos juntos, nos queremos y no vamos a separarnos nunca más.

Alex empuja la puerta y me deja pasar, enciende la lámpara de la mesilla y solo entonces me doy cuenta de que en la habitación reina el caos absoluto.

—Perdona, no sabía que vendrías esta noche —dice, apartando una pila de ropa de la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Ordenando un poco, tirando algunas cosas —responde sin mirarme.

Me siento en el colchón con las manos sobre los muslos.

—Y es un verdadero lío. Nací en esta casa y esta —abre los brazos— ha sido siempre mi habitación, ¿te das cuenta?

—Me encanta esta habitación —digo, sintiendo ya la melancolía.

—Nunca me he ido de aquí, el viaje más largo que he hecho fue ir a Londres en una excursión del instituto —se sienta en el alféizar de la ventana y mira hacia fuera.

Y lo veo en cómo cambia la expresión de sus ojos, y lo siento en cómo su respiración se vuelve más profunda. Alex no quiere dejar este lugar, esta casa, a su familia. Alex pertenece a todos estos sitios, a nuestra tradición. No sobreviviría en Francia y mucho menos en París.

—Alex…

—Bueno, supongo que ya va siendo hora, ¿no? De moverse, de hacer algo —lo dice sin convicción—. Tengo treinta y seis años, no dieciocho. Sigo viviendo con mi madre y mi abuelo, ¡vamos!

—Alex…

—¿Cómo se las apañarán? —baja la voz—. ¿Cómo lo harán sin mí? —se lleva una mano al rostro—. Mi abuelo ya tiene su edad y mi madre se quedará sola con él. No podré ayudarlos como me gustaría. Y la otra noche… oí llorar a mi abuelo, Ellie, y eso no había pasado nunca. Lloraba porque… —se frota la cara con la mano—. No sé cómo arreglar este desastre.

Me levanto de la cama y me acerco a él, hago que se gire hacia mí, le acaricio el rostro y luego le hablo con calma, pero con firmeza.

—No estás obligado a irte. Y no lo digo porque piense que debas dejar que Justin se vaya sin hacer nada; lo digo por ti.

—Tengo que irme. Justin es mi hijo y no crecerá sin un padre.

—Alex…

—No seré como él —dice con dureza, demasiada dureza, y sé que se lo dice a sí mismo.

—Tú no eres él.

—No lo abandonaré.

—Claro que no —le sonrío para infundirle confianza.

—Justin no puede vivir lejos de mí, no permitiré nunca que no tenga a su padre a su lado, ¿lo entiendes, verdad?

—Lo entiendo, Alex, lo entiendo perfectamente.

—Yo soy diferente.

—Lo eres, y Justin lo sabe; tu madre también lo sabe y tu abuelo igual. Saben quién eres y saben por qué lo haces.

—¿Y entonces por qué me siento tan culpable? ¿Por qué, haga lo que haga, siento que lo estropeo todo? ¿Por qué saber que tú estás dispuesta a venir conmigo me hace sentir un egoísta?

—Porque eres bueno y porque eres el mejor hombre del mundo.

—No lo soy —niega con la cabeza.

—Y yo estoy orgullosa de ti, del hombre que eres. Y lo estaré siempre.

—Solo quiero hacer lo correcto —dice, dejándose caer después en mis brazos.

Y lo está haciendo, todos lo sabemos. No es él quien tiene que encontrar una solución a todo este lío. No es él quien está equivocándose y no tiene por qué ser él quien pague las consecuencias.

CAPÍTULO 60
ELLIE

Cuando me abre la puerta, tarda unos segundos en darse cuenta de quién soy, no es que no me haya reconocido, sino que entiendo que verme aquí era lo último que se esperaba esta mañana.

—Siento haberme presentado aquí así, de sopetón —le digo de inmediato.

—¿Ha pasado algo?

—En realidad sí, ha pasado algo.

Me mira preocupada.

—Ha pasado que me he enamorado de un hombre maravilloso.

Mel relaja los hombros y suelta un largo suspiro.

—Un hombre que ahora mismo está sufriendo y no se lo merece. Y no quiero verlo así. Por eso he venido a hablar contigo.

—Iba a volver la semana que viene, ¿no podías esperar?

Es exactamente lo mismo que me ha dicho Reid esta mañana, cuando me ha acompañado al aeropuerto. Y los dos tienen razón, podría haber esperado, pero después de haber dormido en casa de Alex las últimas noches y de haberlo oído llorar en silencio, sentado en el alféizar de la ventana de su habitación, decidí que este encuentro no podía aplazarse más.

Le dije a Alex que estaría fuera todo el día por unas reuniones relacionadas con mi nuevo proyecto, del que todavía no sabe nada; le dije a mi padre que necesitaba un día libre por el mismo motivo y luego le pedí a Reid que me acompañara y que me cubriera. Él es, sin duda, más indicado que Shane para eso.

—No podía esperar.

Mel me invita a pasar a su casa. Un piso precioso en el distrito doce de París, última planta, con terraza y vistas a la Sorbona. Me ha ofrecido un café que he aceptado, porque estaba tan nerviosa con la idea de venir aquí que esta mañana no he sido capaz ni de tomarme uno.

—¿Y Justin? —pregunto al no verlo.

—En clase de francés —dice incómoda—. No me juzgues, por favor.

—No lo hago, es lo último que haría.

Se sienta frente a mí y apoya las manos en la mesa de cristal.

—Él estaba de acuerdo. No le he obligado. Le pregunté si, mientras estuviera aquí, le apetecía dar algunas clases de francés y me dijo que vale.

Sonrío de manera instintiva. Justin es como Alex, no sabe decir que no a nadie, sobre todo si eso implica no hacer feliz a la otra persona. Él sabe perfectamente lo que está pasando, y está haciendo todo lo posible por no crear más problemas.

—Justin es fantástico —comento, limitándome a dar voz a mis pensamientos.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Más o menos desde que llegó a casa de Alex.

—Tú y Alex sois amigos de la infancia, ¿verdad?

—Crecimos juntos.

—¿Y ahora sois pareja?

—Lo somos.

—¿Y él no sabe que estás aquí?

—No.

—¿Has venido para decirme que estoy cometiendo un error?

—He venido para contarte una historia.

Se recuesta contra el respaldo de la silla y deja caer los brazos sobre las piernas, resignada ya a mi presencia.

—¿Tú conoces el pasado de Alex? ¿Sabes lo de su madre, su padre… su vida?

—No demasiado. Cuando lo conocí era un chico que sufría por amor —hace una pausa y observa atentamente mi reacción—. Supongo que tengo delante a la causa de su sufrimiento.

Sonrío con amargura.

—La tienes.

—Éramos jóvenes, estábamos solos y desesperados. Él estaba mal porque su mejor amiga no lo quería, yo porque lo había dejado con mi novio. Bueno, en realidad me había engañado con una compañera mía más joven. Él era fotógrafo, pero ese no es el punto. El caso es que tuvimos una relación sin pretensiones, en eso estábamos de acuerdo. Nunca nos quisimos, ni durante aquello ni después, cuando llegó Justin. Fuimos amigos, eso sí, pero no de esa clase de amigos que se cuentan detalles íntimos de su pasado.

—Entonces no sabes que su padre lo abandonó.

—Algo había intuido.

—En realidad, nunca se molestó en aparecer ni en dar señales de vida. Él y su madre tuvieron un romance; él era un becario en la empresa de mi padre y Clodagh ya trabajaba allí desde joven. Ella estaba enamorada, pero él no; se largó en cuanto terminó su periodo de prácticas en Irlanda. Ella descubrió que estaba embarazada e intentó contactar con él, pero las cartas siempre volvían. Al menos eso fue lo que le contó a Alex.

—¿Tú no crees que fuera así?

—Clodagh era amiga de mi madre —digo, ignorando el dolor.

—Él no quiso saber nada de ellos —Mel termina la frase por mí—. Alex ha sido maravilloso con Justin —añade, bajando la mirada—. Yo no lo habría hecho mejor.

—Verás, hay personas que tienen raíces muy profundas, que con los años casi se han convertido en parte del terreno en el que nacieron.

Me mira de nuevo.

—Las de Alex y las de Justin están entrelazadas, firmemente unidas entre sí, y están plantadas allí, en el lugar donde han crecido y que aman. Son raíces que no puedes cortar ni arrancar. Y si lo intentas… si lo intentas y lo consigues… ¿sabes qué pasa?

Mel asiente, pensativa.

—Yo no tengo raíces —continúo, llevando la conversación hacia mí aunque no tenga motivos—. Las arranqué con mis propias manos y todavía llevo las marcas.

Me observa con atención.

—No quería vivir en Cliathán, no quería formar parte de mi familia, no quería ser quien soy. Mi madre murió hace trece años. Tuvimos un accidente de coche; yo tenía dieciocho años. Ella murió. Yo no.

—Lo siento.

—Y ya no quise quedarme. Lo odiaba todo porque ella estaba en todas partes y yo no quería seguir viéndola, porque verla era dolor, y los Johnston tenemos un problema a la hora de mostrar lo que sentimos. Somos duros y queremos que los demás lo crean. Yo estaba sufriendo y no quería que los demás lo vieran, pero él sí lo veía y lo sentía. Y aun así me fui. Lo sé, me estoy explicando fatal…

Mel alarga instintivamente una mano sobre la mesa en busca de la mía.

—Creía que ya no podría volver a plantar mis raíces, que estaban secas y que no servían para nada. Y, sin embargo… —me seco una lágrima de emoción—. El sitio de Alex es Cliathán, igual que Justin y que toda la familia Brennan.

—¿Y tú? —me pregunta con dulzura—. ¿Cuál es tu sitio?

Siento que el rubor me tiñe las mejillas y un extraño hormigueo en el pecho.

—Yo no tengo un lugar físico, pero mis raíces han encontrado un sitio maravilloso donde renacer.

—NO ESTOY SEGURA DE QUE ESTO SEA UNA BUENA IDEA —LE DIGO A Mel mientras esperamos a que Justin termine su clase de francés.

—¿Pero ni siquiera vas a decirle hola?

—No es eso…

—¿No quieres que Alex sepa que has estado aquí?

Justo en ese momento veo a Justin salir de un edificio y correr hacia nosotras. Se lanza literalmente a mis brazos y yo lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Qué alegría me da verte —dice, sin ninguna intención de soltarme—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Se separa de mí de golpe.

—¿Y papá? ¿Has venido con él?

—No, he venido sola.

No puede evitar mostrar un atisbo de decepción.

—Os dejo unos minutos —dice Mel—. Tengo que ir a esa tienda de allí, al final de la calle.

Le agradezco el gesto con la mirada e invito a Justin a tomar un helado en una cafetería un poco más adelante. Él acepta, aunque con poco entusiasmo, y nos sentamos en una mesa en la terraza.

Tengo miedo de haber empeorado las cosas con mi visita.

—¿Qué tal va todo? —le pregunto, mientras observo cómo remueve el helado en la copa con la cucharilla.

—Bien. No se está tan mal aquí.

Lo dice solo por mí.

—No tienes que hacerlo, Justin —le rozo el brazo—. Conmigo puedes decirlo, ¿sabes?

—¿No se lo dirás a papá?

Niego con la cabeza.

—Es un asco. No me gusta esta ciudad, no me gusta vivir en un piso y no me gusta el curso de francés.

—Vale.

—Y no me gusta oír a papá triste por teléfono, ni al abuelo y a la abuela. Y no me gusta que papá se venga a vivir aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído a mamá hablar de ello con Xavier.

—¿Y quién es Xavier?

—Su novio.

Asiento.

—¿Y qué has oído exactamente?

—A ella diciendo que papá no quiere dejarme venir solo y que, si yo me viniera a vivir aquí, él encontraría la forma de seguirme los pasos.

—Tu padre te adora, Justin.

Me mira con tristeza.

—No quiero vivir aquí. Echo de menos mi casa, a los abuelos, el kart, el kayak… y echo de menos a Sarah Dunn.

—¿Y quién es Sarah Dunn?

—Una amiga —me responde con evasivas—. Quiero volver a casa, Ellie.

—Cariño…

—Pero no se lo digas a papá ni a mamá, ¿vale? No quiero que se peleen y no quiero que nadie se sienta mal. ¿Me lo prometes? —me pregunta esperanzado y, justo en ese momento, veo a Mel aparecer detrás de nosotros. No se lo digo a Justin; no quiero que piense que sus palabras han hecho sufrir a alguien.

—Guardaré tu secreto si tú me prometes que no le dirás a tu padre que he venido aquí.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que tú no quieres que yo le cuente lo que me has confiado.

Justin se lo piensa un momento.

—¿Puedes al menos darle un abrazo de mi parte? Aunque no le digas que es de mi parte. ¿Y puedes abrazar también al abuelo y a la abuela?

Ocultar la emoción es difícil, sobre todo cuando Mel, a sus espaldas, no es capaz de hacerlo; pero soy una Johnston, ¿no? Disimular los sentimientos es una de nuestras especialidades, así que le dedico mi mejor sonrisa y lo tranquilizo.

—Eso sí puedo hacerlo.

CAPÍTULO 61
ELLIE

Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la cabeza contra su espalda.

—Ey —dice él, acariciando mi mano que aún descansa sobre su estómago.

—Se han ido todos —le hago notar.

Alex se separa de la barandilla y se gira hacia mí, apoyando la espalda en ella.

—Estabas tan concentrado mirando tus alambiques que ni siquiera te has dado cuenta de que nos hemos quedado solos.

—¿Ah, sí? —pregunta, apartándome el pelo de los hombros—. ¿Estás intentando decirme algo?

—Bueno, es obvio. Estamos solos y todavía no me has puesto las manos encima.

—Ahora mismo lo arreglo —desliza sus manos por mis nalgas y me empuja contra él—. ¿Mejor?

—Ahora empezamos a entendernos.

—Pido perdón —se inclina sobre mis labios y los roza apenas—. Soy un novio de mierda.

—¿Novio?

—¿No?

—No lo sé, no me he parado a pensarlo.

—¿Entonces qué soy?

—No creía que fueras de la vieja escuela.

—¿Acaso una mujer de ciudad ya no usa esos términos?

—Están pasados de moda.

—¿Significa eso que yo también estoy pasado de moda?

—Un poquito…

—No me provoques o tendré que demostrarte que aquí todo está actualizado según los últimos estándares exigidos.

Me río a carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Te hace gracia?

—Tú eres gracioso.

—¿Eso era un cumplido? Porque me lo quedo aunque no lo fuera, lo necesito.

—Lo era, y si necesitas más cumplidos estoy lista para hacerte una lista detallada. Lo que sea con tal de verte reír.

Su sonrisa se vuelve más amarga.

—¿Es difícil? ¿Estar conmigo?

—En absoluto. Lo difícil es verte triste. No estoy acostumbrada y no me gusta.

—Lo siento.

—No te disculpes, no es culpa tuya.

—Solo tengo que acostumbrarme a la idea.

—Claro.

—Luego todo irá bien.

—Estoy segura —le digo intentando darle ánimos, porque no necesita que mis pensamientos negativos alimenten los suyos, sobre todo cuando, después de haber visto a Justin y de haber hablado con él, esos miedos se han triplicado.

Ya nada irá bien, porque a Justin lo van a arrancar de su vida aquí, porque Alex va a renunciar a todo lo que ha construido durante todos estos años, a su futuro, a sus proyectos… y porque yo tendré que presenciar todo eso sin poder hacer nada para ayudarlo, más allá de estar a su lado y demostrarle mi amor.

Nada irá bien porque nadie volverá a reír como antes y nadie será plenamente feliz, y yo sé cuánto desea Alex hacer felices a todos.

—¿Vamos a casa? —le pregunto, separándome de él y cogiéndole la mano.

—¿Casa? —pregunta alzando una ceja.

—Había pensado que podría ir a la tuya.

—Le estás cogiendo el gustillo… —se burla de mí. Al minuto siguiente, se lleva mi mano a los labios y la besa.

—En realidad, es que me encantan los gofres de tu madre.

—Te está malcriando —salimos de la sala de destilación y cogemos las escaleras que llevan a la planta baja—. Está intentando conquistarte por el estómago para que no vuelvas a irte.

Subimos los peldaños lentamente y salimos al aire libre. Llegamos hasta su coche y nos acomodamos dentro; mete la llave en el contacto y luego me mira.

—¿Lo está consiguiendo?

—¿Mmm?

—Que si te está convenciendo, digo, ¿lo está consiguiendo?

—Digamos que está aportando una ayuda muy valiosa a la causa.

—Bien —suspira mientras arranca el coche—. ¿Aún tienes dudas?

Sale del aparcamiento y se incorpora al tráfico de la carretera.

—Las cosas se están complicando bastante y te estoy arrastrando a esta situación tan absurda.

—No me has arrastrado y no me has convencido de hacer nada que no quiera hacer.

—¿Y tus proyectos, Ellie? —me pregunta mirándome de reojo.

—Yo no tengo grandes proyectos.

—¿Estás segura?

—¿Sabes algo que no deberías saber?

—No, pero estoy seguro de que los tienes, porque te conozco y me da miedo que los estés dejando de lado por mi culpa.

—No es eso.

—Entonces, ¿por qué no me hablas de ellos?

—Lo haré cuando esté lista.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto.

Su mano se desliza lentamente por mi pierna.

—Tengo muchas ganas de conocerlos.

Me relajo en el asiento, disfrutando de la presión lenta de sus dedos sobre mi muslo. Poco después, el móvil me avisa de la llegada de un mensaje. Lo saco del bolso que había dejado en el suelo junto a mis pies, abro la notificación y me echo a reír.

—¿Qué? —pregunta Alex, curioso.

—Tu madre.

—¿El mensaje es de mi madre?

—Pregunta si todavía me gusta el pollo a la páprika.

Alex me mira aprovechando que está parado en un cruce.

—Tenías razón, está intentando conquistarme por el estómago.

—Hacía tiempo que no lo preparaba.

Guardo el teléfono y me asalta una melancolía que trae consigo también un poco de dolor. Un dolor que, al menos esta vez, no intentaré reprimir.

—Era una receta de mamá —digo mirando por la ventanilla—. Me alegra que alguien la conserve y la prepare. Y me alegra aún más que sea ella quien lo haga, para mí.

Alex busca mi mano, la aprieta en la suya y luego inspira profundamente.

—En cualquier caso, eso significa que tu madre sabía que iría a vuestra casa —me giro hacia él—. Probablemente haya intuido que me gusta demasiado tu cama.

El perfil de Alex se vuelve serio.

—O quizá me conoce demasiado bien y sabe que sin ti no podría salir adelante.

Le aprieto los dedos en respuesta.

—Y te conoce muy bien a ti también.

—¿Porque se acuerda del pollo a la páprika?

—Porque sabe que yo no podría lograrlo sin ti… y que tú lo sabes.



AL LLEGAR A CASA DE ALEX, EL AROMA QUE FLOTA EN EL AIRE ME LLEVA directamente a la cocina. Sin embargo, en cuanto cruzo el umbral, me quedo petrificada. Alex choca contra mi espalda y por poco terminamos los dos en el suelo.

—¿Pero qué...? —me aparto para dejarle pasar—. ¡Justin!

—¡Sorpresa! —grita Justin emocionado, antes de lanzarse a los brazos de su padre.

Alex cae de rodillas al suelo y Justin se abalanza sobre él.

—Dios mío, ¿qué haces aquí…? —le acaricia el pelo, visiblemente conmocionado.

—He vuelto antes —dice, separándose un poco de él—. Mamá y yo queríamos darte una sorpresa.

Me vuelvo hacia Mel, que está junto a Clodagh, con los ojos brillantes y la mirada de quien está renunciando a algo enorme solo por amor.

—Justin echaba de menos a su padre —dice intentando sonreír.

—Teníais que volver la semana que viene y luego…

Mel niega con la cabeza.

—Y luego nada. Justin ha vuelto a casa.

Alex se levanta lentamente, con la mano apoyada en el hombro de su hijo.

—Esta es su casa —dice Mel, y esta vez tiene que secarse las lágrimas—. Esta es su familia. —Y ahora lloro yo también—. Este es su lugar y aquí es donde debe vivir.

CAPÍTULO 62
ALEX

Aprovecho que Justin está entretenido ganándole a Ellie a la Nintendo para salir fuera y acercarme a Mel; se ha quedado sola sentada en el balancín.

—He pensado que te vendría bien —le tiendo un vaso de whisky y me siento a su lado.

—¿Esto lo haces tú? —pregunta, oliéndolo.

—No lo hago yo exactamente, pero digamos que pongo mi granito de arena.

Alza el vaso hacia mí.

—¿Cómo decís aquí vosotros?

—*Sláinte,* pero mi acento apesta, a Ellie le sale mucho mejor.

Choca su vaso con el mío y se lo lleva a los labios.

—Por lo que veo, Ellie sabe hacer muchas cosas.

—Es maravillosa, tendrías que conocerla para entenderlo.

—Te parecerá extraño, pero estoy segura de que lo es.

—¿Por qué has cambiado de idea, Mel? ¿Qué ha pasado?

—Él es feliz aquí, contigo.

—Pero ha estado contigo solo unos días.

—No era la primera vez que venía, pero las otras veces estaba tranquilo, disfrutaba de nuestro tiempo juntos porque sabía que después volvería a casa. En cambio ahora…

—Había entendido que sería definitivo.

—No estoy orgullosa de lo que he hecho, pero no creas que ha sido fácil dejarlo aquí contigo.

—Nunca lo he pensado.

—Es que aquí todo parecía más mágico y, para un niño, era lo ideal. No los viajes, las pasarelas, las sesiones de fotos y las niñeras. Cuando me dijiste que querías hacerte cargo de él, pensé que era la mejor solución y que Justin aquí tendría una vida adecuada para un niño.

—He hecho todo lo que he podido.

—Y lo has hecho maravillosamente bien —me mira con tristeza—. Yo nunca habría sido tan buena como tú.

—Eso no es verdad.

—Quiero a mi hijo, Alex, pero no todas las mujeres han nacido para ser madres. A algunas nos hace falta tiempo y a veces ni siquiera con eso basta.

—Tú eres una madre estupenda.

—Estaba a punto de sacarlo de aquí, de alejarlo de ti y de su familia. No deberías ser tan amable conmigo.

—No querías hacer daño a nadie.

—Pero lo estaba haciendo.

—A mí solo me importa la felicidad de Justin.

—Lo sé —me sonríe antes de clavar la mirada al frente—. ¿Lo tuyo con Ellie es algo serio? —pregunta después.

—Eso espero de verdad.

—Justin la adora.

—Los dos la adoramos.

—Está enamorada.

Suspiro, emocionado.

—Eso parece.

—Cuídala, Alex. Mujeres así no se encuentran todos los días.

—¿Crees que no lo sé? Llevo treinta años trabajando en ello.

—Treinta años bien invertidos.

—Perdonad —Ellie asoma la cabeza por la puerta y ambos nos volvemos hacia ella—. No quería interrumpiros, pero Justin pregunta por ti. Dice que no puede vencer a una mujer, que no queda bien,

así que no puede jugar al máximo de sus capacidades si juega contra mí.

Igualito a su padre.

—Imagino que eso se lo has enseñado tú.

—Puede que le haya dicho algo sobre ser siempre un caballero.

—Y tú estás orgullosísimo de ello —me rodea el cuello con los brazos.

—Soy un tipo de la vieja escuela, ¿no?

Se ríe y luego me besa en los labios.

—Me voy a que me den una paliza a la Nintendo.

—En ese caso, yo también voy —Mel se levanta—. No puedo perderme tu derrota.

—Oh, va a ser divertidísimo, sobre todo cuando intente camuflar los tacos que suelta con palabras absurdas que creo que ni existen. —Ellie se separa lentamente de mí y coge a Mel de la mano—. Por no hablar de que no sabe perder, no puede aceptar que es un negado.

—Eh, que te oigo.

Ellie me ignora y arrastra a Mel al interior de la casa con ella. Yo las sigo, pero me paro en la puerta, porque quiero disfrutar de la escena y asegurarme de grabarla a fuego en mi memoria mientras viva.

Ellie y Mel se acercan a mi madre, que ya ha sacado su famoso semifrío de café. A mí me encanta, pero a Ellie le gusta todavía más. Mel va cogiendo los platos de la alacena y abre el primer cajón buscando los tenedores, mientras Ellie coloca las tazas de café en una bandeja. Mi madre dice algo; seguro que se está cachondeando de mí, porque las dos me lanzan una mirada rápida antes de echarse a reír. Espero que no sea alguna anécdota vergonzosa de mi adolescencia, porque Ellie ya conoce unas cuantas.

Justin acaba de levantarse del suelo, dejando los mandos en el sofá. Se encamina hacia la cocina para ver qué se cuece y echa un vistazo a la encimera donde mi madre está cortando el postre.

—Solo un trozo —le dice ella—, que lleva café.

Justin asiente, aunque todos sabemos que no se conformará con uno solo, y abre el frigorífico para coger zumo de manzana.

—Ha llegado, Alex —mi abuelo se acerca a mí.

—¿El qué?

Señala con la cabeza hacia la cocina, donde están todos.

—Tu momento. Es este.

Lo miro un instante y luego vuelvo la vista hacia el resto de la familia, justo en el momento en que Ellie se gira hacia mí. Sus labios se curvan lentamente en una sonrisa y sus ojos se vuelven más azules y profundos, como el mar de noche en la playa de Glassilaun; ese en el que a mí me daba miedo zambullirme y solo lo hacía si ella me llevaba de la mano.

Pero ahora siento que puedo hacerlo. No lanzarme solo, ni hablar —sigo siendo yo, no bromeemos—, sino ser quien la tome a ella de la mano y la acompañe hacia la orilla; ser el que se ría del agua fría cuando nos cubra los tobillos y el que avance con valor hacia la oscuridad, hasta alcanzar el reflejo de la luna sobre el espejo del agua.

Y la llevaré a Glassilaun y a Killary, a los acantilados de Clifden, a la bahía de Galway; todos lugares que ama, todos lugares en los que amarla. Todos lugares en los que crear muchos pequeños momentos solo nuestros.

—Creo que mi momento acaba de empezar.

ALeX

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—Estoy sorprendido.

—¿Sorprendido por qué? ¿Te parece que es demasiado ambicioso? ¿Crees que no puedo lograrlo sola?

—No, no quería decir eso.

—Ten cuidado dónde pisas, Brennan —me advierte Shane antes de volver a refugiarse tras su vaso.

—No me malinterpretes, de verdad, solo estoy sorprendido. No me lo esperaba.

—Estás empeorando la situación —dice Reid, asomándose entre Shane y Ellie, que están sentados entre él y yo.

—Y vosotros no ayudáis precisamente —me quejo, intentando volver a centrar mi atención en ella—. Es culpa suya, me confunden.

—Pues no les hagas caso.

—La culpa es vuestra por haber decidido hablar de esto delante de todo el mundo —ahora es Brian quien opina, porque por lo visto todavía no éramos suficientes.

—Yo no quería hablar de esto ahora, aquí, esta noche —se justifica Ellie—. Pero tú insististe en saberlo.

—Claro, por supuesto que la culpa es de Brennan —dice Shane.

—¿Podemos volver a nuestra conversación? Solo tú y yo —le digo a ella.

—¿No tenéis que tocar?

—Aún queda algo de tiempo —Brian apoya los codos en la barra y se dispone a escuchar.

Suelto un resoplido impaciente y me giro hacia Ellie.

—¿Eso significa que ya no trabajaremos juntos?

—Me pareció que trabajar codo con codo era un problema.

—Para ti, quizá, que no podías resistirte a todo esto.

Una carcajada estrepitosa estalla a nuestro alrededor. Los ignoro y sigo a lo mío.

—De todas formas, voy a dejarlo en claro de una vez: creo que eres capaz de conseguir todo lo que te propongas.

—No exageres.

Le cojo la mano.

—Y yo estaré aquí para celebrar cada uno de tus éxitos.

—Podría salir mal, o el banco podría decidir no ayudarme, y yo sola…

—¿Qué problema tiene el banco? —pregunta Brian—. ¿A Sullivan se le ha ido la pinza? ¿Sabe quién eres? No, porque, a su edad…

—Ese es el problema, que sabe perfectamente quién es —dice Reid.

—¿Y qué? —Brian no lo pilla, así que Shane acude en su ayuda.

—Que no quiere usarlo.

—¿El qué?

Nunca ha sido el más espabilado del grupo.

—El apellido, su aval. Quiere hacerlo todo por su cuenta.

—Ahhh —Brian por fin lo pilla—. ¿Y por qué?

No, definitivamente no se ha enterado de nada.

—Ya encontrarás la manera —Reid se levanta y le da un beso en la mejilla—. Aquí todos creemos en ti —dice antes de alejarse hacia los instrumentos.

Shane también se levanta.

—Bueno, ¿qué hacemos?, ¿nos vamos?

—Yo me voy a la mesa con tu familia —Ellie también se baja del taburete—. Pero luego quiero un baile, Brennan —me amenaza, apoyando un dedo en mi pecho.

—Todos los que quieras.

Me da un beso rápido y desaparece entre la gente, seguida por Shane.

—De hecho, hay una manera.

Una voz a mis espaldas casi hace que me dé un vuelco el corazón. Andy ha aparecido en la barra, con un trapo en la mano y fingiendo que le saca brillo a un vaso. Brian se ha esfumado y a mi alrededor ya no queda nadie; probablemente se han ido todos a la sala de al lado.

—¿De qué manera hablas?

Andy pone los ojos en blanco, deja el vaso sobre la madera y se inclina hacia mí.

—Una solución para ese problema… —dice con aire insinuante. O eso creo, porque yo no me entero de nada.

Suspira, impaciente.

—Dios, Brennan, ahora entiendo por qué vas siempre con esos dos —se refiere a Shane y a Reid—. ¡Por no hablar de mi hermano!

—Ah, porque tú, en cambio…

—Déjalo, haz como si no hubiera dicho nada.

—Como siempre —me levanto y me reúno con los demás.

Saludo a unas cuantas personas, le hago un gesto a mi familia —que está en su mesa de siempre, la que tienen reservada— y empezamos nuestra actuación para darle un poco de alegría a este sitio lúgubre y aburrido. Y también para divertirnos, porque ya sabéis que aquí en Cliathán no tenemos tantas distracciones: hace falta muy poco para animar a la gente, basta con una banda de cuatro pseudo-músicos medianamente atractivos como nosotros. Por suerte, a alguien le gusto, y no precisamente poco; alguien que ha decidido ponerme las manos encima y, hablemos claro, puede hacer lo que le venga en gana conmigo con esas manos, con esa boca y con esos ojos, y luego…

Vale, quietos todos, que nos estamos desviando. No es momento de recrearse en ciertos pensamientos —y si hasta yo me doy cuenta, ya es decir—. Luego quizá, cuando acabe la noche, después de bailar con ella, después de decirle lo mucho que me gusta esa camisa y… No, lo estoy haciendo de nuevo. ¿Qué puedo hacer para distraerme? Ah, sí, miro a los chicos —que para alguna mujer quizá

sean aceptables, pero que en mí no provocan ningún efecto físico embarazoso— y me concentro en la música, en el ruido de los pies golpeando el suelo, en esta noche, en este momento, sin pensar en lo que me gustaría hacer después.

Y cuando por fin recupero un poco la calma —gracias en parte a la cara de gilipollas de Shane—, vuelvo a mirar hacia la sala, donde Ellie está bailando ahora con mi hijo. Él no es precisamente un gran bailarín, no como su padre, pero con la ayuda de Ellie estoy seguro de que aprenderá rápido, igual que lo hice yo.

Porque sí, gente, Ellie me enseñó a bailar, igual que me enseñó a zambullirme, a ir en kayak, a saltar de los árboles sin romperme el cuello y a beber sin acabar por los suelos. Me enseñó a mirar las cosas con más perspectiva, a abrir la mente. Me enseñó que hay un lugar para cada uno de nosotros y que, cuando lo encuentras, no tienes que dejar que nadie más lo ocupe, porque está reservado solo para ti.

Me enseñó a lanzarme, a no esperar el momento oportuno, sino a levantar el culo e ir a por él.

Y eso es justo lo que estoy haciendo ahora mismo. Estoy a punto de ir a por todo lo que quiero.

Y cuando la canción termina y todos se paran a aplaudir, ella me mira mientras yo la miro a ella, como si la mujer a la que he estado esperando toda la vida acabara de volver, por fin, a casa.

~

—NO TE HE TRAÍDO AQUÍ POR LO QUE ESTÁS PENSANDO —DIGO DE inmediato al ver su expresión.

—Me has traído a tu lugar, Brennan. Tus intenciones van todas en la misma dirección.

Me río mientras le cojo la mano y la invito a seguirme.

—Creo que mis intenciones son tan claras que se ven a simple vista, incluso desde la luna.

Ahora se ríe ella.

—No es culpa mía, es que… ¿qué quieres que haga? —la miro de arriba abajo y luego la pego a mí, agarrándola por las nalgas—. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—No del todo —dice, todavía con la sonrisa en los labios.

—No puedo mantener las manos quietas con todo esto delante.

—Pues no lo hagas.

—¿Eres consciente de lo que acabas de decir?

Vuelve a reírse.

—Asumo todos los riesgos.

Me detengo cuando llegamos justo al punto al que quería llevarla, entonces me vuelvo hacia ella, suelto su mano y la agarro por las caderas, levantándola para que se enganche a mí.

—¿Lo ves? Tenía razón.

Me agacho llevándola conmigo y, cuando estoy casi tocando la hierba, me dejo caer hacia atrás. La sujeto con firmeza por la espalda y me tumbo con ella encima; su pelo me cae sobre la cara.

—Tengo que admitir que te lo montas muy bien, Brennan.

—Y esto no es nada todavía.

—Bueno, creo que ya hemos pasado por aquí... y no solo una vez.

—Pero esta es distinta, no es exactamente el mismo sitio.

—Tienes razón, la última vez estábamos más cerca de aquel árbol de allí.

—Que, en teoría, sería el salón; así que eso significa que probablemente lo hicimos en el sofá.

—Pero qué demonios…

—Ahora, en cambio, estamos en mi habitación favorita de la casa. La nuestra.

—¿Casa?

—Entregamos el proyecto ayer. Lo ha dibujado el arquitecto, ¿eh?, que yo no valgo para eso, pero la idea es toda mía.

—Alex, ¿qué significa esto?

—No te he traído a mi lugar, Ellie, sino al nuestro.

—¿N-nuestro?

—Siempre he soñado con construir una casa aquí, en las tierras de mi familia, para mí y para Justin y… para ti. Pero hasta hace unas

semanas solo era un sueño. Ahora quiero hacerlo realidad.

—¿Estás diciendo que quieres que vivamos juntos?

—Estoy diciendo que quiero darte un lugar, Ellie.

Se incorpora lentamente y yo con ella. Le acaricio la cara y le cuento mi idea, esperando no hacer que salga huyendo otra vez.

—Sé que hace mucho tiempo que no te sientes en casa. No te sentiste así en Galway, ni en casa de tu padre ni tampoco con mi familia. Y me gustaría que eso cambiara, me gustaría darte un sitio totalmente nuevo que puedas llamar hogar.

—Alex…

—Ah, y haré que añadan un ala exterior, justo ahí —se la señalo.

—¿Para qué?

—Para tu empresa. Un despacho ya no es suficiente. Lo venía pensando de camino aquí y creo que ese rincón es perfecto. Necesitas un lugar para tu negocio, ¿no?

Ella asiente.

—Y sé que no querías usar la casa de los Johnston, ni tampoco ninguna de las oficinas libres de la destilería. Y… —continúo, cada vez más nervioso—, como el banco te está poniendo pegas con el préstamo porque no quieres usar tu apellido…

—Alex, no es el momento de hablar de eso.

—Pues yo creo que sí lo es —le cojo las manos y la miro—. Estaba pensando que podrías usar otro.

Me mira con ansiedad.

—Esto, para que quede claro, no se me ocurrió mientras veníamos hacia aquí. Es algo que llevo deseando desde hace tiempo, mucho tiempo. Desde la primera vez que nos bañamos desnudos.

Niega ligeramente con la cabeza.

—Y no lo malinterpretes, no porque te viera desnuda… porque sí, te vi, no es verdad que me diera la vuelta, ni de coña.

Esta vez se ríe.

—Sino por la forma en que te desnudaste, por cómo te acercaste a la orilla, por cómo metiste despacio los pies en el agua y luego nadaste lentamente hacia la luna. Y por cómo te giraste después hacia mí pidiéndome que te acompañara.

Una lágrima resbala despacio por su cara hasta llegar a los labios y, cuando alcanza la comisura, no puedo evitar recortar la distancia y besarla.

—No tienes que decidir ahora, puedes pensarlo todo el tiempo que quieras, no tengo prisa. He esperado treinta años, podría esperar otros treinta.

—Yo no sé… ¿De verdad quieres que nosotros…?

—Siempre he pensado que Elizabeth Brennan sonaba de maravilla.

—¿Tú crees?

—Joder, sí —la acerco a mi cara—. Mi apellido te queda de puta madre.

Se incorpora y se sienta a horcajadas sobre mis piernas, me coge la cara entre las manos y me mira como si hubiera nacido ciega y este fuera el primer día en el que por fin entiende cómo es el mundo de verdad.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto, a medio camino entre la ansiedad y la excitación.

Suspira contra mi cara y luego susurra sobre mis labios.

—Lo sabes.

—¿Lo sé?

—Enséñame el resto de la casa. Enséñame la cocina, la habitación de Justin y la habitación de los niños.

—¿Niños?

—Estoy segura de que la has incluido, Brennan.

Joder. Ahora tengo que llorar, ¿lo entendéis, no? No es que pueda contenerme, y eso que todavía no hemos tenido sexo. ¿Os hacéis una idea de lo que va a pasar después de que la haya amado en cada rincón de esta casa?

—Dos —le digo de inmediato—. Pero podemos añadir otra, hay sitio de sobra.

Se ríe entre lágrimas y apoya su frente contra la mía.

—¿Sabes una cosa, Ellie J.? Nunca te he querido tanto como ahora.

—Ellie B. —dice emocionada, con las manos entre mi pelo—. Puedes empezar a llamarme Ellie B.

Escena EXTra

ELLIE

—¿Estamos seguros de lo que estamos haciendo? —pregunta Shane ante la puerta.

—¿No te estás echando atrás ahora? —lo acusa Reid de inmediato.

—No, pero no estoy seguro de que este sea el modo.

—¿Ahora te entran los remordimientos?

—¿A mí? ¿Y por qué deberían? Ya sabes lo que pienso de él.

—Entonces deja de hacer el crío y prepárate para pelear.

—¿Pelear? —se extraña Shane.

—¿A qué te crees que hemos venido?

—No lo sé.

—Eso no lo sé ni yo —intervengo—. No os pedí que me acompañarais.

—Pero nos contaste tu plan —dice Reid—. No nos lo habrías soltado si no hubieras querido nuestro apoyo.

—¿Apoyo? —cruzo los brazos y los miro a los dos por turnos.

—Bueno, sí… ¿vamos a darle o no un repaso?

—Estás obsesionado con los repasos —le señala Shane—. También querías hacerlo con Brennan, no me jodas.

—Me parecía lo mínimo para defender el honor de nuestra hermana.

—Vuestra hermana está aquí con vosotros. No os ha pedido que defendáis nada, ni que vengáis con ella. Si os he dicho dónde iba a estar esta noche era solo porque pensaba que me cubriríais por si alguien preguntaba dónde me había metido.

—¿Alguien? —pregunta Reid, y yo pongo los ojos en blanco.

—Ah… te refieres a Brennan —por suerte, reacciona—. ¿Y cómo es que él no está aquí?

—¿Quién? ¿Brennan? Estás de coña —Shane parece casi indignado—. ¿Tú te imaginas a Brennan moliendo a palos a Nolan?

—La verdad es que no, pero sí me imagino perfectamente a Nolan dándole una patada en el culo.

—Exacto. ¿Ves? Si te concentras, lo pillas.

—Ya basta —los corto antes de que sea yo la que les dé una paliza y, entre nosotros, no sería la primera vez—. Punto uno: esta noche nadie va a pegar a nadie.

Shane se encoge de hombros, decepcionado.

—Punto dos: Alex no está aquí porque no hace falta que sepa que he venido.

—Uh… tenemos secretos —Reid hace el imbécil y se lleva un castañazo en la nuca.

—Punto tres: ¿qué cojones hacéis aquí? Largaos, vamos, esto es algo entre mí y…

—¿Ellie? —la voz de Chase hace que me gire de golpe hacia la puerta a la que estaba dando la espalda para hablar con mis dos hermanos gilipollas.

No me sorprende que nos haya oído.

—Chase… —digo entre dientes.

—Desde luego, hay que tener mucha cara —se pone firme de inmediato, levantando la barbilla y cruzándose de brazos.

¿Que yo tengo mucha cara? Escuchad al muy desgraciado.

—Después de habértelo pasado en grande a mis espaldas con Brennan… Se comenta por ahí que últimamente se ha dejado los huevos en alguna parte.

—Los huevos de Brennan están perfectamente —salta Reid como un resorte, dispuesto a defenderlos.

Shane lo mira.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué sabes de los huevos de Brennan?

—¿Podemos ir a lo que vamos? —los interrumpo.

—Yo a lo único que voy es a por este pedazo de… —Reid se anima.

—¡Eh! —Chase baja los brazos y da un paso hacia mi hermano.

—Esto se nos está yendo de las manos —comento, totalmente confundida por cómo se están desarrollando los hechos.

No había contado con este caos. Mi idea era venir, decirle a Chase que es un cabrón, reconocerle que, vale, no debería haberme acostado con Alex sin haber cortado con él antes, y después volver a decirle que es un cabrón.

Hay conceptos que conviene dejar claros.

—Sois increíbles, los tres. Tú —se dirige a mí con desprecio *(¿en serio?)*—, vete a saber desde cuándo llevabais así.

—¿Cómo, perdona?

—Y vosotros dos igual le cubríais.

—¿Acaso nos está llamando sujetavelas? —Reid le pide confirmación a Shane.

—No, nos está invitando a dejarle esa carita de niñato irreconocible.

—Inténtalo, Johnston —lo desafía Chase—. ¿O es que a ti también te va el papel de princesita como a tu fiel amigo Brennan?

No me doy cuenta de que le he pegado hasta que el dolor de la mano me llega a la muñeca.

—¡Joder! —grita Chase, apoyándose contra el marco de la puerta de su piso mientras se sujeta la nariz con una mano—. ¿Qué maldito problema tienes?

—Uno solo, Nolan —interviene Shane—. Las caras de gilipollas como la tuya.

—¿Ah, sí? ¿Yo? Quizá no lo tenéis claro, pero aquí el único que ha salido perdiendo soy yo, el que ha sido traicionado por su casi mujer y por su ex mejor amigo.

Estallo en una risa histérica.

—¿En serio estás intentando representar de nuevo esta comedia? ¿Desde cuándo llevaba pasando, Chase?

Observa mi expresión, intentando averiguar si de verdad sé algo o si me lo estoy inventando sobre la marcha.

—No sé de qué hablas.

—Imbécil —suelta Reid a mis espaldas.

—Bien —dice, sin inmutarse lo más mínimo—. Así que al final Brennan largó todo para que tú pudieras meterte en su cama. ¿Le va eso de ser el segundo plato?

Esta vez me doy cuenta de lo que he hecho al instante, incluso antes de verlo caer y antes todavía de oír cómo los huesos de mi mano emiten un sonido que no augura nada bueno.

—¡Hostia, Ellie! —Chase se tapa la nariz con la mano; la sangre se le escurre entre los dedos y le ha manchado ya el cuello de la camisa.

Bien merecido.

—¿Eso es sangre? —oigo decir, justo antes de escuchar un golpe seco contra el suelo.

—Qué idiota —comenta Shane, mirando a Reid tendido en el rellano de Chase—. No sirves para nada, siempre he dicho que fuiste un ensayo para mamá y papá, una especie de experimento para corregir errores después. De hecho, después llegué yo… no sé si se me entiende.

~

—¿Y CÓMO PIENSAS explicarle esto a Brennan? —me pregunta Shane mientras volvemos hacia Cliathán después de una breve parada en el hospital.

Pues sí, me he roto una mano, pero tengo que decir que ha merecido la pena.

—Algo me inventaré.

—¿No quieres decirle que has estado aquí?

—No lo sé, no quiero que se altere.

—Si está siempre alterado —dice Reid desde el asiento de atrás.

—¿En serio te sigues desmayando al ver sangre? —le pregunto girándome hacia él.

—Es que no me lo esperaba. ¡No creía que le fueras a pegar de verdad y menos dos veces!

—Se lo ha buscado —me defiende Shane, sacándome una sonrisa.

—No era mi intención ir allí para eso. Aunque…

—Siempre he dicho que era un capullo —añade Reid casi riéndose.

—Tenía a otra y vete a saber desde cuándo. Y tú estabas a punto de casarte con él.

—Dios —apoyo la frente sobre la mano—. ¡Joder!

Grito al instante.

Era la rota.

—Paro en la primera farmacia que encontremos, aquí van a hacer falta analgésicos.

—Gracias, Shane.

—¿De qué? Nos pilla de camino.

—Gracias por ser el idiota que eres.

—Oh, bueno, cuando quieras.

—¿Y a mí nada? —se queja Reid asomándose entre nosotros.

—Tú podrías haber evitado desmayarte en el mejor momento, podría haberle dado una paliza como Dios manda.

Reid y Shane se ríen.

—Sabes, Ellie —dice Reid, apoyando una mano en mi hombro—, me alegro muchísimo de que Brennan interrumpiera esa puta boda, y no solo por lo del capullo.

Asiento y vuelvo a mirar al frente, fijando la vista en la carretera.

Shane posa una mano sobre la mía.

—Todos lo hacemos.

Las Novelas de A. S. Kelly

El Mejor Hombre

Demasiado Bueno Para Ser Verdad

Novio por 21 Días

Lecciones de Amor

Lecciones de Romance